

ACTAS DEL I CONGRESO DE LINGÜISTAS ARAGONESES

No des nonne ego rannimus dei gratia rex aragonensis dono tibi
 gra nũ de barch nonensiu come & m̃ dno. filia nũm in uore. cui
 toca regni aragonensis inuestitio. sic pat̃ nũ sancta rex ut h̃c mei
 petrus uel kansius. meli' unguis habuerit ut tenuerunt. ipsi ut uerq̃;
 secus homines p̃ eos. salus utriusq̃ r̃suscitandis. quos pet̃ nũ sancta. ut
 fr̃ nũ petrus habuerit in regno suo. Et comendo tibi om̃i p̃phata reg̃
 ni homines. sub hominio i ueramente. ut sint tibi fideles. Et ita tua
 a d̃ corpore tuo. et de om̃ib; membris que in corpore tuo se tenet. sine
 om̃i fraude r̃treptione. et in fine tibi fidelis & om̃i regno p̃a edicto. et
 in uere om̃i ad illud regnu p̃ueniabit. salua fideitate mi ubile mee.
 h̃c est aut sup̃ scripta ego p̃phat̃ rex rannimus. talẽ fauo tibi rannide
 barch nonensiu come & m̃ dno. ut filia nũ. morau fuerit p̃phata re
 sup̃tore. donacionẽ p̃phata regni lite i inmutabilẽ lictas. atq; aliorũ.
 impedimento post morte nũm. Item si signa p̃merna uos ut r̃dacionis.
 & honore. ut in uero om̃ib; p̃phata regni me uiuentẽ face tibi uoluerit sub
 p̃phata hominũ r̃dacionẽ. firmit̃ inmutabile p̃ueniet. et ego p̃phat̃ rex
 rannimus. sim rex. dñs. r̃pas in p̃phata regno. i in totis comitatib; auis. dñ
 ni placere. Quod est actũ. in 17 aug̃. Anno 809. na casũ dñice. e.
 xxxiij. p̃millañis. Gra. m̃ t̃no. 22. la. 10. p̃phata rege rannimus reg̃
 rannimus.

Signu rannimus



. R. C. 915.

Ut et sup̃ scripta fidelis i in comitabilẽ obseruent. p̃m̃er rex rannimus.
 comendante comiti barch nonensiu. suos barones subscripto. sub hominio i ueramente
 p̃ nũ comite palatẽ. R. pet̃ d̃ eril. Fernũ filio a: P. r̃ni m̃ d̃ d̃ d̃. Gon
 balle & b̃na uore. b̃lso furuuo d̃ d̃ d̃. Om̃i t̃ ap̃da filio b̃regariũ go balle.
 Fernũ pet̃ d̃ laguar̃. Fernũ lube s̃i septimẽ. Gali garce s̃i ñ uicentis.
 Fernũ murus d̃ r̃ d̃ d̃. G̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃. Lapp̃ d̃ d̃ lara. Fernũ m̃. Co
 mes. Fernũ. Fernũ & castellanũ. Arpa. Fernũ d̃ d̃ d̃. Alala.
 Fernũ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃. Fernũ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃. Fernũ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃.
 Fernũ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃. Fernũ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃. Fernũ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃.
 Fernũ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃. Fernũ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃. Fernũ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃.
 Fernũ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃. Fernũ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃. Fernũ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃.

Fernũ scripsit hoc scriptu dñi regis p̃p̃ia. die annõ. p̃phata
 q̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃ d̃.

ACTAS DEL I CONGRESO DE LINGÜISTAS
ARAGONESES

Colección Actas, 14

ACTAS DEL I CONGRESO
DE LINGÜISTAS
ARAGONESES



Departamento de Cultura
y Educación

FICHA CATALOGRAFICA

CONGRESO DE LINGÜISTAS ARAGONESES (1º. 1988. ZARAGOZA)

Actas del I Congreso de Lingüistas Aragoneses. — [Zaragoza] :
Departamento de Cultura y Educación, D.L. 1991

200 p. : map. ; 24 cm. — (Actas ; 14)

ISBN 84-7753-210-9

1. Lengua española-Dialectos-Aragón-Congresos y asambleas.

806.0-087(465.2)(063)

Edita: Diputación General de Aragón
Departamento de Cultura y Educación

Coordinación y maquetación: José Luis Acín Fanlo

Fotocomposición: Ebro Composición
Impresión: Gráficas Navarro. Borja, 16. 50010 Zaragoza.

I.S.B.N.: 84-7753-210-9
D.L.: Z-2.224-91

INDICE

Proyecto de recogida y estudio de la toponimia aragonesa, por Juan A. Frago Gracia.....	7
Voces aragonesas en el DRAE, por Gregorio Salvador	21
Los <i>aragonesismos</i> en los primeros diccionarios académicos, por Manuel Alvar Ezquerro.....	29
Zonas pirenaicas, por Jacques Allières.....	41
Apostillas a un panorama de las hablas pirenaicas, por Tomás Buesa Oliver	47
La posición de Navarra en el dominio lingüístico navarro-aragonés, por F. González Ollé	55
Las relaciones del léxico aragonés medieval con el léxico catalán, por Germán Colón.....	69
¿Dialecto aragonés o geografía lingüística de Aragón?, por Manuel Alvar.....	79
Huellas aragonesas en los dialectos catalanes meridionales, por Joan Veny.....	89
Modalidades lingüísticas del interior de Aragón, por José M ^a Enguita Utrilla	103
Las hablas aragonesas en las fronteras occidentales (Límites con La Rioja, Soria, Guadalajara y Cuenca), por Antonio Llorente Maldonado de Guevara	153
Estudio sociolingüístico del habla de Zaragoza: problemas y primeros resultados, por M ^a Antonia Martín Zorraquino.....	169

**PROYECTO DE RECOGIDA Y ESTUDIO DE LA
TOPONIMIA ARAGONESA**

JUAN A. FRAGO GRACIA

Universidad de Sevilla

1. Mucho más prolija y complicada que el mero enunciado de esta particular propuesta onomástica ha de ser la tarea de llevar a cabo una exhaustiva colecta de los nombres de lugar que se cuentan en el dominio aragonés. Se trata, en efecto, de una empresa enormemente dificultosa, porque es muy vasto el territorio sobre el que las pesquisas toponímicas habrían de conducirse, porque a buen seguro resultará extraordinariamente elevado el número de las voces topográficas en él hoy vigentes —no digamos nada si a éstas añadimos las que en Aragón han sido usuales en el pasado, de muchas de las cuales queda constancia en fuentes históricas—, y porque no son pocas las variantes con que tales términos se presentan, lo mismo entre usuarios de hablas populares modernas que en registros escritos actuales o de anteriores épocas.

1.1. Insistir desde el principio en los inconvenientes que plantea cualquier investigación de características similares a la que aquí se propugna y hacer una previa cura de humildad por parte de quienes vayan a participar en ella ya es una garantía, mínima al menos, de que el asunto no se toma como un simple divertimento ocasional y de que la criatura quizás no morirá incluso antes del parto. O, si se quiere, el reconocimiento de los peligros que acechan, si bien tampoco han de tomarse por obstáculos insalvables y que por ende hagan a priori inviable el proyecto, propiciará la adopción de elementales medidas cautelares mediante las cuales se eviten aventuras irremediablemente abocadas al fracaso, como alguna que yo conozco y que sabía fallida desde la misma futilidad manifiesta de sus comienzos¹. En el terreno de la toponimia no faltan, por contra, actividades correctamente encaradas sea por el esfuerzo de determinadas individualidades, sea, lo cual suele ocurrir más raras veces, impulsadas con la ayuda de ciertos organismos oficiales o instituciones públicas, y que han producido provechosos frutos, si bien ninguna en el mundo hispánico se ha formulado con fines idénticos a los que en mi plan se persiguen². Es necesario, pues, un precavido realismo a la hora de trazar la planta del edificio toponímico que se quiere construir, pues

1. Me refiero a la fantástica pretensión, auspiciada hace varios años ya por toda una Consejería de la Junta de Andalucía —de Obras Públicas y Urbanismo creo que era su nombre oficial— de encuestar toponímicamente la totalidad del territorio andaluz con la sola participación de cuatro o cinco recién licenciados, algunos de formación menos que mediana, y sin dirección cualificada de ninguna clase. La empresa, que adivino económicamente gravosa, se inició a pesar de unas ponderadas advertencias mías que, como sospechaba, no fueron atendidas y sólo dieron lugar a un agrio cruce de cartas con el responsable político de turno. Pero, como también era lógico esperar, nada más se ha sabido de semejante aventura onomástica.

2. Notables son los trabajos llevados a cabo por COROMINAS, J. sobre el dominio catalán, algunos de los cuales quedan recogidos en los dos volúmenes de sus *Estudis de toponímia catalana*, Barcelona, Editorial Barcino, 1965 y 1970; mucho más heterogéneo es el contenido de la obra, también en dos tomos, de este autor titulada *Tópica hespérica*, Madrid, Gredos, 1972. Sólidos son asimismo los estudios de toponimia castellano-leonesa hechos por LLORENTE MALDONADO, A., de los cuales es muestra su «Esquema toponímico de la provincia de Salamanca», *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1978, págs. 699-710. Una serie de amplias recopilaciones empieza a engrosar el «Onomasticon Vasconiae» auspiciado por la Real Academia de Lengua Vasca, con los libros ya publicados de JIMENO JURÍO, José M.^a, *Toponimia de la Cuenca de Pamplona. Cendea de Cizur y Toponimia de la Cuenca de Pamplona. Cendea de Galar*, Bilbao, 1986 y 1987, con cuatro volúmenes más de próxima aparición; y útiles igualmente son los materiales acopiados por GONZALEZ BLANCO, A. en el *Diccionario de toponimia actual de La Rioja*, Universidad de Murcia-Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1986.

únicamente se logrará levantarlo sobre la sólida cimentación técnica de sus artífices y con un seguro soporte económico, imprescindible para que el acarreo de los materiales no se vea inoportunamente interrumpido.

1.2. Por lo que concierne a este último aspecto, en buena medida determinante de que un empeño de tal magnitud siquiera se inicie o, más aún, tenga una efectiva prosecución, queda a expensas de la acogida que mi informe reciba de parte de los poderes regionales, menos creíble es que los de alcance nacional vayan a hacerse eco de estas cuestiones, capaces de otorgar semejante mecenazgo, y ello probablemente dependerá de la manera en que se inculque el convencimiento de lo beneficioso que al acervo histórico-cultural de Aragón puede serle un inventario completo y científicamente elaborado de las denominaciones geográficas que en toda su extensión existen, y del mayor número posible de las que en sus fondos documentales figuran.

Desde hace bastantes años soy afecto a los estudios toponímicos, objeto que fueron ya de mis tesis de licenciatura y de doctorado³, a partir de la idea firmemente asumida de que en ellos se encierra una multiplicidad de intereses científicos —a condición de que estén hechos con seriedad, por supuesto—, y una cierta conciencia de dicha circunstancia debe haber en países avanzados de la Europa occidental, que no los han sometido al abandono en el seno del cual España los ha postrado en aras de una pretendida y, desde mi punto de vista, mal entendida «modernidad»⁴. Pero tampoco sería conveniente que esa especie de resurgimiento de la investigación toponímica que entre nosotros parece observarse últimamente obedeciera sólo a una moda, no sabemos si pasajera, de regionalismos y nacionalismos preocupados por el rescate de lo que ahora se acostumbra a llamar «señas de identidad» de las comunidades a cada uno correspondientes, ya que una razón de puro oportunismo, la oportunidad es algo muy distinto, de ningún modo garantizaría la continuidad de trabajos con tan ocasional pretexto emprendidos.

Como quiera que sea, en un plazo de tiempo no excesivamente largo los medios científicos nacionales e internacionales atentos a los temas onomásticos podrían tener a su alcance la toponimia aragonesa convenientemente recopilada y ordenada, lo que habría de considerarse como un logro de difícil parangón en otros espacios románicos, peninsulares o no, bien entendido que la consecución de esa meta está condicionada por la subvención económica que haga viable tanto las encuestas de campo y el fichero de gabinete como la posterior edición de la masa de topónimos que se hubieran conseguido reunir. La manipulación de una ingente masa de formas con toda probabilidad requeriría la utilización del ordenador, instrumento apropiado para agilizar y sistematizar el proceso.

3. La primera se halla publicada con el título de *Toponimia del Campo de Borja. Estudio lexicológico*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1980; versaba la segunda sobre la *Toponimia de la ribera navarroaragonesa del Ebro*, y con sus datos, revisados y ampliados, hasta ahora han aparecido seis artículos en el *Archivo de Filología Aragonesa* y en la revista *Príncipe de Viana*. No son, sin embargo, éstas las únicas investigaciones que reflejan mi interés por los temas toponímicos.

4. Aunque tampoco puede decirse que fuera de nuestras fronteras el estudio de los nombres de lugar tenga hoy la pujanza de hace varios decenios, lo cierto es que goza de una salud mucho más robusta que entre nosotros, y prueba de ello es la acogida que dos libros de toponimia del Mediodía francés de J. Lemoine ha recibido por parte de la casa parisina Editions A. et J. Picard (hay reseñas mías en *AFA*, XXII-XXIII, págs. 306-309), o las universitarias ediciones odenses de los trabajos de P. Spore sobre denominaciones geográficas francesas.

1.3. Por lo que al equipo investigador atañe, parece razonable diferenciarlo de acuerdo con las dos fases de que el programa consta, a saber, la de recolección de datos orales y escritos, y la siguiente de análisis o interpretación del corpus previamente copiado, por más que en algunos casos cabría simultanear ambos pasos; o, dicho de otro modo, no siempre sería absolutamente necesario que para atacar ciertas cuestiones atinentes a la segunda etapa, la más genuinamente científica, hubiera que aguardar a que la primera estuviera íntegramente concluida. Resulta evidente que es la tarea de recogida de topónimos la que exige una gran homogeneidad en el equipo de ella encargado, que habrá de regirse por una dirección, si no única, sí poco numerosa, a fin de que las normas de trabajo nunca lleguen a ser contradictorias y, en consecuencia, ineficaces. Mucha más libertad de acción habría en lo tocante a la consideración de los nombres de lugar por especialistas en distintas disciplinas humanísticas, entre otras cosas porque al campo no se le pueden poner puertas y cualquier estudioso será muy dueño de emplear, según su criterio y el objetivo que ambicione, aquellos materiales que ya estén en letra impresa. Esto no significa que el grupo primeramente formado haya de disgregarse una vez cumplida la cosecha toponímica, sino que, muy al contrario, de desear sería su continuidad, pues saldría ganando la investigación hecha por varias voluntades que, aunadas, valen más que el esfuerzo del erudito solitario.

2. ¿Cuál es la formación intelectual exigible en un toponimista? En principio la que abarque todas las ramas del saber susceptibles de aplicarse a la explicación de los términos geográficos; mas, ya que este ideal casi nunca se verifica en un solo individuo, será requisito primordial una adecuada instrucción lingüística, y ello por un motivo que con harta evidencia se impone: porque, antes que nada, elementos lingüísticos son los topónimos, palabras al fin y al cabo y, por lo tanto, sujetas a una interpretación que básicamente podrá darles el filólogo mejor que cualquier otro profesional, con las salvedades que de rigor sea señalar.

2.1. La preparación filológica en todo caso se hace ineludible dentro del segundo apartado en que el proyecto se divide, a saber, el referido al estudio de los nombres de lugar, pues si lo principal entonces es dar con el sentido actual o histórico de cada una de las formas léxicas tenidas en cuenta, qué duda cabe que tal identificación, semántica unas veces y de tipología lingüística otras, con frecuencia resultará imposible o, sumamente problemática al menos, sin el previo reconocimiento de la verdadera identidad del vocablo en cuestión, identificación que habitualmente no se obtendrá más que merced a un depurado procedimiento de reconstrucción de los que son practicados en lingüística histórica, hecho sobre todo visible en las denominaciones topográficas sin correspondencia en el léxico vivo de la lengua moderna, o, lo que es lo mismo, sin equivalentes usos de nombres comunes semánticamente plenos.

2.2. Menos necesidad hay de una gran competencia filológica para los cometidos propios de la fase inicial del programa, en particular para lo que es labor de despacho (registro, fichero y ordenación de formas), e incluso no se precisa mucha especialización en las personas encargadas de las encuestas de campo, siempre que se trate de recoger topónimos cuyo fonetismo coincida con el que es normal en el español estándar peninsular, lo cual sucede en la mayor parte del ámbito aragonés, con la excepción de algunas áreas del Alto Aragón y zonas limítrofes con Cataluña y Valencia⁵. Y, aún así,

5. Para las zonas altoaragonesas el problema casi único consiste en el esporádico registro del fonema medieval /s/ en formas onomásticas como *Faxa* o *Faixa*, alternantes con el semidialectal *Facha* y con el más castellanizado *Faja*: para este particular caso véanse, por ejemplo, los mapas

no estará de más en dicha actividad una cierta suficiencia lingüística que prevenga, verbigracia, ante la posible existencia de variantes en un mismo punto, de manera que si en determinada localidad el informante ofrece una forma como *Amberca*, no se debe perder de vista su probable alteración con respecto a *Ambelca*, término de fisonomía ya más comprensible y tal vez usual junto al anterior, no siendo extraño que las dos voces onomásticas convivan entre los hablantes de una misma comunidad rural o alternen en comarcas vecinas con sus congéneres *Ambelga* y *Amelga*⁶. Un quinto sentido lingüístico también nos haría sospechar que nombres de lugar compuestos de un primer formante *Bar-*, o *Var-*, que en la pronunciación no hay diferencia y el modo con que en los catastros se ha escrito tampoco es muy de fiar, quizá se conozcan asimismo con /-l/ implosiva (*Bal-*), y la comprobación de dicho supuesto servirá de inestimable ayuda para el esclarecimiento del exacto valor histórico de esos topónimos⁷. O, por no alargar en demasía la ejemplificación, se estará en disposición de descubrir con relativa facilidad abundantes aglutinaciones de artículo con sustantivo, con cuyo apercebimiento se procederá a una clasificación y ordenación mucho más precisas de elementos corográficos como los zaragozanos *Labaca* (*Corral de*), *Lafuén* (*Val de*), *Lencinera* (*Cantera*), *Localdero*, *Lodrero*, *Lorzo* (*El*)⁸, o los oscenses *Laberca* (*Charca*), *Laforca*, *Lagua Torna*, *Lobac*, *Lobago*, etc⁹.

2.3. Pero me reitero en mi opinión de que todavía es más acuciante la exigencia del criterio de quien cultiva la ciencia del lenguaje para la elaboración de monografías

15 (*azadón de peto*), 19 (*haza*) y 20 (*campo estrecho y largo*) del *ALEANR*. Mayores dificultades ofrece el recuento de topónimos de las áreas orientales del dominio, y casi más en las que manifiestan interferencias entre lo aragonés y lo catalán que en las más genuinamente catalanas. De todos modos, y hechas estas salvedades, es indudable que la toponimia aragonesa no plantea a sus encuestadores problemas lingüísticos semejantes a los que presenta la andaluza, pongo por caso, de lo cual ya he dado en otro sitio sobrados argumentos (*Actas de las I Jornadas de Toponimia*, Vitoria, abril de 1986, en prensa).

6. Habrá, por supuesto, que saber que la confusión de /-l/ y /-r/ implosivas es posible en las hablas aragonesas actuales, como lo ha sido en las antiguas, y que en ellas asimismo se conoce la conservación del grupo consonántico *mb* junto a su asimilación en *m*, aunque éste sea el resultado más corriente y extendido, de igual manera que coexisten en una misma comunidad de hablantes palabras con *-k* etimológica mantenida al lado de las que tienen esa consonante sonorizada en *-g*, solución que, con mayor o menor intensidad según las zonas, suele ser la predominante.

7. Evidentemente, un nombre de lugar compuesto de un elemento inicial *Bal-* (o *Val-*) enseguida hará pensar en el sentido 'valle' por su referencia etimológica al lat. *vallem*, que no será tan fácilmente identificable en la forma *Bar-*. En realidad, el cambio de /-r/ por la /-l/ originaria experimentado por el ant. *Val Menua*, apoyado en la asimilación de la bilabial nasal a la labial oral inicial, indujo a J. Caro Baroja a atribuir procedencia prerromana al correspondiente onomástico actual *Barbenuta*, asunto del que me ocupo en «Problemas, métodos y enseñanzas de la toponimia», *Actas de las I Jornadas de Toponimia* (en prensa).

8. Así los ordena CALLADO GARCIA, A. en su *Repertorio de nombres geográficos. Zaragoza*, Valencia, Anubar, 1974, págs. 75-78. En estos registros ni siquiera falta una deformación ortográfica tan evidente como la de *Labaca* 'La Vaca'. Y, es claro, *Lencinera* será 'La Encinera', *Lodrero* 'El Odrero', *Lorzo* 'El Orzo', etc.

9. De esta manera se recogen en ARIÑO RICO, L., *Repertorio de nombres geográficos. Huesca, Zaragoza*, Anubar, 1980, págs. 131-136: *Lagua Torna* 'El (la) Agua Torna', *Lobago* 'El (lo) bago', etc.

en las que se manejen los datos toponímicos proporcionados por informantes campesinos y por la pesquisa de gabinete. Ciertamente, errores en la interpretación del recto sentido de no importa qué nombre de lugar los puede cometer el lingüista más avezado, no faltan desde luego pruebas de lo que digo, mas de igual manera evidente es que a uno de ellos no se le hubiera ocurrido defender sin más ni más el carácter céltico del topónimo oscense *Ballabriga* (con acento llano en la *i*) o del también altoarag. *Obago*, máxime contando con la posibilidad de comparar al primero con el zaragozano *Munébrega*, macrotopónimo como su supuesto pariente etimológico, y al segundo con *obago* ‘umbría’, nombre común que aún pervive en varios puntos norteños de Aragón¹⁰. Y es obvio que las elucubraciones hechas sobre una base empíricamente falsa no poseen validez alguna.

Ahora bien, a pesar de lo que estoy sosteniendo y habida cuenta de que —como asimismo es claro, y necio sería negar lo contrario— no resulta ni mucho menos corriente el investigador de erudición diversificada y uniformemente sólida, también habré de manifestar mi convicción, en otras ocasiones la he expresado ya, sobre la bondad que conlleva a una colaboración interdisciplinaria razonablemente establecida, hallándose como se hallan implicadas en estas cuestiones toponímicas tan varias facetas de la vida de los pueblos. Al toponimista le vendría muy bien contar con el asesoramiento de folcloristas, etnólogos y antropólogos, o con el de zoólogos y botánicos a la hora de fijar los campos léxico-semánticos que incluyeran las voces geográficas pertenecientes al vocabulario de la fauna y de la flora; e igualmente sería valioso el concurso de los geógrafos no sólo para delimitar del modo más riguroso y científico posible las comarcas en que se podría dividir el territorio de Aragón antes de proceder a las encuestas, sino también para después clasificar y definir los términos de significado relativo al relieve del terreno. Y así sucesivamente.

3. No obstante, en el estudio de la toponimia el apoyo más intenso y continuado que el filólogo ha de buscar sin duda tiene que ser el que los historiadores son capaces de brindarle —ellos a su vez no dejarán de salir beneficiados en el intercambio—, por la sencilla razón de que los nombres de lugar han ido recibiendo a lo largo de los siglos la pausada sedimentación de realidades sociales que merecen tener cabida en la historia de las instituciones y de la religión, de los sucesos militares y de la economía, de las obras públicas y del urbanismo, de los sistemas de posesión de la tierra y de las costumbres pecuarias, sin que la enumeración de estos aspectos se agote en sí misma. Y, ni siquiera habría que apuntarlo, los historiadores podrán echar mano para sus específicos fines de los topónimos que se les entrega lingüísticamente ya tratados.

3.1. En la exposición que antecede he deseado quedara suficientemente explícita mi postura contraria a una investigación toponímica exclusivamente sincrónica, planteamiento éste que, llevado a sus últimas consecuencias, se plasmaría en desnudos listados de formas onomásticas por descontado útiles y necesarios, aunque lo serán más todavía si se emplean para superar la inmediatez práctica que en sí mismos presentan. Efectivamente, a poco que se escarbe en el componente dialectal que en innumerables

10. Me refiero a estas distorsiones etimológicas en «Problemas, métodos y enseñanzas de la toponimia». El apelativo altoarag. *obago* figura, por ejemplo, en ROHLFS, G., *Diccionario dialectal del Pirineo aragonés*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1985, pág. 222. ANDOLZ, R., también recoge *obago* ‘paraje sombrío en el monte, umbría’: *Diccionario aragonés*, Zaragoza, Librería General, 1977, s. v.

nombres de lugar subyace y en la diversidad cronológica que muchos de ellos encierran, enseguida se pondrán de relieve cuestiones de estratigrafía léxica y con ellas inevitablemente aflorarán las referencias históricas que, se quiera o no, también andan a vueltas con la perspectiva etimológica a través de la cual se busca la tipificación lingüística de los distintos miembros componentes de una determinada nomenclatura geográfica.

Si esto es así, no parece prudente soslayar todo refuerzo provechoso para la reconstrucción de la historia de tales palabras especiales proveniente de textos escritos siglos atrás. Precisamente, el haber dispuesto de una atestiguación *Carabos* del siglo XVI correspondiente al moderno microtopónimo *Calvos* me ha permitido explicarlo de manera muy diferente a como en su defecto lo hubiera hecho¹¹, similarmente a como el conocimiento de la forma antigua *Vialada* del actual *Violada* me obligó a desechar su identificación con el participio del verbo *violar*, habiéndome hecho comprender la simple alusión histórica que estaba ante la pura deformación por etimología popular del compuesto ant. *via lada* 'camino ancho', por más señas indicador de lo que un tiempo fue trazado de una calzada romana¹². En el mismo orden de cosas, quienes afirmaron el origen prerromano de *Barbenuta* y *Ballabriga* habrían propuesto muy otras etimologías de saber que esos nombres de lugar contaban con las documentaciones medievales *Valle Menuta* y *Valle Aprica*, respectivamente.

3.2. Nuevo argumento, pues, en favor del intercambio de experiencias científicas de filólogos e historiadores con vistas a dar un decisivo impulso al desarrollo de los estudios toponímicos en Aragón. Particularmente fructífera sería la aportación de arqueólogos y especialistas en Historia Antigua en lo tocante al desvelamiento de los nexos existentes entre ciertos nombres de lugar y los yacimientos conservados en sitios por ellos designados, así como en lo concerniente a su relación con la vieja fragmentación tribal y etnolingüística de Hispania, sin olvidar la valoración y hermenéutica de las fuentes textuales de las épocas prerromana y de romanización. Y, por la propia naturaleza de su dedicación profesional, a paleógrafos y medievalistas les competiría una suerte de tutela en la elección de los fondos del Medievo mejor dispuestos y más fiables para el expurgo documental de elementos toponímicos.

En realidad, son sumamente dispares los corpus de donde es posible extraer términos corográficos antiguos, y todos serán aprovechables a este efecto siempre que los contengan y que se hayan afirmado fidedignamente unos cuantos principios codicológicos. Se habrán de esquilmar cartularios de Órdenes religiosas, concejiles y episcopales, protocolos notariales, estatutos y pleitos relativos a organizaciones de ganaderos¹³, fueros y cartas pueblas, inventarios censuales y de fogajes¹⁴, ordenanzas municipales,

11. FRAGO GRACIA, Juan A., *Toponimia del Campo de Borja*, págs. 61-62.

12. FRAGO GRACIA, Juan A., «Toponimia Navarroaragonesa del Ebro (III): Vías de comunicación», *AFA*, XXVIII-XXIX, 1982, págs. 53-54.

13. Sin ir más lejos, son extraordinariamente ricos los fondos documentales atesorados en el archivo de la Casa de Ganaderos de Zaragoza, en su casi totalidad todavía inexplorados, y en ellos la información toponímica sin duda ha de ser sorprendentemente varia y amplia, considerados los extensísimos derechos territoriales de que siglos atrás gozó la agrupación ganadera zaragozana.

14. Un abundantísimo expurgo toponímico consigue SAN VICENTE, A. en *Dos registros de tributaciones y fogajes de 1.413 poblaciones de Aragón correspondientes a la Cortes de los años*

algunas todavía inéditas y otras muy deficientemente publicadas¹⁵, relatos de viajeros y descripciones cosmográficas o geográficas como la del portugués Juan Bautista Labaña¹⁶, o las que, si bien en un plano cronológico mucho más reciente, registra el magno diccionario de Madoz¹⁷, e incluso de inapreciable interés será la revisión de la vieja cartografía, que nos facilitará variantes de topónimos modernos, formas topográficas hoy desaparecidas y otras que antaño designaron lugares habitados luego convertidos en despoblados¹⁸. Y así hasta un larguísimo etcétera de posibilidades documentales.

3.3. La exigencia de cooperación interdisciplinaria debe extenderse al mismo terreno lingüístico, demasiado amplio y complejo como para que nadie esté en disposición de dominarlo en su integridad con iguales dosis de competencia para todas las parcelas de conocimiento que comporta. Centrándonos en los problemas de índole lingüística que puede suscitar la toponimia aragonesa, y dejando a un lado por ahora las dificultades puntuales que a cada paso irán surgiendo, los situaría yo en tres principales niveles, que lo son lo mismo de orden cronológico que idiomático:

a) Desde el punto de vista numérico tiene una gran entidad el grupo de voces toponímicas de ascendencia prerromana, importancia que aumenta considerablemente cuando de las comarcas más arcaizantes del Pirineo y aledañas se trata. Frente a este capítulo léxico toda precaución es poca, dado que mucho más se ignora que se sabe de las lenguas un día existentes en la Península antes de que se implantara la cultura de Roma, y dada la penuria de auténticos expertos en la materia que se sufre en España¹⁹.

1542 y 1547, «Geographicalia 1», Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1980. Y numerosos nombres geográficos constan en el corpus textual de las posesiones, rentas y derechos de la sede turiasonense que editan CORRAL LAFUENTE, J. L., y ESCRIBANO SANCHEZ, J. C., «El obispado de Tarazona en el siglo XIV: el libro chantre», *Turiaso*, I, 1980 [1981], págs. 11-154.

15. Aun cuando el contenido onomástico puede ser escaso, o nulo en ocasiones, enorme interés para la comprensión del sentido de viejos topónimos tiene la exhumación de textos como el de las *Ordinaciones reales de la Comunidad de Calatayud (MDCXXXVII)*, reproducido en facsímil por la Institución «Fernando el Católico» (Zaragoza, 1982). Datos más diversificados y puntuales se encontrarán en corpus relativos a renovaciones de amojonamientos, deslindes entre términos municipales contiguos y disputas territoriales.

16. Particular oportunidad histórica le cabe a su *Itinerario del Reino de Aragón* (con edición zaragozana de 1895), redactado apenas consumada la expulsión de los moriscos aragoneses, que tan graves problemas de despoblación trajo consigo.

17. MADOZ, Pascual, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1845-1850. Recopilados los datos concernientes a las provincias aragonesas de esta magna obra, han sido facsimilarmente reeditados por la Diputación General de Aragón en tres tomos (Valladolid, Ámbito Ediciones, 1985-1986).

18. Gran valor bibliográfico sobre esta cuestión encierra *La cartografía de Aragón*, Diputación General de Aragón, Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa, 1988.

19. En muy pocas universidades de nuestro país se presta atención al estudio de las lenguas prerromanas de la Península y, desde luego, el proceso de aculturación que se siguió a resultas de la implantación del latín hace que sea éste uno de los más intrincados problemas que plantea la historia de los pueblos hispánicos, panorama que aún se ha ensombrecido más con los recientes fallecimientos de A. Tovar, L. Michelena y María Lourdes Albertos.

Una asignatura pendiente, pues, que habremos de intentar aprobar poco a poco, y para mí tengo que es precisamente el atento estudio de los nombres de lugar uno de los medios más seguros que permiten una aproximación a tan peliaguda cuestión.

b) Abundantísimas son asimismo las palabras de origen árabe que arraigaron como vocablos topográficos de Aragón, sobre todo en la ancha franja central de este dominio que tiene por eje al río Ebro, y a su correcto análisis etimológico indiscutiblemente ayudarían no poco las orientaciones de un conspicuo arabista.

c) Por último, daría mayor seguridad a nuestras pesquisas la colaboración de un buen investigador de la dialectología catalana, ya que en el límite oriental de nuestra región se entremezclan rasgos lingüísticos castellano-españoles y aragoneses con los propios del catalán, y ello hasta en hablas sin ningún género de duda adscritas a esta última lengua; tal la de Mequinenza, en cuyo territorio municipal se encuentran pagos denominados *Isla* y *Vall de Carnés*, con la expresión léxica de un puro préstamo en el primer caso, mientras que resulta evidente el carácter híbrido del segundo²⁰, así como otros nombres de lugar que tal vez reflejen aspectos de un dialectalismo fonético aragonés, de lo que serían ejemplos *Collada Rocha* y *Monegré*²¹. Y no faltará la ocasión de que algún otro término onomástico de la misma localidad promueva cuestiones todavía más comprometidas, cual sería la de si se acepta o no el por Corominas propuesto mozarabismo de *bolo* 'piedra redonda', que el lexicógrafo catalán ha oído en el dialecto del Maestrazgo y en tierras valencianas situadas más al sur²², o si, por el contrario, se piensa mejor en un castellanismo o aragonesismo, teniendo en cuenta que también se registra a orillas del Ebro, en el mequinenzano *Punta Bolo*.

4. Para terminar, me permitiré añadir unas cuantas precisiones más, lamentando no poder exponerlas con la extensión que habría de dárseles, pues sin duda se discutirán pormenorizadamente en las reuniones preparatorias de la efectiva puesta a punto del proyecto, si es que las instancias a cuya consideración se somete estiman oportuna su aprobación. Independientemente de la respuesta que se reciba, somos varias las personas ya comprometidas en el estudio de la toponimia de Aragón, porque conocemos las ventajas que de dicha investigación cabe esperar en aras al perfeccionamiento cada vez más logrado de la historia, lingüística y extralingüística, de la región. De todos modos, es preciso curarse en salud y ser cautos en la manifestación de buenos deseos: sin el soporte institucional no será fácil ni formar un verdadero equipo ni, quizá menos aún, mantener la actividad sostenida y amplia que el caso requiere.

20. *Isla* también es topónimo de Fayón, localidad inmediata a Mequinenza y asimismo de habla catalana. En *Vall de Carnés* se verifica el arag. *carner(o)* en lugar del cat. *moltó*.

21. En *Rocha*, si es que la *ch* representa la pronunciación local con /ç/ del cat. *roja*, lo cual es más que probable, tratándose de un fenómeno de ensordecimiento y de equivalencia acústica de sonidos de diferente tipología lingüística bien conocido en las hablas fronterizas, pero que de manera esporádica se registra en confusiones de las ant. /š, ž, š, ž/ con /ç/ en todo Aragón, con lexicalizaciones como las de *gachapo* 'gazapo', *rechumar* 'rezumar', *facha* 'faja', *mechana* 'mejana', entre otras: de esta cuestión trato en «Nueva contribución a la historia del reajuste fonológico del español moderno», *Cuadernos de Filología. Studia Linguistica Hispanica*; II, 2, 1980, págs. 68-71. La forma *Monegré* atestigua la pérdida de la /-t/ final de palabra, que no se esperaría en un cat. *mont negret*, pero que sí es corriente en la toponimia aragonesa.

22. COROMINES, J., *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*, Barcelona, Curial Edicions Catalanes, 1981, t. II, s. v. *bola*. Naturalmente que lo mismo podría tratarse de un castellanismo que de un aragonesismo, quizá más de lo segundo si se tiene en cuenta el condicionamiento geográfico y social que a esta cuestión léxica afecta.

4.1. De las encuestas de campo dos advertencias que la experiencia enseña hay que traer a colación. La primera, que su exigencia se hace fundamental cuestión de método cuando se quiere inventariar con pretensiones de exhaustividad los nombres de lugar de cualquier dominio, pero no sólo porque con las respuestas de los informantes rurales vayan a descubrirse variantes de interés para el estudio toponímico, o porque se aguarde de ellas la mayor concreción y exactitud onomástica, sino también porque son incontables los términos corográficos que en parte alguna se hallan asentados por escrito. La segunda enseñanza pone en guardia contra el riesgo que supone salir a la recogida de topónimos sin una idea siquiera aproximada de qué materiales léxicos se espera encontrar. No es, por supuesto, equiparable la encuesta toponímica a la que, por ejemplo, usualmente se hace en geografía lingüística, principalmente porque la toponimia no pertenece al habla viva y, en cambio, está formada por nombres propios en los que el aspecto significativo puede resultar por completo secundario, o incluso no contar absolutamente para nada.

4.2 Por consiguiente, vendrá muy bien antes de nada disponer de una lista de nombres de lugar del municipio de próxima investigación, lista que es fácil componer a partir de los catastros de las Delegaciones de Hacienda, o en registros que hayan podido sustituirlas en la nueva Administración Autonómica, así como en los de la Confederación Hidrográfica del Ebro o de los antiguos sindicatos de riegos, entre otras fuentes del género, sin descuidar el esquilmo de los mapas del servicio cartográfico del Ejército, pero tampoco perdiendo de vista el hecho de que en estos medios de información, en unos más que en otros, muchos serán los errores y abundantes asimismo las ausencias. Una vez provistos de este bagaje toponímico, será la ocasión de visitar el terreno para contrastarlo y ampliarlo, primero en el archivo del mismo ayuntamiento y luego mediante preguntas dirigidas a los informantes más idóneos que sea dado hallar, labradores y hortelanos en pesquisas relativas a tierras agrícolamente aprovechadas, regadores para la recolección de hidrónimos y pastores para la de topónimos de las zonas de monte y de secano.

En este cometido no deja de tener utilidad seguir de cerca la parcelación municipal en pagos o partidas que obra en las hojas catastrales, tal vez completada con la que los propios campesinos aporten. Y asimismo será bueno apoyarse en un cuestionario breve y abierto, formulado sobre la base de unos cuantos campos léxicos, de carácter semántico o de otra índole, entre ellos:

1. Hagi-toponimia.
2. Antroponimia: nombres de persona empleados como denominaciones de lugar.
3. Fauna.
4. Flora.
5. Nombres de edificaciones de tipo religioso, militar o agrícola usados como topónimos.
6. Relieve del terreno: cuevas y hondonadas; valles, navas, vaguadas y barrancos; cumbres, cortados y hoces; llanos, coronas y mesetas; cuevas y simas; derrumbaderos y ramblas.
7. Utilización agrícola del suelo: huerta, otras tierras de regadío, secano y monte.
8. Clases de cultivos y técnicas agrícolas.
9. Formas y partes de los campos; composición y color del terreno.
10. Yermos y pastizales.

11. Nombres de instituciones eclesiásticas, reales, nobiliarias y municipales, o de cualquier otra organización civil.
12. Tradiciones populares con reflejo en la toponimia.
13. Voces de actividades artesanales, industriales y mercantiles.
14. Vías de comunicación y medios de transporte.
15. La orientación y los vientos. Otros fenómenos atmosféricos.
16. Hidronimia: ríos, arroyos y torrenteras; aguas embalsadas natural o artificialmente; pozos, fuentes y manantiales; terrenos remanados; saltos de agua; cauces de riego.

Y algunos epígrafes más que fácilmente podrán añadirse a éstos, sin soslayar la circunstancia de que muchos topónimos son de difícil, cuando no imposible, clasificación.

4.3. Siempre que una palabra o conjunto tanto léxico como fraseológico se ha convertido en topónimo inevitablemente ha mediado una motivación, y cada uno tiene la suya particular. Ocurre, sin embargo, que con el transcurso del tiempo fácilmente se llega a borrar el nexo conceptual que en un principio unía a la voz con el sitio objeto de su denominación, y en muchas ocasiones la deformación fonética experimentada por los vocablos ha podido enmascarar la primitiva relación significativa, aunque ésta no señalara otra cosa que la mera posesión de la tierra por determinado personaje. Restituir el sentido de los nombres de lugar es cuestión primordial si se quiere sacarles a la luz los matices históricos que atesoran.

Por lo que atañe al específico componente semántico originario de muchos topónimos, de no escasa ayuda para su recuperación será rastrear el grado de pervivencia que los distintos términos topográficos presentan en el vocabulario de las hablas populares hodiernas, búsqueda que supone llevar a la práctica la deseable complementación entre la investigación toponímica y la dialectológica, que sólo beneficios mutuos puede producir²³. Justamente, la conservación en la toponimia de numerosos arcaísmos, regionalismos y dialectalismos aconseja poner el mayor cuidado en la delimitación de las comarcas en que un extenso territorio como el aragonés habrá de compartimentarse, ya que no parece prudente encuestarlo todo a la vez.

Pero quizá tampoco estaría de más trazar algunos ejes geográficos más amplios que permitan poner de relieve las influencias lingüísticas y culturales que, procedentes de dominios vecinos, se han ido posando en ellos a lo largo de los siglos, y donde se muestren las interferencias y contrastes hoy existentes entre las varias áreas por ellos atravesadas. En Aragón cabría dibujar al menos dos grandes líneas transversales, una central constituida por las hablas ribereñas del Ebro y otra marcada por la sucesión de

23. El apoyo de una inquisición dialectal complementaria servirá para dar con el significado de no pocos topónimos, y la verificación de la difusión geográfica con que determinados nombres de lugar se presentan puede revelar en su más exacta dimensión el verdadero arraigo histórico de los correspondientes nombres comunes en la misma área. Para ejemplificar lo que digo traeré a colación el libro de FABRE, Paul, *L'affluence hydronymique de la rive droite du Rhône. Essai de micro-hydronymie*, Publication du Centre d'Etudes Occitanes, Université Paul Valéry, Avignon, 1980. En esta obra, cuya consulta dificulta la falta del imprescindible índice de voces, y a pesar de quedar circunscrita al campo de la hidronimia, son muchísimos los materiales onomásticos tratados morfosintácticamente y semánticamente, acompañados también de breves notas etimológicas y dialectológicas.

los valles pirenaicos²⁴, amén de pasillos verticales, como los que siguen las cañadas conducentes desde el Pirineo a las llanuras de la depresión ibérica, o, más al sur, los formados con los dos ramales de la Cañada de Cuenca que por Molina y Albarracín ponían en contacto a los pastores aragoneses con la Mancha y Andalucía.

24. Como más arriba he indicado, objeto de mi tesis doctoral fue la toponimia existente a lo largo del Ebro navarroaragonés, investigación en la que he insistido durante varios años y que habrá de prolongarse otros más: en este corte transversal hecho por el centro de Aragón sobre su acervo de nombres de lugar se reflejan antiguas interferencias catalano-aragonesas por un lado y castellano-aragonesas por otro, hallándose también onomásticamente plasmados no pocos hitos del proceso de castellanización secularmente experimentado por dicha franja ribereña.

VOCES ARAGONESAS EN EL DRAE

GREGORIO SALVADOR

Actas del Congreso de Lingüistas Aragoneses, pp. 21-27, Zaragoza, 1991

En una comunicación que presenté, hace diez años, al VIII Simposio de la Sociedad Española de Lingüística y que fue publicada en el tomo décimo de la *RSEL*, con el título de «Lexicografía y Geografía lingüística», puse de manifiesto que uno de los ideales lexicográficos más evidentes, para el Diccionario de una lengua de tanta anchura territorial como la española, es el de indicar el ámbito de difusión de cada voz o de cada acepción en los casos, abundantísimos, en que voz o acepción no sean generales. Señalé los fallos, al respecto, de nuestro Diccionario académico, que, al reducir a manual el primitivo de Autoridades, prescindió de las frecuentes y curiosas relaciones de sinónimos geográficos que éste solía reunir en una misma entrada, desperdigándolos en el orden alfabético, con la marca geográfica reducida a una abreviatura y sin ninguna referencia que los relacione, a no ser con el término considerado general, si es que la definición se ajusta, lo que no siempre ocurre, a una equivalencia con éste, que se marca entonces en seminegrita. La versión simplificada es natural que suprimiera la carga de autoridades literarias, que ya habían cumplido su función y que alargaban tanto cada entrada, pero la reducción no tenía por qué haber afectado a las localizaciones geográficas contrastadas, que comportaban una finalidad muy diferente. Precisamente tales palabras «provinciales», como se denominaban en el prólogo, solían carecer de autoridad literaria que las respaldase y respondían a una idea del corpus lexicográfico de una lengua que superaba el criterio del testimonio literario o la aceptación general como regla selectiva, lo que convirtió, *ab initio*, a nuestro Diccionario académico en obra singular y, desde luego, diferente de sus modelos académicos, el italiano y el francés.

La importancia que, en este sentido, corresponde al *Diccionario de Autoridades* y mi interés por conocer con exactitud hasta dónde había llegado en su aceptación de voces dialectales, me llevó, llegado el caso, a sugerirle a mi hija, Aurora Salvador Rosa, que realizase su memoria de Licenciatura sobre «Las localizaciones geográficas en el *Diccionario de Autoridades*», una síntesis de la cual se publicó luego en *LEA*, VII, 1985, págs. 103-139. Sabemos así, con pormenor, cuántas y cuáles fueron las voces de Aragón incluidas en aquel Diccionario, exactamente 581 de las 1.400 que aparecen con localización geográfica, el grupo con mucho más numeroso y que podía haberlo sido bastante más de no haberse enfadado don José Siesso de Bolea, el diligente corresponsal aragonés, tras la publicación del primer tomo, pues de las 581, 198 corresponden a la letra *A* y 117 a la *B*, es decir, bastante más de la mitad. No fueron, pues, ni Escuder ni Torrero ni Nasarre tan solícitos como Siesso y su aportación fue mucho más limitada: la letra que les sigue en número es la *T* y sólo tiene 23 voces de este Reino.

Yo decía, en mi ya mencionada comunicación, que las cuestiones geográfico-lingüísticas no son secundarias, ni mucho menos, en la consideración global del léxico de una lengua, y que el Diccionario general debe ofrecer, con preferencia a los nombres de cosas muy localizadas, los nombres bien localizados de las cosas conocidas. No es fácil esto sin atlas que cubran todo el dominio lingüístico, pero ya van siendo bastantes los que hay y los lexicógrafos tienen la obligación de utilizarlos hasta el máximo de sus posibilidades, no se pueden permitir el lujo de desdeñar la información que los atlas lingüísticos proporcionan.

Estas eran mis propuestas en 1978. Y lo siguen siendo, pero con la diferencia de que ahora el lexicógrafo comprometido con llevar a cabo esas propuestas soy yo mismo, que dirijo desde hace seis meses la revisión del *Diccionario de la Real Academia Española* y preparo, con una docena de lexicógrafos entusiastas y bien formados, la que ha de ser su vigesimoprimera edición. Pues bien, lo primero que he de reconocer es que no es lo mismo predicar que dar trigo. Manuel Seco suele decir, con una alegoría

eclesiástica, que hay dos clases de lexicógrafos, los teólogos y los misioneros, unos que teorizan sobre la descripción del léxico, que proponen métodos, que critican implacables los fallos y omisiones de los diccionarios existentes, y otros que, simplemente, se ponen a hacer un diccionario. Confieso, siguiendo con la imagen, que el paso de la teología a la misión no es cómodo y que los problemas prácticos son muchos más de los que uno podía imaginarse.

Mi intención, por lo tanto, al venir hoy aquí, no es la de ilustrar sobre las voces aragonesas del *DRAE*, sino la de pedir consejo sobre las cuestiones que algunas de esas voces nos están planteando, oír opiniones sobre el tratamiento que hayamos de darles, solicitar ayuda para que, en esa próxima edición, estén todas las palabras aragonesas que deban estar, que posiblemente son muchas más de las que hay, pero también la venía para eliminar no pocas, que no se sabe muy bien qué es lo que pintan en un diccionario general.

Les diré que son 963 las palabras con localización aragonesa que registra la última edición del *DRAE*. Esta cifra no la debo a ningún recuento personal, sino a información proporcionada por el ordenador de Espasa-Calpe, que sirve de soporte informático al Diccionario. No se ha llegado a doblar, pues, en los doscientos cincuenta años transcurridos, desde el *Diccionario de Autoridades*, el número de voces de esta región con marchamo académico. Están mejor distribuidas, eso sí, las 198 de la *A* han quedado reducidas a 152, y a 54 las 117 de la *B*, pero en cambio son 142 las de la *C*, que eran 13 en *Autoridades*, o 103 las de la *E*, 100 más que en el viejo Diccionario, 61 en la *M*, en vez de 22, 44 en la *S*, en vez de 5, 73 en la *T*, en vez de 23, y las 3 que había en la *Z* se han convertido en 18. No detallo más, pero éstas son las proporciones. Las cifras, unas y otras, me merecen suficiente garantía. Es posible que a mi hija se le escapara alguna en su recuento, pero tampoco me fío demasiado del ordenador. Se le ha pedido que localizara y enumerara todas las entradas donde apareciera la marca *Ar.* = Aragón, pero hay tal vez algunas palabras en las que se ha mantenido el texto de *Autoridades* sin adaptarlo y sin reducir el nombre del reino a abreviatura. Por lo pronto ya he encontrado una: «*zalmedina*. Magistrado que había en lo antiguo en Aragón con jurisdicción civil y criminal». Una que además son dos, porque también aparece bajo la forma *zabalmedina*. Tanto una como otra rompen la norma que ha ido desarrollando el *DRAE* sobre las informaciones del llamado «primer enunciado», y su normalización requerirá que, en la próxima edición, lleven las dos marcas *ant.* y *Ar.*, de antiguas y aragonesas, y dejen limpia la definición.

En cualquier caso, no creo que sean muchas las voces que estén afectadas por esta particularidad, y, de todos modos, las que existan, como éstas, será porque hagan más bien referencia al ámbito objetivo donde la institución o la cosa existe que a la zona lingüística donde se denomina así, es decir, apuntarán más bien hacia realidades o contenidos propios de Aragón que hacia la palabra como tal palabra.

El caso mencionado nos pone en la pista de otro hecho que, con respecto a numerosos dialectalismos, ocurre también en el diccionario, y es la duplicidad de formas con que a veces aparece la misma palabra. Por ejemplo, *azole* envía a *zolle* 'pocilga'; pero si miramos el correspondiente mapa del *ALEANR*, el 779, encontramos que *azole* sólo aparece en un punto de la provincia de Zaragoza (el 200, Salvatierra de Esca), alternando con *porciga*, mientras que *zolle* es la forma registrada en cuatro puntos de Zaragoza y 23 de Huesca. No hay, pues, razón para que *azole* esté en el diccionario general, pues el mismo derecho tendrían *zolla* o *zollón*, que también aparecen en sendas

localidades de Huesca, y más aún *zuelle*, que se ha registrado en una de Huesca y dos de Zaragoza. El *DRAE*, que ha recogido estas dos voces en su última edición, pues no estaban en la del 70, las ha debido de tomar del *Diccionario* de Pardo Asso, que es quien da las dos formas y ninguna de las otras que ofrece el Atlas; él las debió tomar de Borao, que también las registra, pero indicando, con acierto, que *azolle* es «sólo usado en algunas localidades». Pero es que la misma voz *porciga*, que alterna en Salvatierra de Esca con *azolle*, se da en otra localidad de Zaragoza, y fuera de Aragón, en 13 de Navarra y 1 de Logroño, no está recogida en el *DRAE*, es forma más próxima a su étimo y naturalmente hay mucha más razón para incluirla. Como asimismo *corte*, con esta acepción de ‘pocilga’, que aparece en 15 puntos del Atlas (12 de Teruel, 2 de Zaragoza y 1 de Huesca) o *choza*, también con esta acepción en 11 puntos de Zaragoza y 5 de Teruel, o *corraleta* en 10 de Huesca y 2 de Teruel. Así, pues, el análisis de un solo mapa, el de *pocilga*, nos da argumentos para eliminar la entrada *azolle* del *DRAE* y base para introducir *porciga* y una nueva acepción para *corte*, para *choza* y para *corraleta*, marcadas como aragonesismos.

Estos últimos ejemplos, los de voces conocidas con acepciones inesperadas, o al menos no incluidas en el Diccionario, nos obligan a tomar conciencia de un hecho apenas tratado, pero de un extraordinario interés lexicográfico, lo que pudiéramos llamar la polisemia geográfica. Con frecuencia, la serie de acepciones de una palabra tiene un reparto geográfico muy preciso que no siempre el Diccionario indica. Porque se le ha prestado mucha más atención al fenómeno de la geosinonimia que al de la distribución territorial de los significados de un mismo vocablo. Por lo pronto los Atlas lingüísticos ofrecen, desde su propia estructura, mapas geosinonímicos, mapas de diversos significantes para un mismo significado, pero si lo que uno quiere saber son los significados con los que se puede presentar el mismo significante, eso ya requiere cotejo de mapas y ni siquiera se tiene la seguridad de acotar la materia.

En el *DRAE* aparecen, entre otras muchas acepciones de *corte*, las de ‘corral’, ‘establo’ y ‘aprisco’, pero no esta de ‘pocilga’. Todas ellas deberían estar marcadas geográficamente y ninguna lo está. La nueva podrá ir localizada como de Aragón, pero ¿y las otras? Veremos a ver lo que nos muestran los demás atlas.

Corral es, según el *DRAE*, «sitio cerrado y descubierto en las casas y en el campo», pero en 25 puntos del *ALEANR*, mapa 779, es «cuadra para las caballerías», porque el término *cuadra* en 69 puntos de Aragón, 33 de Navarra y 29 de La Rioja, ha sido la respuesta para *establo* (*de vacas*) en el mapa 559. Todos estos significados regionales no han sido aún registrados por el *DRAE*.

La décima acepción de *luna* en el *DRAE* es la de «patio abierto o descubierto», marcada como aragonesa, y que efectivamente apareció ya así en el *Diccionario* de Borao. En el *ALEANR* sólo aparece en un punto de Zaragoza y otro de Teruel, en el mapa 540, como «parte descubierta de la corraliza». Aparte la escasa documentación, lo que deja un poco perplejo es esa definición de Borao, copiada por el *DRAE*, que a su vez define *patio* como «espacio cerrado con pesebres o galerías, que en las casas y otros edificios se deja al descubierto». Pero si volvemos al *ALEANR*, en el mapa 777, dedicado a *corral*, veremos que *patio* aparece como respuesta en 19 puntos de Aragón, lo que hace suponer que Borao estaba pensando en un patio distinto del académico y que la Academia, al repetir sin más la definición, se equivocó de *patio*.

En muchas ocasiones el Atlas puede orientar, pues, hacia definiciones más adecuadas. Es lo que ocurre también con *brosquil*, aragonesismo que el *DRAE* registra

como estricto sinónimo de *redil*, en cuyo mapa, el 591, no aparece ni una sola vez. Pero sí en 17 puntos del mapa 620: *Cuchitril (o sustituto) que hay en la majada para meter a los cabritos*. La definición académica procede de Borao, porque la de Pardo es «redil, apartado en el corral para tener separada alguna res».

Otra voz aragonesa del *DRAE*, tomada tal cual de Pardo Asso, es *otilar* «aular el lobo», que también registró Borao pero sólo como de «algunos pueblos del Somontano». En el mapa 697, *aular, otilar* no aparece ni una sola vez, pero sí diez veces *utilar*, tres *autilar*, cuatro *atular*, otras cuatro *tular* y una *otular*. Son lo que podríamos llamar «alolexías» de una voz común, pero lo que resulta evidente, a la vista del Atlas, es que, o se quita del Diccionario o se sustituye *otilar* por *utilar*, que parece la forma predominante. En estos casos, sin documentación literaria y con tanta variedad de significantes, tal vez lo más prudente sea dejar la serie a la consideración del Diccionario histórico y suprimirla en el usual.

Escalerón como «escalón, peldaño» lo localiza el *DRAE* en Aragón y Santander, y *escalera*, con el mismo valor, como «de algunas partes», aunque María Moliner, que al fin y al cabo era aragonesa, convierte el «de algunas partes» en Aragón y Navarra. Pues bien, en el mapa 786, el de *escalón, peldaño, escalerón* sólo aparece en siete puntos aragoneses (5 de Huesca y uno de cada provincia restante), mientras que *escalera* aparece 47 veces. En el mapa de *rellano de la escalera*, el 787, *escalerón* aparece en siete puntos. La palabra la toma la Academia del Diccionario de Pardo, para el cual sólo existe con el primer valor.

He hablado de la condición aragonesa de María Moliner. En el mapa 696 del *ALEANR*, voz con que se llama al gato para que se acerque, la contestación más abundante ha sido *misino*, forma que no incluye el *DRAE*, sino *Michino*. En cambio, María Moliner no sólo la incluye, sino que la da como usual, relegando *Michino* a la rareza de la definición en cursiva.

En el mapa de *nidal, poneder*, el 711, *poneder* aparece en 77 puntos de Aragón (y 19 de Navarra), mientras que *poneder* sólo en 17 y *nidal* en 13. La Academia no recoge este significado de *poneder*, que habrá que incluirlo como de Aragón y Navarra, pero María Moliner sí y además en letra redonda, como usual.

Mantiene, en cambio, la lexicógrafa de Paniza la locución *huevo en agua* que el *DRAE* marca como aragonesa con el valor de «huevo pasado por agua». Ustedes me dirán si este uso es normal, porque resulta que el mapa 711 del *ALEANR* recoge esta expresión en 9 puntos y con variantes de construcción en cinco más con el valor de «huevo podrido o echado a perder» y me resulta extraña esta coexistencia de valores tan contrarios para la misma expresión.

Estos son algunos de los casos problemáticos que la comparación de las voces aragonesas del *DRAE* con los datos del *ALEANR* y con otras fuentes lexicográficas nos ha ido planteando. Una de mis colaboradoras, Carmen Castillo Peña, trabaja con rigor, con esmero y con inteligencia en esta parcela de la revisión que hemos emprendido. Pero la colaboración de los aragonesistas (y sobre todo de los aragonesistas aragoneses, con su instinto lingüístico regional) sería extraordinariamente valiosa para que fueran mejores los resultados, más certeras las decisiones que tomemos. Yo estoy dispuesto a proporcionarles a aquellos que lo deseen la lista de los 963 vocablos aragoneses que incluye el *DRAE* para que me hagan las observaciones oportunas.

De todos modos, manejar y decidir sobre esta lista no es lo más difícil para nosotros. Lo peor es esa enorme cantidad de acepciones no localizadas por el Diccionario y que, sin embargo, tienen su área limitada a determinadas zonas y regiones. Lo más arduo es descubrir en el Diccionario esos aragonesismos no marcados, que se dan como de uso general.

Pienso, por ejemplo, en *zarria*, de la que el *DRAE* da dos acepciones sin localizar, una «cazcarria» otra, «pingajo, harapo». Los vocabularios dialectales proporcionan alguna más como «mujer desarrapada y sucia» o incluso «tropel», pero la segunda del Diccionario académico, la de «pingajo, harapo» no es ni mucho menos general y es posible que su empleo sea precisamente aragonés, según mis indagaciones. Claro que no basta con que ustedes me digan que se usa aquí, que a lo mejor no me lo dicen, porque necesitaría tener la certeza de que no se emplea en otros lugares. Ahora bien, mientras aparezca como general, nadie la va a reivindicar como suya. Si la damos como aragonesa y es también de otras regiones, ya saldrá quien lo diga.

En fin, yo he venido sobre todo a preguntar, a cambiar impresiones y a aprender. Por eso lo que me interesa sobre todo es el coloquio. Podemos pasar a él.

**LOS ARAGONESISMOS EN LOS PRIMEROS
DICCIONARIOS ACADÉMICOS**

MANUEL ALVAR EZQUERRA

Universidad de Málaga

PRESENTACIÓN

Como es bien sabido, durante el siglo XVIII, el desarrollo de las disciplinas científicas y técnicas alcanza unas cotas no logradas nunca antes. Los acontecimientos políticos del país, por lo que nos concierne, estuvieron en el origen de una amplia polémica de carácter lingüístico con la que se favoreció el conocimiento de nuestra lengua y a la que los estudiosos de hoy no pueden ser ajenos¹.

Si el XVIII es el siglo de la ciencia y la técnica, lo es igualmente de la lexicografía, no en vano se viene definiendo a esta disciplina como el «arte de componer diccionarios»², esto es, la técnica de elaboración de los repertorios del léxico. En los primeros años del siglo se funda la Real Academia Española, cuya misión principal es la de confeccionar un diccionario de la lengua, el más copioso que pudiere hacerse, según rezan los *Estatutos* de la Institución³. La publicación del último tomo del monumental *Diccionario* del jesuita Esteban de Terreros y Pando se realiza en las postrimerías del siglo⁴. Entretanto, los académicos han seguido trabajando, y han dado a luz la *Ortografía*⁵, la *Gramática*⁶, y nuevas ediciones del diccionario. Todo ello supone el nacimiento y esplendor de la lexicografía monolingüe española. Digo bien, nacimiento de la lexicografía monolingüe española, pues por vez primera se piensa en la realización de un diccionario general del español concebido desde el español, y cuyo fin último es la descripción de las palabras que forman parte de la lengua. No quiero con lo dicho privar de sus méritos al *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias⁷, un siglo anterior a la Academia, pero es que el canónigo de Cuenca no deseaba hacer un diccionario general de la lengua: pretendía demostrar el origen de las voces (por tanto, es un diccionario etimológico), y frecuentemente se preocupaba menos por el significado de la palabra que por el objeto designado, lo cual da entrada a prolijas explicaciones enciclopédicas y a documentar la palabra fuera del español⁸.

Si recuerdo aquí estos hechos es porque en ellos tuvo cierta trascendencia el léxico regional aragonés. Cuando la Academia imprime el primer tomo del *Diccionario de Autoridades*⁹ dice en el párrafo 9 del «Prólogo»: «En el cuerpo de esta obra, y en el lugar que les corresponde, se ponen varias voces peculiares y propias, que se usan

1. Véase LÁZARO CARRETER, Fernando, *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Madrid, 1949.

2. «Técnica de componer léxicos o diccionarios» es la primera acepción del término en la última edición del *Diccionario* de la Academia, Madrid, 1984. Sin embargo, la anterior (Madrid, 1970) tenía una sola definición, más larga, que comenzaba como «arte de componer léxicos o diccionarios».

3. He aducido el primer estatuto. Véase *Diccionario de Autoridades*, t. I, Madrid, 1726, p. XXIII.

4. *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes*, 4 t., Madrid, 1786-1793.

5. *Ortografía española*, Madrid, 1741.

6. *Gramática de la lengua castellana*, Madrid, 1771.

7. Madrid, 1611.

8. Véase SECO, Manuel, «El *Tesoro* de Covarrubias», ahora en *Estudios de Lexicografía española*, Madrid, 1987, pp. 97-110.

9. Madrid, 1726.

frecüentemente en algunas provincias y reinos de España, como en Aragón, Andalucía, Asturias, Murcia, etc. aunque no son comunes en Castilla: y en las de Aragón se omiten las que vienen de la lengua lemosina y no están autorizadas con los Fueros, Leyes y Ordenanzas de aquel reino»¹⁰. De este modo explica la Institución una actitud que no siempre ha sido bien interpretada: la de incorporar a su repertorio los términos regionales incluso si se carecía de autoridad para documentarlos¹¹, pero ¿qué mayor autoridad existe si no es el propio uso? El principio se ha mantenido siempre, y así, en 1914, la Academia dice que «ha ido ensanchando su criterio en virtud de una consideración muy racional: los autores más célebres, los clásicos, no inventaron las palabras ni la lengua; la lengua la forma el pueblo (la palabra pueblo envuelve a los grandes y a los chicos), y, en ese sentido, la autoridad popular, como el uso general y constante a los tiempos presentes, impone la norma y es la autoridad suprema»¹². En realidad, lo que han hecho los académicos desde los primeros momentos ha sido atender al fenómeno de ósmosis del castellano con las hablas regionales¹³ que ha venido produciéndose a lo largo de la historia de la lengua. Y es que la lengua es sólo una, aunque con todas sus variantes, no sólo el empleo literario, o el hablar castellano o madrileño, sino todo el conjunto. Esto fue perfectamente entendido desde el principio por la Academia, y de ahí el respeto de que ha gozado y el prestigio que mantiene aún en nuestros días. Por ello también la presencia abundante de términos de origen regional, comarcal, y hasta local, en su diccionario.

Los primeros vocabularios de regionalismos peninsulares que se publican son los del aragonés, sin duda por la entidad de esos términos en la obra académica. Pero lo importante es que no se conciben como algo fraccionante, diferenciador, sino con la pretensión de incorporarse al caudal común de la lengua, que, repito, es sólo una a pesar de sus múltiples variedades. Por ejemplo, Mariano Peralta con su obrita¹⁴ desea enriquecer la lengua y proporcionar una lista de palabras de su región que faltan en el diccionario oficial¹⁵. No es otra la posición de Borao cuando termina la «Introducción» de su diccionario con unas palabras que ya he reproducido en otra ocasión y que, por su importancia, deseo aducir de nuevo. Dice: «Puesto que se ha perdido literariamente, aun en los márgenes del Ebro, el habla aragonesa; puesto que, lejos de perfeccionarse ni aun conservarse estos dialectos, amenazan confundirse poco a poco en el idioma general; bueno fuera que la lengua conquistadora utilizara en beneficio común esos restos lingüísticos que de otro modo han de perderse, y entonces, ya que el vocabulario aragonés no se conservará sino en libros como éste u otros de mejor desempeño, ni

10. *Ibidem*, p. V. Véase GILI GAYA, Samuel, *La lexicografía académica del siglo XVIII*, Oviedo, 1963, p. 19.

11. Cfr. mi artículo «Los regionalismos en los diccionarios, y vocabularios regionales», apud. ALVAR, M. (coord.), *Lenguas peninsulares y proyección hispánica*, Madrid, 1986, pp. 175-199, y en especial la p. 183.

12. *Plan general para la redacción del Diccionario Histórico de la Lengua Castellana*, Madrid, 1914, p. 6.

13. Véase mi trabajo «Los prólogos del *Diccionario* académico: nomenclatura específica y microestructura», RFE, LXIII, 1983, pp. 205-222, y en especial la p. 207.

14. *Ensayo de un diccionario aragonés-castellano*, Zaragoza, 1836 (reimpr., Palma de Mallorca, 1853).

15. Cfr. mi artículo «Los regionalismos...», p. 187.

serviera sino como una curiosidad filológica; contribuiría por lo menos a enriquecer el acervo común de la sin par lengua española, y, a cambio de tantas glorias abdicadas en favor de la unidad ibérica, conservaría el Aragón la de haber mejorado con su hermoso dialecto el habla rica de Cervantes»¹⁶. Es el difícil empeño de enriquecer la lengua común, no el fácil entretenimiento de abjurar de ella e intentar quebrar su unidad amparándose en mezquinos intereses pasajeros.

Cuando la Academia imprime en 1726 las palabras que he citado más arriba, ya han ocurrido varios episodios que tienen como centro el vocabulario aragonés. Es sabido que para la confección del *Diccionario de Autoridades* hubo cuatro especialidades confiadas a técnicos de reconocida solvencia, frente al resto del trabajo que se realizaba en común. Tales especialidades fueron el blasón, las matemáticas, la ceterería y las voces del Reino de Aragón¹⁷. Al escribir la *Crónica* del primer diccionario académico, Fernando Lázaro Carreter cuenta cómo el día 11 de abril de 1715 se decide incluir los vocablos aragoneses que se ha brindado a enviar un caballero zaragozano, José Siesso de Bolea. El trabajo es grande y meritorio. Por eso, cuando aparece el primer tomo de la obra y no se ve mencionado como colaborador, Siesso, dolido, anuncia que interrumpe sus envíos; la junta, deseosa de que no falten en la obra las palabras de aquella región, y enojada por el puntillo de don José, acuerda que se dediquen los académicos «a buscar las tales voces que se deben poner de las usadas en el reino de Aragón», (11-XI-1726)¹⁸.

Para entonces, el quehacer de Siesso había obligado a la Academia a unas serias reflexiones sobre las lenguas de España y los dialectos del español. En la sesión del día 6 de abril de 1724 se acordó que «con el motivo de haber remitido en el correo último don José Siesso de Bolea algunas adiciones de voces aragonesas de la letra *A*, se propuso haberse reparado por algunos señores Académicos que, siendo el Diccionario de la lengua castellana, era extraño poner las voces de aquel reino; y habiéndose disputado largamente sobre ello, y teniéndose presente que la lengua aragonesa no es distinta de la castellana, como las de Cataluña y Valencia, aunque conserva algunas voces de la lemosina, y tiene otras muchas particulares, distintas de las de Castilla, del mismo modo que en Murcia, Asturias, Andalucía, etc., se pasó a votar y quedó resuelto que las voces que fuesen propias del reino de Aragón, sin mezcla de la lengua lemosina, que se puedan autorizar con autores aragoneses, se pongan en el Diccionario, y que al dicho don José se le dé noticia para que excuse el trabajo de explicar las voces que fueren puramente catalanas, como ajenas al asunto». Fernando Lázaro Carreter hizo público este acuerdo en su *Crónica* del diccionario, comentando a continuación que no hay ninguna declaración formal sobre las otras lenguas, tal vez por un inconsciente deseo de minimizar su importancia¹⁹. Antes, Gili Gaya, al glosar las especialidades que fueron encomendadas a personas concretas, escribió que «probablemente la consideración de Reino, con tradición histórica propia y peculiaridades legislativas vivas todavía, influyó

16. BORAÑO, Jerónimo : *Diccionario de voces aragonesas, precedido de una Introducción filológico-histórica*, Zaragoza, 1859, pp. 103-104.

17. Véase la «Continuación de la historia de la Real Academia Española», en el t. VI del *Diccionario de Autoridades*, Madrid, 1739, p. 10 (sin numerar).

18. LÁZARO CARRETER, Fernando: *Crónica del Diccionario de Autoridades (1726-1740)*, Madrid, 1972, p. 27.

19. Cfr. *Crónica del Diccionario de Autoridades*, p. 28, n.º 11.

en esta estimación del provincialismo aragonés por encima del de otras regiones que fueron pronto incorporadas a la Corona de Castilla. Pudo contribuir también a ello la buena diligencia que los escritores aragoneses pusieron en inventariar su léxico»²⁰.

Cuando Sieso de Bolea dejó de trabajar para el diccionario, la Academia pidió a Juan Francisco Escuder que continuara su tarea, indicándole el 29 de mayo de 1727, tras una consulta, que «las voces que se ha tenido intención de poner son aquellas que se usan comúnmente en el reino [de Aragón], o se han usado en otros tiempos [...], excluyendo las que son puramente de la lengua lemosina, pero no las que tienen origen conocido de la latina, griega, árabe, italiana, etc., pues éstas vienen a ser voces castellanas aunque sean usadas sólo en Aragón». Para Lázaro Carreter ésta es la más preclara prueba de la liberalidad no castellanista de la Institución²¹.

El cambio de colaborador no fue muy afortunado, pues Escuder no cumplía con lo que se esperaba de él, hasta el punto de haberse retrasado el envío de los materiales del tomo segundo a la imprenta, pues hubo que esperar las voces aragonesas que no acababa de enviar²².

La posibilidad de nombrar académicos supernumerarios facilitó mucho las tareas del diccionario, y dos de los que gozaron de esta condición antes de ocupar una vacante fueron los encargados del acopio de los regionalismos aragoneses, Blas Antonio Nasarre y José Torrero Marzo, elegidos numerarios antes de que finalizase la impresión del *Diccionario de Autoridades*, en 1733 y 1736 respectivamente (eran supernumerarios desde 1730 y 1732).

Por cuanto antecede no extraña que sea el vocabulario aragonés el más numeroso de los regionales, y a la vez —quizás por ello, también— «el de mayor dispersión semántica, cubriendo campos muy dispares, desde la botánica hasta el derecho. Abundan precisamente los términos jurídicos peculiares del derecho aragonés, y los arcaísmos autorizados con textos medievales como *advocado* o *alcofol*. Aunque el criterio [...] fue recoger todas aquellas voces aragonesas que no tuviesen «mezcla de lengua lemosina», hay algunas donde esto no se cumple, como *almella*, «almendra», cuya localización es estrictamente ribagorzana»²³. Recuérdese a este propósito la explicación que daba Gili Gaya a la especial atención concedida al vocabulario aragonés, en la que están presentes la tradición histórica y las peculiaridades legislativas.

Aurora Salvador Rosa se ha tomado la paciente y pesada tarea de recontar los regionalismos del primer diccionario académico. Según sus datos el número total de localizaciones aragonesas es de 581, siguiéndoles en importancia las de Andalucía que son 177 si entre ellas contamos las del Reino de Granada, separadas de las otras en la obra. A continuación figuran las de Murcia, con 163 apariciones²⁴. En cualquier caso, los aragonesismos triplican en número a las voces particulares de las demás regiones.

20. GILI GAYA, Samuel: «Sieso de Bolea como Lexicógrafo», AFA, III, 1950, pp. 251-258. La cita procede de la p. 253.

21. *Crónica del Diccionario de Autoridades*, p. 28.

22. *Ibidem*, p. 83.

23. SALVADOR ROSA, Aurora: «Las localizaciones geográficas en el *Diccionario de Autoridades*», LEA, VII, 1985, pp. 103-139. La cita procede de la p. 128.

24. *Ibidem*, p. 127.

Esos 581 términos, de acuerdo con mis cálculos representan casi el 40% (39,5% para precisar más) del total de las voces de origen regional que consigna el *Diccionario de Autoridades*, si bien no son muchos en el conjunto de la obra, ya que sólo alcanzan al 1,6% del total de entradas.

No está de más señalar, siguiendo con la aridez de los números, que de los 581 vocablos aragoneses, dos tercios, 386 si las cifras no me engañan, pertenecen a las letras *A* y *B*, aquellas de las cuales Siesso de Bolea había enviado papeletas a la Corporación, lo cual dice mucho del interés que demostró por el léxico de su tierra, y marca las diferencias con respecto al trabajo de Escuder y sus continuadores, Torrero y Nasarre, ya que en los otros cinco volúmenes no llegan a doscientos los regionalismos de Aragón que se consignaron. Gracias a la publicación del ALEANR sabemos, a través del estudio de Aurora Salvador, que unas voces continúan todavía hoy vigentes en toda la región, pero otras sólo se atestiguan en la villa de Bujaraloz, lugar al que se hallaba vinculado Siesso de Bolea.

La historia del diccionario en un solo volumen ha ido alternando las especificaciones que había en el *Diccionario de Autoridades*, y así en la edición de 1970, la decimonovena²⁵, el 28,3% de las voces provinciales de Aragón que había en aquél están sin localizar, y se ha eliminado el 29,6% de las primeras. Pero ni la historia del léxico es tan simple como pueden dar a entender los números, ni el trabajo de los académicos ha proporcionado datos fijos e inamovibles. Aún está por realizar un estudio que analice pormenorizadamente la evolución del contenido del diccionario académico. Sin embargo, vamos sabiendo algunas cosas, aunque pocas. En el período de tiempo que medió entre 1726 y 1770, esto es, de la primera a la segunda edición del tomo primero del *Diccionario de Autoridades*, se suprimieron, al menos 122 acepciones o voces con un uso particular en Aragón (independientemente de que se documentasen a la vez en otra región), aunque algunas de ellas reaparecerán en ediciones sucesivas. Las supresiones corresponden a:

aba, acarrazar, aconseguesser, acoplarse, acorcaar, acotalar, adir, adjunción, adjungir, adveración, adverar, aescarramonchones, afigir, aguabresa, agujerado, agujerero, alcarahueya, alcofol, almadia, almar, almarrega, almelle, alméndola, almendolón, almendón, almendrica, almosta, alumbrea, amaestrear, amellón, ampricia, amputar, añadiencia, añines, aparellar, apatuscar, apatusco, aplayar, aprendigón, aram, arcebispe, arcola, arguellar, arguello, aribar, aribo, arido, armendón, arristo, arroba, arrobar, artica, asnar, assayar, atarrea, atarrión (s. v. atarrea), atobar, atrazadera, avalote, avi, avinient, avolorio, azabón, azebibe, azebiu, azo, bafanear, bafanería, bafanero, bajero, balancia, baldaquí, bambaretear, bambarotero, banar, barallar, barballa, barabarica, barcella, baro, barranquear, barranquero, barriondo, barriscar, basemia, batafalúa, batafaluga, batallera, batallo, bestiar, biscocer, bispe, bistrayer, bistreta, blanquilla, bocil, boemiano, boitrino, bolicia, boque, boquina, borrapelaire, borriba, botarquear, bravato, brescadillo, brescado, brin, brino, brisca, briscor, brosqul, brujear, brullarse, brullo, bruzno, buar, buidador, buitar, buitron, bullar y bulligar.

La mayor parte de lo suprimido son voces y acepciones que eran calificadas en el *Diccionario de Autoridades* como anticuadas o bajas.

25. Expongo los datos de Aurora Salvador Rosa, *art. cit.*, p. 137.

Aparte de las supresiones enumeradas, en otras 51 ocasiones se ha quitado la indicación de ser términos provinciales de Aragón, por más que en alguna ocasión se diga que tienen empleo en otras regiones. Las 51 voces en que ya no se dice que se trate de un uso regional aragonés son:

aclocarse, actuario, adobería, aferes, afrontar, agramadera, agramar, agujereado, albarraneo, almosna, alguival, alvidriar, amajadar, apedreadero, apuntarse, arañuela, ardid, arriendo, artesano, atocinarse, atorgar, auca, avellanera, avenir, averar, aviento, azanoria, baca, bacinero, bancarrota, bancos, barbado, barda, barra, barreado, barzón, basto, batallador, batida, becada, beneficioso, binza, bisel, bolado, bolisa, bollico, bollo, boquera, borracha, búa y bulla.

Pero el trabajo de los académicos para preparar la segunda edición de *Autoridades* no se limitó a prescindir de voces aportadas por Siesso de Bolea o a quitar la limitación de uso de Aragón en aquellos casos en que se comprobaba que el término o la acepción se empleaba en otras partes. En unos pocos casos se añadió que eran aragonanismos voces o significados sin ese calificativo en la primera edición: *ababol, abrevadero, albellón, arramblar, arrancasiego, beta* y *brocado*. Algo más abundantes son los regionalismos aragoneses no consignados antes en la obra:

abejera, abollón, abrahamar, acampo, achicado, acoplar, adaza, adventaja, algorín, alun, amprar, andaderas, andador, andadores, antecoger, apuesto, arcaz, arcén, argadillo, arienzo, barjuleta, bestial, bienza (s.v. binza), birla, birlón y bresca.

No deja de ser contradictorio que mientras se prescinde de voces aragonesas anticuadas o bajas, figure entre las nuevas incorporaciones algún elemento de esas mismas características, como *abejera* o *abrahamar*.

Es en esta edición de *Autoridades* cuando la Academia consigna por vez primera el término *aragonés, sa*, como adjetivo, «el natural de Aragón, o lo perteneciente a aquel Reyno», y también aplicado a un tipo de uva tinta de racimos grandes, la *uva aragonés*. Aduce la Academia como autoridad el *Vocabulista árabe en letra castellana* de Pedro de Alcalá²⁶, repertorio que también documenta el nombre de *Aragón*. Sin embargo, podemos afirmar que el primer diccionario en registrar *aragonés* como «el natural de Aragón» es el *Tesoro* de Covarrubias (Madrid, 1611), ya que Pedro de Alcalá copia a Nebrija y el sevillano dice en el *Vocabulario español-latino* (¿1495?): *aragonés*, «cosa desta región», pues antes registra *Aragón* (como también lo hace Covarrubias), y traduce el adjetivo por *tarraconensis*²⁷.

Diez años después de ver la luz la segunda salida del *Diccionario de Autoridades*, aparecía la primera edición en un solo tomo del diccionario académico, que ha seguido publicándose hasta hoy. Lo que en su día fue una solución provisional mientras se completaba la segunda estampa de *Autoridades* se ha convertido en la obra central de la Academia.

Si examinamos los aragonesismos del primer diccionario de la Institución en un tomo, tal vez nos demos una idea del quehacer de los académicos, y quizás también de la diferente contribución a la obra de los seguidores de Siesso de Bolea. No observo en

26. Granada, 1505.

27. GILI GAYA, Samuel: en el *Tesoro lexicográfico (1492-1726)*, t. I, Madrid, 1960, registra *aragonés* por primera vez en Covarrubias.

el repertorio de 1780 ninguna innovación con respecto a lo que ya estaba en la edición de 1770 en las dos primeras letras. Por el contrario, la letra *C* cuenta con 22 acepciones aragonesas nuevas:

cántaro, cantero, cantonada, caño, cañuto, capítulo, capolar, caracola, carnero, carpeta, casual, causar, caxeta, cebar, cintero, colodro, conducta, confitar, cortés, cuenco y cutio.

A ellas hay que añadir otros 26 términos nuevos exclusivos de nuestra región:

cabecequia, cabreo, cado, calage, calapatillo, callizo, calomanco, canabera, caricas, carnerario, casera, censal, censalista, chulla, clavellina, calviguera, colegiado, contrafirma, contrafirmante, contrafirmar, contrafuero, coqueta, correntía, correntiar, coscarana y crebol.

Más adelante, el contenido del diccionario casi no presenta novedades, al menos por lo que nos interesa ahora. Figuran unas pocas acepciones ausentes del repertorio de *Autoridades* (*despedida, escudete, gorga, horca pajera y quaderna*) y otras pocas voces incorporadas por vez primera (*racimar, ruego, señar y tozudo*), apenas nada si lo comparamos con el enorme trabajo llevado a cabo por Siesso de Bolea. En esta primera edición del diccionario en un volumen se ha quitado la sanción de aragonesismo en dos artículos (*chancellor y mieja*), y se ha puesto en otro más que no la tenía (*xamborlier*). Por último, también se han suprimido algunas acepciones propias de Aragón que habían incluido los primeros académicos: *cadencia, cambrero, camisot, habérias, messeguro, mosta y muesta* (estas dos últimas figuraban en el artículo *almosta*, del que se prescindió en la segunda salida de *Autoridades*).

La suerte ya estaba echada, y el camino señalado. Ahora le toca al diccionario recorrer doscientos años de historia de una lengua pobre en dialectos pero rica en dialectalismos²⁸. No parece que el aragonés haya llevado una mala parte, gracias, entre otras cosas, al generoso esfuerzo de Siesso de Bolea en el siglo XVIII. Pero queda por ver cómo han sido tratadas las voces aragonesas en las restantes diecinueve ediciones del diccionario oficial. Por otro lado está el empeño no menos generoso de quienes han ido recogiendo pueblo a pueblo el habla viva de nuestra región²⁹. ¿Ha aprovechado la lexicografía esos materiales? Hace muchos años decía García de Diego:

«El no haberse estudiado aún de un modo suficiente las formas vulgares del castellano, ha permitido que se miren muchas veces como elementos independientes formas que se descubren en las regiones de los dialectos, y aun que se consideren como dialectalismos los tipos que en el castellano aparecen en desacuerdo con la lengua escrita o con otros tipos de palabras. Un mejor conocimiento de la lengua hablada y de sus variantes dentro de la zona del castellano permitirá ir determinando los verdaderos dialectalismos transmitidos a distancia, las isoglosas fronterizas de invasión histórica o de penetración figurada, las variantes subdialectales internas y las formas que, siendo típicas, aparecen como excepcionales por el predominio de otras de la lengua oficial»³⁰. Cabe preguntarse ahora si todas esas expectativas se han cumplido.

28. Cfr. GARCÍA DE DIEGO, Vicente: «El castellano como complejo dialectal y sus dialectos internos», RFE, XXXIV, 1950, pp. 107-126.

29. Evidentemente, me refiero a ALVAR, Manuel y cols. *Atlas lingüístico y etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*, 12 vols., Madrid, 1979-1983.

30. GARCÍA DE DIEGO, Vicente: «Dialectalismos», RFE, III, 1916, pp. 301-318. Reproduzco las primeras palabras del trabajo.

Antes de terminar deseo no olvidar un peligro, quizás el mayor de todos: el riesgo de desaparición de las hablas demasiado protegidas. Por un lado, quienes se empeñan en encasillar lo que fue libre y no tuvo casa, en encorsetar lo que no admite corsés, pueden fragmentar y destruir lo que piensan salvar. Por otro lado, unas hablas, unos regionalismos, que ya han sido recogidos en atlas lingüísticos, en estudios monográficos, en diccionarios generales y particulares, corren el riesgo de confiarse en el amparo que brindan los filólogos y las leyes, y desaparecer definitivamente en beneficio de la lengua general³¹, pues como ha explicado Ramón Trujillo:

«El proceso de convivencia del vocabulario general con los vocabularios generales se establece sobre la base de unas relaciones de equivalencia, de forma que según el estilo de habla —familiar o no— se escoge la forma apropiada, con lo que el término «doméstico» cuenta generalmente con un sinónimo en el plano de la lengua culta (*bubango/calabacín, andoriña/golondrina, cachimba/pipa*), y sólo en contadísimas ocasiones un término local adquiere relieve general (*gofio*). Por el contrario, las palabras regionales, sean vernáculos, sean variantes dialectales que han quedado aisladas, no sufren fácilmente la convivencia con las del vocabulario general, por lo que si, además, el habla local carece de empuje o del prestigio necesarios, lo más natural es el progresivo abandono de los regionalismos, en favor de términos generalmente aceptados». Y con su peculiar sentido del humor añade: «En mi ciudad natal, La Laguna [...], a nadie se le ocurría, por supuesto, llamar *saltamontes* al *cigarrón*. Pero sucede que a la vuelta de una generación [...] en las escuelas rurales los niños se enteran, con la boca abierta, de que el *cigarrón* ya no se llama así, sino *saltamontes*, por obra y gracia de maestros mal informados y peor preparados»³².

Así, no sorprenden los resultados consignados en el ALEANR, en el que a la pregunta de qué se habla en la localidad de la encuesta no se obtuvo respuesta en ocho lugares, en otros diecinueve se contestó que *aragonés*, en doce más que *baturro*, en algunos dieron el nombre de la variedad local o comarcal, en trece fueron denominaciones derivadas del verbo *chapurrear*, junto a las que se pueden poner no pocas con carga peyorativa. Frente a todo ello, en 32 pueblos de Aragón dijeron hablar *castellano* y en dos *español*, pues «se consideran integrados en la lengua común de España porque tienen conciencia de cierto ideal de prestigio, superior al dialecto o el habla local»³³. José Mondéjar lo ha dicho con claridad meridiana: «Nosotros no tenemos más que una lengua que es la española, dentro de la cual las variedades orales son hechos de superficie de escasa significación y que de ninguna manera ayudan a demostrar quiénes somos, cómo somos; en definitiva, a presentar nuestras reales y profundas señas de identidad»³⁴.

31. Véase lo expuesto por GARCIA DE DIEGO en «El léxico español. Su riqueza», en *Revista de Occidente*, XXXVII, 1926, pp. 67-76 y en especial la p. 71.

32. TRUJILLO, Ramón: «Hablar canario», apud. ALVAR, Manuel (coord.), *Lenguas peninsulares...*, citado, pp. 163-174. La cita procede de la p. 168.

33. BUESA OLIVER, Tomás: «Estado actual de los estudios sobre el dialecto aragonés», en *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios de Aragón*, Zaragoza, 1980, pp. 355-400. La cita es de la p. 363. Tomo de este trabajo los datos expuestos.

34. Son las últimas palabras de «Naturaleza y status social de las hablas andaluzas», apud. ALVAR, Manuel (coord.), *Lenguas peninsulares...*, citado, pp. 143-149, perfectamente aplicables al aragonés.

Defendamos, sí, el habla terruñera, dediquemos a ella nuestros esfuerzos y apliquémosle nuestros conocimientos, y sirva nuestro empeño para conocerla mejor, para hacerla más nuestra si cabe, pero que el amor que le tenemos no termine sofocándola en nuestro regazo hasta quitarle la vida.

ZONAS PIRENAICAS

JACQUES ALLIÈRES

Universidad de Toulouse-Le Mirail

Quisiera antes de todo agradecer a los organizadores de este primer simposium de lingüística aragonesa por haberme convidado a participar a sus sesiones. Eso me proporciona en efecto a la vez la honra y el placer, pues mi única justificación por ello es mi amor al Pirineo y a su singularidad cultural: si por un lado vine a ser vascólogo y me atrajo el catalán en una fecha más remota aún, por el otro puedo presentarme sobretodo como gasconista a la comunidad científica, aunque las geminadas -LL- y -N- en Bielsa me ofrecieron no hace mucho la ocasión de volverme hacia Aragón, del cual tratara en otro tiempo a propósito de la forma *da* que reviste el artículo femenino en Montory, pueblo lindante con Euskalerrri, o de ciertos rasgos de la morfología verbal pirenaica para los cuales unas áreas de alta Gascuña se propagan al sur de la sierra fronteriza.

Que no constituye el Pirineo una frontera absoluta para la etnografía ni la dialectología, lo sabemos desde hace bastante tiempo. De los *Hochpyrenäen* de KRÜGER hasta las síntesis de nuestro amigo don Tomás, pasando por ELCOCK y ROHLFS, todo lo necesario fue dicho y proclamado sobre el asunto. Por eso no substituiré a don Tomás esbozando una nueva perspectiva de conjunto de lo que estuvo hecho y publicado. Me dedicaré más bien a evocar las relaciones peculiares sobre las cuales no se han insistido bastante hasta hoy entre gascón y aragonés, y por otro lado a proponer un esquema de recerca en el conjunto de este dominio pirenaico que nos toca.

En primer lugar, aludiré a lo que llamaré el «fonetismo Elcock»; dos puntos específicos me inducen a pensar que nuestra información sobre el tema queda todavía insuficiente: ya en 1963 había yo publicado en nuestra revista VIA DOMITIA un artículo titulado *Dialectologie sur les confins basco-romans: l'article défini da à Montory (Basses-Pyrénées)*, en el cual señalaba un nuevo mojón para el estudio de los herederos de -LL- geminada en esta zona tan próxima al alto Aragón rico en productos multiformes; paralelamente —o simétricamente si se prefiere—, es en Bielsa donde, en 1983, siguiendo las pisadas de nuestro amigo BADÍA, cuya valiosa monografía me había proporcionado la información, fui a recoger las últimas huellas occidentales vivas de las geminadas latinas -LL- y -NN-, que fue el tema de mi comunicación en el Congreso de lingüística y filología románicas de Aix-en-Provence. Los informes del *Atlas Lingüístico de Gascuña*, explotados de modo muy insuficiente hasta la fecha, van fortaleciendo nuestra convicción de que esos fenómenos puntuales son vestigios o manifestaciones de un proceso de conjunto que tocó el sistema consonántico de todo el Pirineo, tanto vasco como romance. Hace falta una síntesis, pero acaso no poseamos todos los elementos necesarios para esbozarla.

En segundo lugar, y una vez más en relación con el aragonés y lo anteriormente indicado, se nos plantea el problema del «artículo pirenaico» gascón *eth, era* y sus variantes. No se ha notado con bastante agudeza que sola en toda la Romania esta forma del femenino desconoce la aféresis de la inicial: ¿se trata de un hecho fonético o morfosintáctico? La geografía global de los herederos pirenaicos de ILLE ILLA acaso nos permita fijarlo.

Aludiendo solo de paso al empleo aragonés —por ejemplo— de los «adverbios pronominales» derivados de IBI e INDE, cuya área va prolongando los usos catalán y gascón, podríamos insistir más sobre los hechos comunes de morfología verbal. Aquí son múltiples las correspondencias. Para limitarnos a unas, recordaré primero que el área de los Indicativos Imperfectos de las clases II y III en *-eba, -iba*, sin duda alguna

análogicos de *-aba*, ocupa en Gascuña una posición dominante: reina el segundo sobre toda Gascuña *stricto sensu*, pues salvo en el margen garono-comengés (habría mucho que decir de la «gasconidad» de Comenge: volveremos al asunto en otra ocasión), mientras el primero, que se extiende en un largo triángulo Burdeos-Tolosa-Gavarnie —aproximadamente— viene intercalando entre los herederos del *-ia* propio del occitano antiguo y el tipo propiamente gascón, en *-í -ès, -è -èm -ètz -èn*, del cual se tratará luego; ahora bien, esos dos tipos, en *-eba* e *-iba*, también son auténticamente aragoneses, y además propios del catalán occidental, de Andorra a la región de Balaguer, en contacto con el aragonés y el gascón aranés.

Precisamente alrededor de aquel Indicativo Imperfecto de la clase II y del Pretérito correspondiente se edificaron hipótesis tan variadas como atrevidas. Para resumirlas, es manifiesto que los Pretéritos aragoneses del tipo de *bendié —émos* o *bibié -émos* han de ser relacionados con el antiguo Imperfecto de Indicativo en *-ia*, resultante de *-Ē(B)A-*, pero vale notar en cambio que según toda verisimilitud el Imperfecto de Indicativo de la clase II «gascón» más auténtico, citado más adelante, representa un antiguo Pretérito en *-DĒDĪ*, que sólo podría explicar su vocalismo abierto, y cuya mutación en Imperfecto de Indicativo habría motivado la creación de un nuevo Pretérito en *-ui, -ós, -ó, -om, -otz, -ón*, calcado sobre el del verbo «ser», *FUI *FUSTĪ *FUT...* No cabe duda que muchas formas híbridas en esa profusión morfológica, sino el principio mismo de esos intercambios tan extraños entre «cajones» verbales, hallarían mejor fundamento explicativo en la colocación simultánea, sobre un mapa, de todas las formas usadas en ambas vertientes pirenaicas. Y no se excluye la posibilidad de encontrarse aquí, si la antigüedad de los procesos análogos viniera a combinarse con la conservación local de la *-B-* intervocálica incluso en los Indicativos Imperfectos en *-ĒBA-*, un modo de justificar económicamente el famoso tipo de Condicional en *-arba-, -erba-, -irba-* característico del habla de Panticosa y que, señalado por KUHN, viene a ser puesto de relieve por NAGORÉ LAÍN no sólo en su monografía, sino también como modelo para el aragonés normativo (véase su *Gramática aragonesa*). Pero si se justifica así más o menos bien el mantenimiento de *-b-* ¿no se podría confrontar entonces la acentuación, tan extraña, de las formas con el bastante conocido «Condicional II» del occitano antiguo, heredado del Pluscuamperfecto del Indicativo latín, vale decir *cantara, vendèra dormira?* Recibiría tal hipótesis un fuerte apoyo del mantenimiento de estas formas en Gascuña pirenaica como «Imperfecto del Futuro», y en Gavarnie y Barèges como único tipo de Condicional: en ese caso también, la confrontación de ambas vertientes puede traernos mucha luz.

No quisiéramos dejar el dominio verbal sin decir unas palabras de los radicales de subjuntivo de la cl. II con velar: es sabido que etimológicamente los tipos *TENEAM* y *VENIAM* contenían una yod propensa a palatalizar las consonantes radicales palatalizables, como ocurre en portugués y en occitano septentrional por ejemplo; pero también es sabido que alrededor del Pirineo se desarrolló un proceso que desemboca sobre la formación de radicales velarizados, el modelo de los cuales es gasc. *tenga venga*, cat. *tingui vingui*, cast. *tenga, venga* (frente a port. *tenha, venha*, occitano septentrional id. cf. fr. ant. *tieigne vieigne*). Ahora bien, muchos son los Préteritos de esa clase pertenecientes al tipo en *-UI*, que en occitano y catalán desarrollaron una velar según un rasgo fonético clásico: *tinc tengui, vinc venguist* etc. Por medio del Subjuntivo Imperfecto, subjuntivo hecho sobre un radical de Pretérito, ¿no habría que buscar en el Pretérito la procedencia de ese «tema II» opuesto al del Indicativo y del Infinitivo, y destinado a «colonizar» además, naturalmente, fuera del Pretérito, del Subjuntivo

Imperfecto y del Subjuntivo Presente, la persona 1 del Indicativo Presente —gasc. *tengui vengui*, cat. *tinc vinc*, cast. *tengo vengo*— sin excluir otros muchos desarrollos? El catalán parece haber generalizado mejor el proceso, como lo pondrá en manifiesto el trabajo que estoy preparando sobre el verbo catalán basándome en *La flexió verbal en els dialectes catalans* de ALCOVER-MOLL. Pero también viene ampliamente difundido en todo el occitano meridional hasta Provenza, con mayor intensidad quizás en el Pirineo gascón, como puede verse en el *ALG*: aquí tenemos una nueva fuente de útiles equiparaciones para quien tenga en manos el conjunto de los hechos dialectales pirenaicos.

Habría muchos otros problemas por afrontar aquí, como por ejemplo el nacimiento de un «Subjuntivo en -i-», paralelamente y de modo del todo independiente, en el oeste gascón, de Bearne a Gironde, y en el este catalán, de Rosellón al Principado. Pero no es este el lugar propicio para agotar el asunto, incluso limitándolo a lo que hoy sabemos de los hechos pirenaicos en su totalidad. Sin embargo, la publicación reciente de un diccionario dialectal aragonés, última obra del maestro Gerhard ROHLFS, nos hace recordar que la materia dialectal constituye un dominio tan ilimitado como atrayente en vista de la comparación; pero no es ésta siempre fácil si uno se contenta con la confrontación de diccionarios, de léxicos dialectales o de listas de formas mal localizadas.

Para concluir —y llegamos con eso a la segunda parte de mi charla—, no cesaré nunca de repetir, como el viejo CATÓN y su «delenda est Carthago», el voto de nuestro maestro Juan SÉGUY, tantas veces reiterado: *¡Es preciso hacer un atlas pirenaico!*

Esta perspectiva irrealizable, este proyecto inconcebible cuando iban elaborándose el *ALG* y esbozándose los atlas regionales de España a continuación del de Mossén GRIERA para Cataluña, llegan hoy a poder estar enfocados seriamente a favor de la liberalización de la política estatal al sur del Pirineo y del nuevo clima que resulta de ello en las relaciones tras la cordillera. Las nuevas técnicas de encuesta magnética y de cartografía automatizada lo facilitan por cierto, pero nos anima hoy sobre todo un espíritu nuevo, y eso mismo vine yo de Tolosa a decirles, a ustedes que son todos o casi todos mis colegas y amigos de allende del Pirineo: resultan hoy excelsamente favorables las circunstancias, ya que vino un Tolosano a Zaragoza, y que Tolosa tanto como Zaragoza se sitúa en el centro de nuestro «piamontes», según suelen decir los geógrafos —claro que en el sentido ancho de la palabra para Tolosa...— Nuestras ciudades van unidas, especialmente al nivel universitario en lo que me concierne, por dos proyectos paralelos y simétricos, «ISARD» y «SARRIO»; consisten en echar en común recursos, energías, iniciativas. ¿Por qué no propondríamos juntos, en este marco, un capítulo lingüístico, que consistiría en entablar una última cosecha dialectal, la más refinada en cuanto a la técnica, pues sería fruto de experiencias múltiples, y la última posible sin duda alguna —si no resulta ya sin objeto en muchos lugares—?: mueren las hablas populares, en su diversidad, y las *koines* que intentan crear en su lugar las generaciones más jóvenes, para salvar las tradiciones y las culturas regionales, no las substituirán como testigos de esta larga historia, a menos que sólo se trate de los elementos de léxico dialectal integrados en el castellano local. En torno al proyecto ISARD-SARRIO, podrán otras universidades unir sus recursos tan rentísticos como intelectuales: Barcelona, Montpellier, Pamplona, Pau, ¿qué sé yo?... Permítanme presentarles un mapa del cual esboqué la mitad occidental, la que contiene el gascón pirenaico y el aragonés: cada localidad al nivel de la «commune» francesa —municipios— viene afectada de un cierto número dentro de un cuadro de 5 centímetros de lado —caben al máximum una

treintena de localidades en cada cuadro—, cuadro perteneciente a una red definida por abscisas y ordenadas. A partir de ese mapa exhaustivo del poblamiento pirenaico, mapa que podrá realizar desde el otoño que viene el taller cartográfico de nuestro Instituto de Geografía de Tolosa, será lícito efectuar varias operaciones: o confrontar entre sí las varias redes escogidas por lo autores del atlas, o distribuir en el terreno los datos localizados que proporcionan los diccionarios, o —al final— dibujar la red del futuro atlas pirenaico. Nos quedaría mucho por decir sobre este proyecto... Pero, sin duda, no ha llegado todavía el momento: aquí estamos reunidos bajo el signo de Aragón, y con Aragón concluiré.

Es en efecto una fecha importante la de la abertura de este primer congreso de lingüística aragonesa, para Aragón mismo y su auto-definición, para la lingüística pirenaica, y finalmente tanto para la Galo-Romania que para la Ibero-Romania: tras la publicación de ya muchas monografías sobre el aragonés y sus dialectos, debería hoy un trabajo de conjunto permitirnos, mientras el «proyecto europeo» viene sucediendo a la vuelta del liberalismo y a la abertura de las fronteras, realizar una extensa labor en equipo sobre los idiomas y las culturas del Pirineo, cuyo centro sería Aragón: ya desde demasiado tiempo lo va esperando la ciencia.

**APOSTILLAS A UN PANORAMA
DE LAS HABLAS PIRENAICAS**

TOMÁS BUESA OLIVER

Actas del Congreso de Lingüistas Aragoneses, pp. 47-53, Zaragoza, 1991

El C.S.I.C. creó, en 1943, la Estación de Estudios Pirenaicos, con sede en Jaca, nombre que pronto cambiaría por el de Instituto de Estudios Pirenaicos, centro que se preocupó en organizar congresos internacionales que, desde 1950, se fueron celebrando alternativamente cada cuatro años en una localidad de los Pirineos españoles y franceses. Las reuniones abarcaban todo tipo de investigación, y una de las secciones estaba dedicada a la Filología pirenaica. Desde el último congreso realizado en 1974, en Seo de Urgel y Andorra, han transcurrido catorce años.

El Instituto de Estudios Pirenaicos es hoy el Instituto Ecológico del Pirineo, nombre que a su vez ha sustituido al de Centro Pirenaico de Biología Experimental, que sigue radicado en Jaca. Su portavoz continúa siendo la revista *Pirineos*, pero sus páginas ya no recogen estudios humanísticos.

Por eso merece todo reconocimiento el Departamento de Cultura de la Diputación General de Aragón por haber promovido este I Simposio Internacional, en el que se intentan analizar ciertos aspectos de las modalidades lingüísticas, no sólo de los Pirineos, sino también de toda la región.

Precedente de este Simposio fue una mesa redonda que, organizada asimismo por la Diputación General, se celebró en Huesca en 1985, reunión que se centró en las hablas altoaragonesas.

Como es bien sabido, hace más de cien años Joaquín Costa publicó en 1876 un ensayo empírico acerca de los dialectos ribagorzanos, que es el primer intento de estudiar las hablas pirenaicas, aunque se debe a J. J. Saróihandy el descubrimiento de originales fenómenos de las hablas vivas altoaragonesas. Sus breves artículos, que vieron la luz en 1898 y 1901, se centraban en el ansotano y en el cheso, informes que muy pronto, en 1902, fueron traducidos al español. Desde aquellos lejanos años hasta 1985, en que Gerhard Rohlfs edita el *Diccionario dialectal del Pirineo aragonés*, la bibliografía sobre las hablas pirenaicas ha sido espléndida, hasta el punto de que ellas eran las mejor conocidas de todo Aragón.

Ya que he mencionado a Rohlfs, ilustre pirineista desaparecido no hace mucho, permítaseme citar las siguientes palabras que figuran en la introducción de su *Diccionario*: «En el mosaico lingüístico de España, el Alto Aragón ocupa una posición de particular interés e importancia. Este juicio tiene su principal razón de ser en la posición geográfica de esa región, encerrada entre el catalán, el vascuence de Navarra y las hablas del vecino Bearn (Gascuña) al otro lado de la cordillera pirenaica. A esta situación se suman las condiciones geográficas, donde los pueblos de los altos valles, en el aislamiento de sus montañas, difícilmente accesibles durante muchos siglos, han podido conservar notables y singulares arcaísmos locales».

Son ya clásicos los estudios sobre hablas vivas realizados por Vicente García de Diego, Alwin Kuhn, Fritz Krüger, Gerhard Rohlfs, R. Wilmes, Werner Bergmann, José M.^a Casacuberta, Juan Corominas, Domingo Miral, Rafael Gastón Burillo y W. D. Elcock, trabajos aparecidos antes de la Guerra Civil. Marcan también un hito las monografías, editadas poco después de terminada la II Guerra Mundial, de Manuel Alvar, de su discípulo Pascual González Guzmán y de Antonio Badía Margarit. Años después, a esta nómina se suman Robert Wallace Thompson, Günther Haensch, Angel Ballarín Cornel, Henri Guiter, Antonio Llorente Maldonado, Jacques Allières y Juan J. Pujadas Muñoz. Afortunadamente en el inevitable relevo generacional, en nuestros días hay jóvenes investigadores que, directa o indirectamente, se están preocupando por las

hablas pirenaicas, como Juan A. Frago Gracia, José M.^a Enguita Utrilla, Brian Mott, Rosa Castañer Martín, Rosa Fort Cañellas, M.^a Pilar Garcés Gómez o Javier Nagore Laín. Mención especialísima y obligada es la publicación, entre 1979 y 1983, de los doce tomos del ALEANR, trascendental obra dirigida por Manuel Alvar, en la que están bien representadas las localidades pirenaicas; sus riquísimos materiales son fuente inagotable para todo tipo de estudios.

A los factores geográficos que destaca Rohlf s para explicar las diferencias lingüísticas, deben añadirse los distintos avatares de la Historia: presencia en los valles de pueblos afines a los vascones, su romanización menos intensa que en las zonas llanas y reducida participación de dominadores musulmanes. Todo ello configuró históricamente la zona norte de Aragón, cuestión en la que por archisabida no voy a insistir, como tampoco sobre los tres núcleos (Viejo Aragón o Jacetania, Sobrarbe y Ribagorza) que dieron origen al primer Aragón, ni sobre los caracteres de sus hablas actuales.

La especial personalidad lingüística del Alto Aragón según la sienten los hablantes, está reflejada en el mapa 5 del ALEANR (nombre del habla local), en donde se observa la conciencia localista fuertemente diferenciadora de ciertos puntos. Mucho se ha escrito sobre las afinidades y discrepancias entre las distintas hablas pirenaicas, cuestión a la que Rohlf s dedicó un estudio, centrado en las hablas de Echo, Bielsa y Benasque según unas encuestas que terminó en 1982: el muestreo es muy elocuente sobre las acusadas diferencias.

Desde hace tiempo se viene hablando también de la progresiva castellanización de los Pirineos, que ya comenzó en la Edad Media. Resulta muy revelador el polimorfismo de un documento jaqués, redactado en el año 1510 en el Monasterio y Hospedería de Santa Cristina de Somport, situados entonces en el Burnao de Jaca, barrio extramuros, que desaparecería hacia 1592 cuando Felipe II mandó levantar allí el castillo de San Pedro o Ciudadela. No es fácil dilucidar si el texto del documento jaqués está escrito en aragonés con abundantes rasgos castellanos (artículo, formas verbales) o en castellano con peculiaridades aragonesas. Allí conviven dobles como *dito* y *dicho*, *sobredito* y *sobredicho*, *dreyto* y *drecho* ‘derecho’, el participio femenino *feyta* y *fecha* ‘hecha’, y sólo se lee el numeral *ocho*.

Rehuyendo el posible proceso castellanizador de las hablas pirenaicas, los encuestadores del ALEANR buscábamos los informadores entre personas sexagenarias que pudieran conocer o recordar mejor los caracteres fidedignos y autóctonos de la localidad explorada. Los tres investigadores hicimos en Jaca una encuesta conjunta; nuestro informante era rápido e inteligente, pero tan castellanizado (después nos enteramos que había leído hasta el *Quijote*) que decidí llevar a cabo una segunda encuesta —ésta en solitario— con un pastor longevo, residente en Jaca aunque nacido en el pueblecito próximo de Atarés, pues yo también había tenido que desechar por su profunda castellanización a otros labradores jacetanos.

La profesora zaragozana Rosa Castañer, que hace poco ha explicado un cursillo sobre las hablas altoaragonesas, me dice que las formas belsetanas del pronombre demostrativo *aquer* ‘aque!’, *aquera* ‘aquella’, con sus plurales *aqués* ‘aquellos’, *aqueras* ‘aquellas’, de resonancias gasconas por el tratamiento de -l l- geminada, y que oyó en 1947 Antonio Badía, ya no las atestigua el ALEANR.

Pascual González Guzmán exploró en 1950 el valle de Aragüés del Puerto para allegar materiales con destino a su tesis doctoral, publicada en 1953. Señala en ella que

todavía encontró algunos restos de perfectos en -ó en hablantes de edad avanzada, paradigma que, según testimonios de Tomás Navarro Tomás, gozaba de gran predicamento unos cincuenta años atrás. Todavía en 1963 encontré en Aragüés bastantes formas del pretérito en -ó, pero únicamente en uno de mis informantes, casi octogenario, estupendo sujeto a pesar de su edad. Supongo que cuando falleció se llevaría consigo este tipo de perfecto.

En el mismo año de 1963 encuesté Ansó, localidad que anteriormente había sido investigada repetidas veces por lingüistas y etnólogos. En estos momentos, M.^a Pilar Benítez Marco está elaborando una tesis sobre el ansotano con el riquísimo material recogido en prolongadas y repetidas estancias en la villa. Ha cotejado parte de las respuestas allegadas con los datos del ALEANR, comparación que muestra cómo en menos de veinticinco años se ha producido o está avanzando la castellanización del ansotano. Señalo algunas de las discrepancias que me ha proporcionado M.^a Pilar Benítez. En la parte fónica, el atlas ya testimonia alguna alternancia entre la acentuación esdrújula castellana y la paroxítona aragonesa, como *tábano* y *tabano*, de las que hoy sólo se usa la forma proparoxítona, llegándose incluso a la hipercorrección de *rácimo*; se han perdido *güellos*, sustituido por *ojos*, *mazaneta* 'rotula' (forma primitiva, sin propagación de la nasal) por *manzaneta*, *forniga* por *formiga*, *sangrijuela* por *sanguijuela*, *treudas* por *trébedes*; el atlas registra *sargantana* y *sargandana* 'lagartija', y hoy sólo se oye *sargantana*; persisten *chilá* 'chillar' y *cofadre*, pero en contienda, respectivamente, con *chillá* y *cofrade*. Hay también diferencias morfológicas: en los pronombres, se ha olvidado el uso de *vos*, que se utilizaba como un *tú* respetuoso; se están olvidando *cuálo* y *cuála* por el invariable *cuál*; en el verbo, yo *hi* (del auxiliar *haber*) se ha reemplazado por *he*, nosotros *semos* por *somos* (y vosotros *sez* 'sois' por *soz*); salvo vosotros *creez* 'creéis', las formas del presente de este verbo son las castellanas, frente a las que recoge el atlas, con -y- analógica de la persona yo: *creyo*, *creyes*, etc.; de las desinencias -se, -ra del pretérito imperfecto de subjuntivo, hoy priva -ra; el gerundio *supiendo* (fundado en el tema de pretérito) ha desaparecido por *sabiendo*. Va perdiendo terreno *dimpués* frente a *después*. El proceso castellanizador ha llegado también al léxico: se han perdido o apenas se usan *escalera*, vocablo sustituido por *peldaño*, *posiento* por *granero*, *escobá* por *barré*, *amatá* por *apagá*, *fusal* por *cementerio*, *villarbarquín* por *berbiquí*, *barra San Juan* por *arco iris*, y al abuelo no lo llaman *lolo*, sino *agüelo*.

Este breve cotejo se refiere —no se olvide— a una de las localidades que mejor conservaba su habla. ¿Estará de más añadir que cuando se hizo la encuesta en 1963 todavía vestían diariamente doce ansotanos (seis hombres y seis mujeres) el hermoso traje tradicional y hoy, por haber fallecido los restantes, sólo lo lleva un octogenario?

El lenguaje, igual que la vestimenta, pertenece al dominio individual y al dominio social. Social, según el diccionario académico, es todo lo perteneciente o relativo a la sociedad, y sociedad es la reunión mayor o menor de personas, familias, pueblos o naciones. Al desaparecer las personas, las familias o los pueblos, se desvanece la sociedad y con ésta se pierden el lenguaje y tantas cosas. Si es grave para la permanencia de las hablas vernáculas su acelerada castellanización, tan palpable en los valles pirenaicos, tiene mayor repercusión negativa la creciente e irreversible despoblación.

Cuando en 1963 estuve en Aineto, pueblo situado en la cuenca del río Guarga o zona del Serrablo, y que previamente había sido seleccionado para su encuesta, me encontré que había hecho el viaje en balde porque ya no tenía habitantes a causa de la

repopulación forestal. Lo sustituí por Laguarda; hoy no podría repetirse la encuesta, pues Laguarda ya no existe como poblado. El catedrático zaragozano Antonio Ubieto Arteta ha dedicado tres volúmenes de su monumental *Historia de Aragón* a registrar las vicisitudes de pueblos y despoblados. Asombra la gran cantidad de núcleos de población que, desde los tiempos medievales, han desaparecido, pérdida que en los últimos lustros, cual renovada maldición bíblica de aquellas temidas pestes devastadoras, ha aislado muchos pueblos.

Lo que fueron tranquilos pueblos, dedicados secularmente a la agricultura y ganadería, se han convertido en pequeñas selvas, pobladas como la Itálica romana de ruinas y matojos. Figuran en los archivos de la Diputación General de Aragón 250 puntos, entre pueblos, aldeas y caseríos, que para todo Aragón han quedado deshabitados en las últimas décadas. Y todavía sigue aumentando la lista de abandonos. La repoblación forestal, la política hidráulica de embalses, la falta de servicios y el ahogo de las economías tradicionales, junto al cambio radical en las costumbres, han acabado con la vida de antiguos núcleos perdidos en la montaña o cercanos a poblaciones grandes.

En la Jacetania son legión las aldeas en ruina absoluta; así, en la zona de Sabiñánigo suman 46 los núcleos despoblados totalmente, cifra insólita en cualquier área española, con una pérdida, entre 1950 y 1970, de más del 70% de sus habitantes.

Hoy viven en Aragón 1.214.729 personas, de las que 596.080 residen en la ciudad de Zaragoza, es decir, casi la mitad (49,07%). Lo más grave es que apenas nacen aragoneses, hasta el extremo de que Aragón presenta una de las tasas de natalidad más bajas de España. Si el reducido número de nacimientos se une a las evaluaciones de mortalidad, se tendrá que el crecimiento vegetativo es cero o próximo a cero, o sencillamente negativo. La población aragonesa envejece a pasos agigantados, hasta el punto de que Aragón tiene hoy una de las poblaciones más longevas de Europa. Los índices de personas menores de 14 años van en notorio descenso frente a los altos crecimientos de las personas con edad superior a los 65 años. El catedrático zaragozano Antonio Higuera Arnal ha pronosticado que en el año 2000 sólo quedarán 250 municipios con vida, y, según los equipos técnicos de la Diputación General de Aragón, la mitad de la región tendrá entonces menos de cinco habitantes por km², el desierto ocupará una cuarta parte del territorio y habrá comarcas, como la de Sobrarbe, que ligeramente superará su densidad de población los dos habitantes por km².

Así, pues, la progresiva castellanización de los Pirineos y el descenso demográfico son dos factores nocivos para que pervivan las hablas vernáculas. Otro elemento no desdeñable ha atentado a la pervivencia de gran parte del léxico tradicional, fenómeno que no es específico de los valles pirenaicos: me refiero al cambio del sistema de cultivo del campo, producido por la mecanización agrícola. Si en su día no era fácil encontrar sujetos idóneos que supieran responder adecuadamente a cuestiones como la explotación del lino y cáñamo, elaboración de estas fibras textiles o la terminología del telar, hoy sería también problemático complimentar los apartados del cuestionario relativos al cultivo tradicional de los campos, porque están arrumbados enseres como el arado, el yugo, el trillo, el carro y otros aparejos que hoy son piezas de museos etnológicos; lo mismo cabe decir sobre el léxico referente a la panificación, al carboneo, a la elaboración del queso o a la colada de la ropa con ceniza.

No cuestiono que estas apostillas han sido poco optimistas sobre el porvenir de unas hablas de individualidad tan acusada, superior a las del resto de la región, pero con

un destino muy sombrío porque, por añadidura, la supervivencia no puede apoyarse en una inexistente literatura de calidad artística. Muchos de sus usuarios desean que las hablas se potenciaran y sobreviviesen durante mucho tiempo. Ojalá exista todavía para ellas un ilusionado «siempre hay un mañana» y de este simposio salgan esperanzadoras soluciones.

**LA POSICIÓN DE NAVARRA
EN EL DOMINIO LINGÜÍSTICO
NAVARRO-ARAGONÉS**

F. GONZÁLEZ OLLÉ
Universidad de Navarra

1. El área navarra del llamado dominio lingüístico navarro-aragonés manifiesta expresamente una conciencia pública —social y política— de su situación idiomática que no parece contar con paralelismos, al menos en cuanto a su insistencia e intencionalidad, respecto de otras regiones peninsulares.

2. En época remota, casi desde los primeros testimonios escritos, los documentos latinos de Navarra, que encubren la cotidiana habla románica, atienden a la presencia de una tercera lengua, el vascuence:

*Unam terram que est in loco quod dicitur de basconea lingua Mussiturria*¹.

*Vineam que est in loco quem bascones vocant Ygurai Mendico*².

3. En tiempos posteriores, con un alcance que va más allá de la simple constatación de un hecho como los arriba alegados, los cuales no persiguen o revelan propósitos de legitimidad, se suceden los testimonios que establecen la fisonomía idiomática legal del Reino de Pamplona o, después, de Navarra.

El *Fuero General de Navarra*, con redacciones anteriores al siglo XIII, contempla el supuesto de que

*fuesse rey ombre de otra tierra o de estranio logar o de estranio lengoage*³.

y adopta con mucha cautela las oportunas previsiones administrativas, en el caso de verificarse el supuesto. Naturalmente, *estranio lengoage* no es sino todo aquel que no se identifica con el empleado en la redacción del fuero.

En el homenaje de fidelidad prestado a Teobaldo II el año 1255 por varios señores navarros, éstos se comprometen a respetar a

*vuestra gent de la lengua francesa e de otra lengua qualquier, que en vuestro servicio sea*⁴.

Cierto que no se plantea en esta cláusula una cuestión específicamente lingüística, pese a su apariencia formal de ese orden, sino que se busca evitar la presencia de funcionarios no navarros. Pero expresarse del modo indicado, no simplemente con calificativos como «foráneo», «ajeno», etc., denota un vivo sentimiento operativo respecto de la condición idiomática de las personas, a la cual iba aparejadas implicaciones políticas.

A propósito del juramento real de Felipe III y Juana II, su esposa, en 1329, consta que procedieron

*exprimiendo de lures bocas las palabras que se siguen*⁵.

1. Año 1059. *Documentación medieval de Leire*. Ed. de A. J. Martín Duque. Pamplona, 1983, n.º 60.

2. Año 1085. *Id.*, n.º 117.

3. *Fuero General de Navarra*, I, I. En el pasaje arriba transcrito, el exacto significado de *estranio* es 'ajeno'.

4. LACARRA, J. M., *Historia política del Reino de Navarra*. Pamplona, 1972, II, 176.

5. *Id.*, III, 36.

Figuran, a la letra, las anunciadas palabras, en romance navarro, pero no se las califica por esa su modalidad. Ahora bien, pienso que no carecía de intención el que se facilitara la posibilidad de establecer tal identificación, como procuraré mostrar.

El juramento en navarro de la pareja real no debió de constituir sino una ficción jurídica, para evitar las consecuencias que, de otro modo, se hubieran derivado, en virtud del ordenamiento legal vigente (recuérdese el precepto, antes expuesto, del *Fuero General de Navarra*). Pues parece probado, en opinión de Lacarra, que desconocían la lengua oficial de sus dominios navarros, en los cuales residieron escaso tiempo y pocas ocasiones.

Al morir el rey y quedar sola en el gobierno, la reina Juana no volvió a pisar suelo navarro en todo este período (1343-9). Para ella se hizo en 1344 una copia del Fuero General de Navarra *in ydiomate Navarre*; pero también —el dato resulta muy revelador del desconocimiento antes apuntado— se preparó una versión *in ydioma Gallicanum*, aunque no pasó tal tarea de este epígrafe, que se conserva encabezando unas hojas en blanco⁶.

Tras estos antecedentes, asimismo habrá de suponerse que el hijo y sucesor de Juana, el rey Carlos II, residente durante su juventud en Francia junto a sus padres, ignoraría el romance de Navarra antes de acceder al trono de este reino en 1350. Ahora bien, en el acta de su coronación, redactada en latín, según exigían la importancia y solemnidad del acontecimiento, se consigna, entre los variados actos de la ceremonia, esta indicación: *Iuravit in ydiomate terre*⁷, a la que siguen las palabras con el contenido del juramento, las cuales permiten sin asomo de duda la identificación de aquel *idioma*: *Nos, Karlos, por la gracia de Dios*, etc., conforme el rey leyó de propia voz.

De nuevo, pues, parece repetirse la ficción consumada por sus antecesores. Pero esta circunstancia encierra la virtud de mostrar bien a las claras el alcance que se otorgaba al uso de la lengua declarada como propia del reino.

El monarca siguiente, Carlos III, utiliza para su coronación (1390) el mismo formulario que su padre. El relato del juramento precisa en esta ocasión más aún la identidad de la lengua empleada: *In ydiomate Navarre terre*. Su formalidad lingüística es inequívocamente navarra, en plena coincidencia con la de su antecesor⁸.

4. La exigencia legal de las declaraciones recién expuestas guarda correspondencia con la difusión social del romance navarro por todo el reino, probada por el hecho de haber reemplazado, desde siglos antes, al latín en el uso escrito de la documentación real y particular, según un proceso común y paralelo por su cronología a lo sucedido en otros espacios peninsulares. Al mismo tiempo se extiende también en una dimensión geográfica, según la dirección principal de sur hacia norte, a expensas del vascoence.

Personalmente, no concedo tanto valor informativo sobre la verdadera situación lingüística navarra al indicado desplazamiento territorial de la frontera entre romance y

6. La orden de realizar la traducción figura en un documento de dicho año 1344, copiado por J. M. Lacarra, *La formación de las familias de fueros navarros*. AHDE, 1933, 10, 219 n.

7. GONZÁLEZ OLLÉ, F., *Reconocimiento del romance navarro bajo Carlos II (1350)*. PV, 1987, 48, 705-7.

8. GONZÁLEZ OLLÉ, F., *El romance navarro*. RFE, 1970, 53, 45-93; la cita, 48.

vascuence⁹, como al crecimiento social y penetración cultural del primero, según muestran los textos. Avances más difíciles de precisar cuantitativamente que la expansión geográfica, pero no menos ciertos y eficaces.

Para la época medieval se encuentra, pues, una modalidad románica bien implantada en Navarra, cuyo estudio ha estado largo tiempo preterido. El hecho de que Menéndez Pidal no manejara documentación navarra —escasa y dispersa la entonces publicada— para trazar el cuadro de *Orígenes del español* acarrió al romance navarro unas consecuencias historiográficas negativas (más exacto, quizá, un vacío informativo), cuyo alcance a ningún estudioso puede escapar.

El muy distinto grado de conocimiento sobre la caracterización lingüística del área navarra respecto de la aragonesa, en virtud de las circunstancias arriba apuntadas, ha contribuido a dar por válida, sin suscitar apenas ninguna reserva conceptual, la denominación de dialecto navarro-aragonés. Pero si resultaría poco riguroso negar su validez originaria, en el momento actual, ya desde hace unos cuantos años —desde que se empezó a estudiar los textos propios de Navarra— se impone establecer en su justa apreciación tal unidad, con la matización diferencial de cada uno de sus integrantes.

5. El examen de los textos navarros antiguos mostraba, por lo general, cuando se inició su estudio, una tipología lingüística mayoritariamente coincidente con el aragonés (muy estudiado ya) y divergente del castellano. Ahora bien, desde época temprana no resultaba infrecuente que tales textos ofreciesen algunas muestras, aisladas, de la relación inversa. Se tomaban como «excepciones», cuya justificación más o menos rigurosa y atinada podía intentarse, según los casos.

En la medida en que ha ido creciendo la masa documental analizada, la reiteración de esas «excepciones» ponía en entredicho su condición de tales. Por otra parte, es dado observar que si en los documentos tempranos se presentaban escasas, en épocas posteriores su número se incrementaba progresivamente de modo considerable, hasta el punto de que las ideas iniciales sobre las características del romance navarro amenazaban con convertirse en un prejuicio histórico y metodológico, en virtud del cual se desfiguraba la realidad del proceso evolutivo de aquél.

6. Será adecuado ilustrar las anteriores afirmaciones, aunque aquí no dispongo de tiempo más que para una rápida visión esquemática de la situación revelada por unos pocos textos bien analizados.

De sobra es sabido que el poema épico *Roncesvalles*, junto a rasgos no castellanos, reviste otros que lo son de modo tan inequívoco como los ofrecidos en estas palabras: *consejo, mucho, vermejo, viejo*, etc., aunque difieran las interpretaciones provocadas por esta circunstancia.

La extensa *Colección diplomática de Irache*¹⁰ ofrece testimonios de pérdida de *j*-inicial (*ermanos*) desde 1193, aunque siglos después todavía presente casos de conservación. Para *-cl-* y *-ly-* latinos predomina inicialmente el resultado palatal lateral; pero desde finales del siglo XII ya alterna con el resultado central. Hasta 1237 la única

9. GONZÁLEZ OLLÉ, F., *Vascuence y romance en la historia lingüística de Navarra*. BRAE, 1970, 50, 31-76.

10. SARALEGUI, C., *El dialecto navarro en los documentos del Monasterio de Irache (950-1397)*. Pamplona, 1977.

evolución conocida para el grupo *-ct-* es *-it-*. Desde ese año concurre con *ch*, incluso en un mismo documento. De modo similar, esta última evolución abunda desde mediados del siglo XIII para los grupos latinos *-ult-* y *-mpl-* (*mucho, ancho, enchir*, etc.).

La divergencia, en los documentos de Irache, respecto del castellano, y la coincidencia con el aragonés hallan su más constante testimonio en la conservación inalterada de los grupos latinos *cl-* y *pl-*. Habrá de esperarse hasta 1321 para que, en un mismo documento, se registre *llana*, junto a *plana*. En años siguientes próximos aparecen formas como *llamado, llegado*, etc., pero siempre la *ll-* será solución minoritaria frente a los grupos etimológicos *cl-*, *pl-* mantenidos.

El testamento de Carlos III¹¹, un extenso documento de la cancillería real, datado en 1412, presenta siempre el resultado tenido como característico del castellano para los étimos con *j-*, *-ct-*, *-ult-*. Vacila, de forma promediada, para *-ly-*, en cuanto a solución central o lateral (faltan casos de *-cl-*). Mantiene siempre inalterados los grupos iniciales *cl-*, *pl-*, *fl-*.

Un balance idéntico al descrito arroja el examen de 25 documentos administrativos de diverso origen¹², así como un nutrido grupo de sermones datables a fines del siglo XV¹³. Estos últimos ofrecen la particularidad de atestiguar con abundancia, en variedad de palabras, la conservación del grupo latino *-mb-*, tan peculiar del navarro, frente a su simplificación en castellano como en aragonés.

7. La recapitulación de los datos presentados a través del § 6 permite llegar a una interesante conclusión, que en otro lugar¹⁴ he expuesto con mayor detalle y aquí voy a limitarme a enunciarla muy sucintamente, para facilitar el cotejo de la historia lingüística de Navarra con la de Aragón.

El navarro experimentó un proceso de castellanización debido a factores extra lingüísticos, de sobra conocidos, similar al que afectó a los demás dialectos peninsulares. Sin embargo, por motivos externos (influencia política, literaria, etc.) no cabe explicar la presencia de rasgos o soluciones (coincidente con las) castellanas, dada la fecha temprana con que estos trazos se presentan.

La influencia exterior hubo de ejercerse bajo impulso más decidido y anterior en Aragón, a juzgar por los acontecimientos históricos, alguno tan relevante como la entronización de un monarca castellano tras el Compromiso de Caspe (1414). Sin embargo la documentación aragonesa acusa menos —valga generalizar, no hay aquí tiempo para las puntualizaciones— esa impronta castellana. Hasta se yergue algún episodio —el ahora aludido no ha de suponerse necesariamente único— muy revelador en cuanto a reafirmación de su personalidad pública lingüística ni más ni menos que frente al ya bien difundido castellano¹⁵.

11. SARALEGUI, C., *El testamento de Carlos III de Navarra*. Ed., est. ling. y vocabulario. Pamplona, 1971.

12. Fechas extremas: 1400-1498. Son los que figuran bajo los números 5.1-5.25, en GONZÁLEZ OLLÉ, F., *Textos lingüísticos navarros*. Pamplona, 1970.

13. GONZÁLEZ OLLÉ, F., *Evolución y castellanización del romance navarro*. PV, 1983, 34, 173-80.

14. GONZÁLEZ OLLÉ, F., *Evolución y castellanización...*, especialmente 179-80.

15. GONZÁLEZ OLLÉ, F., *Distinción legal entre castellano y aragonés en 1409*. RFE, 1983, 63, 313-4.

Los cambios que acusa, de modo tan relevante, el navarro a lo largo de toda la época medieval no admiten, en consecuencia, la atribución, sin más, a la influencia e imitación del castellano. Tal explicación, en ocasiones formulada, me parece imprecisa y convencional y, sobre todo, insuficiente.

Las pruebas, acumuladas, en cuanto a coincidencias de navarro y castellano, empujan a pensar en una evolución autóctona del primero, concorde, en gran medida, con el segundo; evolución ayudada o favorecida por la irradiación, bajo múltiples aspectos, del castellano, mas no determinada por él. Con otras palabras: el navarro evolucionó en igualdad formal con el castellano, igualdad referida a casi todos sus rasgos, según un ritmo temporal más lento. De ahí que las fases primeras de tal evolución sean compartidas por el primitivo castellano (y por otros dialectos hispánicos); pero éste la superó pronto, haciéndolas progresar, mientras que el navarro (análogamente a otros dialectos hispánicos) las mantiene con considerable retraso relativo antes de proseguir la evolución.

Merced al asincronismo expuesto, se han podido postular —como efectivamente ha ocurrido— las soluciones iniciales como las típicas del dialecto navarro. En consecuencia, quedaba establecida la separación respecto del castellano, mientras se asentaba la identificación con el aragonés. La superación de esta postura se alcanza al valorar con precisión —según he intentado hacer— la doble relación aludida. Resulta patente, en una perspectiva integradora de todas las fases históricas del navarro, que éste se configura como un dialecto de transición, coincidente, en algunos momentos y trazos, con el aragonés; en otros, con el castellano. Valga insistir en la validez esencialmente temporal de semejanzas y diferencias. Para completar esta imagen, resulta de obligada exigencia mencionar que el navarro posee algún rasgo específico, no compartido por ninguno de sus citados vecinos (sí por otro, el riojano), a saber, la conservación del grupo latino *mb* sin simplificar.

8. El establecimiento específico e individualizado de las coincidencias y divergencias entre navarro y aragonés no constituye tarea fácil ni inmediata, pues en ella se entrecruzan variables cronológicas —poco antes apuntadas— y geográficas, de compleja equiparación en el momento de reducir las a una enumeración escueta para proceder a la comparación.

Una primera cuestión que hasta ahora no ha sido nunca planteada, merecedora de más diferida reflexión de la que aquí puede otorgársele, se manifiesta sin embargo, a mi entender, de inexcusable presentación.

La evolución autóctona del navarro, que desemboca de modo gradual —discúlpese la insistencia— en una configuración que lo asemejan al castellano y lo distancia del aragonés, es un proceso cronológicamente inseparable, en cuanto a su desarrollo, con la expansión geográfica hacia el norte del territorio navarro (§ 4). En consecuencia, la ampliación del ámbito físico del romance, que culmina con su extensión e implantación por todo aquel territorio, no implica, por parte de un dilatado número de vascohablantes, la adopción del primitivo dialecto navarro, sino de una lengua románica ya identificada con el castellano (de no preferir llamarla, simplemente, castellano).

Estimo imposible cualquier pretensión de querer fijar etapas en esta correspondencia geográfica-lingüística; pero me parece oportuno puntualizarla con un ejemplo —no necesariamente el más temprano—: en el siglo XVII ya no se propaga por la Navarra vascuence una modalidad románica, pues no existe, diferenciable del castellano, salvo

particularidades —irrelevantes para la cuestión ahora estudiada— de naturaleza tonal, léxica, etc.

Como suposición verosímil, en unos casos, y prueba documentada, en otros, cabe señalar la presencia de *bolsas* idiomáticamente romances en territorio vascohablante y viceversa. También, el panorama general lingüístico admitirá enriquecerse al consignar la posible presencia de aragonesismos en la franja oriental de Navarra, suscitados por el contacto geográfico, y más precisamente en el valle del Roncal, por los viajes regulares de sus moradores a Zaragoza. Pero sin menospreciar el interés particular de estos hechos y otros análogos (vasquismos en Aragón), ahora resulta más adecuado prescindir de ellos en aras de la claridad. Para la presente exposición se volvía necesario, como poco antes advertí, dejar clara, por las razones aducidas, esta formulación: el romance navarro, con sus características primitivas, se difumina en relativamente pocos siglos y no alcanza, por consiguiente, a implantarse, en cuanto tal, en toda la geografía de su nombre.

9. A efectos comparativos —los ahora buscados— el aragonés tampoco presenta una configuración uniforme que permita proceder de modo inmediato en aquella empresa. Los motivos de esa situación vienen originados, fundamentalmente, por la distribución geográfica que diversifica rasgos muy específicos del dialecto. El fenómeno resulta hartamente conocido, pero aquí —sin necesidad de especificaciones— me parece necesario de todo punto el recordarlo. Para ello, ningún testimonio más autorizado que el de Alvar, quien hace ya tiempo planteó la legitimidad de separar, en cuanto a su estudio, el altoaragonés del habla de la llanura, aunque él se inclinaba por la unidad.

Con el atrevimiento de un patente inferior conocimiento de causa, yo me atrevo a poner la cuestión sobre la mesa, sin ánimo de avanzar más allá, por ahora. Frente al punto de vista unitario vertical, según un eje tradicionalmente aceptado, tanto en Navarra como en Aragón, merece validez la división horizontal de ambas regiones, de acuerdo con la orientación clarísima marcada naturalmente por el valle del Ebro (con la inclusión de Rioja), según han puesto de relieve valiosos estudios de Buesa¹⁶ y Frago¹⁷, entre otros.

La articulación espacial recién propuesta facilitaría la comparación pretendida y otorgaría a sus conclusiones una nitidez que, desde supuestos diferentes, no se presenta fácil de alcanzar.

10. Con las matizaciones, salvedades, revisiones, etc., que los presupuestos histórico-geográficos fijados en los §§ 8 y 9 aconsejarán introducir, llegado el caso, en una caracterización de detalle, para el objetivo presente se impone la anunciada necesidad de enumerar, pese a sus riesgos, una serie expresa de fenómenos tanto diferenciadores como concurrentes (frente al castellano) de aragonés y navarro.

Se presentan como rasgos exclusivos del aragonés, en cuanto que bien documentados en él y excepcionales, a lo sumo, en navarro, los siguientes:

— Diptongación *e > iá, ó > uá*.

16. BUESA, T., *Afinidades entre las hablas alavesas, riojanas y navarro-aragonesas, en la formación de Álava*. Vitoria, 1984, 129-66.

17. FRAGO, J. A., *Notas sobre las relaciones entre el léxico riojano y el navarroaragonés*. Berceo, 1976, 91, 261-87.

- Pérdida de *-e* en sílaba final, ante consonante (a r b o l e s > *arbols*), con la consiguiente aparición de muchos grupos consonánticos finales de palabra infrecuentes en navarro.
- Sonorización de consonantes sordas tras sonante.
- No sonorización de consonantes sordas intervocálicas.
- Conservación de *-d-* intervocálica.
- Evolución del grupo secundario de dental + *s* > *z*. En consecuencia, plurales (*toz* > *t o t o s*) y 5.ª personas verbales (*amaz* > *a m a t i s*) muy característicos.
- Evolución del grupo *mb* > *m*, en coincidencia con el castellano.
- Variadísimo polimorfismo verbal.
- Imperfectos en *-eba*, *-iba*, de la 2.ª y 3.ª conjugaciones.
- Perfectos en *-omos*, *-oz*, *-on*, *-oron*.
- Diptongación de formas del verbo *ser*, como *e s* > *yes*, *e r a m* > *yera*, entre otras de los mismos tiempos verbales.
- Amplio uso de los derivados adverbiales de *i b i e i n d e*, cuya vitalidad persiste hasta el presente.

Para la finalidad perseguida estimo suficiente el elenco anterior, sin necesidad de ampliarlo ni glosarlo. Con él quedan patentes unas cuantas diferencias sensibles entre aragonés y navarro.

11. Ambos dialectos se muestran concordes, frente al castellano, en un número más limitado de rasgos, casi exclusivamente fonéticos. Procedo como en el apartado anterior:

- Diptongación de *e*, *o* ante *yod*.
- Conservación inalterada de determinadas consonantes y grupos consonánticos iniciales: *f-*, *j-*, *cl-*, *pl-*, *fl-*.
- Uso de las preposiciones *enta*, *entro a* (también conocidas en la vertiente ultrapirenaica).

Las soluciones alternativas (§ 6), desde época temprana, que el navarro presenta en cuanto a la modalidad palatal resultante de *-c'l-* y de *-ly-*, como asimismo el distinto grado de desarrollo alcanzado por la evolución del grupo *-ct-*, no autorizan, a mi entender, la inclusión de tales trazos en ninguna de las relaciones precedentes.

12. En conclusión, las claras divergencias y coincidencias recién señaladas, junto con la decisiva presencia de los casos alternantes, constituyen los criterios que aplico para atribuir al navarro la condición de dialecto de transición, según anticipé (§ 7). Me parece oportuno reiterar que el navarro cuenta con un rasgo —conservación del grupo *mb*— no participado por castellano ni aragonés, sobre este dato he de volver más adelante.

13. Hasta aquí he venido tratando al aragonés y al navarro fundamentalmente como sendos bloques unitarios independientes, antagónicos entre sí, en primera instancia por la existencia histórica de dos comunidades geopolíticas diferenciadas a las que servían uno y otro de respectivo medio de expresión.

No obstante, ya advertí hasta qué punto resultaba impropio o inconsciente establecer un cotejo de carácter lingüístico sobre una base diferencial de aquella naturaleza (§§ 8 y 9).

Por esta última razón deseo ahora retomar el empeño inicial desde unos postulados más acordes con el propósito deseado, como son los de la geografía lingüística. Con este enfoque esbozaré unas pocas cuestiones, escogidas entre otras varias posibles. El tiempo me fuerza a rehuir toda exposición detallada, innecesaria, por otra parte, pues lo único que pretendo es recordar la existencia de unas áreas lingüísticas delimitadas comunes a Navarra y Aragón.

Frente a los inconvenientes metodológicos —con la consecuente inseguridad en el resultado— de un planteamiento totalizador de acuerdos y desacuerdos, en la pretensión de alcanzar conclusiones ciertas de identificación o diferenciación, el nuevo intento permitirá conocer mejor la complejidad de la situación real, es decir, llegar más cerca de la verdad.

14. La confusión de *-r* y *-l* implosivas en «una larga zona ribereña» de Navarra fue denunciada por primera vez, según mis noticias, a finales del siglo pasado, al señalar Lanchetas que la localidad de San Martín de Unx marcaba el límite meridional del fenómeno en cuestión: «De dicho pueblo al sur emplean espontánea y sistemáticamente la *r* en lugar de *l* y viceversa»¹⁸. Con la natural mayor precisión fonética y más amplia información geográfica, referida a «pueblos de ambas orillas del Ebro», tanto en Navarra como en Rioja, se ocupó Amado Alonso de la neutralización de *r* y *l* en un primer estudio de 1925, para volver sobre la misma cuestión posteriormente en otros. No trató de su dimensión histórica, que se remonta muchos siglos atrás, por lo menos a 1340, en que ya encuentro el trueque (*tiral*) en documentación pamplonesa¹⁹.

El mismo fenómeno riojano (ausente, sin embargo, en La Rioja alta, según Llorente) y navarro se continúa en una breve franja occidental del Aragón, siempre en torno al Ebro, según puede observarse en varios mapas del *ALEANR*, tales como el 1553 (*mujer*) y el 1611 (terminación del infinitivo). Algunos puntos próximos del nordeste soriano completan esta área del *r*~*l*.

15. En cuanto a la conservación inalterada del grupo *mb*, me limitaré prácticamente a reproducir un aspecto de los logros obtenidos por un innovador estudio de Frago²⁰, quien muestra la persistencia de aquel hecho fonético «en una línea continua enmarcada en los aldeaños del Ebro, que sin solución de continuidad, enlaza La Rioja con la parte occidental de la provincia de Zaragoza». Frago sospecha que el fenómeno

18. El famoso dirigente obrerista leonés A. Pestaña escribía (*Lo que aprendí en la vida*, Madrid, 1933), al evocar recuerdos de 1900 en Bilbao, que conoció a un navarro llamado «el Negro», cuya frase favorita era que «la noche se había hecho *pa* dormir y el día *pa* descansar, teniendo [sic] en cuenta que en muchas regiones de Navarra la *r* terminal de las palabras la pronuncian *l*».

19. Y todavía antes en otras áreas alejadas de la presente. El conjunto de ellas equivale a un grupo de «islotos dispersos que afloran aquí y allá, a través de distintos grados de realización» FERNÁNDEZ SEVILLA, J., *Los fonemas implosivos en español*. Thesaurus, 1980, 35, 456-505; la cita, 480.

20. FRAGO, J. A., *El problema de las asimilaciones iberorrománicas del tipo -mb-> m...* Vía Domitia, 1978, 14, 47-73.

«puede tener un profundo arraigo en nuestra región», a juzgar por algunos testimonios medievales aragoneses y varios casos de *mb antietimológico*.

Por mi parte añado *gombitar* «vomitar», precisamente en el espacio navarro del Ebro, con suficiente extensión y arraigo como para constituirse dicha variante en blanco de burlas tradicionales, recogidas por Iribarren, sobre prevaricaciones idiomáticas de la mencionada región.

16. Manejando datos propios y ajenos, Buesa²¹ acertó a delimitar un área «en la frontera navarro-aragonesa pirenaica» que se caracteriza por la presencia de una *-i* paragógica en la 1.ª persona de singular de varios tiempos verbales.

Mi aportación en este punto apenas pasa de ser puramente cuantitativa, ceñida a descubrir unas pocas localizaciones más del mismo fenómeno en territorio navarro, conocidas con posterioridad al estudio de Buesa: Eslava y San Martín de Unx²²; de primera mano puedo añadir que en Carcastillo aún viven personas que recuerdan haber utilizado tales formas en su infancia, hace cuarenta o cincuenta años (la mayor facilidad del recuerdo —que interpreto como mayor frecuencia de uso— recae sobre el imperfecto: *cantabai, jugabai, corriai*, según su espontánea ejemplificación).

He aquí, pues, otra área compartida que las nuevas localizaciones extienden hacia el sur, en una zona navarra próxima a Aragón, alejado ya de los Pirineos. Los mapas de morfología del *ALEANR* (XII) descubren también algunos nuevos puntos aragoneses, muy pocos donde se registra la aparición —notablemente desigual según cada tiempo verbal— de esta *-i*.

17. Sobre la presencia en la prótasis condicional de la forma verbal en *-ría* existe ya una copiosa bibliografía, tanto general como regional y local, cuya consulta aquí carece de más utilidad que la de mostrar que no se ha atinado todavía con una explicación segura sobre su origen y que faltan testimonios antiguos sistemáticamente recogidos para ayudar a encontrarla.

Las informaciones del mapa 1704 del *ALEANR* permiten observar con suma claridad que el indicado uso sintáctico se extiende por toda la Rioja, en ambas márgenes del Ebro, hasta desaparecer casi absolutamente en su trecho navarro y aragonés²³. Tal distribución marca una nueva coincidencia entre la zona ribereña de ambas regiones.

Pero mientras que en Aragón la prótasis con *-ría* sigue ausente del resto de todo su territorio, en Navarra, tanto la zona media como la norteña se adhieren de modo rotundo a *-ría* (en Pamplona afecta incluso a los niveles sociales más altos y a variadas modalidades de la lengua escrita), enlazando esa situación con la de otras regiones del norte peninsular. Copio el testimonio más antiguo que conozco: *Si daño auería enos frutos, sea emendado*, perteneciente a un documento de 1276, sin mención de lugar ni

21. BUESA, T., *La persona verbal «yo» en la frontera navarro-aragonesa pirenaica*. CIF, 1976, 2, 35-50.

22. IRIBARREN, *Vocabulario Navarro*², de quien tomo estos datos, menciona también Yerri. Pero, a juzgar por el ejemplo que aducen, la *-i* incluida en él es etimológica; ajena, por tanto, a la aquí examinada. Valga añadir que Yerri se encuentra, respecto al área configurada, en el extremo opuesto de Navarra.

23. Indicaciones más detalladas para algunos pueblos riojanos y navarros ribereños proporciona E. Ridruejo, cantaría *por cantara* en *La Rioja*. Berceo, 1975, 89, 123-34.

de notario. Éste sería probablemente el del otorgante, el prior en Navarra, de la Orden de San Juan de Jerusalén; en cualquier caso, nada cabe saber sobre su personalidad.

Pese a lo aventurado de fijar primeras dataciones, he creído interesante aducir el anterior testimonio navarro por su marcada proximidad cronológica a un documento altoaragonés (1263), citado por Frago, que hoy por hoy es el que contiene el más temprano testimonio regional del rasgo sintáctico examinado aquí.

Sobre él no pretendo alcanzar ninguna conclusión, que se resentiría radicalmente por su falta de fiabilidad al apoyarse en mínimos indicios, los recién consignados. Pero al tiempo de asegurarse con plena certeza, como queda expuesto, que en la zona ribereña se perfila el área actual, participada por Navarra y Aragón, de la prótasis en *-ra*, estimo oportuno, por su posible rendimiento, plantear, como interrogante, si en un ámbito más al norte de dicha área habría existido también, tiempo atrás, otra área común de prótasis en *-ría*, hoy desvanecida para la parte aragonesa. La pesquisa documental cuenta ahí con un campo abierto de investigación.

18. Otra cuestión, cuya variabilidad histórica y geográfica la hace, pese a la consiguiente complicación, especialmente ilustrativa, se vincula a la preferencia por determinado sufijo diminutivo. Existe la opinión general de que en Navarra y Aragón el mayor índice de frecuencia corresponde a *-ico*. De ocurrir así, este dato suministraría un sólido argumento a favor de la unidad. Pero aquella opinión requiere algunas puntualizaciones²⁴.

Para su validez en Navarra falta una comprobación documentada expresa; en cuanto a Aragón, Enguita²⁵ ha descubierto —simplificado sus conclusiones, sin mengua de validez— que la mentada creencia sólo merece crédito referida a Zaragoza y Teruel, puesto que /ete/ es el sufijo diminutivo que «ocupa toda la provincia de Huesca».

La situación altoaragonesa parece, pues, romper la pretendida unidad para el tiempo presente (bien entendido que éste puede comprender un período de varios siglos anteriores). Sobre tal situación debo formular, por mi parte, la observación de que /ete/ se atestigua como el sufijo más general en aragonés durante la época medieval. Hay que esperar al final de ésta para percibir cómo entonces pierde su primacía a favor de *-ico*, según he probado en otra ocasión con datos que ahora resumo²⁶.

El examen de una nutrida serie de documentos aragoneses arroja las siguientes cifras, que representan el total de casos registrados para cada sufijo:

	<i>-ete</i>	<i>-ico</i>
2. ^a mitad del siglo XIV	55	3
1. ^a mitad del siglo XV	45	5
2. ^a mitad del siglo XV	27	30

24. El *ALEANR* no suministra información específica sobre sufijos diminutivos. Bajo esta denominación, su mapa 1576 muestra exclusivamente la distribución de /mocete/, común a todo el ámbito, con sólo variantes fonéticas.

25. ENGUITA, J. M. *Notas sobre los diminutivos en el espacio geográfico aragonés*. AFA, 1984, 35, 229-50.

26. GONZÁLEZ OLLÉ, F., *Los sufijos diminutivos en castellano medieval*. Madrid, 1962, 140-5.

Parece obvio deducir que Huesca mantiene la situación medieval propia de todo el dominio aragonés, mientras que Zaragoza y Teruel han experimentado una innovación. Pero no es merced a ella, durante la época moderna, como estos territorios alcanzan la identificación con Navarra. Pues ocurre que también en Navarra predominó /ete/ a lo largo de la época medieval. Por tanto, la identificación, puede concluirse, resultaba más completa que en la actualidad, era plena.

Obligado me resulta advertir que para la afirmación recién formulada sobre la situación navarra me apoyo principalmente sobre mi experiencia en el manejo de las fuentes; es una impresión de lector, arraigada, sí, pero no formalizada en despojos y recuentos. Tampoco, sin embargo, debo omitir que el único verificado sobre un texto amplio²⁷ coincide con la precedente opinión: en el *Libro del monedaje de Tudela* (1353), el sufijo *-et* se atestigua 32 veces, en 15 lexemas diversos; *-ico*, 20 veces, en 4 lexemas diversos. Esta diferencia se acrecienta en los datos de algunas monografías, si bien operan con cifras exiguas de formaciones diminutas.

Un último dato, de distinto orden que los anteriores, sobre la derivación diminutiva, debido a la observación de Alvar²⁸: Sólo al sur de Huesca el sufijo *-ico* conoce el incremento *-c-*. El altoaragonés, en cambio, coincide con el navarro, al originar formaciones como *publecico*, *montonico*, etc.

19. No quiero terminar mi ponencia sin ofrecer alguna conclusión más comprensiva que las obtenidas sobre varios de los puntos confrontados, aun a sabiendas de su provisionalidad. Pues los cotejos propuestos no han sido numerosos (baste observar la ausencia de comparaciones léxicas, si bien éstas contaban ya con buenos valedores, mentados en su momento). De haber dispuesto de más tiempo, hubiera deseado profundizar en su examen y haber acrecentado su nómina. La cuestión, por consiguiente, sigue abierta.

De modo sucinto concluiré que los datos y criterios manejados ratifican la imagen de la unidad lingüística del Valle del Ebro en sus dos bordes a través de un largo tramo por el que Navarra coincide con un sector de Aragón (la identidad puede extenderse, por el otro extremo, a Rioja).

Separada de la anterior localización geográfica, más al norte, cabe asimismo diseñar alguna otra área común.

Por el contrario, la identificación global de ambas regiones cuenta con variados argumentos desfavorables. Y siempre y en cada caso la perspectiva diacrónica puede invalidar la imagen de un panorama sincrónico.

Por las razones aducidas hace un momento —la investigación ofrece más posibilidades, necesita redoblados intentos— mi empeño no ha radicado tanto en conseguir el reconocimiento a la precedente exposición como en suscitar hacia la cuestión planteada el interés activo de quienes más y mejor pueden alcanzar la solución: ahí se instala mi pretensión.

No supone poca osadía haber ocupado la atención de los máximos concedores del aragonés —ahora presentes— para desarrollar unas propuestas articuladas sobre datos

27. GONZÁLEZ OLLÉ, F., *Antropónimos hipocorísticos navarros de mediados del siglo XIV*, en *Homenaje a don José Esteban Urango*. Pamplona, 1971, 483-91.

28. ALVAR, M., *El habla del campo de Jaca*. Salamanca, 1948, 90.

procedentes, en amplísima medida, de sus fecundas investigaciones personales. Mi suerte, la que acompaña a los audaces, ha consistido en compartir con los aquí reunidos —para aprender de ellos— estas jornadas.

**LAS RELACIONES DEL LÉXICO ARAGONÉS MEDIEVAL
CON EL LÉXICO CATALÁN**

GERMÁN COLÓN

Basilea

Actas del Congreso de Lingüistas Aragoneses, pp. 69-78, Zaragoza, 1991

Intentaré exponer la importancia del lenguaje cancilleresco y lo que representa la documentación custodiada en el Archivo de la Corona de Aragón para el estudio del léxico aragonés en relación con el catalán.

Mi interés por la lengua aragonesa medieval —que empezó siendo un sentimiento reflejo, mediato, para volverse del todo inmediato y además entusiasta— parte de una doble constatación: transcendencia de las soluciones del aragonés antiguo y abundancia de la documentación inédita en nuestros archivos.

Para estudiar el lugar que ocupa el catalán en el conjunto de los idiomas romances, esto es para determinar su «subagrupación», no es de recibo —me decía— comparar las soluciones contemporáneas de éste con las del español y del francés, sino que es imprescindible hacer intervenir a sus verdaderos vecinos, el occitano y el aragonés, y eso en una observación que abarque también la diacronía. De ahí que pasase a ocuparme de viejos testimonios aragoneses (y desde luego también provenzales, a los que aquí no aludiré). Mi intento era probar que no sólo había coincidencia en los conocidos casos de *mielsa/melsa* para «bazo», etc., todavía vigentes, sino también en otros como *fustero/fuster* o *trobar/trobar*, etc., en la época medieval, mientras que las soluciones que hoy rigen en Aragón son *carpintero* y *hallar* (o *encontrar*, *topar*), las cuales tienen una procedencia forastera. A propósito del último lexema *trobar*, he estudiado recientemente el giro español *echar de menos* que los etimologistas, muy a la ligera, quieren explicar a partir de una metacedeusis del portugués *achar menos*. Al examinar la historia del lexema en las lenguas romances, me he enfrentado con el esp. *hallar menos*, (antiguo *fallar menos*) cuyo correlato en aragonés era *trobar menos*, de acuerdo con el catalán *trobar menys*, muy bien documentado durante los siglos XIII, XIV, XV y comienzos del XVI, pese a que nadie lo menciona. Pues, bien, el maestre Juan Fernández de Heredia trae:

[1] Orosio:

«Segunt que fue en la primera batalla que fizieron los persanos conel Grant Alexandre endo seyendo muertos quasi .xl. mill delos enemigos se cuenta que non *se trobaron menos* de la Huest de Alixandre sinon tan solament nueue peones.» (fol 101 vo).

[2] Grant Cronica de Espanya, Ia parte:

«E el rey mando reconosçer todos los libros delos sanctos padres. E *trobaron menos*. j. libro moral que grego fizo a petiçion e pregarías de leandro.» (fol. 499). fn

[3] Cronica de los Conqueridores, IIa parte:

«En especial fue mucho plorada et planyda por los pobres caualleros / los quales la *trobaron menos* et recibieron muyt grand danyo en su muert / por que siempre ella era acorrimento et sostenimiento dela pobreza et necessitat de aquellos / El anima de qual dios por su mercet et misericordia quiera leuar con sus sanctos fieles en la gloria perdurable.» (fol 279)¹.

1. Tomo los pasajes y las referencias de las microfichas editadas por «The Hispanic Seminary of Medieval Studies» de Madison: *Concordances and Text of the Fourteenth-Century Aragonese Manuscript of Juan Fernández de Heredia*.

No saquemos por ahora conclusiones específicas de este ejemplo; limitémonos a afirmar que los textos aragoneses de la Edad Media, sean de Vidal Mayor², o del maestro de Rodas, etc., resultan de enorme peso para el estudio de cualquier parcela del léxico peninsular.

En 1976 mostré que las cartas del ACA, las cuales una administración plurilingüe envía a destinatarios de diversas tierras, son una fuente de información primordial para la consideración contrastada de las preferencias léxicas³. Acerca de la administración leamos este documento de 1277 relativo a la corte itinerante entre los diversos reinos:

[4]«Encara en aquell dia matex ordena lo senyor rey que compartesca son estage per tots temps en aquesta forma que estia en los regnes de Valencia et de Murcia IIII meses del any ço es noembre deembre janer et febrer. Item en Arago altres IIII meses març abril mayg et juyn. Item en Catalunya los remanens IIII meses ço es juyol agost septembre et vuytubre»⁴.

Así, pues, un habitante de Alcañiz o de Monzón recibirá de esa administración políglota una comunicación redactada en aragonés, por lo general, mientras que a uno de Morella, Urgel o Valencia habrá que dirigírsele en catalán.

Con frecuencia el contenido de la correspondencia es el mismo y entonces disponemos de redacciones catalanas y aragonesas sobre idéntico asunto; el cotejo de los términos empleados será provechoso. Cuando los reyes piden a los distintos pueblos que les preparen la llamada «cena», es decir, pongan a su disposición tales cantidades de ingredientes para la comida de ellos y de su séquito, leemos amplias relaciones de peces, animales u hortalizas en una y otra de esas hablas, cuando no aparece también una tercera solución, el latín. De modo que pares enfrentados de esta manera son frecuentes:

carsalada - tocino
formatge - queso
vedell - vezerro

No es necesario que siempre se haya de tratar de cosas tan rastreras como listas de alimentos. También asuntos de rango mucho más elevado, como la situación de la Iglesia, pueden encontrarse en estas redacciones bilingües de los documentos archivísticos. Es dato precioso el que casi siempre conozcamos el nombre del redactor verdadero de los textos (no sólo del rey que los extiende y firma) y a menudo comprobamos que ése es un escritor de primera categoría, como Bernat Metge, secretario de los reyes Juan I y Martín el Humano, de a quien pertenece esta carta de doble aspecto⁵:

2. Una mención en *Vidal Mayor* sobre los *dayanes* como ésta: «Et entre los iudíos es dayán, ço es iuyz, a conocer de todos los pleitos grandes et chicos, las sentencias del quoyal et los complimientos de las sentencias et los constreynnimientos non faze otro si no eill» (ed. Tilander, I, 70, núm. 97; Lund 1956, II, pp. 133-134), ilumina por ejemplo el «valedme, dayanes» en la danza de la muerte castellana. No se aduce en el estudio de J. M. Solá-Solé, «Romance Philology» 18 (1965), pp. 272-283.

3. *El léxico catalán en la Romania*, Madrid, Gredos, 1976, pp. 90-94.

4. *Colección de documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón*, VI, Barcelona, 1850, p. 16. Es una disposición del rey Pedro III.

5. *Colección de documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón*, I, Barcelona, 1847, pp. 165-166.

«Rey muy caro e muy amado hermano. Havientes muy gran deseyo de saber la salud e buen estamiento de vuestra persona assín affectuosament como podemos vos rogamos que al mas sovén que poredes nos ende querades con vuestras letras consolar: e porque a nos es bien cierto, rey muy caro e muy amado hermano, quende havredes muy gran plazer significamosvos que nos e la reyna, nuestra muy cara muger, somos en buena disposición de nuestras personas merced a nuestro Senyor Dios. Rey muy caro e muy amado hermano, nos havemos informado el amado consellero nuestro mossén Dalmau de Dernius dalgunas palavrás que de nuestra parte vos deve explicar: porque vos rogamos con gran affección rey muy caro e muy amado hermano, que a aquellos querades dar fe et indubitada creença, assín como si por nos personalmente vos eran dites. E sea la sancta Trinidad, rey muy caro e muy amado hermano, vuestra continúa protección. Dada en la casa de Bellesguard del territorio de Barchilona dius nostro siello secreto a XXII dias de noviembre del anyo MCCCCVIII. -REX MARTINUS.- Dominus rex mandavit michi Bernardo Medici. -Dirigitur al rey de Navarra.»

«Molt car e molt amat frare. Cobejants ab fervent desig saber la salud e bon estament de vostra persona pregam-vos affectuosament que sovén vullats ab vostres lletres consolar: e per tal com a nos és ben cert, molt car e molt amat frare, que n'haurets fort gran plaer significam-vos que nós e la reyna, nostra molt cara muller, som en bona disposició de nostres persones mercè de nostre Senyor Déus. Molt car e molt amat frare, nós havem informat l'amat conseller nostre mossèn Dalmau de Dernius d'alcunes paraules que de nostra part vos explicarà: perque us pregam ab gran affecció, molt car e molt amat frare, que aquelles vullats dar fe et indubitada creença, axí com si per nós personalment vos eren dites. E sia lo sanct Esperit, molt car e molt amat frare, vostra continua protecció. Dada en la casa de Bellesguard de territori de Barchinona sots nostre segell secret a XXII dies de novembre de l'any MCCCCVIII. -REX MARTINUS.- Dominus rex mandavit michi Bernardo Medici. - A nostre molt car e molt amat frare lo duc de Burgunya.»

Acercándonos a una realidad concreta y discutida, tomemos la del español *pernil* «jamón»⁶. Se ha puesto en duda su carácter genuino y se ha tildado a ese vocablo de «intento fracasado», porque los testimonios de que disponemos no se remontan más allá de 1490 y porque en español ha predominado el sinónimo *jamón* desde comienzos del siglo XIV⁷.

En efecto, en 1490 el *Universal Vocabulario* de Alonso de Palencia proporciona una mención clara de *pernil* (s. v. *perna*):

«Perna es *pernil* de puerco: carne salada desde la iuntura de la rodilla fasta los lomos.»

Poco después, en 1492, Nebrija da la correspondencia: «Perna. perne. *por el pernil de tocino*» (Lexicon, s. v. *perna*) y en el *Vocabulario español latino* (h. 1495) reproduce la misma equivalencia: «*Pernil de tocino*. perna. ꝑ» (s. v.). Luego ya en *La Celestina* (ed.

6. Desarrollo mucho estos puntos en mi contribución al *Homenaje a Félix Monge* (en prensa en la Editorial Gredos).

7. COROMINAS, J., *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*, Barcelona, 1986, vol. VI, p. 454a.

princeps de Burgos, 1499) topamos con el conocido pasaje del aucto IX, en el que la alcahueta se lamenta de su suerte, comparándola con la abundancia de otros tiempos:

«... apenas era llegada a mi casa quando entrauan por mi puerta muchos pollos y galinas, ansarones, anadones, perdizes, tortolas, *pernils de tocino*, tortas de trigo, lechones.»

Previamente, en el auto VIII, Pármeno, cuando prepara con su compinche Sempronio una comilona, exclama:

«En casa llena, presto se adereça la cena. De lo que hay en la despensa basta para no caer en falta: pan blanco, vino de Monuiedro, un *pernil de tocino*, y mas seys pares de pollos, que traxieron esotro dia los renteros de nuestro amor».

Desde esas fechas, las menciones de *pernil* pululan. Uno tiene la impresión (quizá convenga confirmarla con pormenorizados análisis) de que, en la rivalidad entablada en los siglos XV y XVI entre *jamón* y *pernil*, éste último era el lexema predominante y el extranjerismo *jamón* (< francés *jambon*) se fue afirmando con el tiempo hasta lograr imponerse en la terminología gastronómica ya avanzado el siglo XVII. Entonces *pernil* quedó arrinconado en los dialectos y pervivió como un arcaísmo en la lengua literaria. Hoy en día apenas se usa *pernil*, pero las gentes conocen el vocablo y lo consideran una suerte de voz castiza, algo añeja, pero muy genuina. Asimismo, *pernil* aún es en muchas regiones españolas un pedazo de carne fresca del muslo del cerdo.

Algo más tarde, allá por 1651, cuando Baltasar Gracián en «La fuente de los Engaños» de *El Criticón* busca un ejemplo barroco de inanidad en el resultado del juego de palabras mediante *nada* y *nihil*, escribe: «Al descoronar la empanada hallava sólo el eco y del pernil el nihil»⁸. El chiste debía de entenderse en Aragón y en pocos sitios más. El vocablo *pernil* había entrado en decadencia en el idioma literario, aun cuando los repertorios lexicográficos sigan aceptándolo después del siglo XVIII (hasta hoy)⁹. Pero hablemos de Aragón ahora.

Si el floreo verbal de Gracián entre *empanada* y *pernil* y sus ecos *nada* y *nihil* podía ser comprensible en Aragón (entre gente culta), porque allí, no sólo en el siglo XVII, cuando escribe este ingenio de Belmonte, sino hoy mismo, *pernil* sigue vivo. Baste abrir el mapa dedicado a «jamón» del *ALENR*¹⁰ para comprobar que el tipo *pernil* es el más extendido en las tres provincias de Huesca, Zaragoza y Teruel, y que los pocos puntos en donde los sujetos contestan *jamón* tienen visos de estar influidos por la lengua oficial. En Navarra este último resultado es más frecuente que en Aragón, pero con todo allí predomina *pernil*, incluso en territorios de lengua vasca; en cambio, en La Rioja *jamón* es lo corriente.

No nos ha de sorprender, pues, que sea en Aragón en donde encontremos la cita más remota de ese reflejo de PERNA, la cual no ha sido aprovechada hasta ahora por los lingüistas.

8. Edición M. Romera-Navarro, I, p. 239 (= Parte primera, crisis VII).

9. Véase FRAGO, Juan A., *El aragonesismo lingüístico en Gracián*, en «Actas de la I Reunión de Filólogos Aragoneses», Zaragoza 1986, p. 356.

10. ALVAR, M., et al., *Atlas lingüístico y etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*, Zaragoza 1980, V, lámina 782, mapa 686.

En 1304 el rey Jaime II de Aragón prepara en Tarazona un encuentro o vistas con los reyes de Castilla y de Portugal, y su interés está en agasajar a los huéspedes y deslumbrarlos. Uno de los muchos aspectos que cuida es el de las comidas, y así pide al tesorero en carta del 16 de julio de 1304 que averigüe el paradero de cien jamones que él había encargado:

«Iacobus, etc. Fideli thesaurario suo Petro Boyl. Salutem et gratiam. Mandamos vos que luego sepades de Estevan de Roda qué ha feyto de los cien *pernils de carnesalada* que mandamos que comprás en las montaynas o do los trobasse meiores, a vuebos de las vistas. E feyt de guisa que ayamos los ditos cien *pernils* de tot en todo a las vistas, buenos que sean, y no y aya ninguna falliència. Data in Alagone, sub sigilo nostro secreto, XVII kalendas augusti. Anno, etc. [1304]»¹¹.

Este escrito resulta extraordinariamente importante. En primer lugar es el más antiguo que conocemos para el concepto «carne curada de la pierna del cerdo» en el dominio español, anterior a *jamón* o a *lunada*. Y además nos permite disipar las dudas sobre la autoctonía de *pernil*, porque sólo se registraba en la época de la Celestina hacia 1490. La voz es de casi dos siglos antes.

En 1318 el rey Jaime II vuelve a interesarse por tan sabroso bocado y desde Barcelona escribe a Zaragoza, al baile general de Aragón para que le mande «*pernils...* bonos et finos»:

«Iacobus, etc. Ffideli suo Petro de Martorello, baiulo Regni Aragonum generali. Salutem, etc. Cum ad opus nostri velimus habere unam carrigam de *pernils porcorum bonos et finos*, ideo vobis expresse mandamus quatenus, non obstantibus aliquibus ordinacionibus vel aliis quibuscumque, statim, omnibus pretermisissis, por nuncium nostrum et cursorem Curie nostre, quem ad vos specialiter mitimus, mitatis ad nos apud Barchinonam dictam carrigam de *pernils bonos et finos*. Et hoc nullatenus differatis. Nos enim mandamus per presentes magistro rationali Curie nostre quod quicquid solveritis tam in emendis *pernils* quam in logerio asemile et hominis eam ducentis, et provisionibus eorum, in compoto vestro penitus recipiat et admitat. Data Barchinona, XVI kalendas novembris. Anno Domini M.CCC.XVIII»¹².

La carta está en latín; en aragonés, en cambio, va el nombre de esa vianda, *pernils*, con apócope de la vocal final, fenómeno del todo normal.

Es preciso insistir, por si hubiera alguna sospecha de que ese *pernil* no sea aragonés, sino catalán, en que el destinatario es el baile de Aragón. Y ejemplos de voces aragonesas en cartas latinas dirigidas a personajes de ese reino no son nada excepcionales. He aquí el adjetivo *templeres* «templadas, estivales» referido a unos zapatos en una misiva de 1312 del mismo monarca al merino de Zaragoza:

11. MARTÍNEZ FERRANDO, J. E., *Jaime II de Aragón. Su vida familiar*, Barcelona, 1948, II, p. 11, documento núm. 20. Valga el sintagma *pernils de carnesalada* como correspondencia exacta en Aragón de *pernils de tocino* en La Celestina y en otros pasajes castellanos. Ello nos evitará el interpretar torcidamente *tocino* como «cerdo».

12. *Ibidem*, II, p. 189, documento núm. 267.

«Iacobus, etc. Fideli scriptori suo, Guillelmo Palazini, merino Cesarauguste, vel eius locum tenenti, etc. Mandamus vel dicimus vobis quatenus, visis presentibus, incontinenti faciatis fieri ad opus nostri per Petrum Morello, sutorem Cesarauguste, octo paria sotularium, videlicet, quatuor paria cum corda et alia quatuor *templeres* que sint de corio primo, apti tempore stivo, et non sint nimis ampli; ipsosque sotulares nobis incontinenti mittatis per hunc cursorem nostrum presencium portitorem. Datum Valencie, XI kalendas madii, anno Domini M.CCC.XII.»¹³.

Tampoco, pese al aspecto, la palabra *templeres*, de la familia de TEMPERARE, es catalana sino aragonesa, y este origen lo delatan la forma y la cronología¹⁴.

En otra epístola de 1312 enviada al merino de Zaragoza el rey le ordena, en latín macarrónico, que prohíba la caza de codornices y perdices «cum retroclamo, rete, laqueo, uxuelo...»¹⁵. Pues bien, ese término *uxuelo* (<OSTIU + OLUM) con su diptongo característico es única y exclusivamente aragonés. De paso diremos que esta documentación adelanta en tres siglos y medio la fecha de aparición de *orzuelo* «cepo, trampilla» que proporciona el *DECH* (s. v. *uzo*).

El recalcar el carácter de *pernil* como voz aragonesa y no catalana en el texto de 1318 no es por capricho. Sé que no peleo con molinos de viento y que se discutirá este aserto; por ello he preferido tomar la delantera.

Las menciones de *pernil* que yo conozco a continuación de esas de 1304 y 1318 también son aragonesas¹⁶. En 1453, un fragmento del Archivo Municipal de Teruel habla de *toçino pernil* y en los inventarios publicados por Serrano y Sanz vuelve la palabra en 1478.

Del siglo XV son también diversos testimonios de *perniles de carn sallada* y *perniles de puerco*, que Sesma Muñoz y Libano Zumalacárregui han sacado de los *Libros de Collidas* y recogido en su repertorio del comercio medieval aragonés, aunque inexplicablemente estos autores no indiquen el respaldo documental de sus materiales.

Luego en Olite tenemos en 1496 más datos, pero ahora ya nos encontramos en Navarra, y mientras tanto ha surgido la atestiguación castellana de Alonso de Palencia y pronto vendrá la de *La Celestina*.

A partir de los documentos, creo puede afirmarse que el núcleo inicial de *pernil* está en Aragón. Y ahí ese termino conoce aún hoy una vida lozana. Desde esas tierras debió de extenderse por todo el dominio español, en donde tal formación genuina topó con algunos obstáculos, en particular en la polisemia de *tocino*, que también se toma a menudo por «jamón»; la palabra *jamón*, extranjera, entró gracias a la gastronomía; a la vez otra denominación foránea, *presuto* (<it. *presuto, prosciuto*), trata de penetrar, como lo hizo en Portugal¹⁷; al lado de éstas, *lunada* no logró triunfar.

13. *Ibidem*, II, p. 189, documento núm. 113.

14. Lo normal en catalán es el tipo *trempar* o *temprar*, con *l* y no con *r*

15. MARTÍNEZ FERRANDO, *op. cit.*, II, p. 85, documento núm. 126.

16. Vienen señaladas en mi citado artículo del *Homenaje a Félix Monge*.

17. Véase lo que digo en *Aspects of Language. Studies in Honour of Mario Alinei*, Amsterdam, 1987, vol. II, pp. 93-98.

Si ahora comparamos con lo que pasa en Cataluña, tendremos que reconocer que *pernil*, que es el término de la lengua literaria, no vive aún en todo el dominio. Por ejemplo en las Baleares, en donde predomina *cuixot*, (cuando no se emplea el nefando castellanismo *jamón*); en Valencia hay una lucha entre *pernil* y *cuixot*, y en el Principado el mismo *pernil* no se halla libre de rivales. Por otro lado la primera aparición de ese lexema se sitúa en 1575, nada menos que 270 años después de su documentación en el texto aragonés de Jaime II. Dejemos de lado, la dificultad de la formación con un sufijo *il* <ILE, casi desconocido en tierras catalanas. Quien ha dicho que *pernil* es «un intento fracasado» en castellano y muestra además veleidades de considerar el término como un catalanismo tiene que hacerse perdonar mucho y, por lo menos, merecería que se le privase de comer ídem durante cierto tiempo. He aquí, pues, una muestra de lo mucho que puede dar de sí la documentación que conserva el ACA.

Otra muestra todavía. En 1975 publiqué en la Miscelánea Lapesa un estudio sobre el castellano *alhanía* «alcoba, aposento»¹⁸. Me serví para perfilar el sentido del vocablo, que venía siendo muy discutido, de este documento del rey Pedro el Ceremonioso del año 1359:

«El Rey d'Aragon.

Queremos et e us mandamos que en la alfaneya que es dreyno de la alfaneya do nos jazemos quando somos en la Aljafaria de Caragoça en el portal por do sale homne de la dita alfaneya al carreron por do pueya homne a la torre mayor fagades per vna chamineya segunt que de aquesto Blasco Aznarez de Borau vos informara. Et feyt de guissa que sea feyta quando nos seremos en la ciudat de Caragoça en la qual nos entendemos a seer Dios queriendo dentro breves días. Dada en Cervera a setze días de Deziembre en el anyo de la Natividad de Nuestro Senyor M.CCC.L nou. Matheus prothonotarius. Dominus Rex mandavit Matheo Adriani.

Al feel scuder de la cambra nuestra Sancho de Marcteez, (?), merino de Caragoça»¹⁹.

Sobre este *alfaneya* no voy a volver, pero sí diré que si el actual *Diccionario histórico* de la Real Academia se hubiese tomado la molestia de tenerlo en cuenta, le hubiese salido un artículo más redondeado en los aspectos cronológico, geográfico y semántico. Esa carta, aparte de ofrecer datos muy interesantes, como la primera mención española del galicismo *chamineya* (que hay que contrastar con *jaminera* en otras fuentes), me llevó a ponerla en relación con esta otra de 1372, en donde el sinónimo de *alfaneya* es *alcuba*:

«Mandamos vos que luego vaiades de Uesca a la Aljafaria nostra de Saragoça, e veet aquellos candalobres per a brandons que son en la nostra cambra, e en la alcuba do nos solemos jazer, e facerne fazer. II. semblantes d'aquellos por a la nostra cambra del Castello de Lerida»²⁰.

18. *El arabismo «alhanía»* en «Studia hispanica in honorem R. Lapesa», Madrid, 1975, III, pp. 165-172.

19. *Ibidem*, p. 169.

20. *Ibidem*, p. 170, núm. 22.

Esta mención de *alcuba* echa mucha luz sobre el *alcova* catalán (que alguien ordenó escribir con *v*), y sobre el propio castellano *alcoba*, cuya significación, a juzgar por los primeros datos del ya citado diccionario, no quedaba clara para el valor moderno del vocablo.

Mi objetivo al presentar aquí estos ejemplos era sólo llamar la atención sobre esa parcela de fuentes escritas, que por su particular situación puede depararnos mucha información filológica. Valdría la pena intentar reunir una especie de corpus de documentos, cartas y otros instrumentos diplomáticos escritos en aragonés añadiéndoles, cuando proceda, la contrapartida catalana o latina. Sería un minero para el enriquecimiento de la historia de la lengua en España. La información que proporciona esa caudalosa fuente del ACA, la cual se podría completar con otros tesoros procedentes de archivos de la antigua corona de Aragón, atañe en primer lugar al aragonés como idioma autónomo²¹. Pero también puede ser utilísima para estudiar el castellano y el catalán. Sobre todo para analizar desde fuera esta última lengua con la que comparte la vida en los escritorios de la cancillería real.

21. A este respecto, me permito remitir al capítulo sobre «El aragonés cancilleresco: sociología de un idioma» de mi libro *Español y catalán, juntos y en contraste* (Barcelona, Ariel, en prensa).

**¿DIALECTO ARAGONÉS O GEOGRAFÍA
LINGÜÍSTICA DE ARAGÓN?**

MANUEL ALVAR

Actas del Congreso de Lingüistas Aragoneses, pp. 79-88, Zaragoza, 1991

PRESENTACIÓN

Desde que en 1953 se publicó *El Dialecto aragonés*¹ hasta los días que corren, han pasado muchas cosas y la investigación sobre las hablas de nuestra región no podemos decir que se haya detenido. Factores de diverso tipo han activado el quehacer por ejemplo, la creación de una especialidad de filología en la Universidad de Zaragoza, y consecuentemente, la provisión de unos cuadros de especialistas y el entusiasmo de los jóvenes estudiantes; la constancia de la Institución Fernando el Católico interesando el desarrollo de los estudios regionales; y la valoración de las hablas vivas por los dialectólogos de la posguerra. Si aquel libro era una síntesis, treinta y cinco años más tarde debemos plantearnos qué significó y cómo debemos continuar.

EL DIALECTO MEDIEVAL

Porque el libro se agotó hace muchos años y no se ha vuelto a reeditar, ni ha sido sustituido por ningún otro. Tal vez sea ocasión de comentar estos hechos. La obra presentaba dos partes bien definidas: la edad media y las hablas actuales. La edad media ofrecía unos perfiles bien definidos: los trabajos de Menéndez Pidal², de García de Diego³ y de Umphrey⁴ fijaron unas bases muy seguras. Después lo que se ha ido aportando⁵ ha enriquecido mucho lo que sabemos, pero la cronología no tiene apelación: la historia sigue siendo historia, inmutable por tanto. Y no debe silenciarse cuánto se ha puesto al alcance de los investigadores en traducciones, ediciones anotadas de viejos estudios, etc.⁶: labor en la que nada, ni nadie, puede compararse a lo que ha publicado el *Archivo de Filología Aragonesa*⁷. Sin embargo, los capítulos del *Dialecto aragonés* se completaron y enriquecieron en sendas monografías sobre *Grafiyas navarro-aragonesas*⁸, *Vocalismo romance en documentos aragoneses escritos en latín notarial*⁹ y *Rasgos de morfología romance en el latín notarial aragonés (1035-1134)*¹⁰, con lo que

1. ALVAR, Manuel: *El dialecto aragonés*. Ed. Gredos, Madrid, 1953.

2. *El Poema de Yuçuf. Materiales para su estudio*. Granada, 1952. Libro que resultó ser una actualización y ampliación del trabajo publicado en 1902.

3. *El dialecto aragonés*, en su *Miscelánea filológica*. Zaragoza, S.A. Como *Caracteres fundamentales del dialecto aragonés* vio la luz en Zaragoza, 1918.

4. *The Aragonese Dialect*, «Revue Hispanique», XXIV, 1911 y Seattle-Washington, 1913.

5. No podemos silenciar los importantísimos *Documentos de Aragón*, de Tomás Navarro (Syracuse, N.Y., 1957).

6. Irremediablemente, también es historia un libro de 1962: Manuel Alvar, *Dialectología española*. Cuadernos bibliográficos del C.S.I.C., VII, pp. 37-51.

7. En 1987 se ha publicado el t. XXXIX y sigue manteniéndose los apartados de selecciones y archivo que nos interesan en este momento.

8. *Grafiyas que representan fonemas palatales en los documentos navarro-aragoneses de la edad media* («Argensola», III, 1952, pp. 237-248), y *Grafiyas navarro-aragonesas* («Pirineos», IX, 1953, pp. 153-184).

9. «Omăgiu Graur». Bucarest, 1960, pp. 317-335.

10. «Ibérica», n.º 41, 1960, pp. 141-146.

esta parte del libro, tal y como se proyectó, creo que quedaba superada¹¹. Por otra parte, la *onomástica personal*¹² también se amplió¹³ y se extendió a otros aspectos de repoblación e historia¹⁴, que sirvieron para perfilar lo que fue trabajo inicial¹⁵. De todos modos, la aportación antigua seguía siendo cualitativamente válida y no creo que mereciera la pena volver a reeditar lo que al dialecto medieval se dedicó en 1963. Habría que hacer otra cosa y, por supuesto, buscar y resolver problemas que no podían entreverse en una obra como la que escribí. Lo que ella es (sin buscar tres pies al gato) yo mismo traté de engrandecerla, y basten estas líneas. Los nuevos problemas ni siquiera se apuntan. Acaso lo más importante haya sido el desarrollo de los estudios sobre literatura aljamiada, casi toda ella de carácter aragonés, y que si contó con el memorable estudio de Menéndez Pidal sobre el *Poema de Yúçuf*, ahora ha informado la creación de una biblioteca dedicada a estos estudios. Ha sido Álvaro Galmés el alma de la empresa y junto a él figuran sus discípulos o investigadores extranjeros¹⁶. Añadamos algún estudio esporádico sobre aljamía hebrea, como el que publicaron Jacinto Bosch y Manuel Alvar en el homenaje al profesor Lacarra (Zaragoza, 1968).

LAS FRONTERAS

La segunda parte del libro suscita cuestiones totalmente distintas. La vida del dialecto deja de ser en ella un fósil para convertirse en un ser en continua mutación. Por tanto, hace falta aplicar principios diferentes de los que allí se expusieron porque diferente es también la situación de un fósil con respecto a lo que tiene vida. Parecía lógico en 1953, y sigue pareciéndolo, dedicar unas páginas a la frontera del dialecto: era éste uno de los caballos de batalla de nuestra dialectología, tanto en la zona septentrional, con hablas tan complejas como el benasqués¹⁷ y con límites tan inciertos como los que llegan a Tamarite¹⁸; después las fronteras con el valenciano¹⁹ y los

11. Estos trabajos se pueden ver resumidos en los *Estudios sobre el dialecto aragonés*, t. I, Zaragoza, 1973.

12. *Dialecto aragonés*, p. 72.

13. *La formación del apellido en los antiguos documentos aragoneses* (se puede ver ampliado en la obra citada en la nota 11).

14. «Colonización» franca en Aragón («Festschrift Wartburg». Tübingen, 1968, pp. 129-150). («Atti e Memorie del VII Congresso Intern. di Scienze Onomastiche». Florencia-Pisa, 1961, pp. 27-52).

15. Las tres monografías figuran en el citado t. I de los *Estudios sobre el dialecto aragonés*. (vid. nota 11).

16. Una exposición muy reciente es la que ha hecho el prof. Galmés en la *Enciclopedia temática de Aragón*, (Zaragoza, 1988), pp. 112-113.

17. Véase ahora BALLARÍN CORNELL, A., *Vocabulario de Benasque*. Zaragoza, 1971. Del mismo autor, *El valle de Benasque*. (2.^a edic.). Zaragoza, 1974.

18. Hay dos trabajos ya históricos de Griera: *La frontera del català occidental. Alguns criteris lexicogràfics que separen el català de l'aragonés i del gascó* («Butlletí de Dialectologia Catalana», VI, pp. 17-37 y 69-79) y *La frontera catalano-aragonesa. Estudi geogràfic-lingüístic* (Barcelona, 1914). Añádase la reseña de Menéndez Pidal a este libro («Revista de Filología Española», III, 1916, pp. 73-88).

19. Vid. bibliografía recogida en el libro de la nota 6, números 573, 575, 576.

dialectos «chapurreados» de la provincia de Teruel²⁰. Después de 1953 vieron la luz importantes trabajos que vinieron a perfilar lo que sabíamos del norte de la línea fronteriza (la tesis doctoral de Haensch²¹, los estudios de Ballarín ya citados), mientras que la zona meridional aún tuvo que esperar algún tiempo (Rafael²², Llatas²³, Natividad Nebot²⁴). Se volvió a considerar la frontera catalano-aragonesa²⁵ desde nuevas perspectivas procedentes de la geografía lingüística²⁶ y de la sociolingüística, se estudiaron las hablas de Ribagorza²⁷ y se amplió no poco la perspectiva que poseíamos.

Pero fue en la frontera difusa con el castellano donde se pudo ver con más claridad, pues si la región de Tarazona fue muy cuidadosamente analizada²⁸, no se hacía otra cosa que analizar unos procesos históricos de castellanización, que también se habían estudiado poco antes de 1953²⁹. Poco, sin embargo, se hizo en la frontera con Navarra, que siguió viviendo de lo que ya se sabía y nada en la provincia de Teruel, que permaneció en el mundo de la ignorancia.

La aparición del Atlas regional vino a ser de muy distinta entidad para estos estudios³⁰, pues si es cierto que la frontera catalano-aragonesa en su parte septentrional

20. Cfr. QUINTANA, A., *El aragonés residual del bajo valle del Mezquín* («Archivo de Filología Aragonesa», XVIII-XIX, 1976, pp. 53-86).

21. *Las hablas de la alta Ribagorza* («Archivo de Filología Aragonesa», X-XI, 1958-59, pp. 57-193). Mucho más reciente es el trabajo del mismo autor, *Fronteras político-administrativas y fronteras lingüísticas: el caso de la Ribagorza catalano-hablante*.

22. *La lengua catalana fronteriza en el Bajo Aragón meridional. Estudio fonológico*, Universidad de Barcelona, 1981.

23. *El habla de Villar del Arzobispo y su comarca*. (2 vols.). Valencia, 1959.

24. Son muchos los trabajos de esta investigadora sobre la cuenca de los ríos Palencia y alto Mijares; el último de los que conozco está en el «Archivo de Filología Aragonesa», XXXVIII, 1986, pp. 123-185.

25. ALVAR, Manuel, *Los nombres del «arado» en el Pirineo* («Filología», II, pp. 91-133), *Catalán y aragonés en las regiones fronterizas* («Actas del VII Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas». Barcelona, 1955, pp. 737-778).

26. *Un problème de langues en contact: la frontière catalano-aragonaise* («Travaux de Linguistique et Literature», IX, 1971, pp. 73-84). La versión española y el segundo estudio de la nota anterior se recogieron en el libro *La frontera catalano-aragonesa*. Zaragoza, 1976.

27. VIUDAS CAMARASA, Antonio, *El habla y la cultura populares en la literatura (Huesca). Léxico agrícola*. Lérida, 1980; *Descripción fonológica del habla de la Litera* («Archivum», XXIX-XXX, 1979-80, pp. 423-457).

28. GARGALLO, Manuel, *Notas Léxicas sobre el habla de Tarazona y su comarca* («Archivo de Filología Aragonesa», XXXVI-XXXVII, pp. 417-571 (proceden de una tesis doctoral de 1961); José M. Enguita, *Sobre fronteras lingüísticas castellano-aragonesas* (ib., XXX-XXXI, pp. 113-142).

29. LÁZARO, Fernando: *Formas castellanas en documentos zaragozanos de los siglos XV y XVI* («Argensola», II, 1951, pp. 48-50) y BERNARD POTTIER, *L'évolution de la langue aragonaise à la fin du Moyen Âge* («Bulletin Hispanique», LIV, 1952, pp. 184-199).

30. ALVAR, Manuel, con la colaboración de T. BUESA; A. LLORENTE, y E. ALVAR, *Atlas lingüístico y etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* (12 vols.). Madrid-Zaragoza, 1979-1983.

no va sino a enriquecerse con nuevas matizaciones, las hablas fronterizas de Zaragoza y Teruel recibirán, gracias a él, importantes aportaciones. Pero es en el occidente donde el significado del Atlas hará nacer una nueva dialectología: los intercambios vasco-románicos ya no tendrán que limitarse a lo que decían las monografías dispersas de Azkue, Bergmann, Alvar, sino que ahora hay un conocimiento de esas migraciones este-oeste, oriente-occidente y, algo desconocido hasta este momento: la extensión hacia el mediodía de los rasgos pirenaicos, tanto vascos (caso de Navarra) como romances (caso de Aragón). Y, en efecto, en el primer enunciado, la tesis doctoral de Almudena Basanta³¹, y en el segundo el hallazgo de un dialecto pastoril que baja desde la montaña hacia el valle del Ebro, sin alcanzarlo, y deslizándose por la frontera navarro-aragonesa³². Añadamos la penetración castellana, continua y abrumadora, con dos variedades (vieja y nueva o soriano-conquense y alcarreña) que han modificado el aspecto arcaizante del léxico y la fonética de estas hablas aragonesas.

Estas cuestiones nos llevan al tercer punto.

LAS HABLAS VIVAS

El dialecto aragonés era una obra de conjunto. Con las ventajas e inconvenientes que ello significa. Ventajas al reunir todo cuanto se sabe (o cuanto el investigador sabe) de un problema; inconvenientes derivados de la heterogeneidad de los informes. Porque era necesario agrupar lo que se sabía sobre el dialecto aragonés, pero este conocimiento unas veces era esporádico, otras limitado a un problema, otras derivado de un viaje rápido. Así y todo teníamos una información cierta, pero no actual. Y sólo rara vez susceptible de comparaciones. Pienso en algo semejante a lo que significó del habla de Graus que resultó irrepetible³³, pues saber un fenómeno fonético en trance de desaparición obliga a sacar de las cavernas del olvido a palabras en las que está incrustado, sin que podamos juzgar —habitualmente— su grado de vitalidad, o las ilustraciones toponímicas desvirtúan lo que es una realidad. Que todo es útil es evidente, que todo es aprovechable, también, pero, no menos cierto, que la visión geográficamente proporcionada, simultánea en el tiempo y con un índice de vitalidad homogéneo, sólo se consigue con los estudios de geografía lingüística.

Nadie al escribir un dialecto aragonés puede desentenderse de los estudios pioneros de Costa y Saroïhandy³⁴ o de los científicamente rigurosos de Rohlf, Kuhn y Elcock³⁵, pero con ellos no se hace una descripción del dialecto aunque estén dentro de él. Porque,

31. *Estructura del léxico navarro*. Leída en la Universidad Complutense de Madrid el 2 de julio de 1988.

32. *Hacia una geografía Lingüística de Aragón*, conferencia inaugural de la «Cátedra Manuel Alvar», de la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza. (Se leyó en noviembre de 1987).

33. *Dos cortes sincrónicos en el habla de Graus* («Archivo de Filología Aragonesa», VI, 1954, pp. 7-58).

34. SAROÏHANDY, J.: *Dialectos aragoneses*. Prólogo de Joaquín Costa. Se tradujo en «Aragón», VII, 1931; *Vestiges de phonétique iberienne en territoire romane* («Revista Internacional de Estudios Vascos», VII, 1913, pp. 475-497). (Traducido por A. Llorente en el «Archivo de Filología Aragonesa», VIII-IX, 1956-57, pp. 181-199).

35. Cito sólo sus grandes obras: *Le gascon* (1935), *Der Hocharagonesische Dialekt* (1936), *De quelques affinités phonétiques entre l'aragonais et le béarnais* (1937), respectivamente.

a finales del siglo XIX (datos de Costa-Saroiñhandy) los que se transcribía era una modalidad lingüística que, si viva, representaba la de una generación nacida por 1850 o antes; es decir, conjunto de rasgos que estaban ya en trance de desaparición como sistema. Al hacer la síntesis de 1953, ¿cuántas veces no se facilitará información de cien años atrás? En cuanto a los materiales de Alwin Kuhn —los más coherentes para mi objeto— estaban limitados a una pequeña región, a veinte localidades cuyo punto extremo era Fiscal (ribera del Ara sin entrar en Sobrarbe) y a unos aspectos puramente sincrónicos. Es decir, dentro de sus limitaciones, todo enteramente válido, aunque la presentación de los materiales nos presente algunas dificultades. Kuhn hizo sus encuestas en 1932, con gentes que iban de los 35 (Ipiés) a los 78 años (Sallent); es decir, manejó generaciones muy diversas y con criterios difícilmente sistemáticos (a unos preguntaba especialmente los topónimos a otros, es de suponer, las cosas de su oficio o las más generales: le informaron maestros, secretarios, obreros, propietarios, labradores, pastores y algún carpintero, etc.). Es evidente que estos materiales, insisto valiosísimos, no tiene el rigor que exigimos a los de geografía o sociología lingüísticas.

Así las cosas, vino el ictus de la guerra civil y fueron los dialectólogos posteriores a ella (Badía, Buesa, Alvar) quienes trataron de completar lo que Kuhn había dejado sin investigar (Bielsa, Ayerbe, de dónde sólo recogió materiales muy escasos, y el Campo de Jaca). Después, Pascual González Guzmán trabajó en Aragüés, donde hizo su tesis doctoral (encuestas de 1950, publicación de 1953).

Ésta era la situación de 1953. Como se ve —insisto siempre en su valor— dispersa, insuficiente, limitada, etc. No podíamos pensar en que las cosas se modificaran con rapidez, pues de aquellos primeros investigadores muy pocos permanecieron adictos a la dialectología aragonesa. Cierta que luego vinieron otros nombres y que el porvenir hoy es de una inusitada brillantez: baste con pensar en lo hecho, pero estos investigadores (Frago, Enguita, Fonz, etc.) no podían contar cuando se proyecta el Atlas regional.

EL ATLAS LINGÜÍSTICO DE ARAGÓN

Como en tantos sitios, la situación sólo podía modificarse con una obra que recogiera materiales en todas las comarcas de la región y de manera uniforme; sin prejuicios y que, además, facilitara una visión especial simultánea y coherente. Es decir, que nos diera la biología con lo que la biología es de vida (instauración en un ambiente, relación con otros seres). Ni más ni menos que las soluciones que aparecieron para resolver las aporías con que Meyer-Lübke se encontró al escribir el prólogo a su célebre *Gramática* de las lenguas romances.

Siempre acaricé la idea de hacer el Atlas regional y a ella orienté mis pasos, fuera para preparar un cuestionario válido³⁶, fuera para ordenar lo que ya estaba disperso³⁷.

36. Por eso traté de investigar las regiones navarras que más estrechamente se relacionaban con Aragón, pues, además, unían dos zonas en las que trabajé: Anso y Aezcoa. Muchos años más tarde publiqué los resultados de aquellas recogida: *Repertorio ansotano. Encuestas de 1950* («Archivo de Filología Aragonesa», XXII, 1977, pp. 21-48), *Breve vocabulario de la Navarra nordoriental* (ib. 251-298), *El léxico de la casa en el nordeste de Navarra* (íd., XX-XXI, pp. 9-56). En el «Hom. Griera», adelanté un capítulo sobre el fuego (Barcelona, 1954, pp. 16-36). Del mismo tiempo, y ocasión, son las *Notas lingüísticas sobre Salvatierra y Sigüés* («Archivo Filología Aragonesa», VIII-IX, 1956-57, pp. 9-62 + 20 láminas).

37. *Léxico aragonés del ALC* («Archivo Filología Aragonesa», VIII-IX, 1956-57, pp. 211-

La idea se abandonó durante muchos años y aun maduró con otros estímulos: fueron los tiempos que dediqué al Atlas de Andalucía, que me permitieron pensar en lo que ahora entiendo por geografía lingüística. Pero en 1963³⁸ la elaboración de los mapas meridionales estaba lista y pude dedicarme a otras empresas, entre ellas el del Atlas de Aragón³⁹, que después —gracias a un proyecto de investigación universitaria— se amplió a Navarra y Rioja. No incido sobre lo ya sabido, pero sí quiero decir que desde 1953 (fecha del *Dialecto aragonés*) y 1963 (proyecto del Atlas) me di cuenta que la obra de conjunto ya no podía ser como yo la había hecho. Ciertamente cumplió un fin y llenó un hueco. Muchísimos años después no se ha intentado reemplazarla. Pero agotada pronto y estimulado a su reimposición, nunca quise ceder al halago: mis trabajos de esos años me habían hecho ver que sólo la geografía lingüística podría ofrecernos la obra que necesitábamos. *El Dialecto aragonés* bien estaba como era y no había que volver sobre él. Sin embargo iba a haber una solidaridad entre ambas —y distantes— empresas. Paso a considerarlo.

EL DIALECTO ARAGONÉS Y EL ATLAS

Cuando publiqué el *Proyecto de un Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón* escribí textualmente: «La *Fonética* y la *Morfología* [del Cuestionario] se han redactado siguiendo las páginas 145-252 de mi *Dialecto aragonés*. De este modo se obtiene la fácil referencia a una obra de conjunto que se había hecho cargo de las experiencias anteriores»⁴⁰. Del propio *Dialecto* se entresacaron cuestiones de *Sintaxis* y «en cuanto al *Léxico*, debo indicar que incluyo todas las voces que figuran en obras de conjunto, como las de Kuhn y de Rohlf», etc. (p. 21). Es decir el Atlas se ordenó según unos principios que eran los que condicionaron el *Dialecto aragonés*; por tanto no sería difícil que —acabada la obra— pudiéramos comparar los materiales recogidos en encuesta directa con los que venían repitiéndose en tratados diferentes. Ahora, publicados los doce tomos del *Atlas*, es cuando estamos en situación de hacer una segunda edición del *Dialecto*, porque la comparación de los informes (históricos y sincrónicos) es muy fácil, ya que se han preguntado las mismas cuestiones; además, la ordenación sistemática es la misma y la cartografía lingüística nos dará unas posibilidades de comparación con las que no podíamos soñar. Los resultados obtenidos son satisfactorios: basta comparar las preguntas del *Cuestionario* con los mapas del *Atlas*; poco o nada ha habido que suprimir y sin embargo, los resultados son de una impresionante variedad. Ahora, sí, tenemos la realidad actual de las hablas aragonesas, no venerables restos arqueológicos ni antiguallas resucitadas para saber el honor del dialecto. Tenemos una geografía total y no parcelillas limitadas: las hablas aragonesas cobran cabal sentido por lo que cada una es en sí y por lo que significa con respecto a las otras; tenemos unos materiales homogéneamente distribuidos, lo que asegura que poco será lo que no se haya allegado y, gracias a ello, se incorporarán a nuestros estudios inmensas zonas de las que nada se

238), *Léxico de Benasque* (ib., X-XI, 1958-59, pp. 367-376), *Léxico catalán en tierras aragonesas* (ib., XII-XIII, 1961-62, pp. 338-385), todos inspirados en el *Atlas* de Cataluña de A. Griera.

38. El Atlas de Andalucía se empezó a publicar en 1961 y se terminó en 1973, tras una lamentable interrupción de 1965 a 1972. De 1964 es el *Cuestionario* del Atlas de Canarias.

39. *Proyecto de un Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón* (Zaragoza, 1963); del mismo año es el *Cuestionario*.

40. Página 20. Hay otras explicaciones, pero ahora me basta con ello.

sabía; tenemos la visión especial simultánea de los fenómenos proyectados en 1758 mapas (2011 láminas); tenemos la relación de las hablas aragonesas con otras catalanas, navarras, riojanas, castellanas y valencianas; tenemos la posibilidad de hacer una nueva obra⁴¹.

Esa obra futura ya no será un «dialecto aragonés», sino la totalidad de las modalidades lingüísticas de la región, todas —como quiere el artículo 8.º de nuestro estatuto de autonomía— y no las que sobrenaden de un hundimiento o las que ofrezcan rarezas sin vitalidad. Que para eso nació la geografía lingüística: para proyectar la vida del lenguaje, reflejar la vida de la sociedad que lo habla y estudiar las relaciones de la lengua con la antropología. Es un programa de trabajo que ahora podemos cumplir. La obra que de ahí nazca no será —pretenciosa y falazmente— *El dialecto aragonés*, sino una *Geografía Lingüística de Aragón*, que es mucho más y que es, también, el estudio de cómo se articulan las modalidades internas de ese gran complejo lingüístico⁴². Conjunto de problemas que ni siquiera nos hubiéramos atrevido a proponer en 1953 y que ahora vemos fáciles de resolver⁴³.

SOBRE GEOGRAFÍA LINGÜÍSTICA ANTIGUA

En 1962, Bernard Pottier señaló las dificultades de trazar una geografía lingüística con carácter diacrónico⁴⁴, lo que bien se cohonestaba con las imprecisiones de los mapas de Menéndez Pidal⁴⁵. Pero esta geografía lingüística que propongo cuenta con unos antecedentes que nos van a situar en una posición de privilegio. En 1437, Alonso V promulgó los peajes del Reino. El conjunto constituyó el *Cabreo de peajes*, que es un inmenso repertorio lingüístico⁴⁶, tanto para la fonética histórica como para el léxico. Y es que, cualquiera que sea el valor que demos a las viejas transcripciones⁴⁷, tenemos aquí unas listas de palabras que designan los conceptos que pagaban en cada localidad del Reino; lógicamente, la modalidad lingüística en la que se transcribe en cada caso era la propia de la localidad. Tendremos, pues, la geografía lingüística de Aragón en el siglo XV y podremos compararla con esos materiales que hoy suministra el Atlas. No podemos decir que la geografía lingüística actual está desasistida por cuanto muchos fenómenos los vamos a conocer en la distribución espacial que tuvieron hace más de quinientos años, lo que es motivo de no pocas seguridades. Si enfrentamos los mapas de hoy con los de los peajes de 1436 vemos cuán importante puede ser el cotejo⁴⁸.

41. En el «Archivo de Filología Aragonesa», desde 1981, se vienen publicando trabajos elaborados con materiales del *Atlas*.

42. Sé muy bien lo impreciso del concepto de dialecto referido con carácter unitario a Aragón.

43. Lo intenté en el trabajo que cito en la nota 32, y en ello trabajo.

44. *Geografía dialectal antigua*, «Revista de Filología Española», XLV, pp. 241-257.

45. *Orígenes del español*.

46. Se publicó por P. Savall y S. Penén en los *Fueros, observancias y actas de Cortes del Reino de Aragón*. Zaragoza, 1866, t. II, pp. 217-296.

47. Vid. mi *Lexicografía medieval: el peaje de Jaca de 1457* («Estudios dedicados a Menéndez Pidal», Madrid, 1951, II, pp. 91-133.)

48. Lo he hecho en *Antigua geografía lingüística de Aragón: los peajes de 1436*. (En prensa por la Institución Fernando el Católico de Zaragoza.)

FINAL

He querido explicar un quehacer y el porqué de no hacer otros. Lo que un día era imperativo, otro dejó de serlo, y el imperativo se vio desde distinta perspectiva. Cada obra vale en función de su tiempo y no debemos sacarla de él para hacerle decir lo que ni pudo ni quiso. Pero tampoco hemos de creer en el valor de las repeticiones. Un método de trabajo ha acrecentado inmensamente nuestros conocimientos, y mal haríamos si no lo utilizáramos. Es posible que nos haga relegar al olvido lo que fue producto de entusiasmo y diligencias. Tampoco valen las lamentaciones. Si queremos hacer que la ciencia progrese, no debemos arregostarnos en las recachas invernazas.

**HUELLAS ARAGONESAS EN LOS DIALECTOS
CATALANES MERIDIONALES**

JOAN VENY

Actas del Congreso de Lingüistas Aragoneses, pp. 89-102, Zaragoza, 1991

INTRODUCCIÓN

No soy especialista en el estudio de la frontera catalano-aragonesa. Supongo que mi presencia en este Simposio viene motivada por mis encuestas en la zona catalana contigua a Aragón (ALDC), por la dirección de tesis de lingüística aragonesa —o relacionada con ésta—¹ y por mi demostrado interés por los dialectos, interés centrado en el dominio catalán, pero que abre ventanas de observación hacia fuera, hacia el N. y hacia el O., porque es evidente que la comparación con las hablas, tanto occitanas² como aragonesas ilumina caminos y abre horizontes, especialmente cuando perseguimos objetivos diacrónicos. Mi comunicación, pues, tratará de las relaciones entre el léxico aragonés y catalán, con especial atención a las huellas que aquél ha dejado en los dialectos, especialmente meridionales, del catalán.

CONTINUIDAD DE ÁREA LINGÜÍSTICA

En los estudios de hablas fronterizas se plantea a menudo el problema de la pertenencia de un determinado rasgo a la lengua A o a la lengua B; en nuestro caso, al aragonés o al catalán. Y se tiende, cuando el rasgo es aragonés y cabalga sobre parte del catalán, a considerarlo un aragonesismo del catalán, y si es al revés, un catalanismo del aragonés. Así, podemos leer en la entrada *aragonesismos* de la GEA³: «Poco o nada se han estudiado los aragonesismos en catalán; en la lengua literaria no hay apenas, pero *en la región del Pallars existen influencias del aragonés, como la desinencia -iba* en los pretéritos imperfectos de indicativo de la segunda y tercera conjugación». Desde el momento que esos imperfectos en *-iva* (y también en *-eva*) llegan hasta Andorra, Urgel y l'Alguer y se documentan ya en el siglo XIII (por ej., *feve* 'hacia'), cuesta un poco aceptar dicho tributo al aragonés, más aún tratándose de un elemento gramatical, de difícil movilidad, y no léxico, de más fácil transferencia. Y es que con frecuencia se olvida que en dialectos constitutivos de dos lenguas se dan fenómenos de continuum, es decir, que rasgos fonéticos, morfosintácticos o léxicos formados a partir de un fondo latino, modificado por el substrato o algún otro factor, son compartidos total o parcialmente por dos dominios lingüísticos adyacentes. En este sentido, Elcock (1937) ya hablaba, al referirse al aragonés y al gascón, de casos de «simple concomitance», M. Alvar (1953) aludía a «límite de áreas léxicas», Pottier (1955) a «continuidad de área lingüística», Colón (1968) a «área léxica continua» y a «continuo léxico catalano-occitano», P. Bec (1968) a «interférence primaire», J. A. Frago (1977) a «comunidad de substrato».

La ausencia de una perspectiva comparativa incluso ha dado pie a ejemplificaciones inadecuadas, falsas, como cuando, para ilustrar la conservación de las oclusivas sordas

1. Terrado, 1984; CALERO LÓPEZ DE AYALA, J. L., *El habla de Cuenca y su serranía*, Cuenca, 1981; GARGALLO GIL, J. E., *Una encrucijada lingüística entre Aragón, Valencia y Castilla: el Rincón de Ademuz*, tesis doctoral, Universidad de Barcelona; SISTAC, R., *El Ribagorçà a l'alta Llitera. Els parlars de la vall de la Sosa de Peralta*, tesis doctoral, Universidad de Barcelona.

2. Por lo que se refiere a las relaciones entre el catalán septentrional y el occitano, véase VENY, J., *Sobre els occitanismes del rossellonès*, «Actes del Cinquè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes (Andorra, 1979)», Abadía de Montserrat, 1980, 441-489 y cinco mapas.

3. En un artículo firmado por Vázquez Obrador, Chesús (1, 1980).

intervocálicas en aragonés —sea por arcaísmo, sea por gracia del substrato—, al lado de *lupo* ‘lobo’, *capeza* ‘cabeza’ o *focaza* ‘hogaza’, se aducen *taleca* ‘talega’ y *capolar* ‘triturar’ (A. Conte *et alii*, 1977, 57), formas que, al ser propias también del catalán —desconocedor de aquel fenómeno—, quedan invalidadas como muestras de aquel tratamiento fonético⁴.

En torno a esa comunidad de rasgos, G. Colon (1976, 87-88) llamó la atención sobre los paralelismos léxicos entre catalán y aragonés (*aranyoner-arañón* ‘endrino’, *arna* ‘colmena’, *bresca* ‘panal’, *braguer-braguero* ‘ubre’, *cau-cado* ‘madriguera’, etc.), a los que atribuye raíces antiguas; para demostrarlo, aporta una lista de concomitancias en los estadios medievales de dichas lenguas (*ramat-ramado*, *espuenda-esponda*, *trobar*, etc.). En el plano sincrónico, disponemos hoy de una herramienta de trabajo muy valiosa, el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y La Rioja*, dirigido por M. Alvar, que enriquece la lista anterior y los ejemplos dados por otros⁵. Teniendo en cuenta la mayor o menor extensión geográfica de las palabras en catalán y que el área aragonesa se ve reducida a menudo por la presión del castellano, se pueden hacer tres grupos:

1. Vocablos (casi) generales en catalán: *budells-bodillos* ‘intestinos’ (1165)⁶, *tremolar-tremolar* ‘temblar’ (1132), *agullada-agujada* ‘aguijada’ (173), *verderol-verderol* ‘verderón’ (523), *tavella-tabella* ‘vaina’ (131), *pórca-porca* ‘amelga’ (43), *renegar-renegar* ‘blasfemar’ (1354), *molla-medolla*, *miolla*, *mioja* ‘miga’ (253), *crostó-crostón* ‘cantero’ (304), (*jugar a*) *cuít-(jugar a) cuic*, *cut*, *cuc*, etc. ‘(jugar al) escondite’ (1358), *canalla* ‘chiquillería (alborotada)’ (1373), *ginjoler-jinjolero* ‘azufaifo’ (m. 314), *llúpiaplupia* ‘lobanillo’ (m. 1183), etc.

2. Casos que afectan sólo al catalán occidental, que manifiesta afinidades con las lenguas centrales⁷: *junc-chunco* ‘junco’ (cat. or. *jonc*) (1775), *tavà-taban(o)* ‘tábano’ (cat. or. *tàvec*) (415), *birbar-bribar* ‘escardar’ (cat. or. *eixarcolar*), *emprar-amprar* ‘tomar prestado’ (cat. or. *manllevar*) (1320), etc.

3. Casos que afectan una parte del catalán noroccidental: *ixordiga*, *eixordiga*, *ordiga-ixordiga* ‘ortiga’ (cat. *ortiga*) (346), *navalla* ‘navaja’ (cat. *raor*) (), *mangrana* ‘granada’ (cat. *magrana*) (430), *baldador-baldeador*, *bandeador* ‘columpio’ (cat. *gronxador*) (1395), *esllissar-se-esllizarse* ‘resbalar’ (cat. *relliscar*) (1402), *revolví-revolvino* ‘remolino’ (cat. *remolí*) (1528), etc.

4. *Taleca* es palabra de origen árabe (DCEC s. v. *talega*) y *capolar* procede de un lat. vulgar *CAPPULARE (DECat, s. v.).

5. Por ejemplo, por Frago (1980, 419), que aduce la pareja *blanquinós-blanquinoso*. Los materiales del ALEANR dan pie a rectificaciones, como la de que *bony-boño* no constituyen un caso de continuidad de área lingüística, sino que *boño*, por encontrarse en unas pocas localidades de Teruel y Castellón, es un valencianismo (Gargallo, 1985, 651-652). También han servido de base para un estudio de las concomitancias léxicas de Andalucía con las hablas del Valle del Ebro (LLORENTE MALDONADO DE GUEVARA, A., *Coincidencias léxicas entre Andalucía y el Valle del Ebro*, «Archivo de Filología Aragonesa», XXXVI-XXXVII, 347-375).

6. Si no se indica lo contrario, el número entre paréntesis indica el de la lámina del ALEANR.

7. Han dado ejemplos de esas afinidades G. Colon (1955, 146-147), J. A. Frago (1980, 419).

Si las estadísticas realizadas sobre el grado de adaptación de los inmigrantes de Cataluña, de los «otros catalanes», muestran entre los aragoneses una permeabilidad hacia la integración mayor que la de los inmigrantes castellanos o andaluces (Strubell, 1981), es posible que, en parte, sea debido a los numerosos casos de continuum léxico de su lengua con el catalán, dejando aparte obviamente los inmigrantes procedentes de comarcas administrativamente aragonesas pero de expresión catalana.

POSIBLES HUELLAS ARAGONESAS EN VALENCIANO

Sin embargo, en los dialectos consecutivos, como son el valenciano y el bajo-aragonés, la situación era distinta. Por su participación en la conquista valenciana, los aragoneses recibieron 597 casas de la ciudad de Valencia, que, geográficamente, se extendía de Sagunto a Cullera. Desde el nacimiento del Reino de Valencia asistimos a un contacto de lenguas que cristalizará en una nivelación a favor del catalán, o, si se quiere, del catalán noroccidental; esta base lingüística catalana vino reforzada por la afluencia de colonizadores procedentes de las comarcas sobre todo noroccidentales. Pero los aragoneses, de las tierras bajas o de las tierras altas («la montaña, vivero de hombres», decía F. Braudel), tampoco cesaron, después de la conquista y a lo largo de siglos, de aportar sangre nueva al naciente reino; los avcindamientos de gente aragonesa se suceden constantemente hasta tiempos recientes; sin ir más lejos, los padres de Blasco Ibáñez eran aragoneses⁸. El calificativo de «poble ajustadís» dado por Eiximenis al pueblo valenciano no podía ser más acertado. Y lingüísticamente, dentro de la nivelación aludida, se dieron contaminaciones y han sobrevivido residuos. Intentaré, pues, dar a conocer probables huellas del aragonés en el valenciano y poner de relieve los escollos que surgen en el método ensayado.

INTERFERENCIAS ENTRE EL GRILLO Y EL SALTAMONTES

Sirviéndome de materiales inéditos del ALDC, he podido trazar una pequeña área del valenciano central donde se ha producido una interferencia del nombre del grillo con el del saltamontes: *grill* designa los dos insectos. Esta interferencia viene facilitada por cierta semejanza entre estos, pero nunca se da en el resto del catalán, donde se distingue bien entre *grill* (o *gri*, *griu*, *ric-ric*, etc.) y *llagost* (o *llangost*, *llangosto*, *llangusto*, *saltic*, *saltamartí*, etc.); la necesidad, en esa área, de salirse de la polisemia impulsó, por un lado, a la adición de un determinante relativo al canto nocturno del GRILLO (*grill cantador*) y, por otro, a la sustitución lexemática de *grill* por una onomatopeya redical (*ric-ric*, *re-gric*), mientras que *grill* se reservaba para 'saltamontes' (véase mapa 1). Dada la falta total de esta interferencia en el resto del catalán frente a su profusión en aragonés, que recurre a veces al mismo determinante (*grillo cantador*), parece que podemos concluir que se trata de un ejemplo de la influencia aragonesa en el valenciano central⁹.

Del ejemplo citado se desprende un método fácil para la identificación de los posibles aragonanismos del valenciano: cuando un elemento lingüístico aparece sólo en este dialecto y no se registra nunca en los dialectos matrices septentrionales, ni antiguos ni modernos, y sí, en cambio, en los aragoneses, podemos pensar en una probable

8. Recuérdese que escribió unas narraciones en el catalán de Valencia (BLASCO IBÁÑEZ, V., *Narracions valencianes*. Introducció d'Alfons Cucó, València, 1967).

9. Para más amplios detalles sobre el tema, cf. J. Veny, 1988, a.

influencia de éstos. Geolingüística y documentación serán, pues, las bases de este método. Se ha de contar, por supuesto, con los eventuales mozarabismos, envueltos en las consabidas brumas.

JUSTIFICACIÓN DEL VAL. «SINSE» ‘SIN’

En el ejemplo del ‘grillo’ no hemos podido exhibir testimonios escritos, cosa que no nos ha de extrañar dada la modestia del área, sino del humilde ortóptero. Pero aquélla no falta en otros casos, como en el de la preposición *sinse*, (cat. *sense*) propia también del valenciano central¹⁰, que no aparece en los actuales dialectos del Principado ni en documentación catalana medieval y sí, en cambio, en el aragonés antiguo: se documenta en Johan de Tapia (Cancionero de Stúñiga), inventarios de 1478 y 1497, doc. de 1471, profecía aragonesa de finales del siglo XVI (ap. DCEC, s. v. *sin*, y DECat, s. v. *sense*), documentos notariales turulenses del siglo XV («si muere *sinse* fijos legitimos», doc. de 1487, y cinco citas más en Terrado 1983, alternando con *sines* y *sin*). Parece, pues, verosímil atribuir dicha variante a los hábitos lingüísticos de los aragoneses instalados en tierras valencianas, especialmente en el valenciano central, a través de un proceso de bilingüismo.

DOCUMENTACIÓN Y GEOLINGÜÍSTICA

A veces, sin embargo, entra en conflicto la documentación con la dialectología. Es el caso de *llanda* ‘hojalata, lata, bandeja de hojalata para llevar comidas al horno’, que se extiende por todo el valenciano (y alguna localidad del Matarranya) (véase mapa 2), con gran frondosidad, como lo demuestran sus numerosos derivados: *llander* ‘hojalatero’, *llanderia* ‘hojalatería’, *llanderol* ‘moneda de Valencia del siglo XIX equivalente a un ochavo castellano’, *llanderola* fig. ‘lata’, *llandós* ‘latoso’; al N. de la Cenia —y en las Baleares—, en cambio, ya tenemos *llauna*, que es la forma del catalán normativo. El aragonés actual usa (*hoja*)*lata* (ALEANR 1745), salvo Mora de Rubielos y Sarrión (Teruel), que conocen *llanda* (Andolz), pero el medieval conoció *landa* (y *landado* ‘recubierto de hojalata’), como revelan los documentos turulenses: «unas mangas de *landa* vieias» (Terrado, 1984)¹¹. En valenciano, *llanda* se atestigua con frecuencia (*Lo Passi en cobles*, doc. de 1449, O. Pou, Sanelo, Lamarca, etc., ap. DCVB i DECat.). Hay, no obstante, dos testimonios del N. con *llanda*: un documento de 1275 y la *Faula* de Torroella (ap. DECat); como que ésta está llena de occitanismos, queda un caso, una golondrina que no hace verano, que no impide, de momento, continuar pensando en la relación del valenciano con el aragonés.

10. Coromines la considera forma muy rara, calificándola de «barbarisme ocasional de xurros, tolerat pel provincianisme d'alguns pocs» (DECat, s. v. *sense*). Siento mucho no poder compartir la opinión del eminente filólogo: la variante no debe ser tan «ocasional» cuando se oye normalmente en pueblos valencianos como Benaguasil (Camp de Llíria) y se documenta en escritores populistas del siglo pasado y del actual: «el chic s'ha fet fadrí, s'ha quedat *sinse* mare» (*El Tabalet*, núm. 1, 1847, 2); «Y *sinse* moure una jota, /«cúmplase, segons pregone, /desde el caball a la sota» (Id., núm. 7, 1847, 104); «jugant al cané, i a les xapes, i al canonet, a l'ombra d'un paller o d'un olm deixan passar les hores *sinse* sentir-les» (MORALES SAN MARTIN, B., *Idil·lis levantins*, Barcelona, 1910, 11).

11. Y también con el sentido de ‘llanta (del carro)’: «el ferrantge del dito carro del qual fallí tres *landas*» (Terrado, 1984, II, 103).

Diferente es el caso de la preposición *ad*, variante contextual de *a* hoy sólo propia del valenciano (*ad aquell, ad ell*, etc.), que aparece frecuentemente en textos aragoneses antiguos, pero también en documentos medievales del Principado; así, pues, a pesar de que dicha variante se matuvo más tiempo en aragonés que en castellano, no se puede hablar de una influencia aragonesa, sino que es más prudente considerarla un arcaísmo.

La documentación, estrictamente valenciana, se da en los vocablos *mentira* y *mentirós*, con diferencias de carácter fonético y morfológico respecto a sus congéneres catalanes (*mentida* y *mentider*): Sant Vicent Ferrer, Curial, O. Pou, obras del siglo XV atribuidas a San Pedro Pascual¹². Su área se extiende por el País Valencià, Tortosa, tierras del Cinca y Ribagorza¹³, y es forma general en aragonés y castellano. Tratándose de unas formas antiguas, limitadas al área valenciana, podríán, en principio, atribuirse al aragonés. En el aspecto geográfico, el tortosino no es un obstáculo, puesto que participa a menudo de las soluciones valencianas por razones de vecindad y de organización eclesiástica (la diócesis de Tortosa comprendió, hasta 1957, la mayor parte de Castellón): *pacaquí* ‘hacia aquí’, *pacallà* ‘hacia allá’, *vore* ‘ver’, *milacre* ‘milagro’, *poble* ‘pueblo’ (cob *b* fricativa), etc. (cf. Veny, 1982, 148; Massip, 1985). También la Franja de Poniente comparte estas variantes con —r—, como hemos visto, y podría haber influido en Tortosa. Quizá es el momento de decir con Quintana (1987, 185-187) que algunas de la isoglosas que tradicionalmente se ha considerado que separan el valenciano del noroeste (caída de la —d— del sufijo *-ada*, forma verbal *eres* por *ets*, sistema de tres demostrativos en vez de dos, imperfectos de subjuntivo en *-ara*, *-era*, *-ira*, y no en *-és* (*-às*), *-ís*, cierto léxico, etc.) se dan también en el Matarranya y, en ocasiones, también en Ribagorza. Puede que no sea casual que el ribagorzano catalán se una al valenciano —especialmente central— en coincidencias como *uno* (pronombre), *pa* ‘para’, *llun* ‘lejos’ (val. *llunt*, cat. *lluny*), *bona cosa-güena cosa* ‘mucho, muy’, ausencia de *vós*, etc. En la transferencia de aragoneses del Bajo Aragón y Ribagorza, junto a su status administrativo, también se ha de tener en cuenta su modalidad lingüística catalana.

ARAGONÉS O ADAPTACIÓN FORMAL DEL CASTELLANO

Existen casos más claros. Creo, acompañado ahora de F. de B. Moll i J. Coromines, que el valenciano *carcallada* ‘carcajada’ puede engrosar la lista de aragonesismos. Dentro del catalán es vocablo exclusivamente del valenciano, donde se documenta desde 1800 (Veny, 1988c), y, fuera del dominio, es propio del Bajo Aragón (Andolz) y de comarcas limítrofes al valenciano donde se habla castellano con aragonés residual (Segorbe, Villar del Arzobispo)¹⁴; viene atestiguado en el *Lazarillo* del aragonés Juan de Luna (1620) (DCEC, s. v. *carcajada*).

12. Recuérdese que las obras atribuidas a San Pedro Pasqual son, en realidad, obras anónimas del siglo XV; se trata de una «impostura dels mercedaris del siglo XVII» (cf. RIERA I SANS, J., *La invenció literària de Sant Pere Pasqual*, «Caplletra», 1, 1986, 45-60).

13. Según los materiales del ALDC, se registra en Mequinenza, Fraga, Saidí, Tolva, Estanyà, Pobra de Roda, Sarroca de Bellera.

14. También se da en Villena (cf. TORREBLANCA ESPINOSA, M., *Estudio del habla de Villena y su comarca*, Alicante, 1976, 263). Podría pensarse también en una expansión valenciana, pero tanto la documentación aragonesa como el área geográfica no lo permiten. El profesor José M.^a Enguita se ocupa en este Coloquio de algunos vocablos catalanes transferidos a áreas meridionales del aragonés (*porca*, *impelte*, *fita*, *sucar*, *vidriola*).

No me parecería correcto interpretarlo como una adaptación del cast. *carcajada*, de acuerdo con una pauta de correspondencias /x/ = /ʎ/ (del tipo *ajo* = *all*, *hinojo* = *fenoll*, etc.), puesto que *carcallada* es bastante general en valenciano. Se trata sin duda de un caso diferente al del val. *estropall* ‘estropajo’ que, contrariamente a la idea que nos podríamos formar sobre su extensión a partir de fuentes lexicográficas, aparece sólo en puntos contiguos al área castellana (Crevillent, Guardamar, el Pinós, Novelda, la Font de la Figuera, Vilamarxant, Casinos) o en ciudades castellanizadas (Alacant)¹⁵, donde el bilingüismo ha podido favorecer la equivalencia /x/ = /ʎ/ en las dos lenguas, tal como los lexicógrafos valencianos hicieron, por simple regla de tres, de *mostajo*, **mostall*, de *ventaja*, **ventalla* y de *vergajo*, **vergall*, en vez de los genuinos *moixera*, *avantatge* y *vit* (*verga*) *de bou*; o como en el Pinós, punto fronterizo, se adaptó *dornajo* en *tornall* (cat. *cóm*, *obi*) (cf. DCVB); o como un novelista catalán, J. Santamaría, adaptó el cast. *moraleja* en **moralella*, aquí con evidente afán purista¹⁶.

ARAGONESISMOS CADUCOS

Por otra parte, ciertos ámbitos de uso, como el infantil, el familiar, pueden haber contribuido a transferir formas propias de las tierras de procedencia, como el valenciano *lolo*, -a ‘abuelo, -a’, hipocorístico de *abuelo*, -a. «Una palabra —nos decía Carles Ros (1764, 137)— compuesta de dos monosílabos, que les enseñan a los niños, cuando quieren empezar a hablar, que es *lòlo*, y vale por *avuelo*»¹⁷. El vocablo no resistió la competencia de *iaio* y hoy está en desuso. Parece evidente su relación con *lolo*, -a, registrado en fuentes aragonesas (Pardo Asso, 1938; Andolz, 1977) y compartido con el gascón.

COINCIDENCIAS EN EL TRATAMIENTO DE CULTISMOS

Decíamos al principio que, en los casos en que el vocablo o rasgo en cuestión aparezca también en las hablas norteoccidentales —y no sólo en Ribagorza—, se podrá descartar la influencia aragonesa. Sin embargo, topamos con algún ejemplo curioso que se presta a reflexión, como el del cultismo de difusión moderna, *diarrea*, modificado en *diarrera*, los dos con *e* cerrada en catalán occidental, frente a *diarrea*, con *e* abierta en catalán oriental (véase mapa 3). Siempre había creído que *diarrera* era debido a una homonización con *darrere* porque las materias alvinas salen por detrás, pero el hecho de que el aragonés conozca también esa variante (donde aquel cruce es imposible) hace pensar más bien en una atracción análoga del sufijo -*era* de *caguera* y *cagalera* (dicho sea con perdón) y de enfermedades y defectos acabados en ese sufijo, como *borratxera*, *sordera*, *boquera*, etc. El fenómeno puede haberse producido en catalán occidental y en aragonés de una manera autóctona, como probablemente en andaluz y el castellano de Ayllón (Burgos), ayudado por la identidad de factores de estructura fónica y morfológica, pero llama la atención la afinidad de tratamiento de ese cultismo en dialectos aragoneses y catalano-occidentales, lo que parece indicar de alguna manera el vigor y la persistencia en tiempos modernos de afinidades seculares (cf. Veny, 1988, b).

15. Los datos proceden del ALDC. Para más detalles, véase J. Veny, 1988, c.

16. «donant-los ensems una atinada i recta *moralella* de santedat» (*Narracions extraordinàries* (segona sèrie), Barcelona, 1919, 60); «No sabeu veure la paràbola o *moralella* que es belluga dins el moll de les paraules misterioses de la vostra bona i sàvia mare» (id., 52).

17. *Lolo* reaparece en ESCRIG, J. y LLOMBART, C., *Diccionario valenciano-castellano*, Valencia, 1887.

ARAGONÉS O CASTELLANO

Es indudable que la similitud del aragonés y el castellano y, sobre todo, la influencia de éste sobre aquél, acercándolo a su estructura o realizando procesos de sustitución, hace difícil dilucidar cuál de las dos lenguas ha constituido el canal de transmisión. En casos documentados siglos atrás, como la forma verbal (*tu eres* (cat. *ets*) (s. XVI) puede tratarse del aragonés castellanizado (arag. *yes*); en otros más tardíos, como *entonces* (cat. *aleshores*) (s. XVIII) puede haber pesado la influencia castellana, que empieza pronto con cenáculos literarios y más tarde gana terreno con la administración, el teatro, la oratoria y la prensa.

En el valenciano meridional, la profusión de palabras ajenas al sistema lingüístico valenciano (*pavo* y no *andià*, *titot* o *polit*; *surdo* y no *esquerrà* o *esquerrer*; *trompa* y no *morro* (del cerdo), *varraco* y no *verro*, *cuernos* y no *banyes*, etc.) tendrá que ver con el alud inmigratorio castellano-murciano y la situación de fuerte bilingüismo que se creó (cf. Veny, 1976, 162-163).

PRÉSTAMOS ARAGONESES

Finalmente, ciertas circunstancias concretas pueden haber ayudado a la penetración de voces aragonesas, como el comercio ganadero y el pastoreo que explicarían la fortuna de *ganado*¹⁸ (pron. *ganao*) 'rebaño' (cat. *ramat*), *borrego*¹⁹ (cat. *borrec*), ambos documentados desde el siglo XIV, y *lligallo*, arag. *ligallo* «reunión anual de pastores para tratar todos los asuntos concernientes a la conservación y fomento de la ganadería» (GEA, s. v.), institución aragonesa antigua (el *ligallo* de Teruel data de 1259) que pronto se extendió a Morella (1271), Tortosa, Maestrat (con *Ordinacions* de 1358) (cf. GEC, s. v.); hoy, en tierras de habla catalana, equivale a 'cañada', cat. *carrerada*, *camí ramader*. Semejante expansión léxica se observa en términos de apicultura, como *vaso* y *colmena* (cat. *arna*, *rusc*, *buc d'abelles*), de tierras castellonenses, con idéntica fuente aragonesa (cf. Colon).

CONCLUSIÓN

En suma, y a guisa de conclusión, hemos visto la conveniencia de aplicar a las áreas septentrionales el concepto de «continuidad de área lingüística», que a veces puede superar la fácil y falsa etiqueta de catalanismo o aragonesismo. Por otra parte, la comparación del valenciano con los dialectos septentrionales y el aragonés y con sus respectivos estadios antiguos nos ha permitido aventurar hipótesis sobre las huellas aragonesas en dicho dialecto, relacionadas con su colonización y sucesivos avcinda-

18. Documentado en Sor Isabel de Villena (DCVB), en Sant Vicent Ferrer (ap. SCHIB, G. *Vocabulari de Sant Vicent Ferrer*, Barcelona, 1977, 81 y 193), y en el *Llibre de ordenacions de la vila de Castelló de la Plana* (ap. COLON, G., *Zeitschrift für romanische Philologie*, 76, 1960, 289); añádase un doc. de 1609 (ap. Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura, LIII, 263). En alguna localidad se ha operado una ampliación de significado curiosa: un *ganao d'abelles* es un 'enjambre' (Puig de Santa María).

19. Documentado en un doc. valenciano de 1433 (DCVB); lo encuentro ahora en el siglo anterior: «tota persona que tendrà *borregos* primals o segalls» (a. 1326, en VALLS I TABERNER, F., *Els Establiments d'Herbés de 1326*, «Revista Jurídica de Catalunya», XXXIII, 1927, 72). Coromines considera que es una variante mozárabe (DECat. s. v. *borrec*).

mientos²⁰. Ciertas actividades desarrolladas por aragoneses pueden justificar los préstamos —antiguos— pertenecientes a determinados campos semánticos (la ganadería, la apicultura). El camino, resbaladizo, se ha iniciado gracias a los atlas lingüísticos, pero se volverá más ancho y seguro con nuevos estudios monográficos dialectales, la creciente exploración de los archivos y el concurso de los historiadores. Una colaboración entre estudiosos catalanes y aragoneses, como la que brinda este Coloquio, podría resultar fecunda y beneficiosa para ambos dominios lingüísticos.

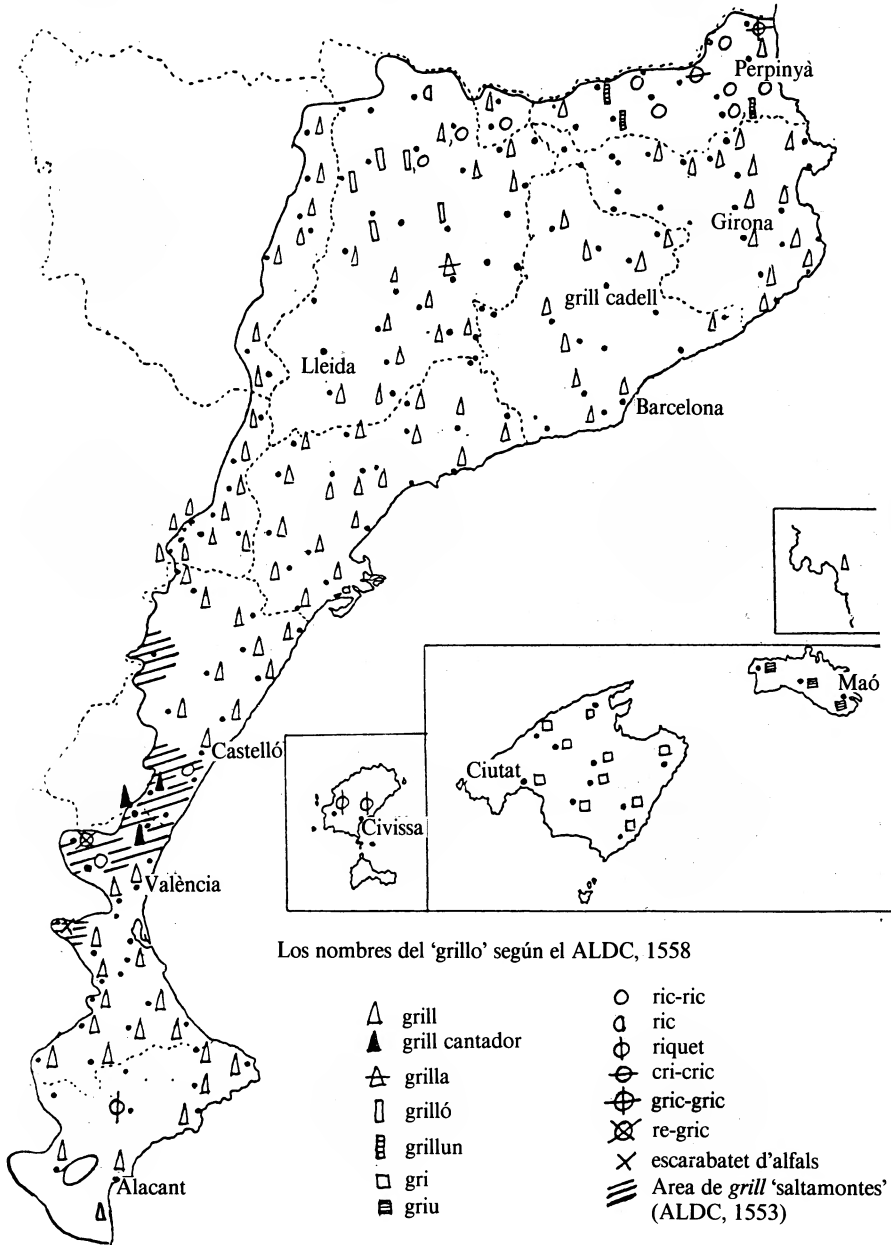
BIBLIOGRAFÍA

- ALC = GRIERA, A., *Atlas Lingüístic de Catalunya*, Barcelona, 1923-1964.
- ALDC = *Atlas Lingüístic del Domini Català* (materiales archivados en el Departamento de Filología Catalana de la Universidad de Barcelona).
- ALEANR = ALVAR, M., *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*, 12 vols., Zaragoza, 1979-1980.
- Alvar, 1953 = ALVAR, M., *El dialecto aragonés*, Madrid.
- Andolz, 1977 = ANDOLZ, R., *Diccionario Aragonés*, Zaragoza.
- Bec, 1968 = BEC, P., *Les interférences linguistiques entre gascon et languedocien dans les parlers du Comminges et du Couserans. Essai d'aréologie systématique*, París.
- Colon, 1955 = COLON, G., *El valenciano*, «Actas VII Congreso Internacional de Lingüística Románica», Barcelona, 1955, 137-149.
- Colon, 1968 = COLON, G., *Acerca de los préstamos occitanos y catalanes del español*, «Actas XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas», Madrid, 1968, IV, 1913-1925.
- Colon, 1976 = COLON, G., *El léxico catalán en la Romania*, Madrid.
- Conte et alii, 1977 = CONTE, A.; NAGORE, CH.; MARTINEZ, A.; NAGORE, F., y VAZQUEZ, CH., *El aragonés: identidad y problemática de una lengua*, Zaragoza.
- DCEC = COROMINAS, J., *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*, Madrid, 1954-1957.
- DCVB = ALCOVER, A. M., y MOLL, F. de B., *Diccionari català-valencià-balear*, Palma de Mallorca, 1932-1962.
- DECat = COROMINAS, J., *Diccionari Etimològic i Complementari de la Llengua Catalana*, 7 vols (A-SOF), Barcelona, 1980-1987.
- Elcock, 1937 = ELCOCK, W. D., *De quelques affinités phonétiques entre l'aragonais et le béarnais*, París, 1937.

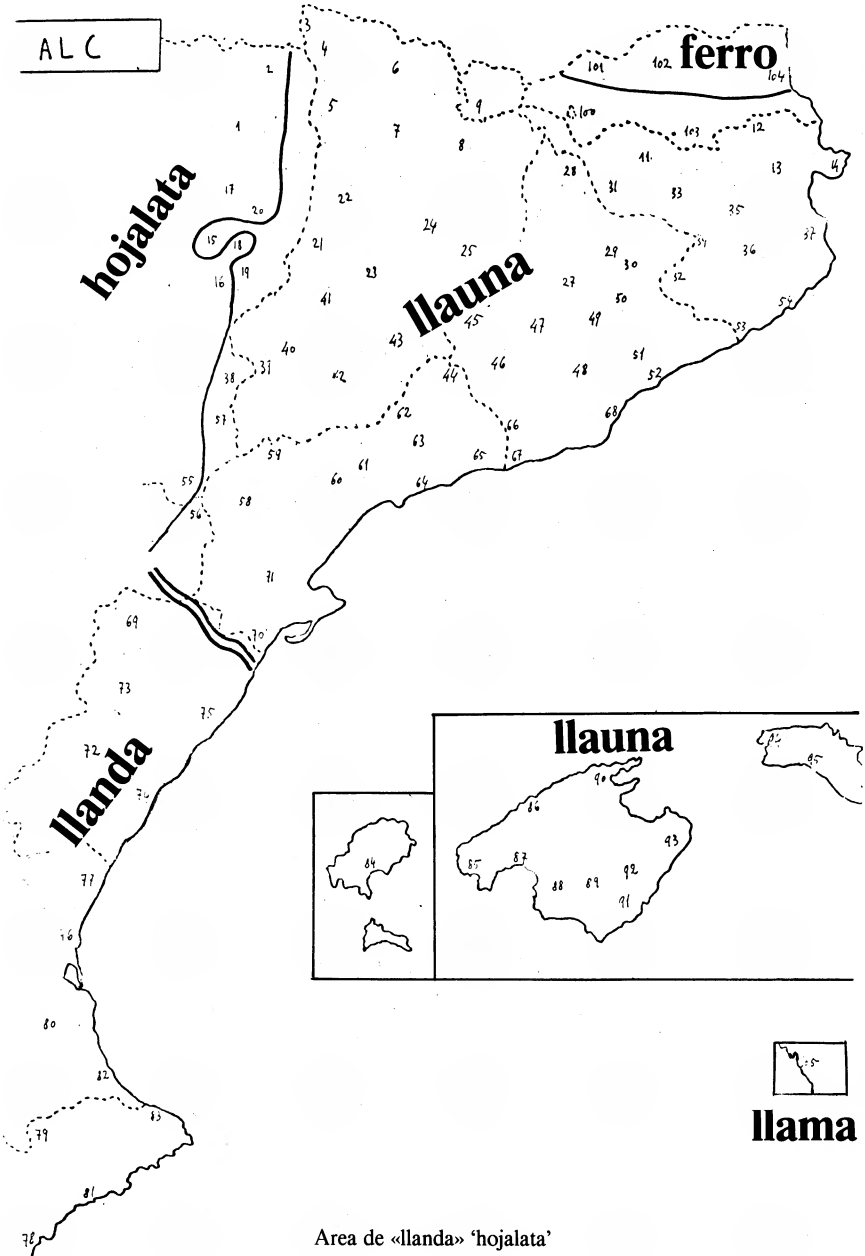
20. Para aspectos de inmigración en territorio valenciano, cf. ROCA TRAVER, F., *La inmigración a la Valencia medieval*, «Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura», LII, 1976, 164-191, LIII, 1977, 65-83 y 198-248; PILES ROS, L., *La población de Valencia a través de los «Llibres de Avehinaments» 1400-1449*, Ayuntamiento de Valencia, 1978; SANCHEZ ADELL, J., *La inmigración en Castellón de la Plana durante los siglos XV, XVI y XVII*, «Cuadernos de Geografía», 19, Universidad de Valencia, 1976, 67-100.

- GEA = *Gran Enciclopedia Aragonesa*, Zaragoza, 1980-198...
- GEC = *Gran Enciclopedia Catalana*, Barcelona, 1969-1980.
- Gargallo, 1986 = GAGALLO, J. E., *Problemes en la interpretació d'algunes afinitats lèxiques entre el valencià i els parlars «xurros»*, «Actes del Setè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes (Tarragona-Salou, 1985)», Abadía de Montserrat, 1986, 647-658.
- Massip, 1986 = MASSIP, M. A., *Consideracions sobre el lèxic tortosí*, «Actes del Setè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes (Tarragona-Salou, 1985)», Abadía de Montserrat, 1986, 633-645.
- Pardo Asso, 1938 = PARDO ASSO, J., *Nuevo Diccionario Etimológico Aragonés*, Zaragoza.
- Pottier 1955 = POTTIER, B., *Les éléments gascons et languedociens dans l'aragonais médiéval*, «Actas VII Congreso Internacional de Lingüística Románica», Barcelona, 1955, 679-689.
- Quintana, 1987 = QUINTANA, A., *Els parlars del Baix Matarranya*, «Miscel·lània Antoni M. Badia i Margarit / 6 (Estudis de Llengua i Literatura Catalanes/XIV)», Abadía de Montserrat, 1987, 155-187.
- Ros, 1764 = ROS, C., *Diccionario valenciano-castellano*, Valencia, 1764.
- Strubell, 1981 = STRUBELL, M., *Llengua i població a Catalunya*, Barcelona.
- Terrado, 1984 = TERRADO, J., *Documentos notariales turolenses del siglo XV*, tesis doctoral, Universidad de Barcelona.
- Veny, 1976 = VENY, J., *El valencià meridional*, en *Problemes de Llengua i Literatura Catalanes. Actes del II Col·loqui Internacional sobre el Català / Amsterdam 1970/*, Abadía de Montserrat, 1976, 145-180 (y 50 mapas). Reproducido en J. Veny, *Estudis de geolingüística catalana*, Barcelona, 1978, 203-240.
- Veny, 1978 = *Els parlars*, Barcelona (3.^a ed., *Els parlars catalans (Síntesi de dialectologia)*, Barcelona, 1982, por la que cito).
- Veny, 1988 a = VENY, J., *Llei fonètica, onomatopeia i polisèmia en els noms catalans del 'grill'*, «Miscellanea di Studi Romanzi» en honor del Prof. Giuliano Gasca Queirazza (Torino) (en prensa).
- Veny, 1988 b = VENY, J., *Noves dades sobre la partió català occidental / català oriental*, «Actes del V Col·loqui d'Estudis Catalans a Nord-Amèrica (Tampa-Saint Agustine, 1987)» (en prensa).
- Veny c = VENY, J., *Sobre les equivalències castellà /x/ = català /ɲ/*, «Homenaje a Alonso Zamora Vicente» (Madrid) (en prensa).

MAPA 1



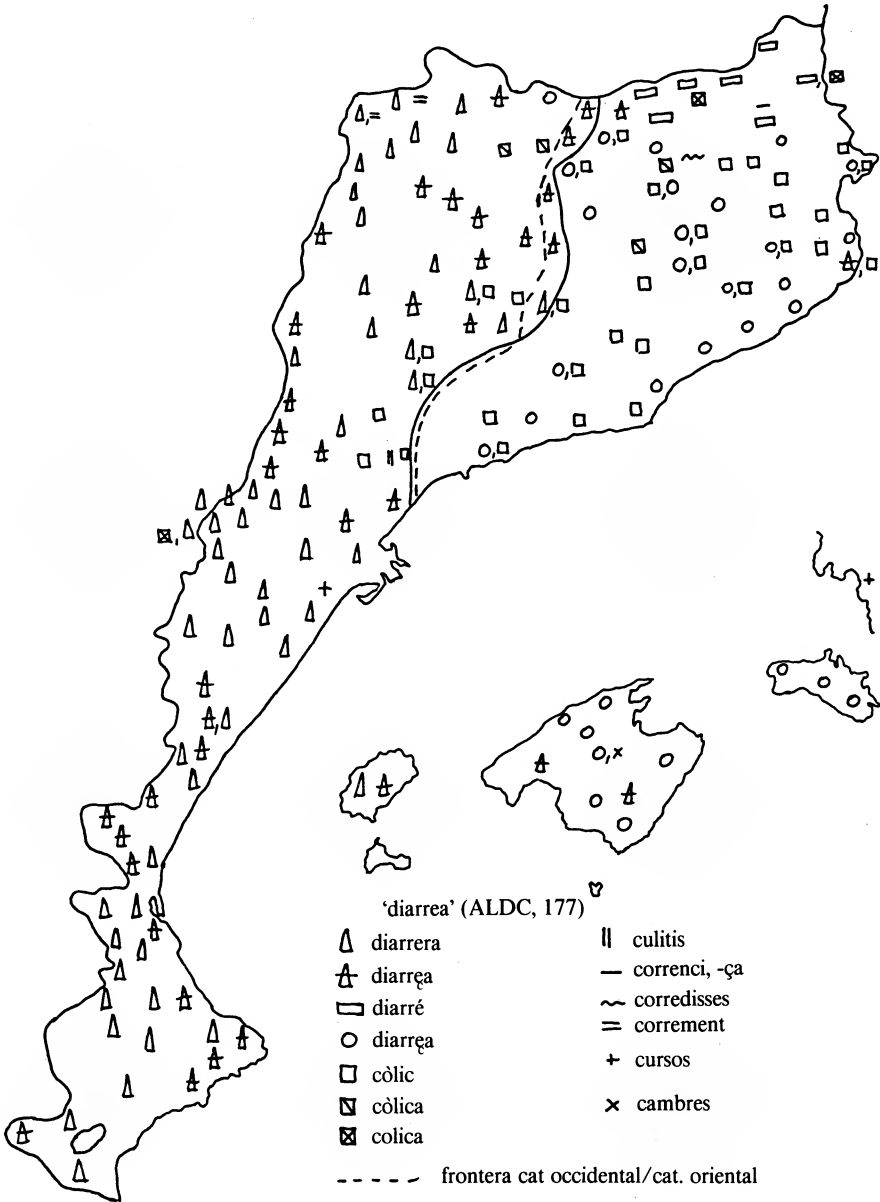
MAPA 2



Area de «llanda» 'hojalata'

[ALC, n.º 925]

MAPA 3



**MODALIDADES LINGÜÍSTICAS
DEL INTERIOR DE ARAGÓN**

JOSÉ M.ª ENGUITA UTRILLA



1. Aragón presenta una variada situación lingüística que se manifiesta en la parte más oriental mediante modalidades afiliadas al catalán, en la zona pirenaica a través de hablas propiamente autóctonas y, en la parte más amplia de su geografía, por medio de realizaciones regionales de la lengua española. A estas últimas alude, de modo preferente, el título que encabeza el presente trabajo, y a ellas me referiré en las páginas que siguen, utilizando para ello los materiales de conjunto que ofrece el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* (ALEANR)¹, cuyas encuestas fueron realizadas entre los años 1963 y 1968.

2. Interesa, desde este punto de vista, determinar en primer lugar el espacio geográfico que ha de ser objeto de la investigación; y para ello, los mapas del ALEANR permiten trazar provisionalmente, a través de cuatro rasgos², la siguiente isoglosa de separación: Almudévar, Huesca, Angüés, Pueyo, Santa Lecina, Chalamera y Candasnos que, en la provincia de Huesca, quedan de la parte castellana; además, el área pirenaica presenta, siempre según los datos de ALEANR, un espacio de castellanización total que abarca Sallent, Canfranc, Berdún, Broto y Jaca³; en la provincia de Zaragoza se atestiguan rasgos dialectales con cierta intensidad en Ardisa, aunque en alternancia con las correspondientes soluciones castellanas. Quedará fuera de este examen también la franja oriental de Aragón, hasta el Matarraña turolense, con fronteras lingüísticas muy claras, según ha precisado M. Alvar⁴, desde Tamarite de Litera hacia el sur. (*Vid.* el mapa, núm. 2⁵).

VARIEDADES DIATÓPICAS Y DIASTRÁTICAS

3. Dentro de los territorios aragoneses de lengua española exclusiva, podemos razonablemente postular la existencia de variedades diatópicas y diastráticas de índole semejante a las que se formulan para otras áreas del mundo hispánico, si bien es cierto

1. De M. ALVAR, A. LLORENTE, T. BUESA y E. ALVAR: Madrid (Departamento de Geografía Lingüística del C.S.I.C.)- Zaragoza (Institución Fernando el Católico), 12 vols., 1979-1983. En el mapa núm. 1, que el lector encontrará al final de este trabajo, se da cuenta de las localidades seleccionadas.

2. Estos cuatro rasgos son: 1- evolución de F- inicial («hoyo», m. 1435; «herrar una caballería», m. 1465; «hilo», m. 1468); 2- resultado de -KS- («tejer», m. 1556; «dejar», m. 1557; «lejos», m. 1558); 3- desinencia de la persona «vosotros» del presente de indicativo («creéis», m. 1649; «veis», m. 1657; «oléis», m. 1662); 4- persona «tú» del pretérito indefinido («desinencia general», m. 1615; «anduviste», m. 1643; «maldijiste», m. 1677). Sobre la dificultad de clasificación de algunos municipios, *vid.* mi artículo «Panorama lingüístico del Alto Aragón», *AFA*, XLI, 1988 (en prensa).

3. Acerca de Jaca hay que advertir que se elaboraron dos encuestas, una de ellas a un informante nacido en un pueblo próximo; de él debe proceder buena parte de los restos dialectales allí apuntados.

4. *Vid.* *El dialecto aragonés*, Madrid, Gredos, 1953, pp. 134-141, y *La frontera catalano-aragonesa*, Zaragoza, IFC, 1976, p. 25; *vid.* asimismo R. MENÉNDEZ PIDAL, «Reseña a *La frontera catalano-aragonesa*», de A. GRIERA, *RFE*, III, 1916, pp. 73-88 [pp. 85-86].

5. La lectura ha de realizarse como sigue: A (territorio de mayor pureza dialectal), B (zona de retroceso dialectal), C (hablas dialectales muy debilitadas), D (territorios castellanizados), E (hablas de la franja oriental). Más pormenores sobre esta clasificación aporoto en *Panorama lingüístico*, artículo ya citado.

que la bibliografía sobre estas cuestiones resulta muy escasa y, por lo general, orientada hacia las hablas rurales. Pero lo que predomina tanto dentro como fuera, aunque sólo sea un tópico, es que en Aragón se realiza la lengua española con unas peculiaridades que habitualmente se caricaturizan como toscas o zafias, y de ello debe tener buena parte de culpa la llamada literatura baturra⁶. Sin embargo, la realidad es muy distinta, según ponen de manifiesto los escritores de renombre universal que han nacido en estas tierras, el conjunto de filólogos de este mismo origen, que han contribuido —y de qué modo— a un mejor conocimiento de la Lingüística hispánica y, lo más directo, el uso cotidiano que en los niveles cultos, de Aragón se hace de la lengua española; y, en este sentido, hay que proclamar que Aragón no tiene nada que envidiar a otras áreas hispánicas que se precian de hablar el mejor español. Lo ha recordado recientemente M. Alvar: «Somos dueños de un sistema vocálico claro y preciso, de un sistema consonántico sin erosionar, de un orden pronominal que no se ha alterado ni en las formas tónicas ni en la átonas, de un funcionamiento bien definido de los tiempos verbales, etc.»⁷ G. Salvador también ha resaltado este hecho: «Los aragoneses, ajenos del todo a las confusiones pronominales, menos proclives a aceptar el yeísmo, casi se han convertido en el verdadero modelo de corrección castellana y, aparte una entonación popular que los cultos sofrenan, su variedad no ofrece en absoluto disonancias»⁸. Cabría añadir a esta caracterización del registro culto, la utilización de algunas voces peculiares, que aumentan según se tiende hacia formas de expresión más espontáneas y familiares, del mismo modo que afloran los diminutivos en *-ico*.

Por otro lado, no ha habido hasta ahora contribuciones específicas sobre las realizaciones urbanas del castellano en Aragón, salvo las primicias que M.^a A. Martín Zorraquino nos ha ofrecido acerca de su ambicioso proyecto de estudio de la norma culta de la ciudad de Zaragoza⁹. Como ella misma trata en esta publicación del citado proyecto, pienso que no sería adecuado —ni tendría yo datos suficientes— proseguir con este tema. No resisto la tentación, sin embargo, de mencionar muy brevemente un hecho que, aunque en proporciones moderadas, ofrece un nuevo factor de enfoque para el estudio del habla urbana de Zaragoza en los últimos años: se trata de cierta tendencia por las denominaciones con sabor dialectal que han adoptado algunos establecimientos públicos; aparte de los que poseen ya una larga tradición en las calles zaragozanas (*Casa Juanico, El Casinico, La Cadiera, El Cachirulo, etc.*), hoy podemos encontrar, entre

6. Florece, sobre todo, a finales del siglo XIX y a comienzos de la centuria actual; se caracteriza por la presencia de un tipo humano, el baturro, extraído del ambiente rural, aunque su personalidad, en manos de creadores ilustrados, se transforma negativamente: su sencillez de carácter se interpreta como simpleza, y su rudeza natural acaba siendo grosería. Los especialistas no han dudado en criticar tales falseamientos: frente al moralismo, la ponderación, el equilibrio, la agudeza de conceptos, el recato, el didactismo, se levanta la pobre impresión que ofrecen los escritores costumbristas aragoneses, en cuyas obras se equiparan normalmente baturrismo y sal gorda, tosquedad y plebeyez; *vid.*, por ejemplo, M. ALVAR, *Aragón, literatura y ser histórico*, Zaragoza, 1976, p. 246.

7. «Modalidades lingüísticas aragonesas», en *Lenguas peninsulares y proyección hispánica*, Madrid, Fundación «Friedrich Ebert», I.C.I., 1986, pp. 133-141 [p. 134].

8. «El español de España», en *Lengua española y lenguas de España*, Barcelona, Ariel, 1987, pp. 121-157 [pp. 150-151].

9. «Elementos para una sociolingüística del habla de Zaragoza», *Turia*, núms. 4-5, 1987, pp. 121-139.

otros, los siguientes: bar *Purnas*, restaurante *La Fartalla*, agencia de viajes *Adebán*, tiendas de ropa *Mesaches* y *Zagalicos*; también las peñas festivas se bautizan con términos dialectales (*Peña Forca*, *Peña el Brabán*, *Peña Adebán*), igual que hacen algunos grupos folklóricos (*Entabán Aragón*); no deja de ser curioso, por otro lado, que la ciudad de Zaragoza ofrezca los servicios del restaurante *La Fabla*, y que haya otorgado a una de sus calles el nombre de *La Fabla Aragonesa*.

Probablemente algunas de estas designaciones nunca debieron extenderse a las tierras llanas de Aragón hasta estos últimos tiempos. Esta «redialectalización» ha de encuadrarse en la búsqueda y en la creciente exaltación de lo propio, si bien los criterios de selección no concuerdan siempre, como ya se ha comentado, con la historia lingüística del territorio aragonés.

4. Llegamos ya a las realizaciones populares de la lengua española en Aragón; lo que de ellas conocemos se inscribe al mismo tiempo dentro de lo rural, por lo que no resulta extraño que el habla popular aragonesa —o habla baturra en las tierras llanas— se defina como una mera variedad del castellano rústico, aunque en ella se manifiestan fenómenos muy antiguos, comunes con la parte propiamente dialectal¹⁰; estos rasgos, con gradual intensidad, se mantienen a lo largo y a lo ancho de la geografía regional; no abarcan, como es natural, todos los casos en los que cabría esperar un resultado idéntico, afectando únicamente a palabras aisladas. Es decir, dentro de la solución castellana habitual, se testimonian algunas huellas de evolución dialectal aragonesa. Aparte quedan los regionalismos léxicos.

No abundan los trabajos dedicados al habla popular aragonesa, pues los dialectólogos han puesto su mirada de modo preferente en el área pirenaica; no obstante, es posible encontrar aportaciones estimables —más numerosas desde la aparición del ALEANR— sobre algunos fenómenos particulares¹¹, sobre las hablas de varias localidades¹², sobre toponimia¹³, también acerca de la llamada literatura baturra¹⁴ y, en

10. Vid. R. LAPESA, *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos, 9.ª ed., 1981, pp. 492-494.

11. Así, J. M.ª ENGUITA, «Pervivencia de F- inicial en las hablas aragonesas y otros fenómenos conexos», *AFA*, XXXIX, 1987, pp. 9-53; F. Ynduráin, «El tratamiento *maño-maña*», *AFA*, IV, 1952, pp. 201-205.

12. M. ALVAR, «Notas lingüísticas sobre Salvatierra y Sigüés» (Valle del Esca, Zaragoza), *AFA*, VIII-IX, 1957, pp. 9-61, y «El habla de Las Cuevas de Cañart», *AFA*, III, 1950 (2.ª parte de «Materiales para una Dialectología Bajo-aragonesa», pp. 187-223); A. ENA, «Aspectos del habla y vida de Moyuela (Zaragoza)», *AFA*, XVIII-XIX, 1976, pp. 87-123, y XX-XXI, 1977, pp. 263-311; F. LÁZARO, *El habla de Magallón*, Zaragoza, IFC, 1945; F. MONGE, «El habla de La Puebla de Híjar», *RDTP*, VII, 1951, pp. 187-241; A. QUINTANA, «El aragonés residual del bajo valle del Mezquín», *AFA*, XVIII-XIX, 1976, pp. 53-86; trabajos de carácter léxico: J. DÍAZ-PECO, «Contribución al estudio del vocabulario usado en Torrelapaja (Zaragoza)», *RDTP*, XIX, 1963, pp. 297-327; M. GARGALLO, «Notas léxicas sobre el habla de Tarazona y su comarca», *AFA*, XXXVI-XXXVII, 1985, pp. 417-571 [vid., además, *Turiso*, VI, 1985, pp. 408-412], y *El habla de la ciudad de Zaragoza*, obra inédita; O. SIERRA, *Vocabulario de Ejea de los Caballeros (Zaragoza)*, obra inédita; R. W. THOMPSON, «Algunos fitónimos caspolinos», *AFA*, VIII-IX, 1956-1957, pp. 239-247; A. SERRANO, «Recopilación del léxico vulgar actual», en *Mas de las Matas*, I, del Grupo de Estudios Masinos, Zaragoza, 1981, pp. 87-105 pp. LVII-LXXX; otros trabajos léxicos de carácter más bien comarcal son: J. ALTABA ESCORIHUELA, *Palabras locales, comarcales y regionales*, Zaragoza, 1985, y L. V. LÓPEZ

fin, sobre el léxico peculiar del castellano de Aragón, con logros cronológicamente tempranos¹⁵. Por otra parte, hay que citar necesariamente los análisis de conjunto sobre Aragón, que ha propiciado asimismo el ALEANR, y los estudios comparativos con otras zonas, próximas o lejanas, del mundo hispánico¹⁶.

PUYOLES -J. VALENZUELA LA ROSA, *Colección de voces de uso en Aragón*, apud J. BORAO, *Diccionario de voces aragonesas*, Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 2.^a ed., 1908 [1859], ambos con referencias más abundantes al Bajo Argón; P. MARTÍNEZ CALVO, *Historia de Montalbán y la comarca*, Zaragoza, 1985, con un apéndice titulado «Antiguo vocabulario de la comarca», pp. 301-322.

13. Vid. J. A. FRAGO, *Toponimia del Campo de Borja. Estudio lexicológico*, Zaragoza, IFC, 1980; es autor asimismo de varios artículos sobre «Toponimia navarro-aragonesa del Ebro», *PV*, 154-155, 1979, pp. 51-64 y 156-157, 1979, pp. 333-350; *AFA*, XXVIII-XXIX, 1981, pp. 31-56, XXX-XXXI, 1982, pp. 23-61, XXXVIII, 1986, pp. 89-121, XXXIX, 1987, pp. 55-88 y de otras aportaciones de carácter etnocultural, como «La alhema del río Queiles y las hermas del Huecha», *PV*, 146-147, 1977, pp. 163-168; vid. además G. GIMÉNEZ, «Toponimia mayor hispano-árabe de la provincia de Teruel», *Teruel*, 76, 1986, pp. 265-277.

14. Vid. J. M.^a ENGUITA, «Algunas consideraciones fonéticas sobre las coplas de la jota aragonesa», *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1986, pp. 1.241-1.258; M.^a A. MAESTRO GRACIA, *Aspectos del habla popular aragonesa en Gregorio García-Arista*, Zaragoza, IFC, 1980; F. RODRÍGUEZ-IZQUIERDO, «Los morfemas de persona en los *Cuentos aragoneses* de Eusebio Blasco», *AFA*, XXXVI-XXXVII, 1985, pp. 205-222; M.^a L. ARNAL PURROY trabaja en estos momentos sobre «Rasgos morfosintácticos en las coplas de la jota aragonesa».

15. Son sobradamente conocidas las obras de M. PERALTA, *Ensayo de un diccionario aragóns-castellano*, Palma de Mallorca, 2.^a ed., 1853 [1836]; J. BORAO, *Diccionario de voces aragonesas*, Zaragoza, 2.^a ed., 1908 [1859]; J. PARDO ASSO, *Nuevo diccionario aragóns etimológico*, Zaragoza, 1938; otros títulos, aparte de los de carácter local y comarcal, ya citados: V. FOZ y PONZ, *Prontuario del buen hablista o novísimo consultor prosódico ortográfico (primera parte)*, Zaragoza, 1930 (contiene «Vulgarismos, vicios de dicción, provincialismos, voces familiares y arcaísmos más comunes en Aragón», pp. 93-195); J. JORDANA y MOMPEÓN, *Colección de voces aragonesas*, Zaragoza, 1916; A. LLATSÉ MOMPEÓN, *Prólogo a la Colección de voces aragonesas*, Zaragoza, 1916; P. MÚGICA, *Dialectos castellanos. Montañés, vizcaíno, aragonés*, Berlín, 1892; F. OTÍN Y DUASO, *Catálogo de voces provinciales de Aragón*, Madrid, 1868; cabe añadir los materiales que G. GARCÍA-ARISTA recogió para un *Diccionario del castellano de Aragón*.

16. Entre los primeros, menciono únicamente los cinco siguientes: T. BUESA, «Seis mapas aragoneses», *Miscelánea Sanchis Guarnier*, Valencia, 1984, II, pp. 57-67; J. M.^a ENGUITA, «Notas sobre los diminutivos en el espacio geográfico aragonés», *AFA*, XXXIV-XXXV, 1984, pp. 229-250, y «Rasgos dialectales aragoneses en las hablas de Teruel», *Teruel*, 74, 1985, pp. 177-219; M.^a P. GARCÉS, *Constitución histórica y estructura actual del léxico aragonés: agricultura y ganadería*, 2 vols., Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense, 1988; al margen de los materiales del ALEANR, J. NEIRA, «Los prefijos *es-*, *des-* en aragóns», *Archivum*, XIX, 1969, pp. 331-341. Entre los segundos: T. BUESA, «Afinidades entre las hablas alavesas, riojanas y navarroaragonesas», *La Formación de Álava. 650 aniversario del Pacto de Arriaga (1332-1982)*, Vitoria, 1983, pp. 129-165, y «Significantes de «bifurcación de caminos» en las hablas de Aragón, Navarra y Rioja», *Mélanges de Philologie et de Toponymie Romanes offerts à Henri Guiter*, Perpignan, 1981, pp. 187-211; R. M.^a CASTAÑER, *Forma y estructura del léxico del riego en Aragón, Navarra y Rioja*, Zaragoza, IFC, 1983, y *Estructuración del léxico de la vivienda en Aragón, Navarra y Rioja*, tesis doctoral inédita; J. A. FRAGO, «Dialectología diacrónica y sincrónica: La supuesta preposición *carra* y *carria* en la Ribera navarroaragonesa»,

De los rasgos vulgares atestiguados en el habla popular aragonesa dan cumplida cuenta A. Llorente y T. Buesa¹⁷ (*paine, pasiar, caindo* «cayendo», *mucho guapa, buenismo, tienen que lavasen, siéntensen, hi* «he», *-ís* «-eis», *amabamos, comiamos, comprariamos, -stis, -stes* «-steis» *cantastes*, «cantaste», *cantemos* «cantamos», *estarás* «estaréis», entre las realizaciones más extendidas). Por ello, me centraré en las páginas que siguen en el comentario de las pervivencias dialectales que muestran las hablas castellanas de Aragón.

FONÉTICA

5. No informa el ALEANR, lógicamente, sobre la peculiar entonación aragonesa; lo característico de ésta es, como se ha señalado en repetidas ocasiones, añadir un refuerzo del tono en la parte final de la curva de entonación, muy perceptible en los decursos de carácter enunciativo; T. Navarro Tomás¹⁸ precisa, en este sentido, que «en el habla popular de algunas regiones españolas, la [vocal] final es aún más larga que en castellano, destacándose principalmente en aragonés»; menciona, a este respecto, el juicio de Storm¹⁹, según el cual el fenómeno se explicaría como defensa o protesta de Aragón hacia la tendencia fonética contraria representada por su vecino catalán. Añádase que este rasgo ya había sido advertido —de modo impresionista— por E. de Amicis en su visita a Zaragoza (1872)²⁰.

6. En relación al acento, ha sido sobradamente comentada por los investigadores la repugnancia aragonesa hacia las palabras esdrújulas y la tendencia a convertirlas en

VD, 12, 1976, pp. 54-68, «Las formas *carra* y *carria* en la Ribera navarroaragonesa», *AFA*, XVIII-XIX, 1976, pp. 127-129, y «La actual irrupción del yeísmo en el espacio navarroaragonés y otras cuestiones históricas», *AFA*, XXII-XXIII, 1978, pp. 7-19; A. LLORENTE, «Algunas características de La Rioja en el marco de las hablas del valle del Ebro y de las comarcas vecinas de Castilla y Vasconia», *RFE*, XLVIII, 1965, pp. 321-350, «Las encuestas del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón* y (las encuestas) del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Navarra y Rioja*», *AFA*, XVI-XVII, 1975, pp. 81-98, «Coincidencias léxicas entre Andalucía y el valle del Ebro», *AFA*, XXXVI-XXXVII, 1985, pp. 347-376, «Correspondencias entre el léxico salmantino y el léxico de Aragón, Navarra y Rioja», *Serta Philologica. F. Lázaro Carreter*, I, Madrid, Cátedra, 1983, pp. 329-342; aporta asimismo algunos datos en «Consideraciones sobre el español actual», *AL*, XVIII, 1980, pp. 5-61; G. SALVADOR, «De dialectología contrastiva: Olivares, Caniles, Manzanera», *Philologica Hispaniensa in honorem Manuel Alvar. I. Dialectología*, Madrid, Gredos, 1983, pp. 593-600. De otras contribuciones trato, en colaboración con R. M.^a CASTAÑER, en un trabajo que dedicamos a conmemorar la primera década de estudios sobre el ALEANR (en elaboración).

17. Vid. especialmente *Algunas características lingüísticas de La Rioja y Las encuestas del Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón*, de A. LLORENTE, y *Afinidades*, de T. BUESA.

18. «Cantidad de las vocales inacentuadas», *RFE*, IV, 1917, pp. 371-392 [p. 384].

19. «Romanische Quantität», *Phonetische Studien*, II, 1889, p. 146.

20. Según comenta M.^a L. SINATRA en «De Amicis en Zaragoza», breve artículo sobre *España* (libro del periodista italiano), publicado en *Aragón en el mundo*, Zaragoza, CAI, 1988, pp. 348-352 [p. 349]: «Llega a Zaragoza de noche y lo primero en que repara es la peculiar entonación del castellano hablado por los chiquillos y mozos de la estación que le quieren llevar la maleta».

llanas²¹. Los mapas del ALEANR²² son muy claros sobre este dato particular, con realizaciones muy extendidas como *aguila* (excepto Te 306, 308, 500, 502, 503; Z 500, 502, 503, 506 y, en alternancia con *águila*²³, en Z 200, 303; Hu 106 y, junto a la forma esdrújula, en Hu 100, 103, 105, 107, 301, 600)²⁴, *higádo* (menos en Te 305, 306, 308, 503, 600; Z 502, 503 y, al lado de *higado*, en Z 402, 500, 504, 604; Hu 103, 106, 600, y, alternando con *higado*, en Hu 100, 301), *cañámo* (no aparece en Te 306, 308, 402, 500, 503, 504; Z 400, 500, 506, 600 y, junto a la variante esdrújula, en Z 200, 303, 304, 402, 503, 504; Hu 106 y, en alternancia con *cañamo*, en Hu 103, 107, 301), *pájaro* (no consta en Te 300, 306, 307, 402, 500, 504; Z 500, 502 y, junto a *pájaro*, en Z 200, 303, 400, 402, 503; Hu 106 y, en convivencia con la realización esdrújula, en Hu 103, 105, 107, 301). La impresión general que proporcionan los materiales cartografiados es que este rasgo se mantiene con gran vitalidad en la geografía aragonesa, si bien en la parte meridional de Teruel y en el suroeste de Zaragoza se advierte la solución castellana o, por lo menos, alternancia de variantes. *Vid.* el mapa núm. 3.

7. La conservación de F- inicial no encuentra explicaciones satisfactorias entre los dialectólogos, al estar el área aragonesa pirenaica tan vinculada a los pueblos vascos²⁵; no obstante, la presencia de esta consonante inicial es patente hoy en las hablas herederas del antiguo romance y, por el sur, llega de modo esporádico hasta bien avanzada la provincia de Teruel: *fuesa* «sepultura» (/huesa < f ò s s a) aparece en Te 102, 200, 201, 400, 401, en el norte y oriente de Zaragoza (Z 100, 101, 201, 301, 303, 401, 402, 500, 501, 600, 601, 603, 604, 605, 607) y es prácticamente general en los puntos de Huesca considerados (*fuesa* ~ *fosa*: Hu 105)²⁶. Mayor extensión presenta *esfollinar* (/deshollinar < f ù l l ï g ï n e), que se atestigua en Te 100, 101, 200, 203, 206, 300, 305, 400-402, y en todas las localidades zaragozanas y oscenses examinadas (excepto Z 500, 506; Hu 106).

Los derivados de f a l c e «hoz» han dado lugar a varios significantes con f- inicial: *fal* (Te 102, 103, 203; Z 603), *falz* (Te 200, 206, 400, 403, 404; Z 604 y, junto a

21. M. ALVAR describe éste y los demás fenómenos que enumero a continuación en *El dialecto aragonés*; *vid.* para el rasgo aludido la p. 45.

22. Prescindo de la localización exacta de las voces citadas en el ALEANR; el lector encontrará al final del trabajo un índice de términos en el que se aporta, en paréntesis, dicha información.

23. En los casos de alternancia, el fenómeno de raigambre aragonesa aparece, a veces, con el símbolo de arcaísmo o de vocablo desusado tanto en ésta como en otras cartas examinadas; en algunas ocasiones se caracteriza como realización más popular.

24. Las hablas propiamente dialectales de la zona pirenaica no presentan esta acentuación —ni mucho menos— de manera sistemática: *águila* en Hu 101, 203, 204; *áliga* en Hu 201, 207; *aguila* ~ *águila* en Hu 111. Situación parecida se anota en otros mapas que informan sobre este mismo fenómeno: *figado* en Hu 101; *higado* en Hu 203, 204, 207; *figádo* ~ *higado* en Hu 104.

25. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 157-164; *vid.*, además, R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*, Madrid, Espasa-Calpe, 9.^a ed., 1980, pp. 198-234; a partir de los datos del ALEANR he elaborado «Geografía lingüística de F- inicial en las hablas altoaragonesas», *Argensola*, 93, 1982, pp. 81-112, y «Pervivencia de F- inicial en las hablas aragonesas y otros fenómenos conexos», artículo ya citado en la n.^o 11.

26. El cultismo *fosa*, habitual en castellano, consta en otros municipios encuestados.

corvella, Z 605; Hu 600, 601), *faz* (Te 402, 404; Z 607), *falce* (Hu 107), *falz~hoz* (Hu 106, 107, 302, 303, 304, 603), *falz~faz~hoz* (Hu 100). *Falaguera* «helecho» (< f i l i c a r i a) se anota al sur de Teruel (Te 306, 406, 600, 601) y acaso deba pensarse, respecto a esta localización de la voz, en el apoyo valenciano (cat. *falguera*, val. *falaguera*); *felaquera* consta asimismo en Hu 106, en consonancia con puntos más orientales; pero el vocablo *falaguera* vuelve a surgir en Z 200, 201, frente a *jeu~helecho* (< f i l i c e (Hu 100), *felce* (Hu 103), *celfe* (Hu 105), *felce~helecho* (Hu 107); tal dispersión geográfica del significante *falaguera* conduce a postular, al menos para los puntos más occidentales de Aragón, resultados paralelos.

Formiguero «conjunto de maleza amontonada, cubierta de tierra y quemada» (< f ù r n u) se atestigua más bien al noroeste de Teruel (Montalbán, Nogueras, Ferrerueta, Bello, Barrachina, Torrijo del Campo, Villar del Saz y, aisladamente, Alcalá), en tanto que Zaragoza ofrece escasos ejemplos (*forniguero* en Mallén, *fornillo~forniguero* en Uncastillo, *fornillo* en Ejea), lo mismo que las localidades examinadas en Huesca (*fromiguero~hormiguero* en Sallent, *forniguero~horniguero* en Jaca, *forniguero* en Angüés). Para «hozar» se han anotado numerosos significantes: *fozar* (< *f o d i a r e) en Te 102, 201, 203, 400; *fociar* en Z 100, 101, 200, 201, 604; Hu 105; *furgar* (< *f ù r i c a r e) en Te 100; *foricar* en Z 400; Hu 100, 103, 107; *esforicar* en Hu 106; *foriquiar* en Z 402; Hu 304.

Añádase, para concluir, que los derivados de *f a s c e* (*fajo* «haz» y *fajina* «hacina, montón de mies en la era») se encuentran ampliamente difundidos por el espacio territorial de Aragón: para el primero, sólo se han apuntado excepciones en Te 303, 306, 500, 502, 504, y la alternancia *faz~fajo* en Z 302²⁷; para el segundo, *hacina* en Te 103, 200, 301, 303, 306, 500-504, 600, 601; Z 500, 505-507; y la alternancia *fašina~fajina* en Hu 100²⁸. *Vid.* para esta cuestión, además de los datos aquí allegados, el mapa núm. 4²⁹.

8. La evolución de G^c-, J^c- y J- iniciales plantea diversidad de soluciones en castellano, que E. Alarcos resuelve bien por eliminación de la consonante ante vocal palatal, bien por diferencias articulatorias de carácter geográfico (g ě n ě r u >*(y) *iern*> *yerno*; i a m > *ya*; i a m m a g i s > *jamás*)³⁰. En la región aragonesa, se contempla una tendencia hacia el resultado /ʒ/ (>/x/, modernamente) y hacia la palatal /š/³¹; de ambas soluciones hay muestras en los territorios castellanizados de

27. En Iglesiasuela del Cid, Puertomingalvo y Olva se ha recogido el catalanismo *garba* «haz».

28. Aparte de *hacina*, se descubren otras variantes que permiten pensar en la desaparición de F- inicial (*cina*: Te 304, 305, 307, 308, 402, 404, 406; Z 502, 503; *jina*: Te 403, 404; Z 305; *hajina*: Te 401). Todas ellas se concentran en la parte suroccidental de Zaragoza y en el sur y en el oeste de Teruel.

29. Es el que refleja las conclusiones de mi artículo «Pervivencia de F- inicial en las hablas aragonesas y otros fenómenos conexos», p. 53; se basa primordialmente en los mapas 18 («maleza amontonada, cubierta de tierra y quemada»), 20 («campo estrecho y largo»), 21 («hanega»), 53 («hoz»), 61 («haz»), 70 («hacina»), 347 («puntal, palo para sujetar ramas cargadas de frutos»), 501 («gabato»), 655 («hozar»), 829 («deshollinar»), 868 («gachas»), 1090 («fajar al niño»), 1467 («huesa») y 1469 («enhebrar»). Se utilizan asimismo algunas láminas complementarias.

30. *Fonología española*, Madrid, Gredos, 4.ª ed., 1976, pp. 259-261; además, «Resultados de G^c- en la Península», *Archivum*, IV, 1954, pp. 330-342.

31. M. Alvar, *Dialecto*, pp. 165-168.

Aragón: j ÿ n ÿ p ě r u «enebro» proporciona las variantes *chinebro* (Te 203; Hu 103, 105-107, 301-304, 407, 600 y junto a *enebro* Hu 305), *chinipro* (Z 100, 101 y, en alternancia con *enebro*, Z 200) *chinepro* y *chinepresa* (Z 201), *chinepre* ~ *chinarro* (Hu 100), *ginebro* (Te 100, 102, 200, 201; Z 303, 304, 401, 402, 601, 605; Hu 500, 601, 603), *ginebre* (Te 400, 401). Para «gemir» se documenta *chemecar* (<*g e m ĩ c ā r e), de mayor difusión que las formas léxicas precedentes (Te 100, 102, 200, 201, 203, 206, 300, 401; Z 200, 201, 300 302, 303, 305, 400-402, 601-603, 605, 607; es general en Huesca, con la variante *chomecar* en Hu 305; *chemequear* en Z 301; *chamucar* en Z 101); además, *gemecar* se testimonia sobre todo al sur y al oeste de Teruel (Te 101, 301, 302, 304-307, 402-404, 406, 500-504, 601; *gemicar*, Te 600) y al occidente de Zaragoza (Z 501, 502, 504, 507; *gemequear*. Z 503, 505; *gimiquiar*, Z 500).

Goza de bastante difusión *jubo* «yugo» (< j ŷ g u), aunque se constata la existencia de otras soluciones fonéticas: *yubo* (Te 103³², 301-304, 306, 308, 502, 504; Z 101, 200 300 302, 303, 400, 402, 600, 602-605, 607, y junto a *yugo*, Z 301), *jugo* (Z 100, 201, 504; Hu 105, 302 303), *jugo* ~ *jubo* (Hu 107), *jubeta* [ɨ] (Hu 301), aparte del castellanismo oficial *yugo* (Te 307, 404, 501, 600, 601; Z 501-503, 506; Hu 106); lo mismo ha de decirse respecto a las formas léxicas relacionadas con j ŷ n g ě r e «uncir»; además de *juñir*, bastante común, aparecen *juncir* (Te 402, 404), *junir* (Z 607; Hu 302), *ajuñir* (Te 401), *yuncir* (Te 306, 406, 501-504, 601; Z 503, 506); el castellanismo oficial consta en Masegoso y Puertomingalvo, localidades turolenses e, igualmente, en Bijuesca, al occidente de Zaragoza.

Cabe añadir todavía que en Alloza (Te 203) se ha cartografiado aisladamente la forma aragonesa *chunco* «junco» (< j ŷ n c u), con resultado /š/, aunque sin sonorización de oclusiva sorda tras nasal³³; dicha voz se recoge también en los enclaves pirenaicos: *chunco* (Hu 302), *chungo* (Hu 106), *chungo* ~ *junco* (Hu 105), *chunco* ~ *junco* (Hu 100, 107), como territorios más directamente relacionados con los que conservan en la actualidad hablas dialectales.

9. El mantenimiento de los grupos consonánticos PL-, CL- y FL- diferencia el dialecto aragonés del romance castellano y lo pone en relación con buena parte de la Rumania, que conserva tal agrupación consonántica³⁴. El fenómeno tiene actualmente, como hemos visto respecto a rasgos anteriormente estudiados, representantes que llegan hasta Teruel, bastante alejados por tanto de la geografía pirenaica: *plantaina* «llantén» (< p l a n t a g ĩ n e), que aparece en 18 de las 36 localidades turolenses encuestadas para el ALEANR, con la particularidad de que no hay respuesta en todas ellas; situación análoga se repite en los municipios zaragozanos y oscenses³⁵.

32. Aquí, con pronunciación lleista, *llubo*.

33. Esta última evolución (*junco*) se documenta en Híjar.

34. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 168-169; en La Ribagorza se señala la presencia de la oclusiva seguida de lateral palatalizada (*flama*, *pllano*).

35. No se informa en el mapa sobre Te 100, 101, 103, 308, 401, 403, 404, 502, 600; Z 100, 300, 401, 503, 505, 506, 601; Hu 103, 105, 303-305, 601, 603; se anotan algunas variantes: *pampolaina* (Te 300), *plataina*, acaso por error gráfico (Te 405), *plantaio* (Z 502), *plantaine* (Z 501), *planteina* (Z 301, 400; Hu 600); otros significantes: Te 203, 307, 501, 601; Z 101, 201, 302, 500; Hu 500).

Curiosos son asimismo los testimonios de *flama* «llama» (< f l a m m a) en Aragón: en la provincia de Teruel se sitúan, principalmente, al sur del territorio, incluyendo la capital (Te 301-305, 308, 406, 502, 503); de todos modos, la alternancia con *llama* se produce con frecuencia. Por lo que respecta a Zaragoza, *flama* aparece, asimismo con casos de alternancia, al occidente (Z 305, 500, 502, 503, 505-507), siendo escaso el mantenimiento de FL- en el área castellanizada de Huesca (Hu 100, 301, 600); se atestiguan otras variantes, y entre ellas *flamarada* (Te 100, 302, 305, 308, 402, 406, 502, 601; Z 507).

Habrà que referirse todavía al verbo *aplanar* «allanar» (< p l a n u), recogido en Te 501, 503; puntos que hacen pensar en un posible apoyo valenciano, y en Z 100, 101, 201; Hu 106, 304, 407, 500, produciéndose realizaciones *Pl-* ~ *l-* en Z 600; Hu 100, 105 y 107.

10. Uno de los rasgos más resaltados por los dialectólogos en relación con el dialecto aragonés es el de la conservación de las oclusivas sordas intervocálicas, las cuales, por consiguiente, no se ven afectadas por el proceso de variación consonántica propio de los demás romances peninsulares y de la Romania occidental; las causas de tal mantenimiento, a pesar de haber promovido una serie de interesantes aportaciones filológicas, no han encontrado aún una explicación plenamente satisfactoria. Hasta tiempos recientes /-p-, -t-, -k-/ perduraban, salvo casos de castellanización, en un área que abarca, en el norte oscense, Biescas, Broto, Boltaña y Plan hasta la frontera francesa; algunas muestras se registran también en el resto de Aragón³⁶, y los datos del ALEANR confirman, en la parte que nos interesa, dicha apreciación: *batajo* «badajo» (< *b a t ù a c ù l u) consta en Te 100, 102, 200, 201, 203, 300, 400, 401; Z 100, 201, 303, 401, 402, 500, 602, 603; Hu 103, 105-107, 301-305, 500 y, junto a *badajo*, en Z 200, 304, 305; Hu 100; *botajo* aparece en Z 101, 300, 604, 607 y, en alternancia, en Z 400; *batallo*, la más dialectal de estas realizaciones se registra en Z 605; Hu 407, 601, 603; *batallo* ~ *batajo* en Hu 600. Para «colocar el badajo» se utilizan variantes como *embatajar*, *batajar* o *poner el batajo*, *embatallar*, *botajar*, *embotajar* y *abatajar* en las mismas localidades (excepto Z 500: *embadajar*) y, además, en Te 206; Z 600 y 601.

Para «ombligo» (< ù m b ï l l i c u) se ha recogido *melico* en Te 200, 201, 203;; Z 100, 101, 200, 201, 300, 400-402, 600, 601, 603-605; Hu 100, 105, 106, 301-305, 500 y junto a *ombligo*, en Hu 103, 107 y 603; *meligo* en Te 102; Z 607; Hu 407, 600, 601; *mellico* en Te 206, 400, 401. Aparte queda *suco* «zumo de fruta» (< s ù c u), en la zona nororiental de Teruel (Alloza, Mas de las Matas, Bordón, Aliaga, Fortanete, Cedrillas, Iglesuela del Cid, Riodeva) y *zucu* en el norte de Zaragoza (Z 100, 101); *sucar* «mojar» en Puebla de Valverde e Iglesuela del Cid. Es razonable pensar, para el oriente de Teruel, aun contando con formas léxicas muy próximas en el área pirenaica, en un apoyo valenciano-catalán³⁷.

36. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 172-176; próximamente aparecerá en *AFA* un artículo de P. Carrasco, con referencias a las teorías formuladas sobre el fenómeno, con el título de «Área actual del mantenimiento de las consonantes oclusivas sordas en el dominio lingüístico aragonés, según los datos del ALEANR».

37. Se prefiere *jugo* a *zumo* (< gr. ζωμος) en Te 103, 502, 601; Z 200, 300, 301; Hu 100; *sumo* en Hu 302; *jugo* ~ *zumo* en Te 308; Z 305, 604; Hu 107; *jugo* ~ *suco* en Te 501. *Vid.*, por otra parte, *chumo*, con fonética aragonesa, en Híjar; *sumo* en Segorbe y *jumo* en el punto valenciano de Titaguas.

11. Junto al rasgo descrito en el párrafo anterior, debemos referirnos ahora al mantenimiento de -D- intervocálica que, en el territorio aragonés, aporta ejemplos de amplia difusión³⁸: *coda*, en frecuente alternancia con el castellanismo *cola* (<c a u d a), se atestigua en 15 de las poblaciones turolenses encuestadas para el ALEANR, en 18 zaragozanas y en todas las oscenses que venimos considerando³⁹; se repite la misma fonética, con menos representantes regionales, en los mapas que recogen las denominaciones para la «rabadilla de las aves» (*coda*: Te 104, 203, 206, 300, 400, 406; Hu 304, 407 y, junto a *cola*, Hu 301; *codón*: Te 102; Z 300, 303, 304, 400, 401, 601-605; *colón*: Z 301; *codisno*: Hu 303; *codizo*: Hu 500; *codillo*: Hu 305); muy abundante es también *escodar* «desrabotar»: Te 100, 102, 200, 201, 203, 206, 300, 308, 400, 402, 403, 405; Z 100, 101, 200, 302-305, 401, 402, 504, 600-604, 607; en Huesca, todas las localidades, excepto *espuntar* (Hu 407) y *descodar* (Hu 600), variante que se repite en Te 404 y Z 201.

Mejor representado se encuentra el verbo *rader* (*raidir* en Arcos de las Salinas, *radir* en Puertomingalvo) «raer» (< r a d è r e), desplazado por *rosigar* «raer» únicamente en Esteruel, Montalbán, Bordón, Cedrillas, Iglesias del Cid, Riodeva, Puebla de Valverde, Manzanera, por *rosegar* en Masegoso y por *rasar* en Bijuésca, Sabiñán, Ateca, Alconchel y Paniza, localidad esta última donde convive con *rader*. Para *radedor* «raedor» se constata, en lo que atañe a Teruel, más amplia difusión geográfica de dicha base léxica, aunque la variante *raidor* se registra en Te 304, 306, 307, 500, 501, 504, al sureste de la provincia; *raedor* aparece en Z 201, 601 y, alternando con -d-, en Hu 603⁴⁰.

12. -KS- y SKY- dan en aragonés el fonema prepalatal fricativo sordo /ʃ/, que puede conservarse en hablas vivas actuales o bien pasar a /x/ conforme al resultado castellano, o incluso convertirse en el palatal africado sordo /ʃ̺/⁴¹. Aunque no con muchos testimonios, encontramos ejemplos de las articulaciones citadas en el dominio castellano-aragonés: para «vejiga del cerdo» (< v e s s i c a, por equivalencia acústica: [s] = [ʃ̺]), el ALEANR ofrece *vochiga* en Te 102, 200, 206; Hu 600; *vehiga* en Te 203; *vusiga* en Te 400; *vichiga* en Hu 105; *vešiga* ~ *vejiga* en Z 200; *višiga* ~ *vejiga* en Hu 103, 107; *vehiga* ~ *vejiga* en Hu 100; *vejiga* ~ *vochiga* en Hu 302. Para diversos tipos de «azada» (< a s c i a t a), *juela* (Te 102, 200, 203, 400, 401, 405; Z 101, 201, 401; Hu 105, 106, 302-304, 500), *juelo* (Hu 601), *ajuela* (Z 601, 605; Hu 600)⁴²; *jada* (Te 403), *jada de gallón* (Te 100, 101, 102, 300; Z 607), *jada de monte* (Z 301), *jada estral* (Hu 100), *jada de jartigar* (Te 401, 404), *jada morgonera* (Te 501, 600), *jadilla* (Te 200, 400), *jadón* (Te 200, 601; Hu 603), *jadón de estral* (Z 605), *jadón de gallón* (Hu 600, 601), *ajada* (Z 600 y, junto a *azada*, Z 305), *ajada de gallón* (Z 602; Hu 106,

38. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 176-177.

39. No aparece en Te 101, 103, 104, 301, 303, 304, 306, 308, 402, 405, 500-504, 600, 601; Z 100, 101, 201, 301, 302, 304, 500, 502-504, 506, 507; casos de alternancia: Te 200, 201, 305; Z 303, 305, 400, 505, 602, 604; Hu 100, 103, 105, 107, 301, 600.

40. En otros puntos se emplean significantes diferentes al que consideramos: Te 103, 104, 300, 302, 305, 308; Z 301-305, 500, 502, 503, 505, 506, 602; Hu 100, 103, 305.

41. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 193-195.

42. Se recogen en otras ocasiones *azueta* y *zueta* en alternancia con *jueta* o *ajuela* (Te 402, 404; Z 200; Hu 100, 301).

304, 407), *ajada ancha* (Te 206), *ajada estrecha* (Te 402), *ajada de hacer leña* (Z 304), *ajadilla* (Te 203), *ajadón* (Te 101, 201, 300), *ajau de leña* (Z 303), *ajau estral* (Z 400). Vid. el mapa núm. 5. Obsérvese que estos resultados se extienden mayoritariamente por la parte nororiental de Teruel y predominan al oriente de Zaragoza y en la provincia de Huesca, excepto en algunos de los enclaves pirenaicos castellanizados.

13. La evolución de los grupos —LY—, —CL—, —GL— y —TL— proporciona /l/ en aragonés medieval y en las hablas que perviven en la actualidad. Se ha señalado, desde el punto de vista cronológico, que /l/ predominaba en Zaragoza hacia 1475 y que, a partir de 1518 aproximadamente, se impuso la solución castellana de /x/⁴³; reminiscencias de la peculiar evolución aragonesa —idéntica, de todos modos, a la que se da en otros romances— son las que aportan en corto número los mapas referidos a «chivo, cegajo» (*segallo* < vasco *s e k a i l, voz común a aragonés, catalán y vasco: Te 200, 203, 206; Z 100, 400, 401, 601, 603 y, junto a *choto*, Z 605; Hu 103, 105, 107, 302-305, 600, 601, 603 y, alternando con *chotico*, Hu 301⁴⁴), a la «mixture para cebo del cerdo» (*breballo* < b ĩ b ě r e + -a e ũ l u: Te 102, 203, Hu 603; *borrallo*: Z 605; *berballo*: Z 601, 603), a la «encina silvestre» (*coscollo* < c ũ s c ũ l i u: Te 200, 302, 402; Z 601, 605; Hu 107, 302, 601, 603; *coscolla*: Te 102, 203, 206, 400; *coscollera*: Hu 301), al «ramojo, conjunto de ramas delgadas que se cortan de los árboles» (*ramulla* < *r a m ũ c ũ l u, forma común a catalán y aragonés: Te 102, 201, 203, 400; Z 101, 504).

14. Es muy general la presencia del grupo consonántico —NS— sin asimilar en determinadas palabras; mientras que algunos estudiosos piensan en una ley interna característica del aragonés, otros se fijan en la ausencia de la consonante —N— en parte de los étimos aducidos⁴⁵; por lo tanto, acaso fuera más apropiado hablar de una epéntesis de dicho sonido, semejante a la que se atestigua en algunos otros vocablos que registra el ALEANR (*hancia* «hacia»: Te 103; Z 400, 601, 607; Hu 105, 601; *hencia*: Te 501). De cualquier modo, lo cierto es que *ansa* (< a n s a) vive en todos los municipios encuestados, excepto en el informante de la capital turolense —si bien la pronunciación del grupo es frecuente en la mencionada ciudad, según he podido comprobar personalmente—, en Mallén y en Canfranc, mientras que se produce polimorfismo en otras pocas localidades: *ansa* ~ *asa* en Z 305, 400; Hu 100, 105-107, 301, 500; en Salvatierra, *ansera* ~ *ansa*. Casi lo mismo cabe decir acerca de (*uva*) *pansa* (< p a s s a < p a n d ě r e), que deja de anotarse en Híjar, Barrachina, Villar del Saz, Cedrillas y Teruel (*uva pansida* en Olva); no consta tampoco en Sos, Salvatierra, Mallén, Tarazona, Alagón, Alconchel y Osera (*pansa* ~ *pasa* en Las Pedrosas y Codo, Canfranc, Pallaruelo de Monegros (*pansa* ~ *pasa* en Sallent, Berdún; *pansa* ~ *pansida* ~ *pasa* en Jaca; *pansiza* en Angüés; *pansada* en Alberuela de Tubo y Robres).

Escasa es la difusión de *onso* (< ũ r s u), y a menudo en alternancia con la solución castellana (Z 200; Hu 100, 103, 105, 107, 301; exclusivamente *onso*: Hu 106, 302, 303, 407). Tal localización queda relegada, como puede observarse, a la zona oscense y, sobre todo, a su parte más septentrional.

43. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 192-193.

44. El término posee diversas matizaciones semánticas: «cría de la cabra desde el destete hasta el año», que es la más general; «de un año a dos» (Hu 107, 603), «al cumplirse un año» (Z 401), etc.

45. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 66 y 203-204.

15. Los grupos -TR- y -DR-, incluso originados por la pérdida de una vocal intertónica, tienen diversidad de soluciones en aragonés: conservación (*Pietramula* «top. de Bielsa» < p ě t r a), vocalización de la dental (*cuairón* «madero escuadrado» < q u a d r ò n e), desaparición de la mencionada consonante (*Peralta* ~ p ě t r a), o incluso evolución del grupo a /t̃/, como ocurre en el topónimo de Torla *Pierrina* (~p ě t r a)⁴⁶. Interesa consignar que, en el castellano de Aragón, se mantienen determinadas voces que muestran algunas de las soluciones que acabo de enumerar: así, *pelaire* «hombre que hacía los colchones», «cardador» (~ p a r a t ò r e), vocablo bien conocido a lo largo y ancho de Aragón, con las excepciones de Bello, Torrijo del Campo, Villar del Saz, Santa Eulalia y Riodeva, en Teruel; es decir, las localidades que quedan más al oeste; en Zaragoza, Tarazona, Mallén, Fuendejalón, Calcena, La Almunia, Osera, también en la zona occidental; aparte de *pelaire*, hay que anotar en Teruel las variantes *peaire*, con pocos representantes, y *peraille* algo más frecuente⁴⁷.

Se registra asimismo *peirón* «cruce que se pone en los campos o caminos», «pilar con hornacina para colocar una imagen» (< p ě t r ò n e) en buena parte de las localidades visitadas por los encuestadores del ALEANR, aunque en este concepto no están cubiertos todos los puntos de la red explorada⁴⁸.

16. La metátesis de -R- agrupada (*craba* «cabra < c a p r a, *pedricar* «predicar» < p r a e ð ĩ c ā r e) su conservación etimológica (*cremallo* «llar» < c r ě m ā r e) o el desarrollo de una vocal anaptética (*quirín*, «crin» < c r ĩ n e), en circunstancias contrarias a las soluciones castellanas, afectan a algunas palabras en el espacio geográfico de Aragón⁴⁹; así, la voz para designar las «grietas de las manos» proporciona: *crebazas* (< c r ě p ā r e), de amplia difusión, *cribazas* (Te 200, 206), *quiribazas* (Te 400), *querebazas* (Te 201; Hu 303 y, junto a *crebazas*, Hu 305), *quirbazas* (Te 203), *querbazas* (Z 605), *reclabazas* (Z 500) y *relebazas* (Z 302, 305)⁵⁰.

RASGOS MORFOSINTÁCTICOS

17. En los mapas del ALEANR pueden documentarse también algunos rasgos morfosintácticos que caracterizan al español popular de Aragón, si bien es cierto que, en buena parte, son compartidos con otros territorios hispánicos.

Hay que referirse en primer lugar a los casos de conservación del género etimológico, de carácter arcaizante⁵¹: *la val* (< v a l l e, con apócope frecuente en

46. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 188-189.

47. El sufijo *-aire* muestra cierta vitalidad en palabras de creación relativamente reciente, como *carrilaire* «obrero que trabaja en la construcción de ferrocarriles», voz que aparece en una jota recogida por S. Doporto, *Cancionero popular turolense*, Madrid, 2.^a ed., h. 1900, p. 91. Según S. Doporto, en la provincia y en la capital de Teruel es neologismo introducido en 1899, al empezar las obras del ferrocarril Calatayud-Teruel-Valencia.

48. *Peirón*: Te 104, 301, 305, 308, 402-404, 406; Z 304, 500, 505; Hu 301; *pairón*: Te 100-102, 201, 206, 300, 302, 303, 306, 307, 401-403, 405, 500; Z 502-504; *pairón*: Z 506.

49. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 169 y 201.

50. *Quebazas*, con solución fonética castellana, consta en Te 303-306, 308, 402, 403, 406, 500, 502-504, 600; Z 101, 201, 300, 303, 304 (~ *crebazas*), 401, 402, 502, 505, 600, 601; Hu 100, 103, 105 (~ *crebazas*), 106, 107, 407, 603.

51. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 208-209.

aragonés, no desconocida por el castellano de los siglos XII y XIII⁵²) aparece en el nordeste de Teruel, en la zona que refleja con más abundancia los fenómenos dialectales hasta ahora inventariados (Te 102, 104, 200 «fila de bancales en vertiente», 201, 203, 206, 300 «topónimo», 307, 400-402, 406, 504; *el val*: Te 101); en la provincia de Zaragoza la forma femenina también se concentra hacia el norte y el oriente (Z 100, 101, 200, 201, 300, 303, 400-402, 600-603, 605; como topónimo, en Z 503, 504; *el val*: Z 607 y como nombre de lugar, en Z 507); en Huesca aparecen asimismo bastantes muestras (Hu 105, 302-304, 407, 500, 600, 601, 603; *val~valella*: Hu 107; *val~el valle*: Hu 103, 301; *val~varello*: Hu 100; *la valle~el valle*: Hu 305).

La adecuación del artículo a la terminación del sustantivo se observa en *la fantasma*, *la pantasma*, forma no rara en las áreas rurales y, esporádicamente, en *la zantasma* (< p h a n t a s m a, masculino en español normativo), variantes que se cartografían en 28 de los municipios turolenses encuestados, que sólo aportan una docena de excepciones en la de Zaragoza —aparte de algunas alternancias—, y cuatro en Huesca— junto a dos casos de convivencia con el género masculino⁵³. *Chincha*, con morfema de género femenino consta en Bordón, Iglesia del Cid, Puertomingalvo y Puebla de Valverde, acaso con apoyo valenciano-catalán.

18. Se produce en determinadas palabras la anteposición del prefijo no significativo *es-*, por analogía con los numerosos términos que lo presentan en las hablas aragonesas (*espelletar*, *espollar* «desplumar el pollo», en La Puebla de Hajar, etc.)⁵⁴; así, para «trébedes» (< t r ĩ p ě d e s), aparece un buen manojito de variantes; *estreudes* (Te 101, 102, 200, 406; Z 605; Hu 305), *estraudes* (Te 404, 501; Z 605), *estriudes* (Z 504), *estreudas* (Te 601), *estruede* (Z 101, 201, 300, 304, 400; Hu 100), *estruedes* (Te 201, 206, 400; Z 301-303, 305, 402, 501, 602, 604; Hu 105, 107, 500), *estruides* (Z 401, 600, 601, 607; Hu 303), *estuides*, acaso por error gráfico (Z 401), *estrudes* (Te 100, 203; Z 603, 604, 607), *estrebédés* (Z 100; Hu 107), *estrébedes* (Te 500; Z 505; Hu 100, 103, 105, 106), *estrebédés* (Hu 107)⁵⁵; para «tenazas de la lumbré» (< t e n ã c e s), *estenasas* (Te 101, 203; Hu 407, 601; alterna con *tenazas* en Te 102, 405, 500, 600, 601; Z 305; Hu 100, 105); para «tijeras» (< t o n s ò r i a s), *estijeras* (Te 203, 405, 600; Z 603 y, junto a *tijeras*, en Z 301 y 305).

52. Vid. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Manual de gramática histórica española*, Madrid, Espasa-Calpe, 16 ed., 1980, p. 109.

53. Faltan en Te 300, 308, 400, 402, 500, 501; Z 100, 101, 301-305, 500-502, 600, 603; Hu 103, 105, 106, 301; *la fantasma~el fantasma*: Z 400, 601; Hu 107, 407. Hay que advertir, de todos modos, que en el mundo hispánico popularmente esta designación es femenina y lo fue más en épocas pasadas, puesto que se empleaba incluso en el registro culto; *vid.*, J. COROMINAS y J. A. PASCUAL, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (DCECH), 5 vols., Madrid, Gredos, desde 1980, s. v. *fantasma*.

54. Se ha atestiguado en las hablas aragonesas, con una difusión bastante limitada, el artículo *es*, que hoy sobrevive en la zona de Campo y en la toponimia; pudiera pensarse, por ello, en la incorporación de este artículo al sustantivo al que se antepone; pero lo más probable es —como ya se ha indicado— la analogía con el prefijo *es-*, tan frecuente en la región; *vid.*, M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 253-254, y 215-218; además, F. MONGE, *op. cit.*, pp. 204 y 217; para otras matizaciones, J. NERIA, «Los prefijos *es-*, *des-* en aragonés», *Archivum*, XIX, 1969, pp. 331-341.

55. Aparte quedan *treudes* (Te 103, 104, 300, 301, 402; Z 507), *traudes* (Te 302, 304, 305, 307, 308, 502-504), *trueudes* (Z 305, 502), *trudes* (Z 607); en algún caso se presenta simultánea o aisladamente el castellanismo oficial, a veces con pronunciación paroxítona.

19. La utilización de los pronombres personales *yo*, *tú*, anteceditos de preposición, así como los circunstanciales *con mí*, *con ti*, *con yo*, *con tú* es, fenómeno muy difundido en la actualidad por todo el territorio aragonés⁵⁶, coincidiendo con realizaciones del castellano vulgar; tal empleo cuenta, no obstante, con precedentes medievales (*con mí*, se lee, por ejemplo, en el *Fuero de Teruel*⁵⁷; *a tú*, *con tú*, *por tú*, *sobre tú*, en la *Grant Coronica de los Conquiridores*⁵⁸). Los datos ofrecidos por el ALEANR son bien explícitos sobre el particular: *conmigo* sólo consta de modo exclusivo en Te 100, 201, 300, 304, 500, 501; Hu 304, 407, 600; prevalece *con mí* respecto a *con yo* (este último sintagma se recoge en Z 507; Hu 302, 303, 305, 500; se produce alternancia *con mí*~*con yo* en Z 501, 503, 602; Hu 105). *Contigo* aparece como forma única en Te 404, 500; Hu 103, 601; el resto del dominio aragonés está ocupado por *con ti* y *con tú*, más abundante, siendo numerosos los casos de alternancia de ambas posibilidades. Añadamos que *pa(ra) tú* «para ti» tiene también enorme difusión, pues deja de registrarse en Te 303, 500, 501; Z 500, 506; Hu 103, 107. Hay que advertir que la forma castellana correcta alterna con las variantes reseñadas en parte de los municipios encuestados: así, en la capital de Teruel, un informante semiculto contestó *conmigo*, *contigo*, *pa ti*, en tanto que otro menos instuido se expresó mediante *con mí*, *con tú*, *pa tú*.

20. El verbo es la parte de la oración que proporciona varios fenómenos regionales de cierta extensión. En primer lugar, ha de analizarse la persona «yo» de *haber*, en presente de indicativo, que cierra su elemento vocálico (he > hi), sobre todo cuando éste va seguido de un participio que comience por vocal; tal articulación es compartida por el territorio aragonés con La Rioja Baja⁵⁹. Las excepciones son escasas, y se localizan de manera preferente hacia la parte suroriental de Teruel (Te 206, 300, 305, 308, 406, 501-504, 600, 601; además, Z 503; Hu 106, 302, 407; *he*~*hi*, en Hu 107, 301; *hay*, en Te 400, 403; Z 100; *hey*, en Z 201; *hay*~*hi* en Z 101).

21. Igual que ocurre en algunas hablas pirenaicas, se registra la consonante -b- en el imperfecto de las conjugaciones segunda y tercera (*teneba*, *teniba*) en dos puntos de Teruel (Alloza y Mas de las Matas), en dos de Zaragoza (Caspé y Ateca) y en seis de Huesca (Canfranc, Broto, Jaca, Angüés, Almudévar y Robres). Debe precisarse que, por lo general, se anota en los respectivos municipios esta información como uso arcaico y, salvo en Caspé, en las demás localidades se presenta en alternancia con *tenía*, que se apunta como forma de introducción más reciente. F. Monge documenta *saliban* «salían» en La Puebla de Híjar⁶⁰; M. Alvar recoge *deciban* y *reiban* «decían, reían» en Las Cuevas de Cañart⁶¹. Este rasgo se explica bien por analogía con el paradigma del imperfecto de la primera conjugación o, más razonablemente, por conservación

56. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 286-287.

57. Vid. M. GOROSCH, *El Fuero de Teruel*, Stockholm, 1950, p. 56.

58. Vid. G. W. UMPHREY, «El dialecto aragonés» [1911], *AFA*, XXXIX, 1987, pp. 163-201 [p. 186].

59. Vid. A. LLORENTE (*Algunas características lingüísticas*, pp. 334-335), quien la considera como realización perteneciente más bien al español vulgar; vid. asimismo A. ZAMORA VICENTE, *Dialectología española*, Madrid, Gredos, 2.^a ed., 1970, p. 264.

60. *Op. cit.*, p. 208.

61. En *AFA*, III, p. 193.

etimológica⁶². El ruralismo *traiba* consta, además, en Ilesuela del Cid y Puebla de Valverde (Teruel) y en Chalamera (Huesca)⁶³.

Hay que hacer referencia todavía a la variante *teníay* «yo tenía» que ofrecen los municipios de Sos del Rey Católico y Berdún, coincidiendo con el ansotano y también con pueblos navarros próximos⁶⁴.

22. Para la persona «nosotros» del pretérito indefinido, está muy difundida, en el área aragonesa, la terminación *-emos* por *-amos*⁶⁵, basada en una analogía con la forma correspondiente en singular: *merendemos*, *cantemos*; en ello Aragón coincide con Navarra y localidades castellanas próximas a La Rioja, pero no en esta región, salvo esporádicamente en Alfaro y Autol⁶⁶. Por lo que se refiere a las poblaciones concretas, la realización castellana únicamente se ha atestiguado en Te 100, 306, 400, 406, 500, 503, 600; Z 303, 500, 506, 602, 604; Hu 301 y, junto a *cantemos*, en Te 308; Z 502⁶⁷. Para «anduvimos» lo más frecuente es *andemos*, aunque también se registran otras variantes: *andimos* (Te 300), *andamos* (Te 306, 406, 500, 503, 600; Z 504, 506, 602), *andemos ~ anduvimos* (Z 302), *andamos ~ anduvimos* (Hu 301), *andamos ~ andemos* (Te 308; Z 502), *andemos ~ andimos* (Z 300). El castellanismo oficial se testimonia en Noguera, Alcañiz, Mas de las Matas, Bijuesca y Angüés, aparte de los casos de alternancia reseñados⁶⁸.

En lo que concierne a la persona «tú» de este mismo paradigma, resulta bastante sorprendente encontrar en Alloza (Teruel) las realizaciones *diés* «diste», *andés* «anduviste», *maldeciés* «maldijiste», idénticas a las que se aprecian en los valles pirenaicos (*Vid.* también *distes ~ diés* en Jaca y Huesca capital): deben estar motivadas, según señalan los estudiosos, por una analogía con el morfema *-s* correspondiente a la persona «tú» de los demás paradigmas verbales (*amas*, *ames*, *amabas*, etc.). Aparte queda el problema del diptongo *-ié*, propio de las conjugaciones segunda y tercera: los dialectólogos han explicado esta evolución desde la forma etimológica regular *-ieron*, o bien por los primitivos morfemas de imperfecto de indicativo de dichas conjugaciones⁶⁹.

62. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 230-232.

63. Formas idénticas recoge para el andaluz y el riojano A. ZAMORA VICENTE, *op. cit.*, pp. 331 y 338.

64. *Vid.*, sobre el origen de este incremento morfemático —y, T. BUESA, «La persona verbal *yo* en la frontera navarro-aragonesa pirenaica», *Actas del VII Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos*, Jaca, VII-1, 1976, pp. 39-54. Reproducido también en *Cuadernos de Investigación. Filología*, II-1, 1976, pp. 35-50 [pp. 39-41].

65. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 219 y 234.

66. A. LLORENTE (*Algunas características lingüísticas*, p. 338), quien incluye esta variante entre las características del español vulgar; para el uso medieval de estas formas, *vid.* J. M.ª ENGUITA y V. LAGÜENS, «El dialecto aragonés a través de algunos documentos notariales del siglo XIII: una posible interpretación de variantes», *Homenaje al Prof. Dr. Antonio Ubieta* (en prensa), con bibliografía sobre la cuestión.

67. No se anota respuesta en Te 201, 300, 304, 305, 502; Hu 302.

68. No hay contestación en Te 304, 305, 502; Z 303.

69. Cuando se considera que la *-b-* actual de dichos tiempos verbales responde, en aragonés, a un proceso analógico (+ *-aba*), que implica pérdida previa de esta consonante; *vid.* M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 238-241, y T. BUESA, *La persona verbal yo*, pp. 42-43.

Se registran, además, vulgarismos como *dastes*, *distes*, etc., de amplia difusión en el mundo hispánico. En los puntos de la franja oriental queda reflejada la perífrasis *vas doná ~vas da*, *vas malai ~vas maldí* (vid. el mapa núm. 6).

23. La habilitación del sustantivo *cara* (< c a r a) para preposición, con sentido de dirección, es rasgo general de carácter rústico⁷⁰, intensamente arraigado en el castellano de Aragón, aunque alterna a menudo con *hacia*; los datos del ALEANR informan sobre su utilización en 19 de las localidades turolenses encuestadas (Te 100-102, 104, 200, 201, 203, 206, 302, 304, 305, 307, 308, 400, 402-404, 405); decrece su empleo en Zaragoza (Z 100, 302-305, 401, 602, 604, 605, 607) y en Huesca sólo consta en un punto (Hu 600), pues se atestiguan —incluso en las zonas que han perdido el dialecto— las preposiciones *ta* y *enta* (*a ~enta*: Hu 100, 103, 106, 107; *hancia ~ta*: Hu 105; *ta*: Hu 301, 302; *enta*: Hu 303, 305). Sobre el origen de este último nexos se han propuesto diversas etimologías (ĭ n t u s a d, ĭ n d e a d, y más recientemente, procedencia árabe)⁷¹. Vid. el mapa núm. 7.

FORMACIÓN DE PALABRAS

24. En relación a los diminutivos, hay que resaltar que el territorio aragonés dirige sus preferencias hacia los sufijos *-ete* (*-et*, *-é*), *-eta* (< i t t u) e *-ico*, *-ica* (< i c c u), con unos límites entre ambos que pueden establecerse con bastante claridad a través de cuatro láminas del ALEANR⁷²: el primero (*crieta*, *olmadeta*, *chiquez*, *cochinete*, *tociné*) supera escasamente la provincia de Huesca y se extiende por la parte oriental de Zaragoza y Teruel, aunque con pocos ejemplos (encontramos una muestra en Salvatierra, Ejea, Leciñena, Velilla, Caspe, Híjar, Alcañiz y Manzanera; dos, en Bujaraloz y Mas de las Matas)⁷³.

El morfema *-ico* (*criica*, *pajarico*, *puerquico*, *tocinico*) predomina en estas dos últimas provincias. Se dan, sin embargo, interferencias entre ambos formantes léxicos, por lo que en alguna ocasión *-ico* invade la zona de *-i t t u* (un ejemplo en Jaca, Santa Lecina, Chalamera, Candasnos; dos, en la ciudad de Huesca). Por lo demás, el derivativo *-illo*, (*cerdillo*, *lechoncillo*, *almadilla*) aparece, sobre todo, al sur y al oeste de la región, en tanto que *-ito* sólo se ha apuntado de manera muy esporádica. Todo ello queda reflejado en el mapa núm. 8.

Por otro lado, gozan de enorme extensión las formas afectivas en *-e(t)* (*e*) para dirigirse a los más jóvenes, pues rebasan por su empleo tradicional arraigado, los límites

70. M. ALVAR, *Dialecto*, p. 250; sobre variantes y etimologías, vid. J. A. FRAGO, *VD*, XII, p. 64 y sigs., y *AFA*, XVIII-XIX, 1976, pp. 127-129; además, vid. el DCECH, s.v.

71. Vid. M. ALVAR, *Dialecto*, pp. 250-251; vid. asimismo R. Kontzi, «Ist die aragonesische Präposition *enta* ein Arabismus?», *ZRP*, 86, 1970, pp. 372-381.

72. Vid. J. M.^a ENGUITA, «Notas sobre los diminutivos en el espacio geográfico aragonés», *AFA*, XXXIV-XXXV, 1984, pp. 229-250 [pp. 241-242]. Los mapas analizados son: «cría del pájaro» (m. 442), «cochinillo recién destetado» (m. 645), «almohadilla en la que se clavan los alfileres» (m. 907) y «gallina ciega» (m. 1184).

73. Apreciación semejante hace M. ALVAR para Las Cuevas de Cañart (*AFA*, III, p. 192); A. QUINTANA informa, por el contrario, de la mayor frecuencia de *-é*, *-eta*, *-etes*, *-etas*, en el bajo valle del Mezquín, aunque observa que *-ico* es bastante empleado en la formación de términos nuevos (*op. cit.*, p. 66).

que se acaban de establecer: *moce* (Te 203; Z 100, 101; Hu 103, 105-107, 301, 302, 601; *moce* ~ *moce*: (Z 200, 201), *chiqué* (Z 605; Hu 103, 106), *chiquet* (Te 400), *moce* (Hu 100, 600, 603), *mocer* (Te 200; Hu 303-305, 500, 600, 603), *chiquer* (Z 601), *moce* (Te 101, 104, 400, 402-404, 406, 502, 504; Z 303, 305, 407, 500, 600), *moce* (Hu 103), *moce* (Te 101-104, 201, 203, 301-308, 400, 402-404, 406, 502, 504; Z 100, 101, 200, 201, 303, 305, 501, 600; Hu 100, 105-107, 301-305, 407, 500, 600, 601, 603), *chiquetes* (Z 601, 605; Hu 103).

25. El sufijo *-era* (< -a r i u) es corriente en todas las épocas en castellano, aunque destaca su productividad en el período de los orígenes y su predilección en el registro popular hasta nuestros días⁷⁴; en las hablas aragonesas muestra asimismo vitalidad extraordinaria, con numerosos valores, entre los que resalta el de la formación de designaciones de árboles, especialmente frutales, y plantas⁷⁵, lo que G. Rohlf s explica por traslación del sufijo a las especies vegetales aisladas, pues parece ser que se aplicó primero a plantas que constituían grupos compactos⁷⁶. El ALEANR ofrece un panorama muy claro en relación a la extensión de *-era*, si bien en algunos puntos se ha anotado la forma masculina *-ero* con el mismo significado, probablemente por analogía con el género de los castellanismos correspondientes (*manzano*, *ciruelo*, etc.).

Tras el análisis de cinco mapas del ALEANR, se descubren los siguientes datos: el sufijo *-era* (*-ero*) consta con cinco respuestas afirmativas en Te 100, 102, 200, 201, 203, 300, 400; Z 101, 200, 201, 300, 400-402, 603-605, 607; Hu 100, 103, 105-107, 301-305, 500 (*almendrera*, *noguera*, *ciruelera*, *ciuellera* ~ *cirguellera* ~ *cirguelera* ~ *cirolera* ~ *ciroldera* ~ *claudiera* ~ *prunera*, *manzanera*, *cerecera*; variantes: *almendrero*, en Te 300; Z 100, 400-402, 603; *ciuelero*, en Te 100, 200; Z 200, 300, 400, 401, 603, 607; Hu 303, 305, 500; *ciriojero*, en Te 100; *ciuellero*, en Te 200; Z 201; *aciruellero*, en Te 102; *cirojero*, en Te 300; *cirguellero*, en Te 400; Z 200, 400; Hu 103, 107; *cirgollero*, en Hu 107, 302; *zurullonero*, en Te 203; *cirollero*, en Hu 106; *claudiero*, en Hu 304; *noguera* ~ *nogal*, en Z 201, 300; Hu 106, 304; *manzanero*, en Z 101; Hu 500; *cerecero*, en Te 100, 102, 300; Z 201, 300, 402, 604; Hu 500; *cerecera* ~ *cerezo*, en Hu 100).

Con cuatro contestaciones, lo que demuestra igualmente un notable grado de conservación del rasgo aragonés, aparece en territorios próximos a los municipios ya enumerados (Te 302, 401, 405, 406, 600, 601; Z 100, 600; Hu 407, 600 601; variantes: *almendrero*, en Te 302, 406, 600, 601; Z 100; *cirolero*, en Te 302; Z 600; *ciuelero*, en Hu 600; *cirujero*, en Te 302; *pruñonero*, en Te 601; *ciruelo* ~ *prunera*, en Te 406; *noguera* ~ *nogal*, en Te 405; *manzanero*, en Te 302; Hu 600, 601). Con tres respuestas se encuentran Te 206, 402, 500, 503; Hu 603; y, con dos, Te 101, 307, 403, 404, 501, 502; Z 302, 500-503, 505 (variantes: *almendrero*, en Te 402, 502, 503; Z 500-503; *ciuelero*, en Te 402, 403, 500, 503; *cirolero*, en Te 501; *pruñonero*, en Te 501, 503; *ciruelero* ~ *ciruelo*, en Z 302; *cerecero*, en Te 101, 307, 500). El resto de las localidades encuestadas sólo presenta una muestra del sufijo, generalmente *noguera*, que alterna con

74. Vid. M. MORREALE, «El sufijo *-ero* en el *Libro de Buen Amor*», AFA, XIV-XV, 1963-1964, pp. 235-246 [p. 235].

75. M. ALVAR, *Dialecto*, p. 262.

76. Vid. «Los sufijos en los dialectos pirenaicos» [1933], AFA, XL, 1988, pp. 115-170, [p. 144].

nogal en Te 306; Z 301, 304; sin respuesta *-era* se registran Z 303, 602⁷⁷. *Vid.* el mapa núm. 9.

Todo ello se justifica por la mayor castellanización, observada ya respecto a otros fenómenos, que se manifiesta de modo más notorio en la parte suroccidental de la provincia de Zaragoza y al sur y oeste de Teruel.

ÁREAS LÉXICAS

26. Los materiales del ALEANR permiten, además, delimitar geográficamente algunas preferencias en el vocabulario, ya sea en la elección de bases léxicas, ya en las variantes fonéticas que no responden propiamente a evolución dialectal. Con este propósito analizo seis mapas en los que resulta fácil determinar coincidencias areales. Acaso los resultados obtenidos no reflejan con exactitud, dada la exigua serie de láminas estudiadas, los territorios de comportamiento lingüístico similar, aunque son muy significativas las correspondencias de uso que se deducen⁷⁸.

Para «mojón» se descubren, primordialmente, tres bases léxicas; *f i c t a*, emparentada con el oriente peninsular, aparece en buena parte de Teruel, excepto en la zona más septentrional, y proporciona ejemplos al este del resto del dominio aragonés, así como en Used, al suroeste de Zaragoza (variantes: *fitá*, en Te 203; Hu 600, 601; *cita*, en Te 102; *hita*, en Te 104, 301-208, 404-406, 500, 502, 503, 600, 601; *hita* ~ *haita*, en Te 402; *haita*, en Te 103; Z 507; *fitá* ~ *güega*, en Hu 603); **m ü t ü l ö n e*, que origina el castellanismo oficial, se registra en el norte de Teruel y en la provincia; de Zaragoza, salvo en algunos puntos lindantes con Huesca, y en Pueyo, de esta última provincia *mojón*: Te 100, 101, 200, 206, 300, 501; Z 100, 101, 201, 302-305, 402, 500-506, 600, 602, 604, 607; Hu 407; alterna con *güega*, en Te 201; Z 603⁷⁹; Hu 100; con *muga* en Z 301; con *costeros* en Te 501, y con *hita* en Te 504⁸⁰; el prerr. **b ö g a*, que da lugar a la forma propiamente dialectal, se localiza sobre todo en Huesca, en pueblos zaragozanos próximos a sus límites geográficos, descendiendo incluso a Bordón, Mas de las Matas y Alcañiz, al noreste de Teruel (*güega*: Z 400, 401, 601, 605; Hu 301-305, 500; *buga*: Te 400, 401; *buga*: Z 300; *muga*: Z 200; Hu 105; *güega* ~ *muga*: Hu 103, 106, 107; *Vid.*, además, los casos de alternancia citados más arriba).

27. Las voces que sirven para denominar la «cancilla» provienen, fundamentalmente, de dos étimos: *p ö r t a*, que abarca Teruel y buena parte de Zaragoza, si bien en la primera de estas provincias se concentra con más abundancia el derivado *portera*

77. *Cirojal* (Te 104) y *ciruelar* (Te 306) se recogen como «nombre de planta», aunque es lógico suponer que el informante consideró más bien la acepción de «terreno plantado de ciruelos».

78. Para etimologías y caracterización lingüística de los términos considerados se tiene en cuenta el DCECH; además, se han consultado las obras sobre Aragón mencionadas en las notas 12 y 15; he acudido asimismo al *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia, 2 vols., Madrid, Espasa-Calpe, 20 ed., 1984; para la determinación de los vocablos relacionados con el oriente peninsular recurro a A. M.^a ALCOVER y F. de B. MOLL, *Diccionari català-valencià-balear*, 10 vols., Palma de Mallorca-Barcelona, 2.^a ed., 1968-1969, y a J. COROMINES, *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*, 7 vols., Barcelona, Curial Edicions Catalanes-Caixa de Pensions «La Caixa», desde 1980.

79. El *mojón* sirve para delimitar fincas y la *güega* para fijar términos municipales.

80. *Hita* es la «piedra central del mojón» en este municipio.

(Te 306, 307, 401-406, 500, 501; *puerta*: Te 200, 206, 301, 304, 503, 600, 601; Z 101, 305, 402, 500, 502-506, 600, 604, 607; Hu 301, 304, 307; *portalada*: Te 201; *portezuela*: Z 501; *portillo*: Hu 106; *portera* ~ *puertecilla*: Te 103); por otra parte, el galo *c l ě t a, cuyos descendientes ocupan la provincia de Huesca, con algunas excepciones motivadas por la irrupción castellana; alcanza asimismo a puntos septentrionales de Zaragoza (*cleta*: Z 300; Hu 105, 107, 302, 303, 500; *queleta*: Z 100, 200, 201; *queleta* ~ *cleta*: Z 400; *cleta* ~ *portera*: Hu 100; *cleta* ~ *portillo*: Hu 103).

Otros términos se presentan de manera más esporádica: *valla* (< v a l l a; Z 302), *cerrada* (< s ě r ĩ a r e; Z 507), *emparrizada*, acaso debido a un cruce entre *parra* y *palo* (< p a l u + got. * p a r r a; Z 605), *gallipiente*, que presenta fonetismo aragonés (< * g a l l e u + p ĩ n t e; Te 300) y *tarranclera* (de origen prerromano, probablemente céltico; Te 305, 308, 504)⁸¹.

28. El ruralismo «amelga, faja de terreno que el labrador señala en una haza para esparcir la simiente con igualdad y proporción» también permite aproximarse con notoria claridad a las áreas léxicas que configuran el territorio aragonés: en Teruel, salvo su parte septentrional, se observa el resultado del latín m a r g ĩ n e (*marcen*: Te 101, 103, 104, 300-308, 402-407, 501-504, 600; *margen*: Te 401)⁸², con prolongación hacia el suroeste de Zaragoza (Z 500, 507); los derivados del celta *a m b e l ĩ c a se distribuyen en el espacio regional con una característica destacable: las formas con -k-sonorizada se localizan en el norte de Teruel y en Zaragoza⁸³, excepto sus zonas septentrional y oriental, donde dicha consonante no ha sonorizado, al igual que ocurre en el noroeste de Huesca y, con menos representantes, en el sureste de esta última provincia (*amelga*: Te 102; *melga*: Te 100, 200, 201, 203, 206, 400; Z 305, 504, 602, 604, 607; *mielga*: Z 402; *merga*: Z 501-503, 505, 506; *embelga* ~ *emberga*: Z 304; *melca*: Z 100, 303, 400; *mielca*: Z 200, 600, 601, 603; Hu 103, 105, 107, 305; *merca*: Z 401; *amerca*: Z 101; *embelca*: Z 301; *embelca* ~ *emberca*: Z 302; *almerca*: Z 300; Hu 303; *almelquia*: Z 201); la palabra que ocupa de manera predominante el área oscense es, de todos modos, *lezna*, para la cual J. Pardo Asso propone la dudosa etimología l a e d ě r e⁸⁴ (de los municipios investigados, conocen dicho significante Hu 106, 301, 302, 304, 500 y, junto a *porca*, Hu 600; alternando con *puerca*, Hu 100). Añádanse los representantes de p ĩ r c a, por influjo catalán (*porca*: Hu 601; *polca*: Z 605; *forca*: Hu 603; *vid.* asimismo las alternancias aducidas más arriba). Aisladamente se recoge *mojón* en Hu 407 y *faja* en Hu 109. *Vid.* el mapa núm. 10.

81. No hay respuesta en Te 100-102, 104, 203, 302, 303, 400, 502; Z 301, 303, 304, 401, 601-603; Hu 600, 601, 603.

82. En cat. *marge* «ribazo»; no obstante, según el DCECH, una forma del mismo tipo existió en Castilla, a juzgar por la palabra *marcen*, hoy también viva en Jaén y en el riojano del valle de Ojacastró.

83. Y en otros muchos territorios hispánicos, según indica Coromines.

84. Tampoco parece fácil derivar la palabra del germ. *a l ĩ s n a (DCECH); M.ª PILAR GARCÉS supone, sin embargo, el siguiente desplazamiento semántico: de «instrumento de filo agudo y cortante» a «instrumento de estas características que el labrador usa para señalar un terreno» y, posteriormente, «terreno señalado», *vid. Constitución histórica y estructura actual del léxico aragonés: agricultura y ganadería*, 2 vols., Madrid, Servicio de Repografía de la Universidad Complutense, 1988, I, pp. 63-64.

29. El «puñado de mies» suministra variados significantes hacia los que los hablantes muestran también su preferencia según áreas determinadas: buena parte del territorio turolense y algunos puntos situados en Huesca y al occidente de Zaragoza eligen los derivados de *c o l ù p u (*golpe*: Te 101, 103, 301, 302-306, 308, 402, 406, 502, 600; Z 504-506; Hu 106, 301, 303, 601; *golpe* ~ *presa*: Te 104); de p ù g n u provienen algunos vocablos repartidos discontinuamente por el oriente de Teruel, occidente de Zaragoza y, de modo más esporádico, en el norte de Huesca (*puñau*: Te 206, 307, 400, 401, 405, 500, 501, 503, 504; Z 302, 304, 400, 502, 503; Hu 100, 103; *puñau* ~ *puño*: Z 301, 305; *puñao* ~ *manada*: Z 500; *puñau* ~ *presa*: Z 607; Hu 105); otro tanto puede decirse de *presa* (< p r ě n d ě r e), con ejemplos dispersos por las tres provincias aragonesas, si bien muestran cierta concentración al norte de Zaragoza (Te 100, 300; Z 100, 200, 201; *presa* ~ *falcinada*: Te 200; *vid.* más arriba otros casos de alternancia); todavía concurren otras bases léxicas, algunas de raigambre aragonesa: c ù r t ā r e (*corte*: Te 203), f a l c e (*falcada*: Hu 304, 600; *halcada*: Hu 603; *harcada*: Z 402, 407; *horcada*: Te 601; Z 501, 600; *falcinada*: Te 102, 200, 403, 404; *hozada*: Z 300, 401; Hu 305), celta *g a n s k i o (*ganchada*: Z 602, 604), m a n u (*manada*: Z 101; *manajo*: Hu 500; *manajo* ~ *falcada*: Hu 107), s ě r r a (*serruchazo*: Z 603) y *zarpa*, de creación expresiva (*zarpau*: Hu 107).

30. Las variantes fonéticas surgidas de *v ĩ n c ĩ c ù l u se distribuyen sistemáticamente por la región aragonesa: *vencejo* ocupa la provincia de Teruel salvo, como en otras ocasiones, su parte más septentrional (Te 100, 101, 102, 200, 201), que prefiere *fencejo*, como Zaragoza, excepto en los puntos más norteños (Z 100, 101, 200, 201; *fencejo* ~ *vencejo*: Z 301; *cencejo*: Z 302) y en Z 506, 601; donde la consonante inicial es /b/. La situación de Huesca resulta muy interesante: al norte, igual que ocurre en el área contigua de Zaragoza, la pronunciación es labial (*vencejo*)⁸⁵; en la parte meridional predominan *fencejo* y *fendejo*, con bastantes casos de alternancia (*fencejo*: Hu 305, 500, 601, 603; *fendejo*: Hu 304, *fendejo* ~ *fencejo*: Hu 303; *fencejo* ~ *vencejo*: Hu 600; *fencejo* ~ *sogueta*: Hu 407; *fendejo* ~ *ramo*: Hu 303; *vencejo* consta en Hu 301). *Vid.* el mapa núm. 11.

31. El mapa 75, correspondiente a «instrumento para recoger la parva trillada» permite asimismo observar algunas constantes en la distribución de formas léxicas; Teruel —excepto en los territorios septentrionales— y también el suroeste de Zaragoza muestran su personalidad a través de voces emparentadas con r a s t r u, especialmente *barrastra* (Te 101, 103, 104, 300-306, 308, 404, 406, 500-503, 600; Z 503, 507; *borrastra*: Z 506), aunque también se documentan *rastra* (Te 307; Z 500), *rastro* (Te 601; Z 502), *rastradera* (Z 505); el término propiamente dialectal, *plegadera* (< p l ĩ c ā r e) se atestigua en el norte de Teruel y, mayoritariamente, en Zaragoza y Huesca (Te 100; Z 100, 101, 201, 301, 304, 400-402, 501, 504, 602, 604; Hu 106, 301, 302, 304, 305; *plegadera* ~ *tabla de recoger la pallada*: Hu 600; *replegadera*: Hu 303; *plegadero*: Z 303; *llegadera*, con solución fonética castellana, se anota en Te 102, 206; Z 600, 603; *llegadera* ~ *barrastro*: Z 607; *legadera*: Te 200; Z 302); otros significantes atestiguados se relacionan con f u r c a (*horca*: Z 300), r a s t ě l l u (*rastillo*: Hu 100), *r u t a b ě l l u (*retavillo*: Z 200)⁸⁶; acaso también *rodadillo*: Te 203), c o l l ĩ g ě r e (*recogedor de*

85. *Gavilla, paja y sogueta* se apuntan en Hu 100.

86. J. BORA O da cuenta de esta acepción, que considera aragonesismo: «instrumento de labranza arrastrado por caballerías, que va amontonando la mies en la era»; así en el DCECH, s.v. *rodaballo*.

caballería: Te 400; *recogedera*: Hu 103, 107), *r a u b ā r e (*robadera*: Z 305), t a b ũ l a (*tabla*: Te 201, 402, 403; Z 605; Hu 105, 407, 500, 601, 603; *tabla* ~ *rasclo*⁸⁷: Te 405; *tabla* ~ *rastró*: Te 504; *tabladera*: Z 601) y v a r a (*vara*: Te 401).

CONSIDERACIONES FINALES

32. En las páginas que preceden han sido analizados veintiún fenómenos lingüísticos a través de casi setenta mapas del ALEANR, con el fin de determinar la pervivencia dialectal, los rasgos que podríamos denominar de sustrato, en el territorio castellanizado de Aragón. Para su selección, la idea que ha prevalecido ha sido la de inventariar el mayor número posible de discrepancias frente al castellano, por eso predominan los significantes referidos a la agricultura, algunas realizaciones morfosintácticas que, aunque pertenecen al español popular, cuentan con antecedentes en textos medievales aragoneses y, en fin, un par de sufijos muy vitales en el espacio regional⁸⁸. Hay que advertir, de todos modos que en algún caso la solución aragonesa no supone continuidad desde la zona pirenaica (así ocurre con la acentuación paroxítona, que no está generalizada en el norte, y con el sufijo *-et(e)*, propio de Huesca, frente a *-ico*, atestiguado sobre todo en Zaragoza y Teruel).

Del examen de los datos enumerados se desprende que los rasgos dialectales, como cabía esperar, abundan más —aunque no es éste el único factor que ha de ser tenido en cuenta— en zonas próximas a las que han conservado hasta nuestros días, con mayor o menor intensidad, las hablas autóctonas; así lo indican las cuarenta respuestas o más, favorables a dicha caracterización, que se han recogido en todos los puntos pertenecientes a la provincia de Huesca, en el norte de Zaragoza (Z 100, 101, 200, 201), localidades fronterizas a Huesca (Z 400, 401), y en su parte oriental (Z 601, 603-605, 607), desde donde las peculiaridades dialectales se prolongan de modo más sobresaliente por el nordeste de Teruel (Te 102, 200, 201, 203, 206, 400, 401); destacan especialmente, de estas localidades, las situadas al norte de Huesca, excepto Broto, y las de su parte meridional, excepto Pueyo y Candasnos; interesa resaltar asimismo Caspe en Zaragoza; Muniesa, Híjar, Alloza y Mas de las Matas en Teruel (en el mapa núm. 12 corresponde a lo señalado como zona A).

Hay que advertir igualmente, respecto a los municipios que componen esta primera zona, que presentan algunos fenómenos conservados de modo más regular únicamente en las actuales hablas pirenaicas⁸⁹: *breballo* (Te 102, 203; Hu 603) ~ *berballo* (Z 601,

87. Derivado de *r a s ĩ c ũ l ā r e (< *r a s ĩ c ā r e), conforme al dominio catalán, lo que también parece confirmar su localización en este municipio turolense; *vid.* J. Coromines, *Diccionari*, s. v. *raure*.

88. Los fenómenos examinados son, en síntesis, los que siguen: en fonética, acentuación llana, evolución de F-, G-, PL-, -T-, -SKY-, -D-, -TR-, -LY-, -NS- y KR- latinas; en morfosintaxis, conservación del género etimológico, incremento *es*— en algunos sustantivos, construcciones constituidas por preposición + pronombre personal, forma verbal «he» (presente de indicativo de *haber*, en primera persona del singular), pretérito imperfecto de indicativo en -b-, «diste» (pretérito indefinido, en segunda persona del singular), forma verbal «cantamos» (pretérito indefinido, en primera persona del plural) y preposición «hacia»; en cuanto a la formación de palabras, se han estudiado los sufijos de diminutivo y de designación de árboles frutales.

89. Constan frecuentemente como arcaísmo. Muy esporádicamente alcanzan, como ha podido observarse en los comentarios anteriores, a localidades que quedan al margen de la isoglosa trazada; el caso más curioso lo ofrece Ateca (Z 503), con un ejemplo de conservación de —b— en el imperfecto de indicativo (*teniba*).

603) ~ *borrallo* (Z 603), *chunco* (Te 203; Hu 302) ~ *chungo* (Hu 100, 105-107), *diés* (Te 203, junto a *andés* y *maldeciés*; Hu 107, 301), *fašima* (Hu 100), *onso* (Hu 100, 103, 105-107, 301-303, 407), *ramulla* (Te 102, 201, 203, 400; Z 101, 504), *ta* (Hu 100, 103, 105-107, 301, 302) ~ *enta* (Hu 303, 305), *teneba* ~ *teniba* (Te 203, 400; Z 605; Hu 103, 106, 107, 302, 303, 305) ~ *teniay* (Z 100; Hu 105), *vechiga* (Te 203; Hu 100) ~ *vichiga* (Hu 105) ~ *vochiga* (Te 102, 200, 206; Hu 302, 600) ~ *vešiga* (Z 200; Hu 100) ~ *višiga* (Hu 103, 107).

33. Las localidades situadas al este, como ha podido comprobarse, son más conservadoras que las de la línea occidental, ya que —según se ha señalado otras veces— estas últimas «se hallan más próximas al dominio propiamente castellano, hecho que hubo de condicionar su más pronta castellanización, al mismo tiempo que dependían de una forma estrecha de las normas culturales emanadas de Zaragoza»⁹⁰, que a finales del siglo XV pasó definitivamente a la órbita lingüística castellana, convirtiéndose así en el más importante foco difusor de castellanismos en Aragón. La contigüidad del castellano se manifiesta también de manera muy evidente por el suroeste de Teruel, de modo que la isoglosa de más intensa castellanización, con veinticinco contestaciones o menos de carácter regional, incluye estos municipios: Z 301, 302, 500, 502, 503, 505, 507; Te 103, 301, 303-305, 501, 503, 600; quedan como puntos menos representativos de las peculiaridades aragonesas, en el grupo mencionado, Te 306, 500 y Z 500, 506, donde sólo se han recogido quince realizaciones relacionadas, sobre todo, con los significantes *ansa*, *pansa*, *peirón*, *pelaide*, forma *hi* «he» de *haber* y empleo del pronombre-sujeto con preposición (zona B en el mapa núm. 12).

El resto del dominio castellano de Aragón suma a estas características otras, también bastante generales, como la acentuación paroxítona, la variante *cantemos* para la persona «nosotros» del indefinido, los sufijos *-ico*, para diminutivo, y *-era*, para la designación de árboles frutales, aparte de otros rasgos (*esfollinar*, *chemecar*, *ajuela*, *rader*, etc.) más sistemáticamente atestiguados según se avanza hacia el este (zona C en el mapa).

34. En lo que concierne a preferencias léxicas hay que hacer igualmente algunas matizaciones de acuerdo con los mapas comentados más arriba (§§ 26-31); por de pronto, se observa una personalidad muy acusada, en el conjunto aragonés, de las hablas de Teruel —salvo en su parte septentrional—, y de modo muy notorio en el centro; ello viene dado por la elección de significantes de estructura fónica castellana, que se oponen a los equivalentes del resto del dominio, bien por provenir de diferente base léxica, bien por ser producto del influjo valenciano-catalán, bien por constituir variantes fónicas territoriales a partir de una misma etimología; en los mapas seleccionados, esta personalidad, en grado máximo, viene indicada por la presencia de las voces *hita* «mojón», *portera* «cancilla», *marcen* «amelga», *golpe* «puñado de mies», *vencejo* íd. y *barrastra* «instrumento para recoger la mies trillada»: con seis respuestas afirmativas se encuentran Te 103, 306, 406; con cinco, Te 104, 301-305, 307, 308, 402, 404, 500, 502, 600; pero también otras localidades turolenses, sin tanta intensidad, inclinan sus preferencias léxicas hacia los términos enumerados: cuatro contestaciones con ellos coincidentes se encuentran en Te 403, 405, 501, 503, y tres en Te 101, 300, 401, 504,

90. Vid. J. A. FRAGO, «El criterio de la afijación como cuestión de método en la investigación dialectal», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón* [Huesca, 1979], 2 vols., Zaragoza, 1980, I, pp. 433-439 [pp. 435-436].

601; en Te 203 se atestiguan dos representantes del corpus mencionado, uno en Te 102, 206, 400, y ninguno en Te 100, 200, 201. Los vocablos característicos de esta área penetran tímidamente en el suroeste de Zaragoza (*haita*: Z 507; *marcen*: Z 500, 507; *golpe*: Z 504-506; *vencejo*: Z 506, 601; *barrastra*: Z 503, 506, 507, 607)⁹¹. Todo ello corresponde a lo señalado en el mapa núm. 13 como zona A.

35. La provincia de Zaragoza muestra mayor dispersión de significantes, unos más acordes con las soluciones castellanas (*mojón*, el genérico *puerta*, *melga* y *puñau*; además, la variante fonética *fencejo* y el aragonésimo *plegadera*) y otros más inclinados hacia los resultados dialectales, sobre todo en los territorios cercanos a Huesca, descubriéndose una estrecha vinculación léxica entre el norte de Zaragoza y el noroeste de Huesca.

Las soluciones apuntadas en primer lugar aparecen primordialmente en Z 304, 305, 402, 501-503, 604, con cinco respuestas afirmativas; y en Z 302, 500, 504, 505, 600, 602, 607, con cuatro; las pervivencias dialectales (vid. § 36) son más acusadas en Z 101, 301, 303, 400, 603, con sólo tres contestaciones comunes con los resultados castellanos, y en Z 100, 200, 201, 300, 401, 601, con dos formas o menos coincidentes. Como puede observarse, no constan en la relación precedente Z 504, 506 y 507, enclaves zaragozanos de la parte suroccidental, que presentan concomitancias con realizaciones más difundidas en Teruel; pero en el norte de esta última provincia penetran, con notoria intensidad en algunos puntos, las voces que el ALEANR refleja con más amplia difusión en Zaragoza (cinco coincidencias en Te 200, 206; cuatro, en Te 100; tres, en Te 102; dos, en Te 101, 201, 400, 501, 503; con un significante común están poblaciones más alejadas de los límites zaragozanos, por lo que podría pensarse en fenómenos no relacionados directamente: *melga*, Te 203; *mojón*, Te 300; *puerta*, Te 301, 600, 601; *puñau*, Te 307, 401, 405, 500, 504); por lo que concierne a Huesca, la sustitución de voces dialectales por las aquí comentadas se produce en Hu 407 (*mojón*, *puerta*), Hu 100, 103 (*puñau*), Hu 301, 304 (*puerta*), Vid. la zona B en el mapa núm. 13.

36. Los vocablos propiamente autóctonos se documentan con más frecuencia en el territorio castellanizado de Huesca, difuminándose a medida que nos alejamos de las zonas que hoy mantienen, con mayor o menor pujanza, el dialecto. Es conveniente advertir que no resulta raro encontrar bases léxicas distintas para un mismo concepto, de acuerdo con la diversificación característica de las hablas pirenaicas: *güega* y sus variantes es general en la provincia, lo mismo que *plegadera*, aunque en este último caso se testimonian otras formas léxicas aisladamente; *cleta* posee asimismo enorme difusión, excepto en el lado nororiental de Huesca, que prefiere *barana*, aspecto que no reflejan los municipios estudiados; en el caso de «*amelga*», la división es más clara e interesa a este trabajo de modo particular: *mielca* y otras variantes que mantienen /k/ aparecen hacia el occidente; *leza*, en el centro, y *porca*, con algunas variantes, en el oriente; para «puñado de mies» se observa un notable polimorfismo, en tanto que «vencejo» se realiza con [b] en el norte y con [f] en el sur de la provincia.

91. Consta asimismo *fit* en Hu 600, 601, 603; pero ha de ser préstamo directo del catalán, por la contigüidad geográfica, y no a través de Teruel; tampoco hay por qué relacionar con Teruel la forma aislada *portera*, que aparece en Hu 100, alternando con *cleta*, ni el término *golpe* que se anota en Hu 301, 303, 601.

De acuerdo con estos datos, se puede ahora precisar un poco más acerca del grado de mantenimiento de las voces dialectales en el territorio oscense de habla castellana, así como su proyección en el resto de Aragón: en el área más occidental quedarían incluidos Hu 103, 105, 107, 303, 305 (con cuatro contestaciones, Hu 103; con cinco, los demás, si contamos como dialectal *falcada* «puñado de mies», en Hu 107). Esta zona occidental continúa, como se ha señalado, en el norte de Zaragoza (hay cuatro respuestas coincidentes en Z 200; tres, en Z 100, 201, 300, 400; dos, en Z 101, 301 y 401).

Al área más central corresponden Hu 100, 106, 301, 302, 304, 500 (cinco ejemplos, *güega*, *cleta*, *lezna*, *fendejo* y *plegadera*, se encuentran en Hu 302 y, si contamos *falcada*, en Hu 304; cuatro, en Hu 106, 301, 500; tres, en Hu 100). Más afines con el lado oriental parecen Hu 601-603 (*fitá*, *fencejo* y *porca* son términos compartidos por los tres municipios; en el primero constan, además *lezna*, *falcada* y *plegadera*; en el último, *güega*). Otras hablas zaragozanas próximas, igual que el nordeste de Teruel, participan de estos rasgos léxicos en medida muy leve, si exceptuamos el regionalismo general *plegadera*: así, en Teruel, se registra *buega* (Te 100, 401); y en Zaragoza, *embelca* ~ *emberca* (Z 302) ~ *melca* (Z 303, 400, 401, 600) y *pelca* (Z 605)⁹². *Vid.* en el mapa núm. 13 la zona C.

37. La penetración de elementos lingüísticos catalanes y valencianos contribuye también a la personalidad del castellano en las zonas aragonesas más próximas o más relacionadas con dicho dominio idiomático. Tal influjo no ha pasado desapercibido para los dialectólogos; así, en La Puebla de Híjar, F. Monge⁹³ recogió términos como *corvella* «hoz pequeña», *esculla* «escudilla», *gos* «perro», *impelte* «olivo»; lo mismo cabe decir en relación a Las Cuevas de Cañart (*bambolla* «ampolla», *escupinada* «salivazo», *escala* «escalera», *pesigar* «pellizcar»)⁹⁴ y al bajo valle del Mezquín (*carretel* «barrilito para el transporte de vino al campo», *cona* «corteza de tocino», *plegamáns* «santateresa», *volva* «copo de nieve»)⁹⁵; por otra parte, a lo largo de este trabajo han ido surgiendo voces de raigambre oriental (*corvella*: Z 605; *falaguera*: Te 306, 406, 600, 601; *suco*: Te 203, 307, 400-402, 404, 405, 502; *sucar*: Te 405, 501; *prunera*: Te 401, 405, 600; Hu 603; *puñonero*: Te 501, 503, 601; *polca*: Z 605; *porca*: Hu 600, 601; *forca*: Hu 603, etc.)⁹⁶.

92. Otras formulaciones de áreas léxicas, sobre mayor número de mapas, pueden verse en M^a PILAR GARCÉS, *Constitución histórica y estructura actual del léxico aragonés*, II, pp. 641-646, con resumen de las conclusiones obtenidas en la p. 660, y ROSA M.^a CASTAÑER MARTÍN, *Estructuración del léxico de la vivienda en Aragón, Navarra y Rioja*, pp. 1.110-1.112, con mapa en la p. 1.115, en el original mecanografiado de su tesis doctoral; advierte la autora —y ocasión hemos tenido de comprobarlo— de la dificultad de establecer áreas geográficas claras, pues las isoglosas se entremezclan dando lugar a espacios que se amplían o reducen, lo que demuestra que cada palabra tiene su extensión y su historia. Sin embargo —propone en la p. 1.109— «la comparación de todos ellos, junto con el análisis de las características que se han observado en los apartados anteriores, permiten delimitar algunas áreas, muy claras en ocasiones y menos evidentes en otras».

93. *Op. cit.*, en el vocabulario inserto en la parte final.

94. M. ALVAR, *AFA*, III, en el vocabulario referido a esta localidad.

95. A. QUINTANA, *El aragonés residual*, en el apartado de vocabulario.

96. Para otros detalles, los citados términos pueden localizarse en el presente trabajo a través del *Índice de voces*.

A. Llorente ya señaló que toda la parte oriental de la provincia de Teruel, al este de una línea imaginaria que fuera desde Alloza (en el norte) hasta el límite occidental del Rincón de Ademuz (en el sur) posee valencianismos de toda especie, principalmente léxicos, lo que no dice nada en contra del carácter castellano, en la modalidad aragonesa, de su habla⁹⁷. Se puede añadir, al menos con los ejemplos inventariados, que un influjo del mismo tipo, si se quiere más tenue, se registra en el oriente de Zaragoza y sureste de Huesca. En un trabajo reciente, M.^a Rosa Fort ha precisado la geografía de este influjo, estableciendo cinco zonas de mayor a menor grado de penetración⁹⁸: la primera comprende, en Teruel, los municipios de Bordón, Tronchón, Fortanete, Iglesuela del Cid, Alcalá, Puertomingalvo, Puebla de Valverde, Olba, Manzanera; la segunda, también en esta provincia, Masegoso, Arcos de las Salinas, Riodeva; la tercera incluye las localidades turolenses de Alloza, Estercuel, Mas de las Matas, Visiedo, Aliaga, Alfambra, Cedrillas, Teruel; Caspe en Zaragoza y, en Huesca, Chalamera y Candanos; en la cuarta aparecen Bello, Barrachina, Montalbán, Torrijo del Campo, Villar del Saz, Santa Eulalia y Noguera; finalmente, en la quinta, Muniesa y Alcañiz, en Teruel; Bujaraloz, de Zaragoza, y Santa Lecina, de Huesca⁹⁹. Todo ello queda reflejado en el correspondiente mapa, que aquí se reproduce con el núm. 14¹⁰⁰.

38. Ante la diversidad territorial que presentan las hablas castellanas de Aragón, cabe preguntarse por los factores que la han favorecido en uno u otro sentido y, desde esta perspectiva, pueden resultar razonables algunas explicaciones externas, que no siempre se excluyen entre sí: la misma geografía física, que facilita u obstaculiza las comunicaciones; la proximidad a dominios lingüísticos específicos (castellano al occidente, catalán occidental y valenciano al este, hablas dialectales aragonesas al noreste de Zaragoza, en la parte septentrional de Huesca; el carácter arcaizante propio de las zonas rurales, dado que, además, las palabras aragonesas que mejor perviven —junto a fenómenos dialectales— aluden muy frecuentemente a distintas circunstancias de la vida rural e implican un empleo restringido por parte de los usuarios; es decir, son poco frecuentes en el trato con extraños¹⁰¹ las relaciones de tipo comercial. Desde este punto de vista merece la pena recordar que el sur de Teruel, según se deduce del mapa 9 de ALEANR, tiene en Valencia uno de sus centros de atracción; que Alconchel, en Zaragoza, acude con esta finalidad al pueblo soriano de Arcos de Jalón; que en esta misma provincia, Salvatierra, Canfranc y Berdún, en Huesca, dirigen sus pasos hacia Jaca; Angüés, a la ciudad de Huesca; Alberuela, Santa Lecina y Pueyo, a Monzón y Barbastro; Angüés, Robres, Santa Lecina, Chalamera, Candanos (Huesca) y Caspe

97. AFA, XVI-XVII, p. 92.

98. Vid. «Algunas influencias léxicas del catalán en el castellano de Aragón», *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, 2 vols., Madrid, Arco/Libros, 1988, I, pp. 833-843, [pp. 840-841].

99. Indica M.^a R. FORT, de todos modos, que la difusión de voces como *corvella* «hoz», *driola* «hucha» o *espolsar* «sacudir el polvo» por casi todo el territorio turolense, invita a plantearse si se puede hablar de una penetración valenciano-catalana en Aragón, respecto a estas formas léxicas, o si deberíamos más bien pensar en voces pertenecientes a un tronco común. Vid. *op. cit.*, p. 841.

100. *Op. cit.*, p. 841.

101. Vid. sobre la cuestión M. ALVAR, *El habla del Campo de Jaca*, Salamanca, 1948, p. 65.

(Zaragoza) acuden asimismo a Lérida; por otro lado, habrá que señalar, siguiendo siempre los datos del ALEANR, la atracción que ha ejercido, por ejemplo, la feria de ganado de Almazán (Soria), respecto a las localidades más occidentales de Zaragoza (Tarazona, Fuendejalón, Bijuesca, La Alumunia, Sabiñán, Ateca, Alconchel).

Pudiera pensarse, además, en la división eclesiástica del territorio aragonés, o en las consecuencias derivadas de los desplazamientos de población, en este sentido, habría que prestar atención a la trashumancia pastoril, con trasiego de gentes montañosas hacia el sur, con temprana documentación¹⁰², o a la repoblación subsiguiente a la expulsión de los moriscos, que bien pudo originar movimientos migratorios desde los Pirineos hacia las tierras llanas¹⁰³.

El estudio de las modalidades castellanas de Aragón ofrece, como se ha visto a través de los mapas analizados, gran interés. Pero falta —aun contando con estas notas que ahora concluyo— una investigación sistemática que nos proporcione la deseable visión de conjunto y que nos explique las razones de la diversificación que, sólo de modo provisional, se han apuntado. A ambos temas habrá que atender en futuros trabajos.

102. Así, la presencia de pastores pirenaicos, concretamente del Valle de Tena, está registrada en el sur de Zaragoza a finales del siglo XVI, a propósito de un hecho sangriento: dos moriscos asesinan en Belchite a un anciano montañés, que estaba herbajando en compañía de algunos familiares suyos en esa comarca; el incidente provoca una reacción inmediata de los pastores tensinos que se hallaban en el territorio, dedicados a los mismos menesteres; *vid.* G. COLÁS y J. A. SALAS, *Aragón en el siglo XVI. Alteraciones sociales y conflictos políticos*, Zaragoza, 1982, p. 597 y sigs.

103. El bloque más compacto de moriscos —según J. REGLÁ, *Estudios sobre los moriscos*, Valencia, 1971, p. 14— ocupaba las riberas del Ebro y del curso inferior de sus afluentes por la margen derecha (Queiles, Jalón, Huerva, Aguasvivas, Martín, Guadalupe y Matarraña); según las estadísticas que ofrece J. REGLÁ, de Calanda salieron 1.905 moriscos, de La Puebla de Híjar, 2.035, de Vinaceite, 2.260, por citar sólo las cifras más significativas del área turolense. Los documentos de Aragón son muy parcos en noticias sobre el problema de la posterior repoblación; se ha comentado, no obstante, en lo que concierne al reino de Valencia, que para subsanar su marcha acudieron pobladores procedentes de Mallorca, Cataluña y Aragón, en particular de la zona pirenaica (J. REGLÁ, *op. cit.*, p. 100; *vid.* asimismo N. NEBOT, «El castellano-aragonés en tierras valencianas (Alto Mijares, Alto Palencia, Serranía de Chelva, Enguera y la Canal de Navarrés)», *AFA*, XXXIV-XXXV, 1984, pp. 395-535 [p. 398]). Quizás un proceso migratorio análogo, de aragoneses del norte, se produjera hacia algunas de las tierras desalojadas y, en consecuencia, la afluencia paralela de rasgos dialectales.

ÍNDICE DE VOCES*

- a 23 (m. 1739)
 -aba n. 69
 abatajar 10 (m. 1551)
 aciruellero 25 (m. 369)
 -a c u l u 13
 Adebán 3
 Adebán (Peña ---) 3
 águila 6, n. 24 (m. 1405)
 aguila 6, n. 24 (m. 1405)
 -aire n. 47
 ajada 12 (m. 15)
 ajada ancha 12 (m. 15)
 ajada de gallón 12 (m. 15)
 ajada de hacer leña 12 (m. 15)
 ajada estrecha 12 (m. 15)
 ajadilla 12 (m. 15)
 ajadón 12 (m. 15)
 ajau de leña 12 (m. 15)
 ajau estral 12 (m. 15)
 ajuela 12, 33, n. 42 (m. 1413)
 ajuñir 8 (m. 130)
 áliga n. 24 (m. 1405)
 *a l i s n a n. 84
 almadilla 24 (m. 907)
 almelquia 28 (m. 38)
 almendrera 25 (m. 349)
 almendrero 25 (m. 349)
 almerca 28 (m. 38)
 allanar 9 (m. 1532)
 amabamos 4
 amabas 22
 amas 22
 *a m b e l i c a 28
 ames 22
 amelga 28 (m. 38)
 amerca 28 (m. 38)
 -amos 22
 andamos 22 (m. 1644)
 andés 22, 32 (m. 1.643)
 andemos 22 (m. 1644)
 andimos 22 (m. 1644)
 anduvimos 22 (m. 1644)
- a n s a 14
 ansa 14, 33 (m. 1528)
 ansera 14 (m. 1528)
 aplanar 9 (m. 1532)
 -a r i u 25
 asa 14 (m. 1528)
 a s c i a t a 12
 azada 12 (m. 15)
 azuela n. 42 (m. 1413)
- badajo 10 (m. 1550)
 bambolla 37
 barana 36 (m. 26)
 barrastra 31, 34 (m. 75)
 barrastro 31 (m. 75)
 batajar 10 (m. 1551)
 batajo 10 (m. 1550)
 batallo 10 (m. 1550)
 *b a t ũ a c u l ũ 10
 berballo 13, 32 (m. 652)
 b i b è r e 13
 *b ö g a 26
 borrallo 13, 32 (m. 652)
 borrastra 31 (m. 75)
 botajar 10 (m. 1551)
 botajo 10 (m. 1550)
 Brabán (Peña El ---) 3
 breballo 13, 32 (m. 652)
 buega 26, 36 (m. 24)
 buga 26 (m. 24)
 buenismo 4
- Cachirulo (El) 3
 Cadiera (La) 3
 caindo 4
 cantastes 4
 cantemos 4, 22
 cantemos 22 (m. 1623)
 cañamo 6 (m. 1407)
 cañamo 6 (m. 1407)
 c a p r a 16
 c a r a 23

* En paréntesis consta la referencia al mapa del ALEANR. Los demás números remiten al párrafo en que se estudia la palabra o, si van anteceditos de n., a la nota correspondiente.

cara 23 (m. 1739)
 carretel 37
 carrilaire n. 47
 Casinico (El) 3
 c a u d a 11
 celfe 7 (m. 1464)
 cencejo 30 (m. 63)
 cerecera 25 (m. 378)
 cerecero 25 (m. 378)
 cerezo 25 (m. 378)
 cerdillo 24 (m. 645)
 cerrada 27 (m. 26)
 cina n. 28 (m. 70)
 cirgollero 25 (m. 369)
 cirgüelera 25 (m. 369)
 cirgüellera 25 (m. 369)
 cirgüellero 25 (m. 369)
 ciriojero 25 (m. 369)
 cirojal n. 77 (m. 369)
 cirojero 25 (m. 369)
 ciroldera 25 (m. 369)
 cirolera 25 (m. 369)
 cirolero 25 (m. 369)
 cirollero 25 (m. 369)
 ciruelar n. 77 (m. 369)
 ciruelera 25 (m. 369)
 ciruelero 25 (m. 369)
 ciruelo 25 (m. 369)
 ciruellerera 25 (m. 369)
 ciruellerero 25 (m. 369)
 cirujero 25 (m. 369)
 cita 26 (m. 24)
 claudiera 25 (m. 369)
 claudiero 25 (m. 369)
 cleta 27, 36, n. 91 (m. 26)
 cochinet 24 (m. 645)
 coda 11 (m. 716)
 coda 11 (m. 1539)
 codillo 11 (m. 716)
 codisno 11 (m. 716)
 codizo 11 (m. 716)
 codón 11 (m. 716)
 cola 11 (m. 716)
 cola 11 (m. 1539)
 colón 11 (m. 716)
 *c o l ù p u 29
 c o l l i g ě r e 31
 comiamos 4
 compraríamos 4

cona 37
 conmigo 19 (m. 1720)
 contigo 19 (m. 1721)
 corte 29 (m. 57)
 corvella 7, 37, n. 99 (m. 53)
 coscolla 13 (m. 387)
 coscollera 13 (m. 387)
 coscollo 13 (m. 387)
 costeros 26 (m. 24)
 craba 16
 crebazas 16, n. 50 (m. 1508)
 cremallo 16
 c r ě m ā r e 16
 c r ě p ā r e 16
 cribazas 16 (m. 1508)
 crieta 24 (m. 442)
 criica 24 (m. 442)
 c r ĩ n e 16
 cuairón 15
 c ů r t ā r e 29
 c ů s c ů l i u 13

chamucar 8 (m. 1474)
 chemecar 8, 33 (m. 1474)
 chemequear 8 (m. 1474)
 chinarro 8 (m. 290)
 chincha 17 (m. 1566)
 chinebro 8 (m. 290)
 chinepresa 8 (m. 290)
 chinepro 8 (m. 290)
 chinipro 8 (m. 290)
 chiqué 24 (m. 1592)
 chiquer 24 (m. 1592)
 chiquet 24 (m. 1592)
 chiquetes 24 (m. 1592)
 chiquez 24 (m. 442)
 chomecar 8 (1474)
 chotico 13 (m. 621)
 choto 13 (m. 621)
 chumo n. 37 (m. 329)
 chunco 8, 32 (m. 1523)
 chungo 8, 32 (m. 1523)

dastes 22 (m. 1640)
 deciban 21
 descodar 11 (m. 612)
 deshollinar 7
 diés 22, 32 (m. 1640)

distes 22 (m. 1640)
driola n. 99 (m. 1217)

-é 24, n. 73
embadajar 10 (m. 1551)
embatajar 10 (m. 1551)
embatallar 10 (m. 1551)
embelca 28, 36 (m. 38)
embelga 28 (m. 38)
emberca 28, 36 (m. 38)
emberga 28 (m. 38)
embotajar 10 (m. 1551)
-emos 22
emparrizada 27 (m. 26)
enebro 8 (m. 290)
enta 23, 32 (m. 1739)
Entabán Aragón 3
-era 25, 33
-ero 25
es n. 54
es- 18, n. 54
escala 37
escodar 11 (m. 612)
esculla 37
escupinada 37
esfollinar 7, 33 (m. 829)
esforicar 7 (m. 655)
espelletar 18
espolsar n. 99 (m. 899)
espollar 18
espuntar 11 (m. 612)
estaráis 4
estenazas 18 (m. 1572)
estijeras 18 (m. 1574)
estraudes 18 (m. 831)
estrebéde 18 (m. 831)
estrébedes 18 (m. 831)
estrebédes 18 (m. 831)
estreudas 18 (m. 831)
estreudes 18 (m. 831)
estriudes 18 (m. 831)
estrudes 18 (m. 831)
estruede 18 (m. 831)
estruedes 18 (m. 831)
estruides 18 (m. 831)
estuides 18 (m. 831)
-et 24
-eta 24, n. 73

-etas n. 73
-et(e) 32
-e(t)(e) 24
-ete 24
-etes n. 73

Fabla (La) 3
Fabla Aragonesa (La) 3
faja 28 (m. 38)
fajina 7 (m. 70)
fajo 7 (m. 61)
fal 7 (m. 53)
falaguera 7, 37 (m. 1464)
falcada 29, 36 (m. 57)
falce 7, 29
falce 7 (m. 53)
falcinada 29 (m. 57)
falguera 7 (m. 1464)
falz 7 (m. 53)
fantasma n. 53
fantasma (el) n. 53 (m. 1567)
fantasma (la) 17, n. 53 (m. 1567)
Fartalla (La) 3
fascé 7
fašina 7, 32 (m. 70)
faz 7 (m. 53)
felaquera 7 (m. 1464)
felce 7 (m. 1464)
fencejo 30, 35, 36 (m. 63)
fendejo 30, 36 (m. 63)
figado n. 24 (m. 1406)
figádo n. 24 (m. 1406)
filicaria 7
filice 7
fita 26, 36, n. 91 (m. 24)
flama 9 (m. 1505)
flamarada 9 (m. 1505)
flama 9
fillama n. 34
fociar 7 (m. 655)
forca 28, 37 (m. 38)
Forca (Peña ---) 3
*fodiare 7
foricar 7 (m. 655)
foriquiar 7 (m. 655)
formiguero 7 (m. 18)
forniguero 7 (m. 18)
fornillo 7 (m. 18)

fosa 7, n. 26 (m. 1467)
 f^ossa 7
 fozar 7 (m. 655)
 fromiguero 7 (m. 18)
 fuesa 7 (m. 1467)
 f^ulligⁱne 7
 f^urca 31
 furgar 7 (m. 655)
 *f^uric^are 7
 f^urnu 7

*g^alleu 27
 gallipiente 27 (m. 26)
 ganchada 29 (m. 57)
 *g^anskio 29
 garba n. 27 (m. 61)
 gavilla m. 85 (m. 63)
 gemecar 8 (m. 1474)
 gemequear 8 (m. 1474)
 gemicar 8 (m. 1474)
 *g^emⁱc^are 8
 g^en^eru 8
 gimiquiar 8 (m. 1474)
 ginebre 8 (m. 290)
 ginebro 8 (m. 290)
 golpe 29, 34, n. 91 (m. 57)
 gos 37
 güega 26, 36, n. 79 (m. 24)

haber 20, 33, n. 88
 hacia 23 (m. 1739)
 hacina 7, n. 28 (m. 70)
 haita 26, 34 (n. 24)
 hajina n. 28 (m. 70)
 halcada 29 (n. 57)
 hancia 14, 23 (m. 1739)
 harcada 29 (m. 57)
 hay 20 (m. 1651)
 he 20 (m. 1651)
 helecho 7 (m. 1464)
 hencia 14 (m. 1739)
 hey 20 (m. 1651)
 hi 4, 20
 hi 20, 33 (m. 1651)
 hígado 6, n. 24 (m. 1406)
 higádo 6 (m. 1406)

hita 26, 34, n. 80 (m. 24)
 horca 31 (m. 75)
 horcada 29 (m. 57)
 hormiguero 7 (m. 18)
 horniguero 7 (m. 18)
 hoz 7 (m. 53)
 hozada 29 (m. 57)
 huesa 7

i a m 8
 i a m m a g i s 8
 -ica 24
 -ico 3, 24, 32, 33, n. 73
 -i c c u 24
 -ié 22
 -ieron 22
 -illo 24
 impelte 37
 i n d e a d 23
 i n t u s a d 23
 -ís 4
 -ito 24
 -i t t u 24

jada 12 (m. 15)
 jada de gallón 12 (m. 15)
 jada de jartigar 12 (m. 15)
 jada de monte 12 (m. 15)
 jada estral 12 (m. 15)
 jada morgonera 12 (m. 15)
 jadilla 12 (m. 15)
 jadón 12 (m. 15)
 jadón de estral 12 (m. 15)
 jadón de gallón 12 (m. 15)
 jamás 8
 jeu 7 (m. 1464)
 jina n. 28 (m. 70)
 j i n i p e r u 8
 Juanico (Casa ---) 3
 jubeta 8 (m. 118)
 jubo 8 (m. 118)
 juela 12, n. 42 (m. 1413)
 juelo 12 (m. 1413)
 jugo 8 (m. 118)
 jugo n. 37 (m. 329)
 j u g u 8
 jumo n. 37 (m. 329)
 juncir 8 (m. 130)

junco 8 (m. 1523)
 j ŭ n c u 8
 j ŭ n g ě r e 8
 jungo 8, n. 33 (m. 1523)
 junir 8 (m. 130)
 juñir 8 (m. 130)

l a e d ě r e 28
 lavasen (tienen que ---) 4
 lechoncillo 24 (m. 645)
 legadera 31 (m. 75)
 lezna 28, 36 (m. 38)

llama 9 (m. 1505)
 llegadera 31 (m. 75)
 llubo n. 32 (m. 118)

maldeciés 22, 32 (m. 1677)
 manada 29 (m. 57)
 manojo 29 (m. 57)
 m a n u 29
 manzanera 25 (m. 376)
 manzanero 25 (m. 376)
 manzano 25 (m. 376)
 marcén 28, 34, n. 82 (m. 38)
 marge n. 82
 margen 28 (m. 38)
 m a r ĝ i n e 28
 melca 28, 36 (m. 38)
 melga 28, 35 (m. 38)
 melico 10 (m. 969)
 meligo 10 (m. 969)
 mellico 10 (m. 969)
 merca 28 (m. 38)
 merendemos 22
 merga 28 (m. 38)
 Mesaches 3
 mí (con) 19 (m. 1720)
 mielca 28, 36 (m. 38)
 mielga 28 (m. 38)
 mocé 24 (m. 1592)
 mocer 24 (m. 1592)
 mocés 24 (m. 1592)
 mocet 24 (m. 1592)
 mocete 24 (m. 1592)
 mocetes 24 (m. 1592)
 mojón 26, 28, 35, n. 79 (m. 24)

mucho (guapa) 4
 muga 26 (m. 24)
 *m ŭ t ŭ l ò n e 26

nogal 25 (m. 358)
 noguera 25 (m. 358)

olmadeta 24 (m. 907)
 ombligo 10 (m. 969)
 onso 14, 32 (m. 1529)

paine 4
 pairón n. 48 (m. 1534)
 paja n. 85 (m. 63)
 pajarico 24 (m. 442)
 pájaro 6 (m. 1409)
 pajáro 6 (m. 1409)
 palo 27
 p a l u 27
 pampolaina n. 35 (m. 1499)
 p a n d ě r e 14
 pansa (uva) 14, 33 (m. 1530)
 pansada 14 (m. 1530)
 pansida (uva) 14 (m. 1530)
 pansiza 14 (m. 1530)
 pantasma (la) 17 (m. 1567)
 p a r a t ō r e 15
 parión n. 48 (m. 1534)
 *p a r r a 27
 parra 27
 pasa 14 (m. 1530)
 pasiar 4
 p a s s a 14
 pedricar 16
 peirón 15, 33, n. 48 (m. 1534)
 pelaire 15, 33 (m. 1547)
 peraile 15 (m. 1547)
 peraire 15 (m. 1547)
 Peralta 15
 pesigar 37
 p ě t r a 15
 p ě t r ò n e 15
 p h a n t a s m a 17
 Pierrina 15
 Pietramula 15
 P l a n t a ĝ i n e 9
 plantaina 9 (m. 1499)

- plantaine n. 35 (m. 1499)
 plantao n. 35 (m. 1499)
 planteina n. 35 (m. 1499)
 p l a n u 9
 plantaina n. 35 (m. 1499)
 plegadera 31, 35, 36 (m. 75)
 plegadero 31 (m. 75)
 plegamáns 37
 p l i c ā r e 31
 pllano n. 34
 polca 28, 36, 37 (m. 38)
 poner el batajo 10 (m. 1551)
 p ò n t e 27
 porca 28, 36, 37 (m. 38)
 p ò r t a 27
 portalada 27 (m. 26)
 portera 27, 34, n. 91 (m. 26)
 portezuela 27 (m. 26)
 portillo 27 (m. 26)
 p r a e d i c ā r e 16
 p r e n d è r e 29
 presa 29 (m. 57)
 prunera 25, 37 (m. 369)
 pruñonero 25, 37 (m. 369)
 puerca 28 (m. 38)
 puerquico 24 (m. 645)
 puerta 27, 35 (m. 26)
 puertecilla 27 (m. 26)
 p ŷ g n u 29
 puñao 29 (m. 57)
 puñau 29, 35 (m. 57)
 puño 29 (m. 57)
 Purnas 3
- q u a d r ò n e 15
 quebrazas n. 50 (m. 1508)
 queleta 27 (m. 26)
 querebazas 16 (m. 1508)
 querbazas 16 (m. 1508)
 quirbazas 16 (m. 1508)
 quiribazas 16 (m. 1508)
 quirín 16
- rador 11 (m. 83)
 rader 11, 33 (m. 1540)
 r a d è r e 11
 radir 11 (m. 1540)
 raedor 11 (m. 83)
- raidir 11 (m. 1540)
 raidor 11 (m. 83)
 ramo 30 (m. 63)
 *r a m ŷ c ŷ l u 13
 ramulla 13, 32 (m. 332)
 rasar 11 (m. 1540)
 rasclo 31 (m. 75)
 *r a s i c ā r e n. 87
 *r a s i c ŷ l ā r e n. 87
 r a s t ě l l u 31
 rastillo 31 (m. 75)
 rastra 31 (m. 75)
 rastradera 31 (m. 75)
 rastro 31 (m. 75)
 r a s t r u 31
 *r a u b ā r e 31
 raure n. 87
 reclabazas 16 (m. 1508)
 reclebazas 16 (m. 1508)
 recogedor de caballería 31 (m. 75)
 recogedera 31 (m. 75)
 reiban 21
 replegadera 31 (m. 75)
 retavillo 31 (m. 75)
 robadera 31 (m. 75)
 rodaballo n. 86
 rodadillo 31 (m. 75)
 rosegar 11 (m. 1540)
 *r u t a b ě l l u 31
- saliban 21
 segallo 13 (m. 621)
 *s e k a i l 13
 s ě r ā r e 27
 s ě r r a 29
 serruchazo 29 (m. 57)
 siéntensen 4
 sogueta 30, n. 85 (m. 63)
 ζωμός n. 37
 -stes 4
 -stis 4
 sucar 10, 37 (m. 1552)
 suco 10, 37, n. 37 (m. 329)
 s ŷ c u 10
 sumo n. 37 (m. 329)
- ta 23, 32 (m. 1739)
 tabla 31 (m. 75)

- tabla de recoger la pallada 31 (m. 75)
 tabladera 31 (m. 75)
 t a b ù l a 31
 tarranclera 27 (m. 26)
 t e n ã c e s 18
 tenazas 18 (m. 1572)
 teneba 21, 32 (m. 1656)
 tenía 21 (m. 1656)
 teníay 21, 32 (m. 1656)
 teniba 21, 32, n. 89 (m. 1656)
 ti (con) 19 (m. 1721)
 ti (pa) 19 (m. 1723)
 tijeras 18 (m. 1574)
 tociné 24 (m. 645)
 tocinico 24 (m. 645)
 t o n s o r i a s 18
 traiba 21
 traudes n. 55 (m. 831)
 treudes n. 55 (m. 831)
 t r ï p è d e s 18
 trudes n. 55 (m. 831)
 truedes n. 55 (m. 831)
 tú 19
 tú (a) 19
 tú (con) 19
 tú (con) 19 (m. 1721)
 tú (pa) 19 (m. 1723)
 tú (pa (ra)) 19 (m. 1723)
 tú (por) 19
 tú (sobre) 19

 ù m b ì l i c u 10
 ù r s u 14
 (uva) pansa 14 (m. 1530)
 uva pansida 14 (m. 1530)

 val (el) 17 (m. 1565)
 val (la) 17 (m. 1565)
 varella 17 (m. 1565)
 v a l l a 27
 valla 27 (m. 26)

 valle 17
 valle (el) 17 (m. 1565)
 valle (la) 17 (m. 1565)
 v a r a 31
 vara 31 (m. 75)
 varelo 17 (m. 1565)
 vas da 22 (m. 1640)
 vas doná 22 (m. 1640)
 vas malai 22 (m. 1677)
 vas maldí 22 (m. 1677)
 vechiga 12, 32 (m. 1554)
 vejiga 12 (m. 1554)
 vencejo 30, 34 (m. 63)
 vešiga 12, 32 (m. 1554)
 v e s s i c a 12
 vichiga 12, 32 (m. 1554)
 *v ï n c i c ù l u 30
 višiga 12, 32 (m. 1554)
 vochiga 12, 32 (m. 1554)
 volva 37
 vusiga 12 (m. 1554)

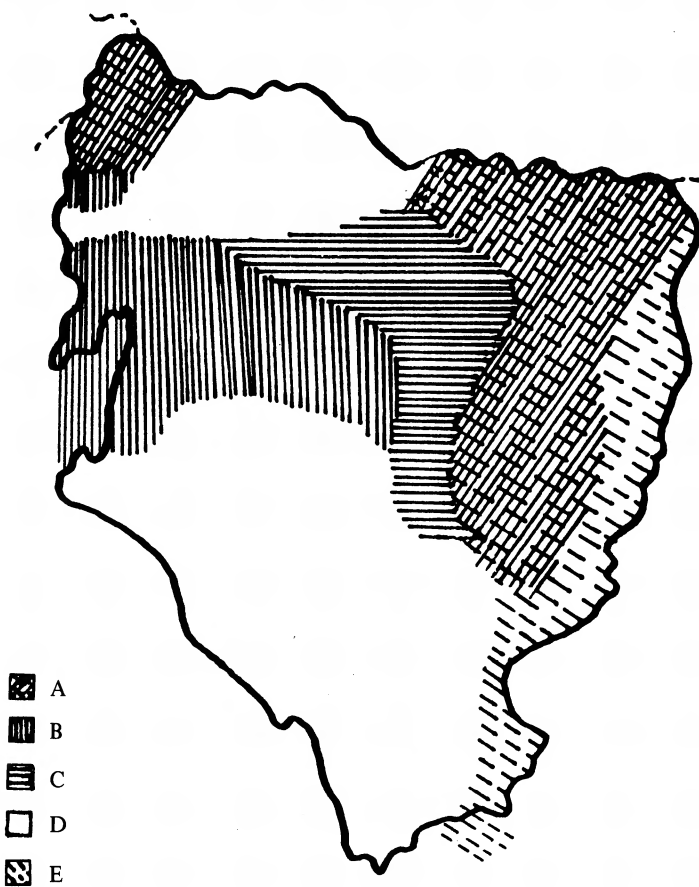
 ya 8
 yerno 8
 *(y)ierno 8
 yo 19
 yo (con) 19
 yo (con) 19 (m. 1720)
 yubo 8 (m. 118)
 yugo 8 (m. 118)
 yuncir 8 (m. 130)

 Zagalicos 3
 zantasma (la) 17 (m. 1567)
 zarpa 29
 zarpau 29 (m. 57)
 zuco 10 (m. 329)
 zuela n. 42 (m. 1413)
 zumo n. 37 (m. 329)
 zurullonero 25 (m. 369)

MAPA 1
Nombre de las localidades

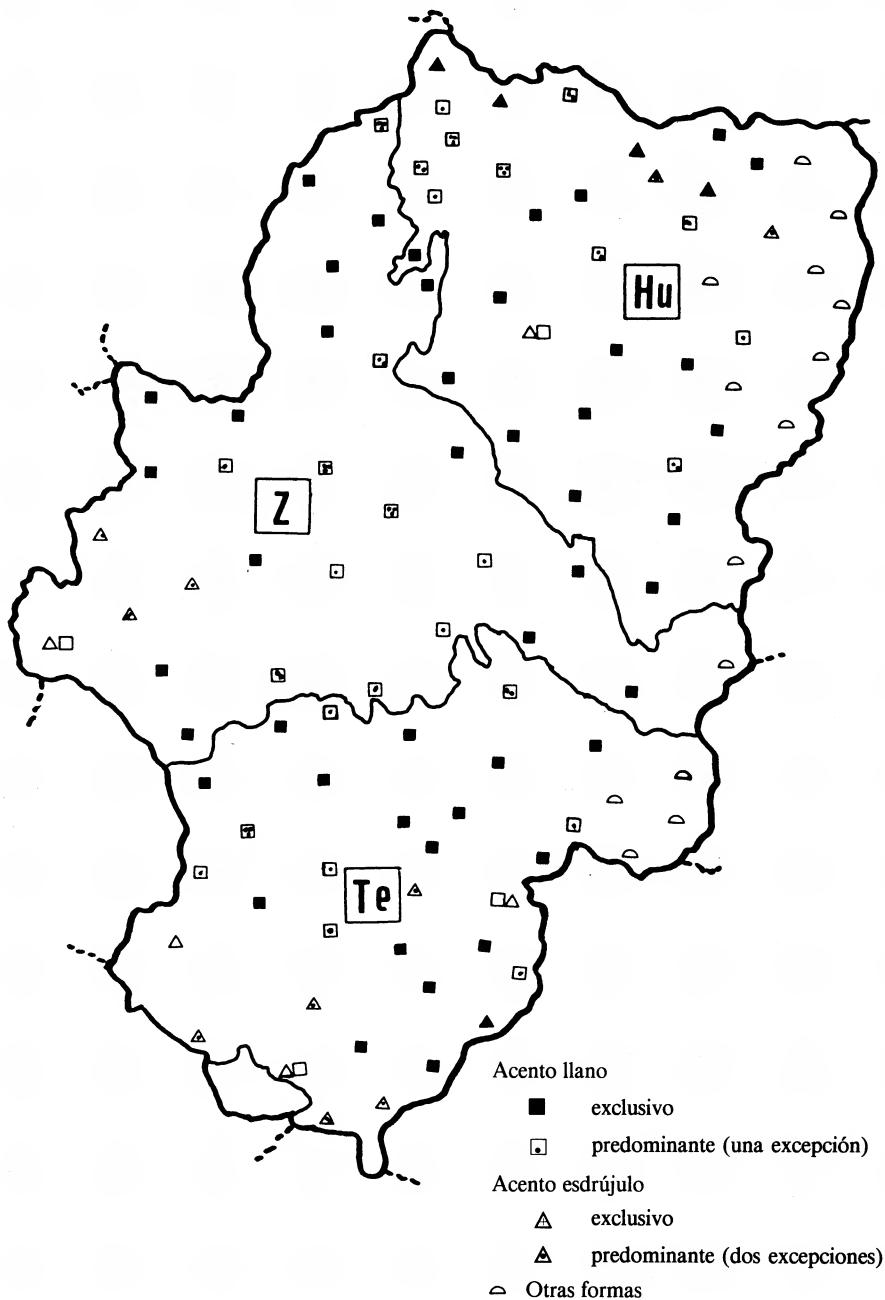


MAPA 2

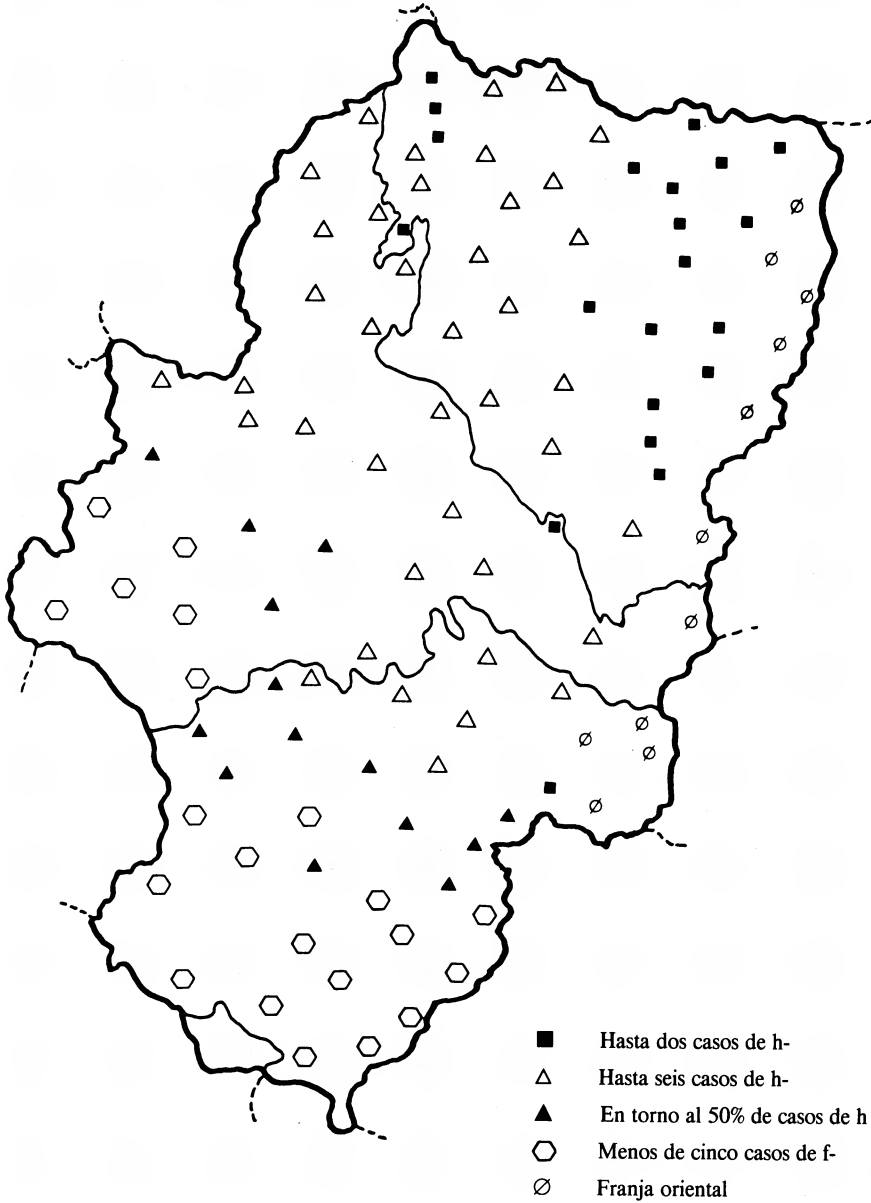


(según 12 mapas del ALEANR)

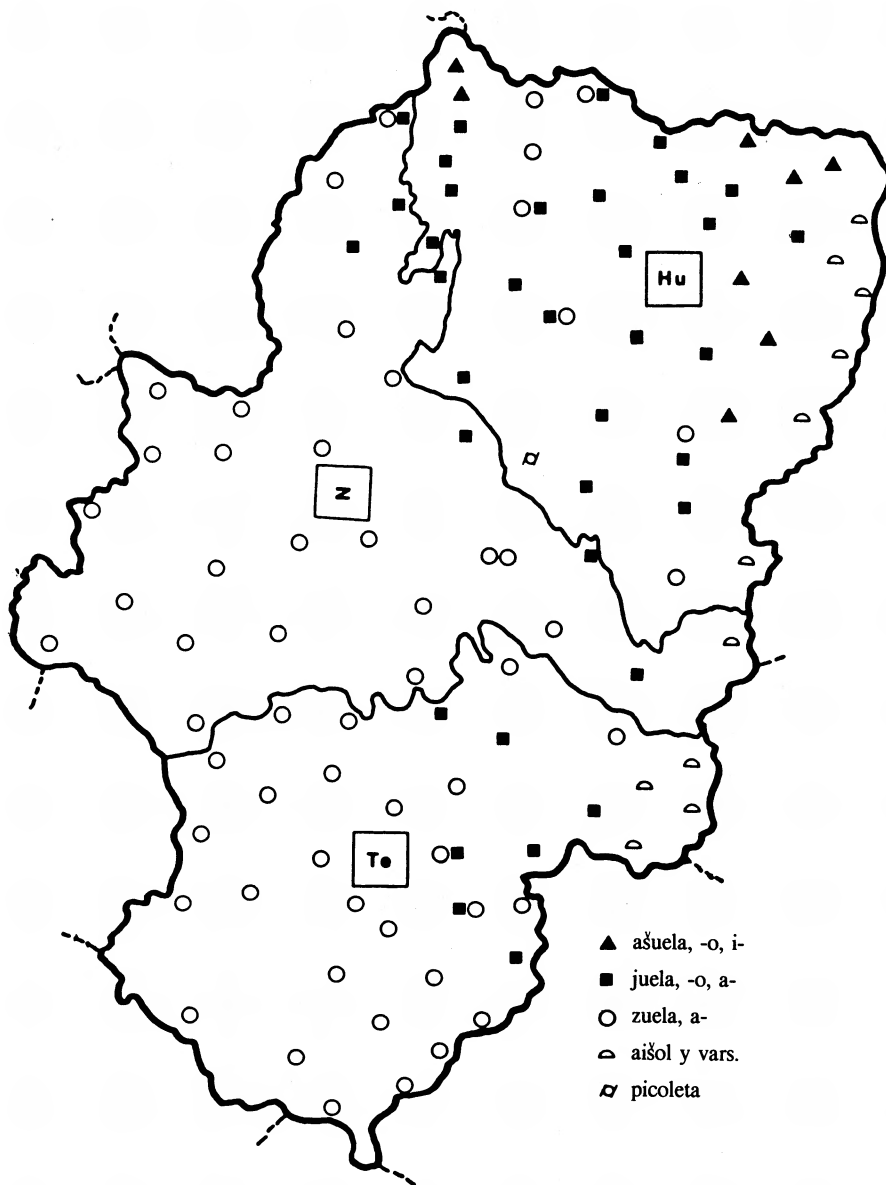
MAPA 3



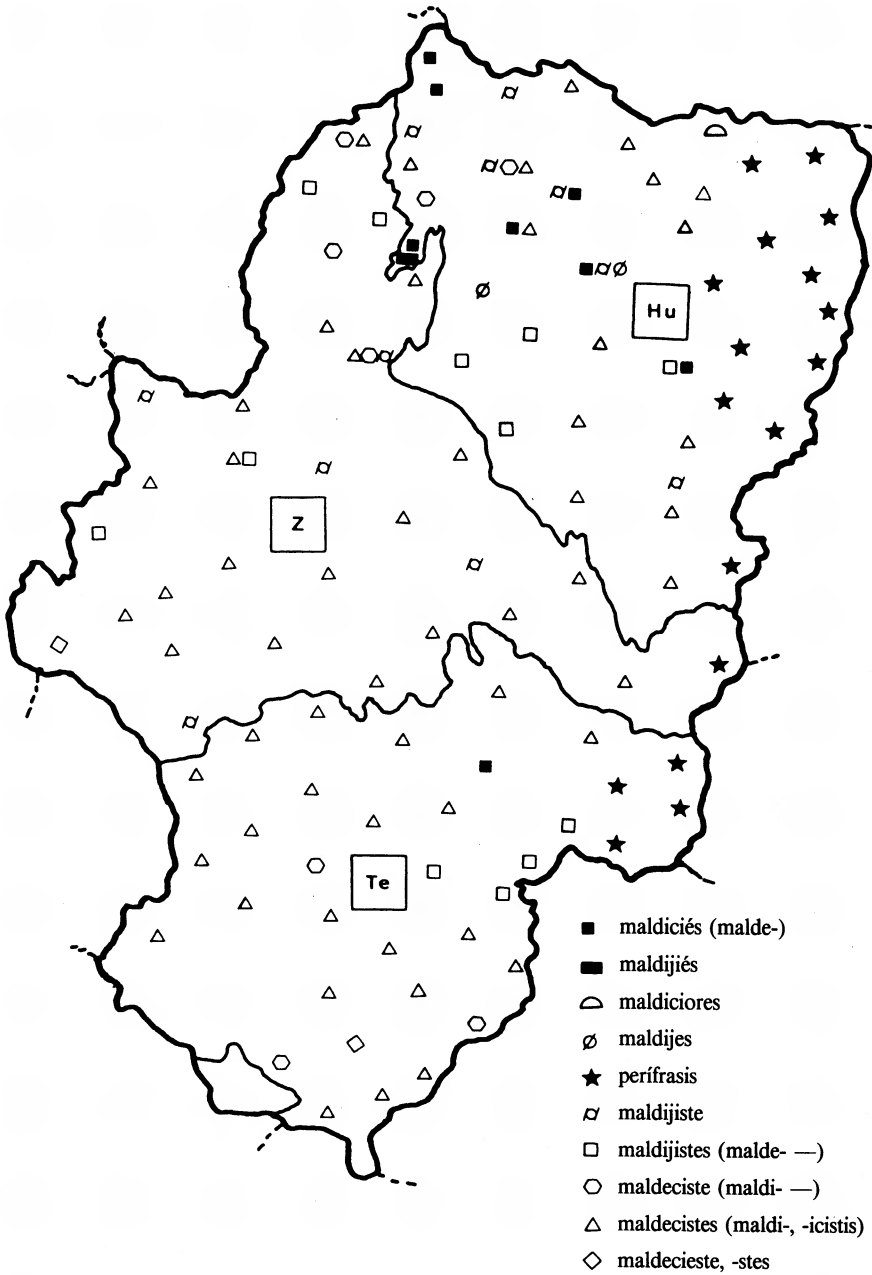
MAPA 4



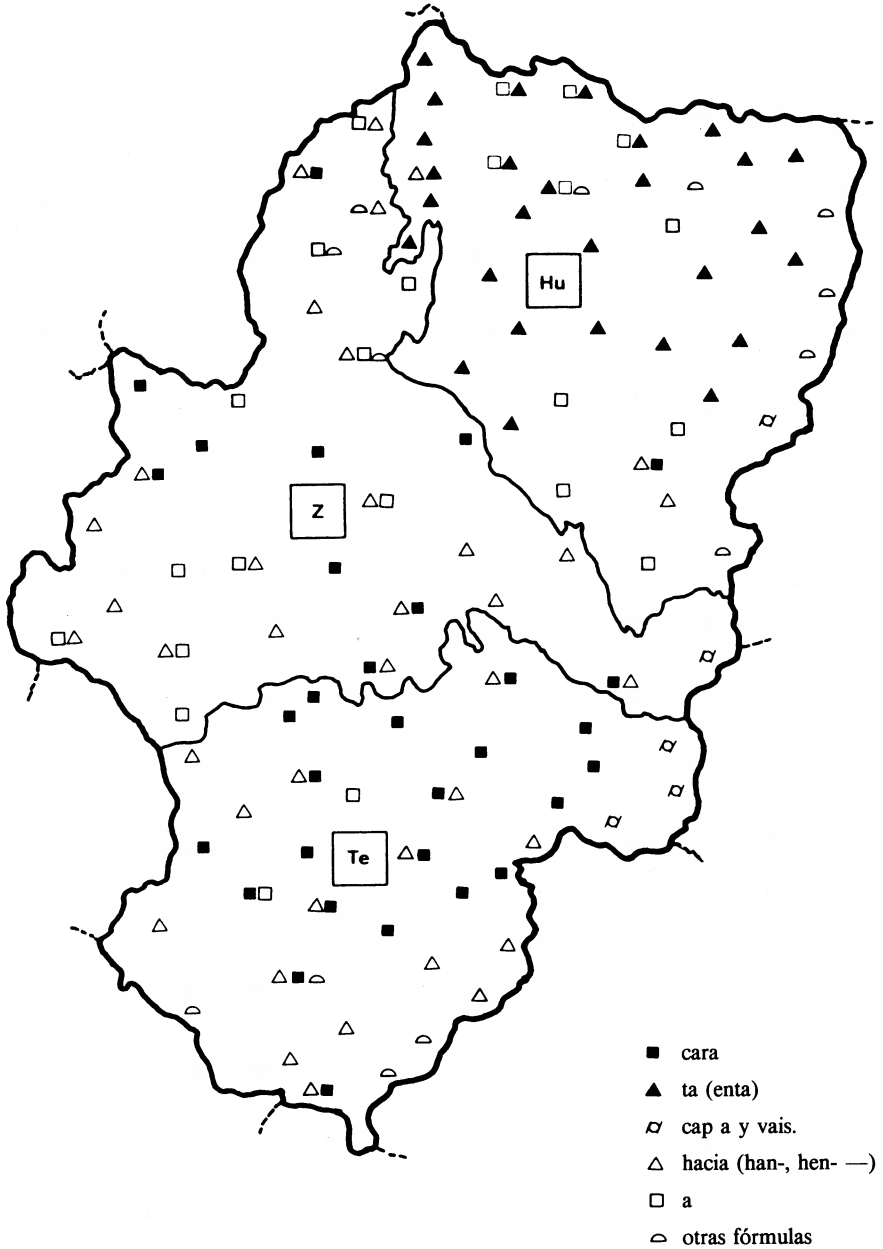
MAPA 5



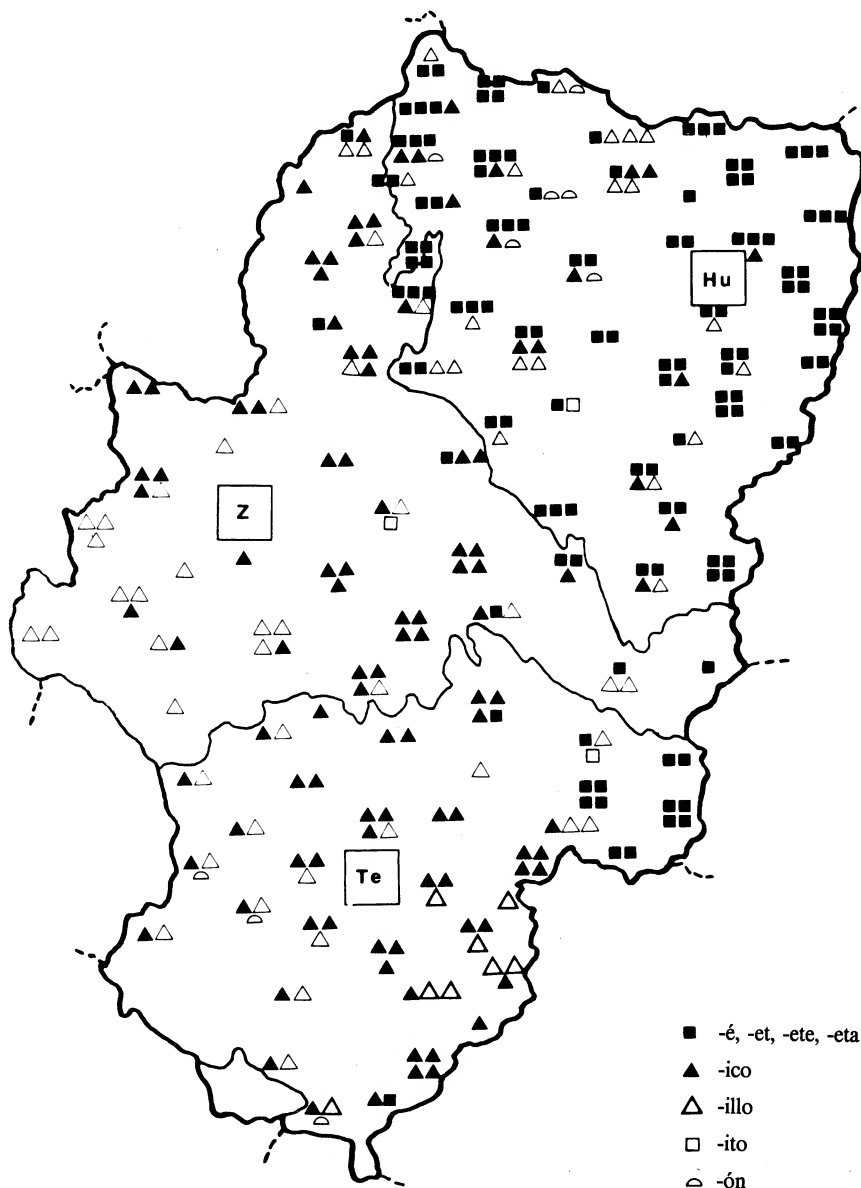
MAPA 6



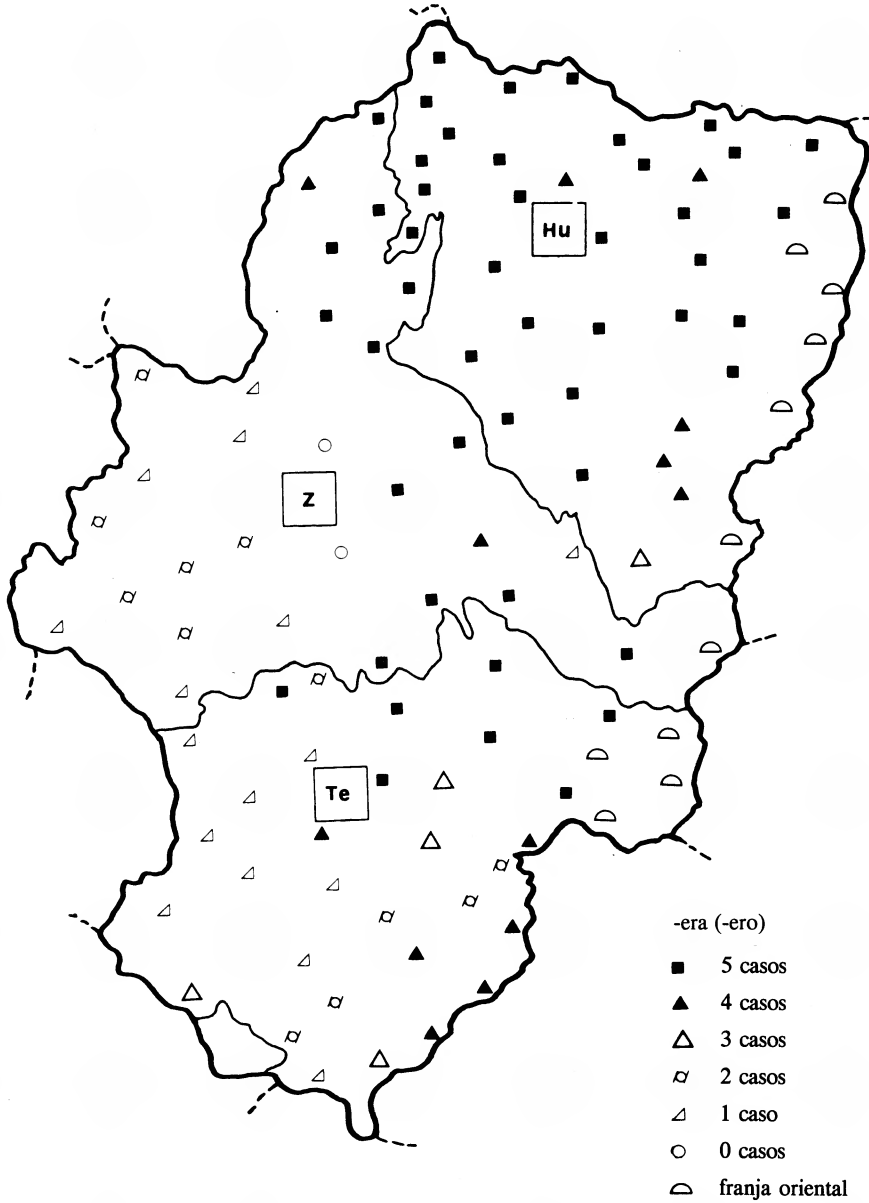
MAPA 7



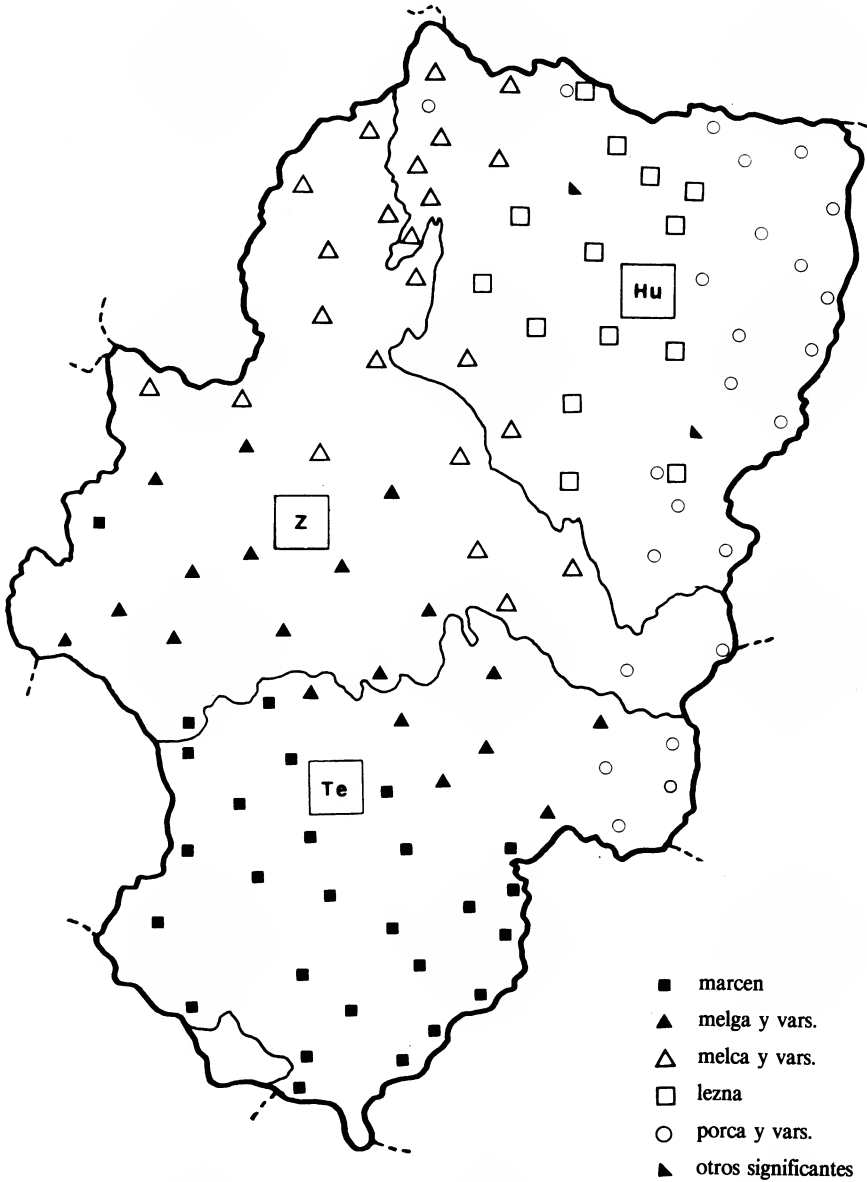
MAPA 8



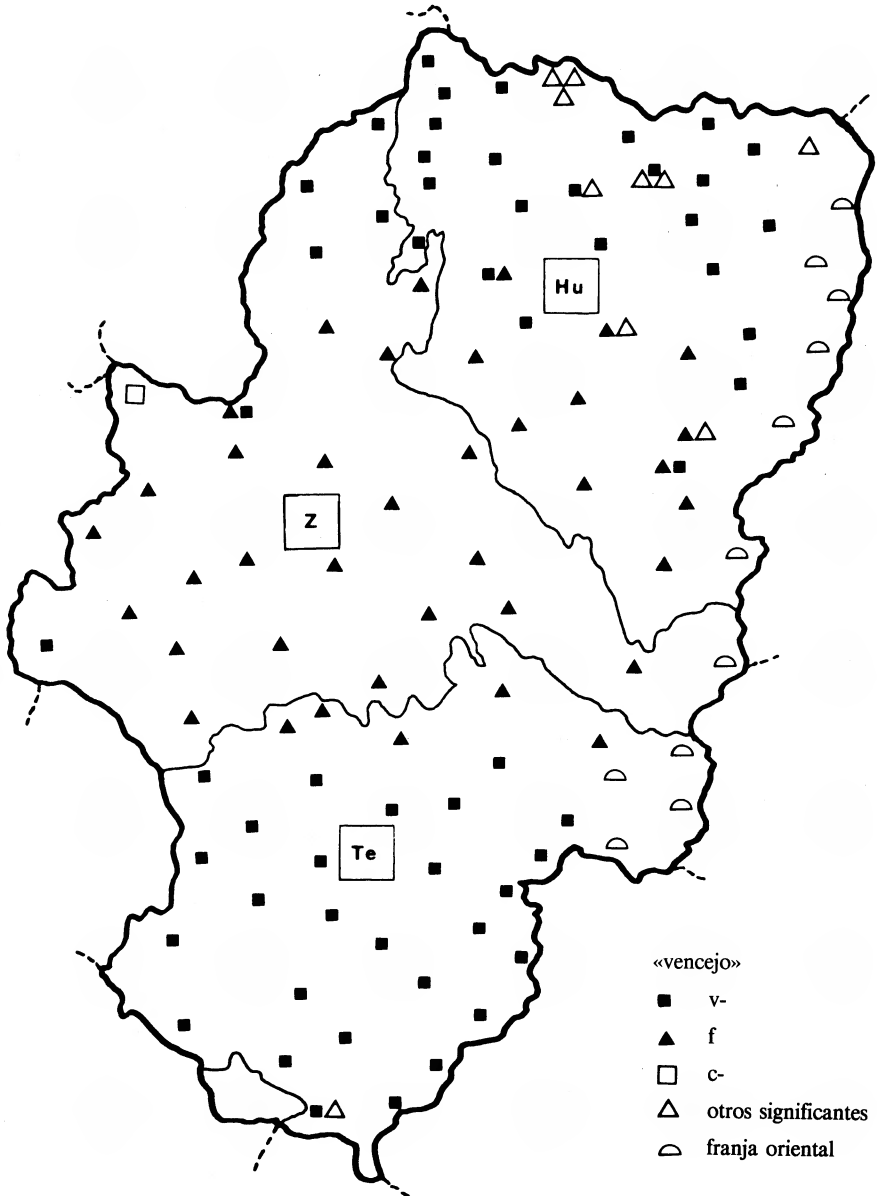
MAPA 9



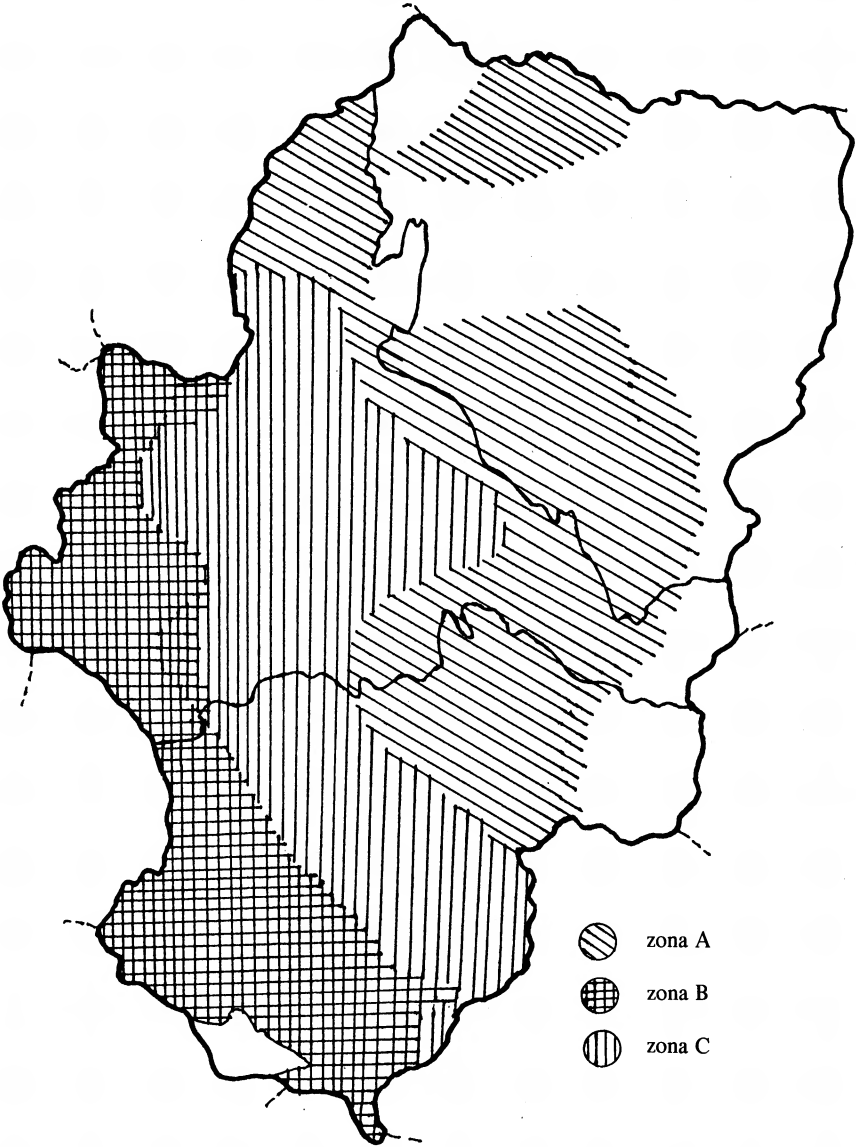
MAPA 10



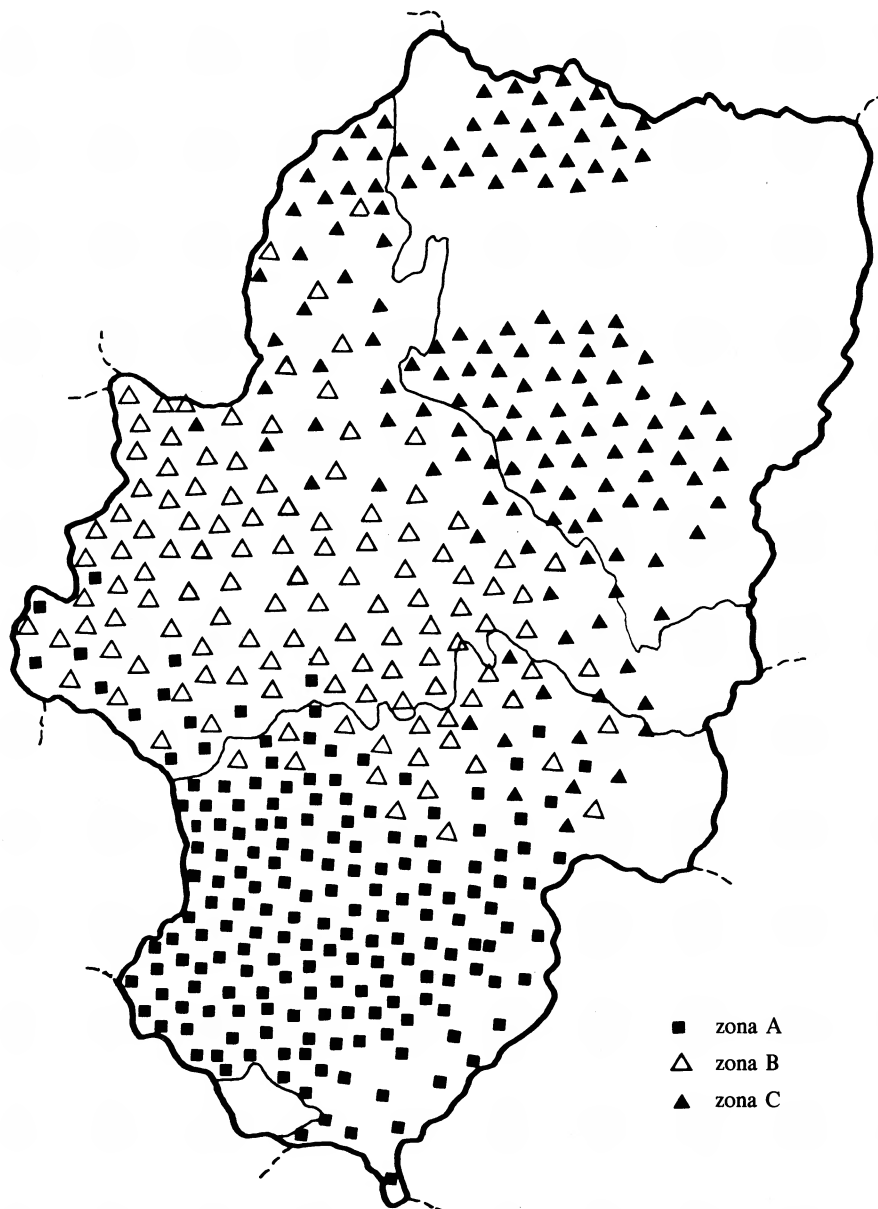
MAPA 11



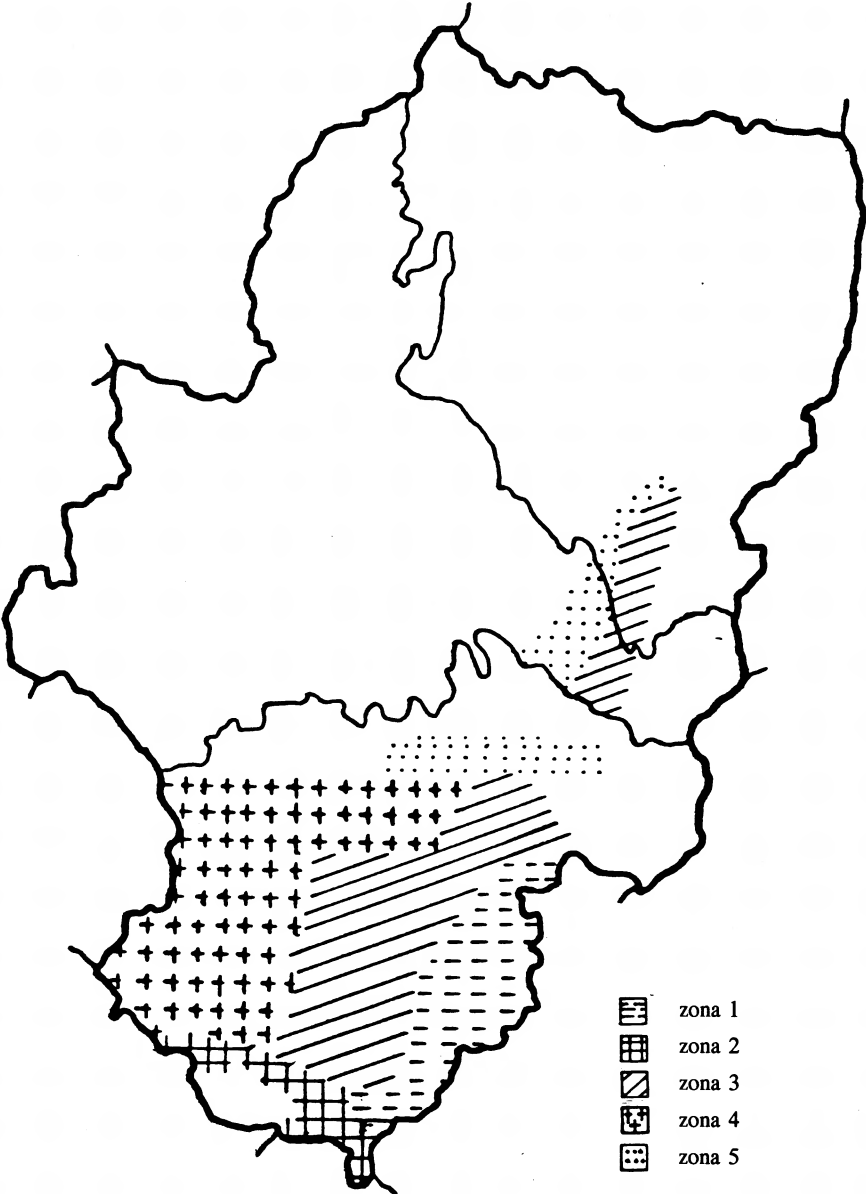
MAPA 12



MAPA 13



MAPA 14





**LAS HABLAS ARAGONESAS
EN LAS FRONTERAS OCCIDENTALES
(LÍMITES CON LA RIOJA, SORIA, GUADALAJARA
Y CUENCA)**

ANTONIO LLORENTE MALDONADO DE GUEVARA

Universidad de Salamanca



Los límites occidentales de las hablas aragonesas son difíciles de establecer porque si bien disponemos de materiales suficientes para saber lo que ocurre en las tres provincias pertenecientes al antiguo Reino de Aragón, en Navarra y en toda La Rioja, conocemos sólo de forma parcial el estado lingüístico de los territorios castellanos enclavados al oeste y al suroeste de los confines administrativos de Aragón, al sur de La Rioja, es decir en Soria, Guadalajara y Cuenca. Y conocemos el estado lingüístico actual de estos territorios sólo de forma incompleta y aproximada, por la inexistencia de un Atlas Lingüístico donde se refleje el estado actual de la lengua española en estas tres provincias castellanas orientales. Es cierto que disponemos de una serie de trabajos, incluidos varios vocabularios, sobre el español de Guadalajara y Cuenca, también de algunas noticias sobre el habla de Soria, pero al ser trabajos independientes, no relacionados entre sí, no nos presentan una visión homóloga unitaria del habla de estas provincias, aparte de la circunstancia de haber estudiado, la mayor parte de ellos, sólo el habla de la zona serrana de esta marca oriental de Castilla.

Por todo ello, voy a prescindir de estos trabajos, en principio, no sólo por las circunstancias citadas sino también por el hecho de que los datos suministrados por estos trabajos no son homologables con los datos que nos proporciona el ALEANR, que son los datos que voy a manejar, los únicos que me merecen confianza plena a pesar de las deficiencias que como en toda obra humana, pueda haber y podamos encontrar en el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*, en cuyos mapas, como es bien sabido, aparecen no sólo datos referentes a las tres provincias aragonesas, a Navarra y a la antigua provincia de Logroño sino, asimismo, datos de una serie de localidades pertenecientes a la franja limítrofe con el territorio estudiado, franja que se extiende desde la Rioja Alavesa y el este de Burgos hasta el nordeste de Cuenca, noroeste de Valencia y suroeste de Castellón, y en la que respecto a las fronteras occidentales de Aragón, encontramos localidades del este de Soria, del nordeste de Guadalajara y del nordeste de Cuenca, localidades que son las siguientes: en la provincia de Soria, las localidades de Olvega, Ciria y Arcos de Jalón, limítrofes con Zaragoza; en la provincia de Guadalajara, las localidades de Tortuera y Orea, la primera, colindante con Zaragoza, y la segunda, en el límite de Teruel; en la provincia de Cuenca, las localidades de Santa Cruz de Moya y Titaguas, ambas en los confines de Teruel, a la que se podría añadir la localidad oficialmente valenciana de Ademuz, cabeza del llamado Rincón de Ademuz, a caballo entre las provincias de Teruel y de Cuenca, y, por lo tanto, a caballo entre el Reino de Aragón y el antiguo Reino de Toledo o Castilla la Nueva.

Para intentar establecer las fronteras occidentales de las hablas aragonesas he examinado todos los mapas del ALEANR, fijándome incluso en lo que ocurre en los límites entre Aragón y Navarra porque con mucha frecuencia lo que allí se observa es lo mismo que se puede observar también en los confines de Aragón y La Rioja, pero sin pretender establecer los límites de la penetración de rasgos aragoneses en Navarra, en primer lugar porque esta tarea no era de mi incumbencia, y, después, porque no sé hasta qué punto se puede hablar de influencia lingüística aragonesa en Navarra, y si no sería más pertinente referirse a una comunidad lingüística navarro-aragonesa o aragonés-navarra, o como queremos llamarla. Pero en este delicado punto doctores tiene la Santa Madre Dialectología que sabrán responder mucho mejor que yo.

Acabo de decir que para intentar establecer las fronteras occidentales de las hablas aragonesas he examinado todos los mapas del ALEANR y aunque naturalmente me he

fijado de manera preferente en la situación que se observa en la zona limítrofe entre Aragón y los territorios situados a poniente del antiguo Reino, también, inevitablemente, me he tenido que fijar en la situación observable en el resto del territorio aragonés.

Y, después de haber examinado cuidadosamente todos los mapas, he llegado a una conclusión, conclusión seguramente obvia porque muchos habrán llegado a los mismos resultados antes que yo, y seguramente a los mismos o parecidos resultados llegará cualquiera que estudie detenidamente los mapas de nuestro monumental Atlas. Esta conclusión, o mejor dicho estas conclusiones, son las siguientes:

En el territorio aragonés se pueden establecer diferentes áreas, unas en sentido vertical, es decir en el sentido de los meridianos, y otras en sentido más o menos horizontal, o lo que es lo mismo en el sentido de los paralelos, con ciertas correcciones.

Por lo que respecta a las áreas verticales, más o menos de norte a sur, la más importante es la que ocupa la franja más oriental de Huesca (más o menos, Ribagorza, Litera, parte oriental de Sobrarbe, el extremo oriental de Los Monegros oscenses), la extremidad oriental de Zaragoza, el rincón nordoriental de Teruel, en muchas ocasiones (me refiero especialmente, en este caso, a áreas léxicas) la franja más oriental de Teruel, al sur del rincón precitado, es decir, la franja limítrofe con el confín occidental de Castellón, y por último la comarca de Segorbe.

Por lo que hace a las áreas horizontales, en relación con muchísimos fenómenos, principalmente léxicos, parece dibujarse una zona cuyo límite meridional unas veces coincide prácticamente con el Ebro, y otras veces, discurre a 20/30 Km. al sur del río, y paralela a él, desde el Moncayo hasta el límite de Zaragoza y Teruel con Tarragona, es decir, hasta el treviño ubicado precisamente entre Fayón, Calaceite y los pueblos más occidentales de Tarragona. Esta área, por lo tanto, abarca desde el Pirineo hasta el sur del Ebro, y parece relacionado con una primitiva repoblación.

Y el límite mencionado de esta área es, a su vez, el límite septentrional de las isoglosas de muchos fenómenos que se van a dar en todo el resto del dominio aragonés, es decir, aproximadamente en la mitad sur de Aragón. Sin embargo, respecto a otro gran número de fenómenos concretos, encontramos otra área cuyo límite norte corre inmediatamente al sur de los confines administrativos entre Zaragoza y Teruel, área bastante compacta, que engloba la mayor parte de la provincia de Teruel, prescindiendo, *grosso modo*, de la franja turolense septentrional extrema.

Y, curiosamente, muchos, gran parte, de los fenómenos observados en estas dos últimas áreas horizontales son los mismos que encontramos también en las localidades castellanas fronterizas, fenómenos que ofrecerán asimismo, no sólo en todas o en gran parte de las localidades de Guadalajara y Cuenca (a juzgar por las noticias proporcionadas por las monografías existentes) sino también en Albacete, en Murcia, en la zona castellano-hablante del reino de Valencia, incluso en gran parte de Andalucía oriental, concretamente en el nordeste de Jaén y Granada, y en la mayor parte del territorio almeriense, con lo que, en parte, por lo menos, parece confirmarse la tesis expuesta por Diego Catalán M. Pidal en su estudio ya clásico *De Nájera a Salobreña*, y, sobre todo, podemos ratificar las agudas y revolucionarias afirmaciones de Gregorio Salvador (*De dialectología contrastiva: Olivares, Caniles, Manzanera*) con los que implícitamente venía yo a coincidir en mi contribución al *Homenaje al Profesor Tomás Buesa* titulada *Coincidencias léxicas entre Andalucía y el Valle del Ebro*.

Pero vayamos a lo nuestro, a hablar de las presuntas fronteras occidentales de las hablas aragonesas, para lo que, en líneas generales debemos prescindir de los fenómenos histórico-fonéticos considerados tradicionalmente como característicos del aragonés, o navarroaragonés, pues estos fenómenos hoy no suelen ofrecer ejemplos al sur del Ebro, y fundamentalmente aparecen en la franja pirenaica y en el área vertical del este del dominio, no siendo algunos, pocos, casos aislados en los que el fenómeno se halla lexicalizado.

Algo parecido ocurre por lo que respecta a la morfología, especialmente a la morfología verbal: los fenómenos morfológicos típicamente aragoneses se hallan limitados a la zona pirenaica, al área vertical del este del dominio, o, en algún caso, a las dos.

Respecto a la sintaxis, también los fenómenos considerados tradicionalmente como característicos del aragonés se hallan arrinconados, y con poca vitalidad, en el norte y el este del dominio. Sin embargo, frente a lo que ocurre en la modalidad castellana del español sí hay actualmente en las hablas aragonesas rasgos relevantes, aunque no exclusivos, a los que me referiré más adelante.

Para intentar el establecimiento de las fronteras occidentales de las hablas aragonesas tenemos que limitarnos a algunos aspectos de la pronunciación, a ciertos rasgos prosódicos, a determinados fenómenos morfológicos y sintácticos no incluidos en la nómina tradicional y, sobre todo, a determinadas isoglosas léxicas.

Comencemos por el aspecto prosódico, concretamente por la tendencia, tan extendida en todas las hablas del valle del Ebro, a la acentuación paroxítona, es decir la repugnancia invencible al esdrújulo, tendencia observable en toda la provincia de Huesca, en Zaragoza menos en el rincón suroeste y valle alto del Jalón, en Teruel menos franja extrema occidental, y también en el este y sureste de Navarra, y en el rincón sudoriental de la Rioja Baja: *aguila, hígado, cañamo, cantaro, pajaro, glarima/lagrima, sabana*¹.

El área de la repugnancia al proparoxítono es un área que se va a repetir mucho, y que, en líneas generales, coincide sensiblemente con el territorio administrativamente aragonés, pues sólo queda fuera del área la franja suroeste de Zaragoza y la franja occ. extrema de Teruel, mientras, en compensación, el área de la repugnancia al esdrújulo se introduce en todo el este y sureste de Navarra y en el extremo sudoriental de La Rioja Baja.

Lo mismo ocurre con la acentuación de la primera persona plural del imperfecto de indicativo (*estabamos, sabemos, peinabamos, deciamos, eramos*)², y con la acentuación de la persona vosotros del mismo tiempo, sobre todo por lo que hace a determinados verbos: *erais*³.

El área de la repugnancia al esdrújulo en los paradigmas verbales coincide bastante con el área de rechazo del proparoxítono que hemos visto inmediatamente antes, aunque

1. Vid. ALEANR XI, mapas 1405-1411.

2. Vid. ALEANR XII, mapas 1617, 1668.

3. Vid. ALEANR XII, mapa 1669.

es más extensa al introducirse hasta el centro de Navarra, ocupar prácticamente toda la Rioja y llegar, incluso a puntos de Burgos, Álava, nordeste de Soria y nordeste de Cuenca, como muestra evidente de la vitalidad que en todo el dominio oriental del espacio lingüístico español tiene la repugnancia a la acentuación esdrújula, repugnancia que, por lo que respecta a las formas verbales, llega hasta Andalucía oriental, como se puede comprobar hojeando los mapas correspondientes del ALEANR.

Otro fenómeno característico de la acentuación aragonesa es la repugnancia del hiato, con cambio de acento y, a veces, con cierre de una de las dos vocales implicadas para facilitar la formación del diptongo, incluso cuando las vocales en hiato pertenecen a palabras distintas *auja* «aguja», *baul*⁴, *pautri* (< *pa otri* < *para otri* «para otro»), incluso *Calataud* «Calatayud».

El área de este rasgo no ocupa sólo el territorio aragonés sino que alcanza la franja oriental de Navarra, se extiende prácticamente por toda La Rioja, incluyendo La Rioja alavesa, y llega a introducirse en el rincón nordeste de Soria y en Cuenca, como prueba de la vigencia que en toda el área oriental del dominio lingüístico español viene el rechazo del hiato, tanta vigencia como, según veíamos en los casos anteriores, tiene la repugnancia a la acentuación proparoxítana en la misma área.

La tendencia a deshacer el hiato y la repugnancia a la acentuación esdrújula, unen sus fuerzas para convertir *decíamos* en *deciamos*, y *sabíamos* en *sabiamos*, ejemplos vistos anteriormente, y para que en las personas NOSOTROS y VOSOTROS del condicional o potencial, y del imperfecto de subjuntivo en *-ra* en los verbos *-ER*, *-IR*, en lugar de *-iamos*, *-iais* / *-iéramos*, *-iérais* aparezcan las desinencias *-iamos*, *-iais* / *-ieramos*, *-ierais*, y precisamente en las mismas áreas que hemos dibujado anteriormente respecto a los fenómenos de repugnancia al esdrújulo y al hiato (vid. ALEANR XII, mapas 1628, 1629, 1636, 1637).

En el plano puramente fonético, encontramos en el dominio estudiado unos fenómenos muy importantes para caracterizar la pronunciación de nuestros días, tanto en el aspecto vocálico como en el aspecto consonántico.

Por lo que respecta al plano vocálico, me parece muy importante y significativa la tendencia a unificar los diptongos decrecientes *ai*, *ei*, cerrándose el primero, y abriéndose el segundo para coincidir ambos en el grado intermedio *äi*, con una *a* palatal o palatizada. Así tenemos *poläinas*, *bäilar*, *päine*, *azäite*, *empäine*, o, en su caso, una *e* doblemente abierta. El área de este curioso fenómeno abarca no solamente la mayor parte de Aragón (no se da en el norte y el este de Huesca) sino también algunos puntos de Navarra, la mayor parte de La Rioja y la zona explorada de Álava, Burgos, Soria, Guadalajara y Cuenca⁵.

Como en el caso de la repugnancia al esdrújulo en las formas verbales, la tendencia a igualar los diptongos decrecientes no es un fenómeno exclusivo de Aragón, ni siquiera de las hablas del Valle del Ebro y de las comarcas vecinas de las provincias castellanas, sino que es un rasgo que afecta a toda el área oriental del dominio lingüístico español

4. Vid. ALEANR XI, mapas 1446, 1461.

5. Vid. ALEANR XI, mapas 1418-1419, 1455, 1459, 1460.

llegando hasta Andalucía Oriental, por lo que no es extraño que el fenómeno tenga tanta vitalidad en Soria, en Guadalajara, en Cuenca, según se ve en los mapas correspondientes.

En el aspecto consonántico lo más característico de la pronunciación actual en el dominio estudiado, y por lo tanto de la actual pronunciación aragonesa, es la irresistible tendencia a la debilitación de la *-y-* intervocálica, incluso de la *y* inicial convertida en intervocálica por fonética sintáctica: la *y* se convierte en semiconsonante o semivocal, y no contenta con ello con mucha frecuencia se abre, convirtiéndose en una *e* más o menos cerrada, también de carácter semiconsonántico o semivocálico *poio / hoio, poeo / ho eo, aloia / aloea* «alondra», ¡*qué se íó!*⁶. Incluso a veces la debilitación y abertura de la *y* es tan grande que conduce a su desaparición, y no solamente cuando se trata de una *y* intervocálica, *Calataud*, también en el caso de la *y* inicial convertida en intervocálica por fonética sintáctica: ¡*qué se ó!* «¡qué se yo!».

El área de este fenómeno abarca la mayor parte de Aragón (menos mitad NE. de Huesca y extremidad septentrional de Zaragoza), Navarra menos la franja pirenaica, toda la Rioja, incluida la alavesa, y las comarcas exploradas de Burgos, Soria, Guadalajara y Cuenca. Con los datos del ALEANR no podemos completar la auténtica área de este fenómeno ya que nos falta información sobre lo que ocurre en el resto de las comarcas de Burgos, Soria, Guadalajara y Cuenca, y lo que quizá ocurra en otras provincias castellanas más occidentales y más meridionales; pero, si puedo asegurar por mi experiencia no de explorador sino de viajero, y por mis contactos con gentes de estas zonas, que el fenómeno afecta a toda la provincia de Soria y, por lo menos, a la mitad oriental de la provincia de Burgos. No se da, sin embargo, en la Andalucía oriental, y es probable, por lo tanto, que tampoco se den en Murcia ni en la Mancha oriental, por lo que no podemos incluir este interesante fenómeno en el grupo de los rasgos comunes a toda el área oriental del dominio lingüístico español, y habrá que circunscribirlo a un área, a caballo sobre el Sistema Ibérico, que englobaría a la mayor parte de Aragón y Navarra, a La Rioja, al este de la cordillera Ibérica, y a gran parte de Burgos, a toda Soria y a las comarcas montañosas orientales de Guadalajara y Cuenca, al oeste de la alineación montañosa.

De los fenómenos histórico-fonéticos considerados característicos de las hablas aragonesas sólo hay uno que merezca ser citado por ofrecer hoy todavía ejemplar de bastante «amplitud» relativa y de mucha «vitalidad». Me refiero a la conservación inalterada del grupo etimológico *-NS-*, que encontramos en ejemplos como *ansa* «asa», *pansa / pansada* «pasa» en un área que incluye todo Aragón. Mientras *ansa* y *pansa* presentan en Aragón la misma área, que coincide con los límites administrativos, en las regiones no aragonesas, incluida Navarra, las áreas de *ansa* y de *pasa* no se superponen: *ansa* es forma usada habitualmente en toda Navarra (menos el rincón noroeste) en La Rioja (menos la franja occidental extrema), en el nordeste de Soria y en el nordeste de Cuenca; *pansa*, en cambio, fuera de Aragón, y por lo que hace a las fronteras occidentales, sólo ha sido registrada en algún punto del este de Navarra y en el nordeste de Cuenca⁷.

6. Vid. ALEANR XI, mapas 1434-1435; ALEANR IV, mapa 452.

7. Vid., para *ansa* y *pansa*, ALEANR XI, mapas 1528, 1530.

Quiere todo esto decir que, respecto a la conservación del grupo -NS-, fenómeno considerado característico del aragonés, la frontera occidental va más allá de los límites administrativos, alcanzando la mayor parte de Navarra y de La Rioja y las comarcas, más próximas a Aragón, de las provincias de Soria y de Cuenca.

Pasemos ahora al plano morfológico, limitándonos, prácticamente, al verbo pues la morfología del sintagma nominal no ofrece nada de interés.

Las desinencias de los paradigmas verbales características del aragonés según la tradición dialectológica se hallan limitadas a la zona pirenaica y a la franja oriental de Huesca, por lo que no son pertinentes para nuestro objeto, y tenemos que tomar en consideración otros fenómenos que observamos en la morfología verbal que presentan carácter fundamentalmente vulgar sin dejar por ello de ser fenómenos si no dialectales por lo menos representativos de la modalidad regional aragonesa, o navarro-aragonesa, o navarro-aragonesa-riojana, si queremos, del español. Es decir, fenómenos morfológicos característicos de las actuales hablas del Valle del Ebro, cuyo núcleo es, indudablemente, el habla de Aragón.

El más característico de estos rasgos de la morfología verbal es la aparición de la desinencia *-ís*, en lugar de *-éis*, en la persona VOSOTROS del presente de indicativo de los verbos en -ER y del presente de subjuntivo de los verbos de la llamada primera conjugación, de los verbos en -AR. Así, nos encontramos con *creís, temís, comís, vendís, olís, crecís*, en lugar de *creéis, teméis, coméis, vendéis, oléis, crecéis*, y con *no empujís, no empentís, no trabajís, no os emborrachís*, etc., en vez de *no empujéis, no empentéis, no trabajéis, no os emborrachéis*, y todo ello en un área que incluye todo el occidente y el sur de Huesca, toda Zaragoza menos la extremidad septentrional, todo Teruel, algunas localidades de la franja oriental extrema de Navarra (incluido el rincón meridional del sur del Ebro), La Rioja (menos la mitad norte de La Rioja Baja, límite con Navarra) y las zonas exploradas de Soria, Guadalajara y Cuenca⁸. Es muy probable, aunque no lo puedo asegurar, que el área de *-ís*, en lugar de *-éis*, se extienda por gran parte de las provincias de Burgos, Soria, Guadalajara y Cuenca.

Algo semejante, pero no idéntico, es lo que ocurre con la desinencia de la persona VOSOTROS del futuro de indicativo de los verbos de todas las conjugaciones: frente a la terminación del español estándar, *-éis*, encontramos, en el dominio estudiado, las variantes *-áis / -áis e -ís*; las dos primeras, *-áis / -áis*, en un área discontinua y fragmentada que incluye la zona media de Zaragoza, en las dos orillas del Ebro, puntos del norte y del centro de Teruel, mitad sureste de Navarra, la mayor parte de La Rioja, el sureste de Soria y parte de la zona explorada de Cuenca; la variante *-ís*, en un área, también discontinua y fragmentada, que engloba puntos del centro y del suroeste de Huesca, Zaragoza menos la extremidad norte y la zona citada del Ebro, la mayor parte de Teruel, algún punto de Navarra, algunas localidades de La Rioja, el nordeste de la zona de Soria explorada⁹.

En resumen, la terminación *-ís* se da casi exclusivamente en tierra aragonesa, mientras *-áis, -áis* aparecen en el occidente y sur de Aragón, en la mitad sureste de Navarra, en prácticamente toda La Rioja y en puntos de Soria y de Cuenca, lo que

8. Vid. ALEANR XII, mapas 1615, 1632, 1649, 1652, 1657, 1602.

9. Vid. ALEANR XII, mapas 1626, 1653.

quiere decir que *-áis* / *-áis* ocupan un área a caballo entre Aragón, por un lado, y Navarra, Rioja y las provincias castellanas por otro.

Dijimos más arriba que la morfología del sintagma nominal ofrece pocos fenómenos que puedan contribuir al establecimiento de las fronteras occidentales de las hablas aragonesas, y así es ciertamente. Sin embargo, me parece oportuno referirme a un rasgo, a caballo entre el plano morfológico y el plano fónico, que presenta cierto interés: se trata de la conversión en *-ismo*, por pérdida de la postónica, del morfema sufijal *-ísimo* del superlativo, pérdida debida, indudablemente, a la repugnancia que hacia el proparoxítono sienten las hablas del Valle del Ebro y de las comarcas vecinas. El sufijo contracto *-ismo* aparece en prácticamente todo el dominio estudiado, incluyendo La Rioja alavesa, La Rioja de Logroño, los dos tercios meridionales de Navarra, y las zonas exploradas de Burgos, Soria, Guadalajara y Cuenca¹⁰. Parece éste también un rasgo común a toda el área oriental del dominio lingüístico español.

Veamos ahora algunos fenómenos importantes de los planos morfosintáctico y sintáctico, referidos todos ellos al uso de las formas pronominales.

Las expresiones incorrectas *siéntensen* / *siéntesen*, *márchensen* / *márchesen*, *váyansen* / *váyasen*, *quédensen* / *quédesen*, etc., con una *-n* paragógica espuria explicable por un análisis equivocado de la secuencia, son expresiones de carácter rústico y vulgar registradas en amplias zonas del dominio lingüístico español, incluida Hispanoamérica, pero tienen una especial vitalidad y son especialmente frecuentes en toda el área oriental del dominio, llegando hasta las provincias andaluzas de Jaén, Granada y Almería, como sabemos muy bien los que allí hemos vivido.

Por lo que se refiere al territorio estudiado hoy, los datos que nos proporciona el ALEANR no pueden ser más sintomáticos: aparecen estas expresiones vulgares en toda la zona explorada (menos en norte y noroeste de Navarra) incluyendo La Rioja alavesa, La Rioja de Logroño y Soria, Guadalajara y Cuenca¹¹. El área de este fenómeno, por lo tanto, desborda ampliamente, por el oeste, los límites del territorio aragonés, introduciéndose en Navarra, La Rioja, Álava y Castilla.

Ha sido siempre considerado como un fenómeno característico, típico y tópico del habla de Aragón, el uso de las formas de caso sujeto *Yo*, *Tú*, en lugar de las formas correctas (*mi*, **migo*, *ti*, **tigo*) cuando las formas pronominales van regidas por preposiciones y funcionan como caso terminal. Este vulgarismo regional tiene hoy todavía bastante vitalidad, aunque casi exclusivamente en Aragón y, parcialmente en Navarra. Según los datos proporcionados por el ALEANR, *pa tú*, *con tú* son expresiones habituales en Huesca, en la mayor parte de Zaragoza (exceptuando parte del cuadrante suroeste de la provincia), en la mayor parte de Teruel (menos el extremo sur y en la franja occidental), en la franja oriental y en el tercio sureste de Navarra, en el nordeste de Soria. De todas formas, las expresiones vulgares y regionales *pa tú*, *con tú* tienen más vitalidad, y un área mayor, que las secuencias *pa yo*, *con yo*, secuencias que están limitadas a la provincia de Huesca, y a la Ribera del Jalón y al Campo de Cariñena en la provincia de Zaragoza¹².

10. Vid. ALEANR XII, mapa 1749.

11. Vid. ALEANR XII, mapa 1718.

12. Vid. ALEANR XII, mapas 1720, 1721, 1722, 1723.

Unas variantes, menos rústicas y menos escandalosas, que *con tú* y *con yo* son las secuencias *con ti*, *con mí*, registradas en amplias zonas: por lo que respecta a *con mí*, el área incluye la mayor parte de Zaragoza, mitad sureste de Navarra, La Rioja Baja, la mayor parte de Teruel, Soria, nordeste de Guadalajara; y en cuanto a *con ti*, se dibuja un área que contiene dentro de sí el suroeste de Zaragoza, puntos del oeste y suroeste de Teruel, mitad sureste de Navarra, Álava, Rioja Baja, sureste de Soria, zona explorada de Guadalajara.

En definitiva, *pa yo*, *con yo*, *pa ti*, *con tú* parecen formas preferentemente septentrionales y orientales en territorio aragonés (apareciendo también, con su versión autóctona, en el área aragonesa de habla catalana), mientras *con mí*, *con ti*, en lugar de *conmigo*, *contigo* ocupan un área más occidental y más meridional que se adentra en Navarra, en La Rioja y en las provincias castellanas limítrofes.

Por lo que respecta a las desviaciones de la norma en el uso de las formas pronominales átonas con función de complemento directo e indirecto, como es bien sabido en las hablas aragonesas en general se utilizan las formas normativas, frente a lo que ocurre en la mayor parte de Castilla y de otras regiones del centro y norte de la Península, y a lo que sucede en otras zonas del Valle del Ebro, como Navarra y La Rioja: el léismo de complemento directo de persona, animal y cosa es normal en el cuadrante NW. de Navarra y en La Rioja occidental y central, mientras el laísmo es habitual en el extremo occidental de La Rioja, en los límites con Burgos, y el loísmo es totalmente desconocido.

He dicho antes que en las hablas aragonesas «en general se utilizan las formas normativas»; en general sí, pero la influencia castellana se ha dejado sentir en parte de la franja occidental aragonesa, al sur del Moncayo, de manera que encontramos léismo de todo tipo, incluido el que llamo «léismo del neutro pronominal» (*sí, se le he dicho*) en pueblos de la franja occidental de Teruel, del Alto Valle del Jalón y de la franja occidental extrema de la provincia de Zaragoza, frente a Soria. Y, por supuesto, hay léismo en la zona explorada de Álava, de Burgos, de parte de Soria, mientras no aparece en el sureste de Soria, ni en Guadalajara, ni en Cuenca, ni, como era de esperar, tampoco aparece en la zona explorada de Valencia y Segorbe.

Por lo tanto, y en resumen, y refiriéndonos exclusivamente al léismo, puesto que el laísmo y el loísmo son inexistentes en territorio aragonés, podemos decir que el uso correcto de las formas pronominales átonas, característico de Aragón, se prolonga por gran parte de Navarra, por La Rioja Baja, por el sureste de Soria, por Guadalajara y por Cuenca, mientras los usos incorrectos, característicos de Castilla, se introducen en el noroeste de Navarra, en Álava, en La Rioja Alta, en la zona zaragozana comprendida entre el Alto Valle del Jalón y el Moncayo y en el noroeste de Teruel¹³.

En íntima relación con estas desviaciones de la norma se halla el fenómeno que he llamado «pseudoléismo», al que me referí en mi trabajo sobre el habla de La Rioja¹⁴,

13. Vid. ALEANR XII, mapas 1708, 1709, 1710, con sus adiciones. Además de los mapas citados he tenido a mi disposición materiales procedentes de las encuestas, que no fueron cartografiados, entre ellos los que contienen datos sobre el léismo de cosa, léismo de animal y léismo del complemento «neutro» pronominal.

14. Vid. A. Llorente Maldonado de Guevara, «Algunas características lingüísticas de La Rioja en el marco de las hablas del Valle del Ebro y de las comarcas vecinas de Castilla y Vasconia», RFE XLVIII, 1965, Madrid 1962, pp. 321-350.

fenómeno que se da cuando se acumulan formas pronominales átonas de complemento directo y complemento indirecto, y el referente relativo al complemento indirecto está constituido por varios beneficiarios. Así, en lugar de *díselo* «díselo a ellos», encontramos *díseles*, con cambio de *lo* en *le*, y adición de una *-s* analógica; en vez de *se lo dije* «se lo dije a ellos», encontramos *se les dije*; en vez de *se lo he contado* «se lo he contado a ellos», encontramos *se les he contado*; en vez de *se lo daré* «se lo daré a Juan y María», encontramos *se les daré*, etc.

Este fenómeno es característico de Aragón, prescindiendo de la mayor parte de Huesca y del extremo oriental de Zaragoza (zona de *dílene*, *dálene*, etc.), y tiene una enorme vitalidad, apareciendo incluso en boca de las personas más cultas. El área de este curioso fenómeno trasciende más allá de los límites administrativos de Aragón, se introduce en la franja oriental extrema de Navarra, en el extremo sureste de La Rioja Baja, y en parte de la zona explorada de Soria y Guadalajara¹⁵, y yo lo considero como el fenómeno sintáctico más característico y representativo de las hablas actuales de Aragón aunque no cubra todo el dominio.

Por lo que hace al léxico es muy difícil el intento de establecer las fronteras occidentales de las hablas aragonesas, ya que en general las distintas isoglosas no coinciden o coinciden sólo aproximadamente.

Por eso voy a limitarme a presentar las áreas de una serie de tipos léxicos que por su raigambre aragonesa me parecen interesantes, como interesante, y pertinente para nuestro objeto, es ver su difusión dentro y fuera de los límites administrativos de Aragón.

En primer lugar presentaré las áreas de determinados vocablos que desde el punto de vista fónico pueden ser considerados aragoneses por ofrecer alguno de los fenómenos representativos de la evolución fonética característica del latín en territorio aragonés, aunque el fenómeno histórico-fonético al encontrarse hoy sólo en alguna o algunas palabras se halle completamente lexicalizado.

El grupo PL-inicial sólo se conserva inalterado en una pequeña zona del norte y este de Huesca. Pero en alguna palabra concreta se conserva en todo el dominio, incluso fuera de él, como ocurre con *plantaina* «llantén», usual y única forma en todo Aragón menos la franja oriental de habla catalana, y también única forma registrada en el este y sur de Navarra y en La Rioja Baja, mientras al sur de La Rioja el límite occidental de *plantaina* coincide exactamente con la frontera administrativa entre Aragón y Castilla¹⁶.

El grupo latino *-Skj-* ha dado en español la solución interdental, *azada*, *azadón*, p.e., mientras en las hablas aragonesas la solución ha sido la velar fricativa sorda, *ajada*, *ajadón*, *jada*, *jadón*, *aján*, variantes todas ellas que conservan en forma lexicalizada la solución típicamente aragonesa, o navarro-aragonesa. El área de *ajada*, *jada*, *ajadón*, *jadón*, *ajau*, en lugar de *azada*, *aza*, *azadón*, *azaón*, etc., se extiende por Huesca, la provincia de Zaragoza menos el SO., Teruel menos el tercio SO., y la zona sudoriental de la Ribera de Navarra. No hay ni un solo ejemplo de *jada*, *ajada*, etc. en La Rioja ni en las provincias castellanas limítrofes, lo que quiere decir que en este caso la influencia aragonesa, o la presunta influencia aragonesa, sólo se ha dejado sentir al norte del

15. Vid. ALEANR XII, mapa 1715.

16. Vid. ALEANR XI, mapa 1499.

Moncayo, mientras al sur no sólo las formas aragonesas no han sido capaces de adentrarse en el Reino de Castilla sino que, por el contrario, las formas castellanas han invadido parte del territorio aragonés, en el oeste de Zaragoza y Teruel¹⁷.

La F-inicial, fuera del territorio pirenaico sólo se conserva, lexicalizada, en algunas palabras, entre ellas en *fajo* «haz» y *fajina* «hacina». *Fajo* es forma que tiene todavía hoy mucha vitalidad, y el área en que aparece incluye las provincias de Huesca y Zaragoza, la mayor parte de Teruel (menos el suroeste), prácticamente toda Navarra, el sureste de La Rioja, y parte de la zona explorada de Soria y Guadalajara. Por lo que respecta a *fajina*, con los dos significados de «hacina» y «tresnal», el área es de extensión semejante pero de distinta configuración pues se adentra más en La Rioja, mientras retrocede en el suroeste de Zaragoza y el oeste de Teruel, y no alcanza ni Guadalajara ni Cuenca¹⁸.

También se conserva, lexicalizada, la F-inicial, en *farinetas* «gachas», vocablo de gran vitalidad en un área que incluye Huesca, Zaragoza —menos el SO—, más de la mitad norte de Teruel, nordeste y rincón sureste de Navarra, sureste de La Rioja Baja¹⁹.

Las denominaciones del enebro con consonante inicial procedente de J- latina seguida de vocal palatal átona se extienden por gran parte del dominio: encontramos *chinepro*, *chinipro*, *chinebro*, *chinibro*, *jinebro*, *jiniebro*, *chinebra* en distintas áreas parciales dentro de una gran área que ocupa Huesca, Zaragoza menos mitad occidental al sur del Moncayo, tercio nordoriental de Teruel, toda Navarra y La Rioja Alavesa, mientras la forma castellana *enebro* no sólo es la forma única en La Rioja de Logroño y en la zona explorada de las provincias castellanas sino que también se ha introducido en el oeste de Zaragoza y en los dos tercios suroccidentales de Teruel, incluso en la zona de habla castellana del Reino de Valencia²⁰.

También encontramos palatalización, y en su caso velarización, de G- inicial en contacto con vocal palatal átona, en las formas derivadas de GENISTA «hiniesta», que son muy variadas, entre ellas *chinestra*, *chinastra*, *chinema*, *jiniesta*, *jiniestra*, *jinema*, cada una de las cuales ocupa un área parcial dentro de un área de conjunto que se extiende por toda Huesca, Zaragoza menos Valles del Jalón, los dos tercios septentrionales de Teruel, y nordeste y rincón sureste de Navarra, mientras en La Rioja y las provincias castellanas limítrofes con Aragón encontramos o bien *hiniesta*, *hiniestra* o bien *retama*, formas que también se han introducido en el suroeste de Zaragoza y en el oeste y sur de Teruel²¹.

Se conserva la palatal lateral sonora, *ɸ*, procedente de Lj, en lugar de haber evolucionado a velar fricativa sorda, como en español común, en *mallo* «macho de herrería», forma que tiene gran vitalidad en una amplia área que incluye todo el territorio aragonés (menos la franja occidental extrema de Zaragoza) también la franja oriental y rincón SE. de Navarra, La Rioja Baja y mitad oriental de la Alta, el nordeste de Soria y la zona explorada de Cuenca²².

17. Vid. ALEANR I, mapa 14.

18. Vid. ALEANR I, mapas 61, 62, 70.

19. Vid. ALEANR VII, mapa 868.

20. Vid. ALEANR III, mapa 291.

21. Vid. ALEANR III, mapa 293.

22. Vid. ALEANR IX, mapa 1265.

Una gran parte del léxico característico de las hablas del Valle del Ebro, y más concretamente de las hablas aragonesas, se opone al correspondiente léxico castellano y de la lengua estándar no por motivos histórico-fonéticos sino por la diferencia de los lexemas, es decir se enfrentan dos tipos léxicos distintos de igual significado.

Hablar de la frontera occidental de estos tipos léxicos característicamente aragoneses, o en su caso navarro-riojano-aragoneses es muy difícil porque como en los casos estudiados anteriormente las isoglosas no son coincidentes, aunque las áreas de muchos de estos tipos léxicos del Valle del Ebro ocupen un territorio idéntico o muy semejante al cubierto por las áreas de muchos de los vocablos y de los fenómenos fónicos, morfológicos y sintácticos estudiados hasta ahora, unas veces pasando al otro lado del límite administrativo occidental de Aragón, otras veces coincidiendo sensiblemente con él, y muchas no cubriendo todo el territorio de las provincias del Reino de Aragón, sobre todo el sur del Moncayo, en toda la franja occidental de Zaragoza y Teruel o en parte o partes de la misma.

Simplificando la complicada realidad, y como realmente cada tipo léxico tiene un área distinta de las demás, voy a prescindir de las diferencias que no sean muy grandes y a hacer una relación de los tipos léxicos más representativos de las hablas aragonesas clasificándolos en tres grupos: 1) grupo constituido por las palabras que además de usarse en todo Aragón rebasan el límite administrativo occidental del Reino; 2) grupo compuesto por los vocablos, cuyas isoglosas en el occidente coinciden sensiblemente con el límite administrativo; 3) grupo integrado por las voces cuyas áreas no alcanza, por el occidente, el límite administrativo pero que ocupan la mayor parte del territorio aragonés.

Para hacer las cosas más sencillas, prescindo de lo que ocurre en Navarra, cosa que quizá debería haber hecho desde el principio, aunque es cierto que resulta muy difícil, y quizá poco oportuno, hablar de lo que ocurre o no ocurre en La Rioja sin tener en cuenta lo que ocurre o no ocurre al otro lado del Ebro, pues la suerte de ambas orillas ha sido en el terreno lingüístico, como en otros aspectos, casi siempre la misma.

En el primer grupo incluimos *pozal* «cubo»; *panizo* «maíz»; *guija* «almorta»; *bisalto* «guisante, chícharo»; *aladro* «arado», *ballarie/bayarte/baluarie* «parihuelas»; *grano* «uva»; *oliva* «aceituna»; *poya* «hornaje»; *ballueca/balluaca/balloca/ballueco* «avena loca»; *ababol* «amapola»; *robollón/rebollón* «mízcalo»; *aliaga/allaga/archelaga* «aulaga»; *caparra/caparro/caparrón* «garrapata»; *carnuz/carnuzo/carnuza* «carroña»; *panitiecha/paniquesa* «comadreja»; *fuina/foina/buina/güina/juina* «garduña»; *madrilla/madría* «boga»; *farnaca/fornaca/arnaca* (y variantes) «gabato, lebrato»; *alfals/aufalz/alfalce/alfange* (y variantes) «alfalfa»; *dalla/dallo/talla* «guadaña»; *curra* «mogona»; *blanco/blanquillo/blanquil* «hoja de tocino»; *garganchón* «garganta»; *livianos* «pulmones»; *melsa/mielsa* «bazo»; *turcaz/turcazo/torcazo/trucazo* «paloma torcazo»; *ensobinada/ensopinada* (y variantes) «caballería caída de espaldas»; *socarrase/sumarrase* «quemarse la comida»; *garroso* «zambo»; *arguellido* «canijo»; *lupia/llupia/llubia* «lobanillo»; *borde* «expósito, inclusero»; *lardero/elardero* «jueves gordo»; *caida/cáida* «añadidura»; *airaz/airazo/airera* «ventarrón»; *balsa* «alberca, estanque»; *bandear/bandir* «voltar las campanas»; *chemecar/gemecar/gimicar/gemequiar* «gemir»; *crepazas/quebrazas/requebrazas* (y variantes) «grietas»; *grillones* «brotes de las patatas, tallos».

Al segundo grupo pertenecen *tajadera* «compuerta»; *mardano* «morueco»; *capolar* «picar o moler la carne para el embutido»; *pernil* «jamón»; *espaldas/espaldillas/espaldines/espaldares* «brazuelos, paletillas».

Y en el tercer grupo encontramos *mover* «barbechar»; *porgar* «acribar»; *bozo* «bozal»; *empentar* «empujar»; *porgar/esporgar/espojar* «cerner la uva»; *olivera* «olivo»; *brenza/orenza/aurenza* «tolva»; *sargantana/sangartesa* (y variantes) «lagartija»; *engañapastor* «aguzanieves»; *besque/bresque/bresca/quizque* (y variantes) «liga»; *cabañera/cabañero/cabañil* «cañada»; *remugar/remudar* «rumiar»; *laminar* «lamer»; *boc/boque/buco/bucardo* «macho cabrío»; *tocino* «cerdo»; *fizo/fizón/tizo* (y variantes) «aguijón de la abeja»; *parador/aparador* «vasar»; *calcero/calcerio* «calzado»; *desvezar* «destetar»; *mosen* «cura»; *birlos/birlas/billas* «bolos»; *auca/auco* «ganso».

Como vemos, el grupo segundo es muy reducido, y aunque forzando un poco las cosas podría haber sido incrementado en algunos vocablos más he preferido no hacerlo para así poner una vez más de manifiesto qué difícil y poco probable es que muchas isoglosas coincidan exactamente (no hay límites de dialectos ni de subdialectos ni de hablas regionales sino límites de fenómenos concretos y límites de cada denominación) y más difícil todavía que coincida, además, el haz de isoglosas con el límite administrativo. Naturalmente estos tres grupos no agotan las posibilidades clasificatorias del léxico en el dominio estudiado. Y en la relación que acabamos de hacer se nota la ausencia de una gran cantidad de vocablos típicamente aragoneses. ¿Qué pasa con ellos? Pues ocurre que estas voces no encajaban en los grupos previstos y no encajaban o bien porque a pesar de ser típicamente aragoneses tienen un área de difusión relativamente pequeña, que en muchas ocasiones o no pasa de la zona pirenaica o llega sólo al Ebro o a sus inmediaciones, o bien porque se usan en gran parte del territorio aragonés, no en su totalidad, pero al mismo tiempo su área rebasa en determinadas zonas los límites administrativos de Aragón, sobre todo hacia Navarra, La Rioja y Soria.

Del grupo constituido por palabras que se usan sólo en la zona pirenaica o en la mitad norte de Aragón no voy a hablar porque no parece pertinente.

Sí voy a hacer una relación, indicativa no exhaustiva, de vocablos del otro grupo, eligiendo los más representativos, los más típicamente aragoneses:

Juñir «uncir»; *argados/argaderas* «aguaderas»; *uva* «racimo»; *bolomaga/mormaga* (y variantes) «gatuña»; *puncha/punza* «espina de una planta»; *melón de agua* «sandía»; *mengrana/minglana* (y variantes) «granada»; *arañón/marañón* «endrina silvestre»; *carrasca* «encina»; *falca* «cuña»; *langosta/grillo* «saltamontes»; *limarco/limaco/limarzo* «babosa»; *fardacho/gardacho/ardacho/algardacho* «lagarto»; *falcilla/falceta/falcino/barcino* (y variantes) «vencejo»; *cado/cau* «madriguera»; *femera/femero/femeral* «muladar»; *braguero* «ubre»; *esquinazo* «espinazo»; *binza/bienza/brinza/bince* (y variantes) «fárfara»; *patio* «portal, zaguán»; *jauto/jaudo* «soso»; pulsos «sienes»; *cucar/cuclar/cuquiar* «guiñar»; *varilla* «mandíbula»; *primo hermano* «primo carnal»; *yayo* «abuelo»; *chandra/malachandra/chandradera* «mujer poco hacendosa»; *charrar* «charlar»; *pezolaga/pezolada/pezolago* «indeseable»; *laminero* «goloso»; *peana/peaina/peaña* «andas»; *Candelera* «Candelaria»; *almas/almicas* «ánimas»; *pitos/pitones* «canicas»; *aladrero* «aperador»; *billamarquín/billamartín/billabarquín* «berbiquí»; *raspa* «escofina»; *rosete* «bramil»; *machón* «fuelle de la fragua»; *sanmiguelada* «otoño»; *bochorno/bochornera* «viento del sur»; *rosada* «escarcha»; *tarquín* «cieno»; *tormo/tolmo* «terrón»; *pelaire* «cardador, colchonero».

Teniendo en cuenta todo lo que hemos dicho de los planos prosódico, fonético, morfológico y sintáctico, y considerando también las áreas léxicas establecidas tanto las referentes a vocablos con fenómenos históricos fonéticos lexicalizados como las relativas

a palabras que se oponen por su lexema a los correspondientes sinónimos del dominio castellano propiamente dicho o de la lengua común, podemos concluir que en líneas generales las hablas aragonesas rebasan por el oeste, incluso el sur, los límites administrativos, sobre todo por la Navarra oriental y meridional, por La Rioja Baja y por el nordeste de Soria, también en bastantes ocasiones por Guadalajara y Cuenca.

Muy pocas veces el límite lingüístico coincide con el límite administrativo, y cuando así ocurre es, principalmente, a lo largo de los confines de Zaragoza y Teruel con Soria, Guadalajara y Cuenca y algunas, pocas veces, en la frontera navarra al norte del Ebro.

Si en la mayoría de los casos los fenómenos lingüísticos observados en Aragón aparecen también más allá de los límites occidentales del antiguo Reino, bastantes fenómenos de las hablas del Valle del Ebro no ocupan todo el territorio aragonés administrativo, sobre todo fenómenos del plano léxico pues hay un cierto número de voces típicamente aragonesas que en algunas zonas han sido sustituidas por las correspondientes voces castellanas, o, quizá (en determinada o determinadas comarcas) no se hayan usado nunca allí pues las utilizadas actualmente pueden ser autóctonas, como evidentemente lo son en las tierras sorianas, guadalajareñas y conquenses limítrofes. Digo esto porque precisamente las zonas de Aragón donde encontramos un mayor número de fenómenos, sobre todo de palabras, no aragonesas son por un lado el sur, suroeste y franja oeste de Teruel, zonas limítrofes con Cuenca y Guadalajara, y por otro el rincón suroeste de Zaragoza, colindante con Guadalajara y Soria, y la franja occidental extrema de Zaragoza, al sur del Moncayo, limítrofe con Soria.

Es interesante señalar que el rincón suroeste de Zaragoza aludido tiene como eje el valle del Jalón, de la misma manera que la franja sudoeste y oeste de Teruel está sometida a la influencia del río Jiloca y de las vías de comunicación que van a lo largo de la corriente de agua, lo mismo que ocurre en el referido rincón sudoeste de Zaragoza con la carretera nacional y el ferrocarril que discurren a lo largo del Jalón.

Es muy sabido, ya desde Gilliéron, y lo sabemos muy bien nosotros desde que dispusimos del ALEA, que los ríos son vías de penetración de neologismos o de expansión de determinados fenómenos lingüísticos. Y es muy probable que la existencia del Jalón y del Jiloca y de las vías de comunicación que siguen el curso de los dos ríos tengan la culpa de esa castellanización o estandarización del habla del suroeste y oeste de Teruel y del triángulo sudoriental de Zaragoza. Es muy probable, pero si queremos decir toda la verdad no puedo silenciar el hecho de que con alguna frecuencia, precisamente los pueblos situados al lado del curso del Jalón, o en sus inmediaciones, como Alconchel, Ateca, Sabiñán, La Almunia, presentan las formas típicamente aragonesas diferenciándose, así, del resto de las localidades exploradas en el triángulo suroeste de Zaragoza que ofrecen los sinónimos correspondientes de la lengua común. Claro que de la misma manera que en unos casos el eje del Jalón ha introducido en los pueblos ribereños palabras estándar, en otros puede haber traído hasta ellos palabras típicamente aragonesas, que han viajado en dirección contraria, desde Zaragoza.

**ESTUDIO SOCIOLINGÜÍSTICO
DEL HABLA DE ZARAGOZA: PROBLEMAS
Y PRIMEROS RESULTADOS***

M.ª Antonia MARTÍN ZORRAQUINO
Universidad de Zaragoza

1. BREVE HISTORIA DE UN PROYECTO DE INVESTIGACIÓN

En octubre de 1985 le fue concedida una Ayuda de Investigación de la Diputación General de Aragón a un equipo de profesores del Departamento de Lengua Española (actualmente denominado de Lingüística General e Hispánica) de la Universidad de Zaragoza, en el que figuraba yo como investigadora principal. Pretendíamos realizar un *Estudio sociolingüístico del habla de Zaragoza*, dentro del Programa de «Las modalidades lingüísticas en Aragón», que la Diputación General había incluido en el Área de Investigación de «Ciencias Humanas y Sociales». El período para el que se había solicitado la Ayuda era de un año, pero, en abril de 1986, ampliamos la petición a otros dos, lo que nos fue concedido también.

Nos proponíamos dos grandes objetivos: el primero, de carácter sociolingüístico. Tratábamos de plantear una descripción e interpretación del habla de Zaragoza, comunidad integrada por casi 600.000 habitantes, en función o dependencia de varios factores o variables de orden social (la edad, el sexo, el nivel sociocultural, el estatuto socioeconómico, la procedencia geográfica de los hablantes, la localización en la ciudad de éstos, etc.). Es decir: una investigación que se enmarcara en el dominio del estudio sociolingüístico de las hablas urbanas, de gran difusión en los EE. UU. de América del Norte a partir, sobre todo, de los trabajos de W. Labov, y que, por otra parte, contaba con resultados notablemente valiosos para el dominio hispánico (vid. Alvar, 1972; Cedergren, 1973; López Morales, 1983, etc.). Aunque la orientación del trabajo era fundamentalmente descriptiva, no renunciábamos a los planteamientos más claramente teóricos, en forma de un intento de revisión crítica de algunos de los presupuestos de partida, si la propia investigación lo imponía así. En definitiva, pues, pretendíamos contribuir a una descripción precisa del español hablado en la comunidad más numerosa de Aragón, aportando conclusiones que resultaran provechosas para cuatro campos de estudio: a) el de las modalidades lingüísticas en Aragón; b) el de las tendencias en el español de hoy (aduciendo información sobre el estado de posibles cambios lingüísticos en marcha); c) el de cuestiones más propiamente teóricas (el estatuto de la llamada competencia sociolingüística, por ejemplo), y d) el de la metodología en el análisis del habla.

El segundo objetivo de nuestro estudio tenía una dimensión sociocultural. Incluso, por qué no decirlo, implicaba un cierto compromiso moral. Compromiso que se orientaba en tres direcciones. Tratábamos de ofrecer, de una parte, una investigación complementaria a las que se realizan en otros campos de las Ciencias

* Deseo expresar mi gratitud a varias personas con las que me siento en deuda. En primer lugar, el Dr. don Pedro de Sancristóval y Múrua, Director General de Acción Cultural de la Diputación General de Aragón, responsable directo de mi presencia en el *I Simposio Internacional de Lingüística Aragonesa*, junto con los Dres. don Manuel Alvar, don Tomás Buesa y don Juan A. Frago. Mi agradecimiento va dirigido también al Consejo Asesor de Investigación (CONAI) de la Diputación General por la comprensión y apoyo dispensados al Proyecto al que me refiero en el presente trabajo. Debo destacar lo valiosas y útiles que me resultaron las observaciones expresadas por los Dres. Knorr, Allières, Buesa, Salvador, González Ollé, Llorente, Veny, Enguita y Alvar Ezquerro en el coloquio que siguió a mi intervención en el Simposio. Y, en fin, no puedo olvidar, la comprensión y paciencia de don Vicente Martínez Tejero y don José Luis Acín ante mis dificultades a la hora de elaborar la redacción definitiva de esta contribución.

Humanas y Sociales (la geografía urbana; la economía social; la historia de la propia ciudad, etc.), aspecto este de cierta relevancia si se tiene en cuenta la «juventud» de la Sección de Filología Hispánica (antes «Filología Románica») en relación con las Secciones de Geografía y de Historia de la Facultad de Letras de Zaragoza. De otro lado, intentábamos aproximarnos a la realidad lingüística de la ciudad, inequívocamente castellanohablante pero con una estratificación social del habla que se encontraba por definir, la cual, en principio, podía resultar llamativa para las zonas más desfavorecidas de Zaragoza. Por último, considerábamos interesante emprender una nueva línea de investigación —la sociolingüística— que complementara las ya existentes en nuestro propio Departamento.

Evidentemente, quienes suscribimos el Proyecto fuimos conscientes de su ambición. Por ello, sentimos la necesidad de establecer una serie de prioridades o una jerarquía de objetivos. Así, distinguimos tres grandes fases de trabajo. La primera etapa habría de estar dedicada a la recogida y acopio de materiales (la duración previsible para esta fase era de un año). Una segunda etapa (dos a tres años de trabajo) debería centrarse en la transcripción de los materiales recogidos —al menos, de la parte más representativa— (aspirábamos a poder hacer públicos, en forma de libro, dichos materiales). La tercera fase, de duración imprevisible, habría de consistir en la presentación paulatina de resultados, a través de tesis doctorales, memorias de licenciatura, trabajos de investigación de Tercer Ciclo, monografías, artículos, ponencias y comunicaciones, etcétera.¹

No disponiendo de ninguna descripción previa del habla de Zaragoza, ni siquiera de los datos orientadores que pueden suministrar algunos tipos de encuesta —la ciudad no se halla entre los puntos sometidos a examen en el *Atlas Lingüístico Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja (ALEANR)*—, elaboramos unas hipótesis de partida extraordinariamente provisionales, tanto en lo que se refiere a las variables lingüísticas como a las sociales, que apenas delimitamos, con la esperanza de poder despejar incógnitas en la primera fase del trabajo. Diré, con todo, que partimos de las propuestas del «Proyecto de estudio coordinado de la norma lingüística culta de las principales ciudades de Iberoamérica y de la Península Ibérica» (vid. Lope Blanch, 1986 a) para las variables sociales de «edad» (tal como se ha aplicado para el análisis del habla de Madrid, con la distinción de cuatro generaciones) y «sexo» (50 %, hombres; 50 %, mujeres), así como para el método de recogida de materiales (entrevista directa grabada en cinta magnética, con dos tipos de registro: conversación espontánea y lectura de textos previamente escritos). Destacamos otras dos variables sociales: el «nivel sociocultural», que, en principio, segmentamos en tres apartados —bajo, medio, alto—, abarcadores, respectivamente, de una formación primaria, media o superior, y la «procedencia geográfica», que delimitamos de la

1. Por supuesto, el producto de esta última fase de la investigación habría de quedar excluido del compromiso que contrajéramos en el caso de que nos fuera concedida la Ayuda solicitada. Preveíamos, sin embargo, en el presupuesto que acompañaba a la petición, partidas destinadas a la subvención a jóvenes investigadores en periodo de formación que quisieran incorporarse al Proyecto. De otra parte, si se iniciaba el trabajo, pensábamos que la propia existencia del equipo facilitaría la adscripción de otras personas a través de Planes de Formación de Personal Investigador —u otras Ayudas— (incluidos los de la propia Comunidad Autónoma), lo que, de hecho, ha ocurrido.

siguiente forma: aragoneses (nacidos en la ciudad de Zaragoza / procedentes del resto de Aragón) y no aragoneses. Dejamos abierta la posibilidad de analizar otras dos variables sociales («nivel socioeconómico»; «localización en la ciudad») y no descartamos utilizar otras técnicas de recogida de datos si así nos parecía conveniente después de analizar los que nos ofrecieran las entrevistas grabadas (delimitación de variables lingüísticas susceptibles de análisis a partir de encuesta con un cuestionario o, incluso, del contraste entre dos o más variantes: v. gr. *se lo dije* vs. *se les dije*). Determinamos un universo de estudio en torno al centenar de hablantes y adoptamos la división de la ciudad en las once zonas definidas por el equipo autor de la obra *Zaragoza, barrio a barrio* (AA. VV., 1980-1984), el estudio más detallado y más completo que existe, hasta ahora, sobre la morfología urbana, la distribución de la población, la estratificación sociocultural y socioeconómica, etc. de Zaragoza.

2. PROBLEMAS PLANTEADOS Y DECISIONES ADOPTADAS

Aprobado el Proyecto, realizamos algunas entrevistas de sondeo, entre octubre y noviembre de 1985, con personas de edad, sexo, nivel de instrucción, procedencia geográfica y localización urbana muy diversos. Esta primera aproximación a la ciudad dejó claras las dificultades de la empresa que nos habíamos propuesto y lo arduo de la misma. Los resultados fueron decepcionantes y varios investigadores decidieron abandonar el Proyecto.² Se puso de manifiesto, una vez más, un hecho sobradamente conocido para los estudiosos de las hablas urbanas de muchas comunidades monolingües: el desajuste entre la heterogeneidad de sus habitantes y la aparente uniformidad de su actuación lingüística. La paradoja de la homogeneidad de lo heterogéneo: la nivelación lingüística que se produce cuando una comunidad de habla presenta un alto grado de contacto entre sus hablantes, con acuerdos implícitos bastante claros sobre normas lingüísticas (situación muy frecuente en las ciudades monolingües —aun cuando presenten un estructura social muy compleja— en las que se usa una lengua muy estandarizada, con fuerte presión de la escritura sobre la oralidad, presión subyacente en múltiples actividades cotidianas: la vida escolar, las relaciones con las instituciones oficiales concentradas en los núcleos urbanos, la difusión de tantos y tan poderosos medios de comunicación al alcance de todos, etcétera).³

A pesar de lo decepcionante de los primeros resultados, decidí llevar a cabo el Proyecto, convencida de que los materiales obtenidos siempre constituirían un corpus de datos de interés sobre los que se podría trabajar. Reanudamos la investigación a mediados de septiembre de 1986.

2. Componemos el equipo seis personas. Desde el comienzo, los Dres. Monge, Ridruejo, Porroche y yo misma. En noviembre de 1988 se incorporó don Juan Manuel Cuartero. Acaba de hacerlo, en el curso 1989-1990, don José Luis Aliaga. Agradezco, desde estas líneas, la colaboración de todos ellos. Agradezco también, muy de veras, las palabras de ánimo de los investigadores asistentes a mi intervención en el *I Simposio Internacional de Lingüística Aragonesa*, sobre todo las que me dirigió, con gran afecto, el Dr. don Tomás Buesa Oliver.

3. Vid. LÓPEZ MORALES (1989), 111-112. Cfr. Alvar (1972), 21-28.

Se imponía, desde luego, una mayor precisión sobre el alcance del objeto de estudio (Martín Zorraquino, 1986). Debían definirse con exactitud las variables sociales que, a través de las encuestas de sondeo, se habían revelado relacionadas con los indicios de variación lingüística advertidos. Y también debía establecerse de forma definitiva la muestra representativa de la comunidad de habla de Zaragoza. Por otra parte, había de decidirse asimismo sobre la metodología en la recogida del material lingüístico (si nos limitábamos a la recogida de materiales en entrevista directa o si utilizábamos otros métodos de encuesta).

2.1. Sobre las variables sociales

2.1.1. La población total de la ciudad, según el censo de 1981, era de 590.750 habitantes, número que, en 1986 (nuevo censo), tiende a descender hasta llegar, con la rectificación más actualizada que poseemos, a la cifra de 586.322, en 1988. De ese número de habitantes, prácticamente el 50 % son hombres y el 50 %, mujeres. El número de las mujeres desciende en relación con el de los hombres en los grupos de edad de 0 a 34 años y, en cambio, asciende para los de 35 a 60 años y más, pero las diferencias son siempre pequeñas y están equilibradas para el total de la población.

Aunque en las encuestas de sondeo, el sexo no parecía manifestarse como un factor determinante de variación lingüística, no dudamos en mantenerlo como variable social para nuestro trabajo, dada su pertinencia en muchos estudios sociolingüísticos, dentro del dominio hispánico y fuera de él (cfr., entre otros, Berruto, 1980: 133-151; y López Morales, 1989: 118-128). Teniendo en cuenta la distribución de la población zaragozana, pensamos mantener la partición en torno al 50 % para los hombres y el 50 % para las mujeres, si bien subordinamos la decisión al establecimiento definitivo de la muestra objeto de análisis.

2.1.2. La edad es un factor social que siempre está presente en las investigaciones de carácter sociolingüístico. Es sabida la importancia que le atribuye W. Labov para la iniciación de los cambios lingüísticos en las comunidades de habla norteamericanas. Aunque esta relevancia no sea admitida por muchos investigadores,⁴ es cierto que las diferencias generacionales se reflejan, en la actuación lingüística, de forma constante.⁵ De hecho, en las encuestas de sondeo que efectuamos, el vocabulario de los jóvenes y el ritmo de su elocución nos parecieron claramente marcados, significativamente diferentes de los de otros grupos de edad. Por ello, en nuestro trabajo, mantuvimos la variable y su segmentación inicial en cuatro bloques aunque rectificamos ligeramente la extensión de los intervalos (cfr. Martín Zorraquino, 1986: 134): 15-24 años; 25-40; 41-59; 60 y más. Establecimos la distribución siguiendo las pautas de los estudiosos del habla culta de Madrid, pero

4. Véanse al respecto las referencias bibliográficas que incluye Lázaro Carreter, y sobre todo, sus propias, agudas, observaciones en su excelente artículo «Lenguaje y generaciones» (en F. LÁZARO CARRETER, 1980: 233-251).

5. Vid. BERRUTO (1980): 125-133, y LÓPEZ MORALES (1989), 112-118. López Morales subraya que los fenómenos de variación lingüística asociados con la edad se manifiestan en el plano fónico y, sobre todo, en el léxico. El autor ofrece el conjunto de rasgos que caracterizan las propiedades más comunes del léxico juvenil (pp. 117 y ss.)

precisando que cada grupo debía representar una etapa cronológica diferenciada en la vida de los individuos de la sociedad española actual, sobre todo en las grandes ciudades.⁶ Por otra parte, estaba claro que Zaragoza presenta una población de edades heterogéneas, con una evolución absolutamente homologable a la de las otras ciudades españolas de su rango, por lo que no era necesario aplicar ningún tipo de coeficiente corrector a los grupos de edad distinguidos.⁷

2.1.3. Al empezar nuestra investigación, apenas habíamos reflexionado sobre el grado de interés que podría tener, para el estudio del habla de Zaragoza, la variable social de la procedencia geográfica (naturaleza u origen, por nacimiento) de sus habitantes. Este factor se ha revelado de importancia incluso en algunos trabajos sobre comunidades de habla no multilingües del dominio hispánico.⁸ Un análisis de los datos atinentes al origen geográfico de la población zaragozana nos permitió destacar que más de la mitad de los zaragozanos han nacido fuera de la ciudad, lo que pone de manifiesto un crecimiento y una renovación demográficos recientes.⁹

6. El grupo de 15 a 24 años incluye a los jóvenes que ya han terminado la Educación General Básica y que realizan una etapa de formación, que culmina con la obtención de un título universitario o con una capacitación profesional, situaciones que les permitirán pensar en regular autónomamente su vida (comenzando a trabajar; casándose, etc.). Por otra parte, a los 24 años, la mayoría de los varones ha cumplido ya el servicio militar. La etapa comprendida entre los 25 y los 40 años es, actualmente, para muchas personas, de asentamiento pero también de transición (para las mujeres, la época en la que suelen tener los hijos y criarlos y, por ello, en la que trabajan de modo parcial; para los hombres, son los años en que comienzan a tener un empleo fijo aunque no con la plenitud de satisfacciones que llegarán a alcanzar más adelante —de responsabilidad, remuneración, etc.—). El grupo de 41 a 59 años engloba normalmente a las personas con una actividad laboral más satisfactoria. En torno a los 60 años tiene lugar el acceso a la jubilación. Los intervalos distinguidos coinciden, por otra parte, con los grupos que delimita el Censo Municipal para tablas globalizadoras de la población.

7. La edad media de los habitantes de Zaragoza es de 32,96 años. La población está distribuida bastante homogéneamente en cuanto a esta variable social. De las once zonas urbanas aludidas más arriba, en el texto, la más heterogénea, para la edad, es la de los barrios de la corona rural (algunos en retroceso claro y otros, en cambio, de recepción de gente nueva y joven que trata de aproximarse a la ciudad). La edad media del resto de las zonas se acerca mucho a la de la ciudad. Son más jóvenes las que están en expansión o permiten un coste de vida más barato (San José: 31,8; las Fuentes: 31,9; Arrabal —margen izquierda del Ebro—: 30,3; Delicias: 31,9; Torrero-Venecia: 31,3; Oliver-Valdefierro: 29,9) y son menos jóvenes las que se asientan en el solar más estabilizado de la ciudad, el más antiguo y el más caro —no siempre el más rico— (Gran Vía-Casablanca: 32,8; Almozara-San Pablo: 34,3; Ensanches: 36,0; Casco Viejo: 39,4). De todas formas, aun la zona menos joven (el Casco Viejo) cuenta con polígonos en los que la edad de la población coincide con la de la media de la ciudad; el envejecimiento en esa parte urbana se manifiesta, como era de esperar, en los polígonos con casas más antiguas y menos cómodas (Casco Romano) y se ve favorecido, de otro lado, por el hecho de que muchos de sus edificios están destinados al comercio o a la gestión.

8. Vid. LÓPEZ MORALES (1989), 136-137. El autor destaca que la «procedencia» es un factor social cuyo estudio constituye una innovación debida a Henrietta J. Cedergren: «... su trabajo sobre la ciudad de Panamá logró demostrar lo pertinente de este factor en el estudio de la variación lingüística en comunidades cuya composición demográfica cuenta con un importante aluvión de inmigrantes rurales, llegados al núcleo urbano con muy diferente edad» (p. 136).

9. En efecto, en la «Síntesis histórica de la ciudad de Zaragoza» que traza EIROA, Jorge Juan (AA. VV., 1982: 13-34), puede advertirse el crecimiento asombroso de Zaragoza a lo largo del siglo XX, realmente espectacular a partir de 1960. De los 30.000 habitantes que se asignan a la ciudad romana (en su momento de apogeo: antes del S. III d. C.), los 25.000 del Reinado de Carlos V (primero y segundo tercios del XVI), los 42.600 del Censo de Floridablanca (1787), o los 60.000 del comienzo de la segunda mitad del XIX (rehecha la ciudad de los desastres de la Guerra de la Independencia), se pasa a 98.125,

Nos resultó especialmente llamativo comprobar que, si el 46,21 % de los habitantes son nacidos en Zaragoza, el 65,84 % lo son en su provincia, y que, hasta casi el 75 %, todos son aragoneses. Es decir: Zaragoza es una comunidad de habla integrada por más de dos tercios de población aragonesa, fundamentalmente zaragozana, con importante inmigración rural (30 %), inmigración que, procede mayoritariamente de la propia provincia de Zaragoza (19,63 %) y, en mucho menor grado, de Teruel (6,81 %) y, aún menos, de Huesca (3,74 %).

Teniendo en cuenta todos los datos expuestos, decidimos mantener, para el universo objeto de estudio, la distinción entre «aragoneses de Zaragoza»/«aragoneses de procedencia rural», si bien sospechamos, ante los resultados de las primeras encuestas de sondeo, que esta distinción sería significativa, para la variación lingüística, solamente asociada a las variables «nivel de instrucción» y «edad» (según cuál fuera la de llegada a la ciudad).¹⁰

Algo más de un cuarto de la población zaragozana procede de zonas geográficas de España no aragonesas. De estos inmigrantes, el 10,542 % es de origen castellano (se dice que Zaragoza es la principal ciudad soriana —lo ha sido, al menos, hasta la constitución del llamado Estado de las Autonomías—); el 3,347 % procede de Andalucía; el 2,436 %, de Vasconia-Navarra; con valores ligeramente por encima del 1 % en cada caso, de Cataluña-Baleares, León-Asturias, Murcia-Valencia y Extremadura; por debajo del 1 % están los emigrantes de Canarias y los de Galicia. La estimable emigración castellana incide claramente en el carácter castellanohablante de la comunidad de Zaragoza, rasgo ya destacado.

Consideramos que el comportamiento lingüístico de estos grupos de inmigrantes no parecía ofrecer mucho interés para un estudio sociolingüístico, dada su baja proporción media. No obstante, tratamos de analizar si estos inmigrantes no aragoneses podían constituir grupos relevantes en alguna zona dentro del entramado urbano, condición esta que, de darse, nos habría de llevar a rectificar nuestra primera impresión, en la medida en que algún conjunto incidiera de forma significativa en la población de alguna de las zonas identificadas. Observamos que la distribución de los inmigrantes en las once áreas aludidas reflejaba de forma constante los valores medios, salvo en el caso de los andaluces.

en 1900 (que ya son 100.000 en 1909); a 200.000, en 1935; 275.000, en 1955, y ...casi 600.000, en 1982. En el t. 2 del *Gran Atlas de España* (AA. VV., 1989), se subraya también el carácter macrocéfalo de la región aragonesa: «La metrópoli regional, Zaragoza, con más de medio millón de habitantes, domina el territorio directamente o a través de una red bastante densa y regular de ciudades medias, como Huesca, Teruel, Calatayud, etc.» (p. 355). Sin embargo, esta valoración se pondera al presentar la dimensión demográfica de la propia ciudad: «Zaragoza es la metrópoli de Aragón y la quinta ciudad española por el número de habitantes. Con frecuencia ha sido acusada de cabeza excesiva para un cuerpo modesto, pero, en realidad, Zaragoza es más que la capital de Aragón, es una metrópoli de segundo rango en el sistema urbano español, y, como tal, su dimensión demográfica es más bien moderada» (p. 356).

10. Cedergren distribuye el factor «procedencia geográfica» en cuatro segmentos: 1) sujetos nacidos en la capital o llegados a ella con menos de seis años de edad; 2) sujetos llegados a la capital entre los 6 y los 12 años; 3) sujetos llegados entre los 13 y los 20; 4) los llegados con 21 años o más (vid. LÓPEZ MORALES, 1989: 136).

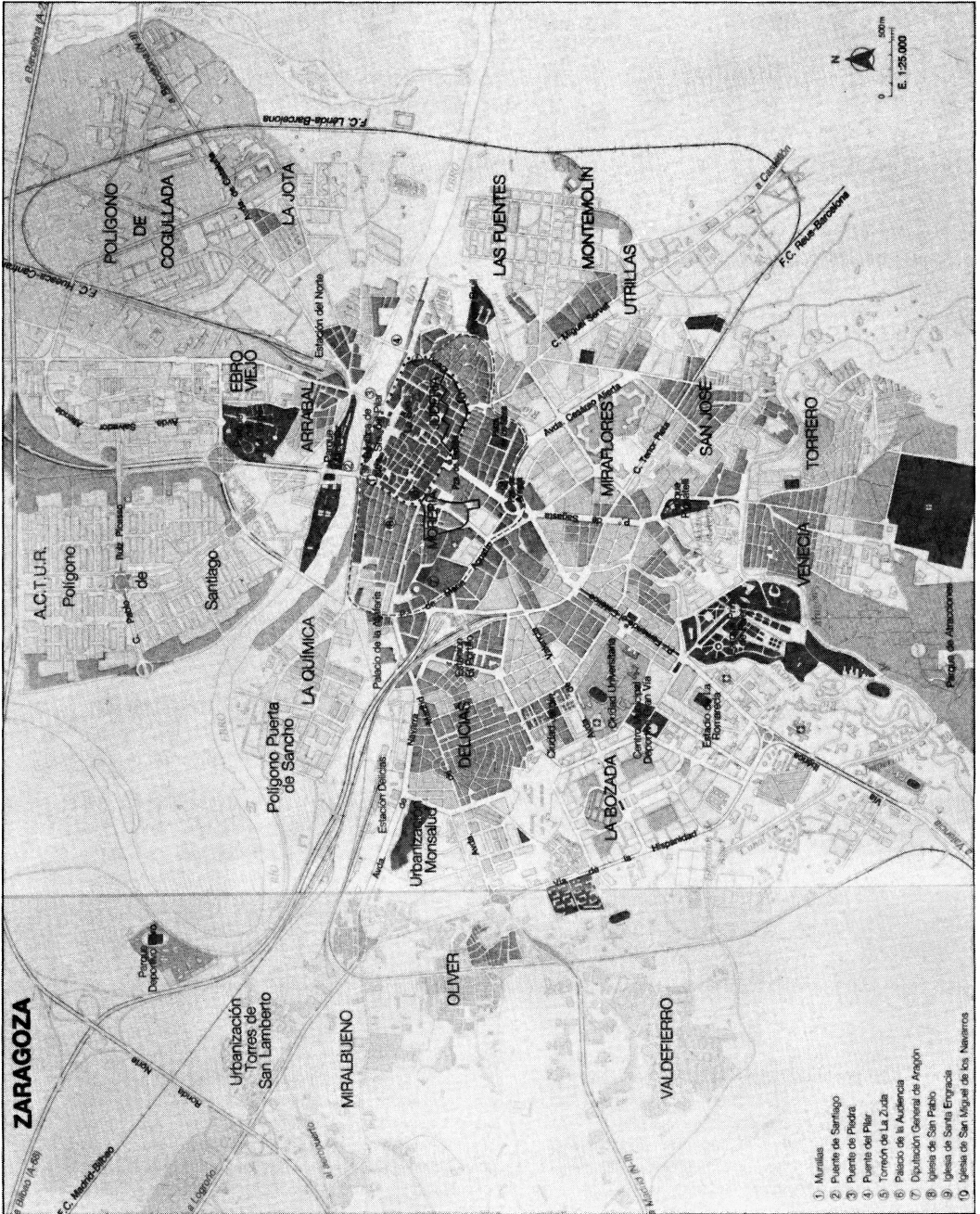
En efecto, los inmigrantes de Andalucía representan entre el 1% y el 3 % de la población de las diversas zonas de la ciudad, con la excepción de la de índices socioculturales y socioeconómicos más bajos —Oliver-Valdefierro—, donde su presencia alcanza el 10,244 %. Decidimos, por ello, desestimar, en nuestra fase de recogida de materiales, la variante «procedencia geográfica no aragonesa», con la excepción de los hablantes de origen andaluz incluidos en los barrios Oliver-Valdefierro, a los que pensamos entrevistar también, aunque como grupo específico, y en una etapa de trabajo posterior a la de catalogación y valoración de las encuestas llevadas a cabo a los habitantes zaragozanos de naturaleza aragonesa.

2.1.4. La variable social cuya pertinencia nos planteó más dudas desde el comienzo de nuestro estudio fue, sin duda, la «localización» o «ubicación» de los hablantes en la ciudad. El barrio puede ser un medio aglutinador de los ciudadanos; puede favorecer su cohesión, su agrupamiento, y, en definitiva, puede contribuir a orientar su conciencia y actitudes lingüísticas. De hecho, varios sociolingüistas (Fishman, Trudgill, etc.) han analizado el papel integrador que esta variable desempeña para los miembros de comunidades minoritarias, que pueden hallarse fuertemente unidos en el interior de una ciudad. Ahora bien, la zona urbana en la que se vive sólo puede llegar a ser variable social relevante si los hablantes la sienten como un espacio diferenciado del resto y si, además, ella opera como un elemento unificador, co-determinante de una conducta lingüística peculiar. Así, por ejemplo, en su estudio sobre el habla de Las Palmas, Alvar ha destacado la importancia de los barrios para la estratificación social lingüística, delimitando las zonas urbanas de acuerdo con las distinciones que establecen los propios ciudadanos.¹¹

En el caso de Zaragoza, debíamos determinar si las once zonas urbanas varias veces aludidas se correspondían con barrios definidos, en los que pudiera percibirse una variación lingüística peculiar, o si, por el contrario, reflejaban una distribución o división más bien basadas en la evolución histórica del entramado urbano, en la configuración socioeconómica de sus habitantes y en otros factores —perspectivas de desarrollo, por ejemplo— no necesariamente relacionables con el uso lingüístico. En todo caso, se imponía plantear la pertinencia de la variable social que nos ocupa para el estudio emprendido.

La ciudad se extiende sobre una superficie de 1.059,9 Km², a una altitud de 200 m. sobre el nivel del mar. Constituye uno de los núcleos más poblados y extensos de España (el quinto), que ha aumentado de tamaño, claro está, a lo largo del tiempo pero, sobre todo, durante el siglo XX y, muy especialmente, como ya se ha señalado para su población, en los últimos treinta años. En el plano que ilustra el presente trabajo, puede comprobarse la ampliación paulatina de la ciudad a partir de su núcleo original (con la marca —ya casi borrada en la realidad— de las antiguas

11. El autor encuestó a hablantes de la misma ciudad, de distinta edad, sexo, nivel sociocultural y localización. «Gracias a esto —subraya— podríamos conocer la irradiación que la ciudad va ejerciendo sobre las zonas rurales y, recíprocamente, la penetración —como por ósmosis— de los elementos campesinos en la estructura urbana» (ALVAR, 1972: 28). Un poco más adelante advierte que la división en la ciudad se ha hecho según «los barrios que suelen identificar sus habitantes». Otros autores han tenido en cuenta el factor que nos ocupa para el estudio sociolingüístico de un habla urbana hispánica. Así, v. gr. Vidal Lamíquiz, para Sevilla (vid. PINEDA, 1983, incluido en LOPE BLANCH, 1986a: 151).



murallas). De hecho, desde la fundación romana hasta nuestros días, Zaragoza representa un ejemplo importante de ciudad «que ha mantenido su planta originaria, sin destrucciones catastróficas, siempre asentada sobre el mismo solar en donde se superpondrán nuevos caseríos y culturas: y todo gracias al fortísimo ceñidor erigido por Roma» (Canellas, 1960: 210).¹²

La ciudad ha acomodado sus formas a las funciones que sus habitantes se han visto obligados a realizar o que han determinado voluntariamente; por otra parte, también su propia morfología ha creado en algunos casos funciones urbanas particulares (vid. Calvo, 1980).¹³ Como puede apreciarse en el plano adjunto, el casco romano se mantiene de forma casi intacta aunque muy degradado (rodeado por murallas romanas del siglo III, ya apenas conservadas aunque marcadas en el plano por...), y, a partir de él, el trazado urbano se ha extendido en diversas direcciones: hacia el oeste, con la repoblación cristiana del siglo XIII, que forma el barrio de San Pablo; hacia el suroeste, donde, extramuros de la muralla romana (y tapial musulmán), tras las capitulaciones de Saraqusta ante Alfonso el Batallador, la morería hace nacer el barrio del Azoque; hacia el sureste, donde prolongará su espacio la judería zaragozana. Nuevos colonos cristianos extenderán el caserío por las huertas de Zaragoza —obsérvese la marca, por medio de una línea discontinua (---), del recinto amurallado en el siglo XIV—, lo que harán también, hasta el siglo XVIII, las órdenes religiosas con sus conventos. En el siglo XIX, rehecha la ciudad tras la tragedia de sus dos sitios, la instalación del ferrocarril en Zaragoza (a partir de 1860) generará los barrios de estación (áreas del Arrabal, Madre Sacramento, Goya-Tenor Fleta, antigua estación de Utrillas junto a Miguel Servet, etc.). Los ensanches de la ciudad se producirán de manera continua en nuestro siglo (cfr. n. 13): data aproximadamente de 1900 a 1940 la aparición de barrios como Delicias, Venecia, San José u Oliver, que se prolongarán, acrecentándose (Torrero), al tiempo que surgen otros nuevos (Las Fuentes) entre 1940 y 1958 (comienzo de Valdefierro).

12. Aunque se echa de menos un estudio concienzudo y exhaustivo de la evolución urbanística de la ciudad hasta hoy (cfr. AA. VV., 1980-1984: 24), existen algunas síntesis sobre la misma muy ilustrativas. Véanse, sobre todo: CANELLAS (1960) y (1977) —esta última obra es una historiografía muy completa y magnífica de la ciudad, confeccionada con la acribia y el rigor peculiares de su autor—; AA. VV. (1982), que contiene una *Guía histórico-artística de Zaragoza*, coordinada con maestría por Guillermo Fatás —el resultado es una verdadera joya—, y las páginas de «Aproximación a la ciudad» de la obra *Zaragoza, barrio a barrio* (AA. VV., 1980-1984). Véase también, para aspectos parciales del tema, AA. VV. (1984).

13. Se distinguen, desde el punto de vista urbanístico, cinco etapas en el desarrollo de la ciudad: la Zaragoza romana, la medieval (que se prolonga hasta mediados del siglo XIX), la resultante de la presencia del ferrocarril y de la primitiva industrialización, la de los ensanches esbozados a comienzos del siglo actual y la que es resultado del Polo de Desarrollo (1960) hasta llegar al momento presente (AA. VV., 1980-1984: «Aproximación a la ciudad»).

Con respecto a la situación física, debe recordarse que Zaragoza está localizada entre el Pirineo, al norte, y el Sistema Ibérico, al sur, en lo que los aragoneses de la montaña denominan la «Tierra llana» y los geógrafos, la Depresión del Ebro. Nace la ciudad en la margen derecha del río, aunque se extiende desde los últimos veinte años a un ritmo acelerado en la izquierda. Se encuentra surcada por un pequeño afluente del Ebro —el o la Huerva—, cuyo cubrimiento representó un ensanche importante de Zaragoza en los años veinte del presente siglo, y en las cercanías de otro afluente, éste importante, el Gállego, que baña algunos barrios de la corona rural.

En la margen derecha del Ebro se amplía, así, concéntricamente, sin solución de continuidad, la planta romana, mientras que la expansión en la margen izquierda (hoy impresionante: A. C. T. U. R.), se produce, más allá del Arrabal y de los pequeños núcleos en torno a la antigua Estación del Norte (también llamada del Arrabal) y al barrio de la Jota, en los últimos veinte años.

En este solar zaragozano, un grupo de especialistas (arquitectos, geógrafos, sociólogos, economistas, etc.) ha establecido, según he indicado ya, una división en once zonas. En estas zonas se hallan insertos, como el lector habrá podido adivinar, antiguos barrios periféricos, hoy integrados en el cuerpo de la ciudad (con la excepción de los pertenecientes a la llamada corona rural o de los desgajados del núcleo urbano Oliver-Valdefierro, sobre todo este último). El problema principal que planteaba esta división, para nuestro trabajo, era si, como ya he señalado más arriba, ella se correspondía con espacios definidos a cuyos habitantes pudiera asignarse, además, un comportamiento verbal específico, o no.

Nos dimos cuenta de que cada una de esas áreas era el resultado de la aplicación de un análisis urbanístico —morfológico y demográfico— pero no reflejaba ni una «conciencia de zona» (que pudiera asemejarse a la «conciencia de barrio»), para sus habitantes, ni comportaba —estaba claro— una conducta lingüística diferenciada. Observamos también, por otra parte, el papel paulatinamente aglutinador de la ciudad, en la que las fronteras de los antiguos barrios se han ido borrando con el tiempo. Apreciamos, en fin, a través de las encuestas de sondeo, que los hablantes de Zaragoza no creen que exista una correlación entre «uso lingüístico»/«localización en la ciudad», ni, en su actuación, manifiestan rasgos lingüísticos peculiares atribuibles a la ubicación urbana.¹⁴ En consecuencia —rectificando algunas propuestas de Martín Zorraquino (1986: 130-132)—, decidimos prescindir de esta variable social para el acopio de materiales representativos del habla de la ciudad, si bien nos propusimos tenerla en cuenta para fases posteriores del trabajo.

Determinamos, así, realizar fundamentalmente nuestras entrevistas en el llamado *Centro* de la ciudad, por ser la zona más representativa y por ofrecer una proporción adecuada de todos los factores sometidos a investigación.¹⁵ Sin embargo,

14. Las encuestas dejaron entrever, en cambio, la subordinación de la «localización en la ciudad» a otros factores como «nivel de instrucción» y «procedencia geográfica», para el comportamiento lingüístico.

15. En MARTÍN ZORRAQUINO (1986: 128-132), ofrecemos una síntesis de las zonas distinguidas por AA. VV. (1980-1984) dentro del término de Zaragoza. El lector interesado puede acudir a la obra original y a las páginas citadas de mi propio artículo, si desea obtener una información más precisa sobre la morfología, demografía y otros aspectos urbanos de cada una de las áreas aludidas. Para una mejor comprensión del presente estudio, indico simplemente el nombre de las zonas identificadas (confróntese su localización en el plano adjunto): 1. *Ciudad romana y Centro* (simplemente: *Centro*) (*Casco Romano*; *Eje Independencia-Salamero*; *Plaza de Toros*); 2. *Ensanches* (*Miraflores-Sagasta*; *Paseo de Teruel-Hernán Cortés*); 3. *San José* (*Miraflores-Montemolin*; *Tenor Fleta-Cabezo Cortado*); 4. *Las Fuentes-Miguel Servet*; 5. *Arrabal*; 6. *La Almozara-San Pablo*; 7. *Oliver-Valdefierro*; 8. *Delicias-Ciudad Jardín* (*Romareda*; *Delicias*; *Ciudad Jardín*; *La Bozada*); 9. *Gran Vía-Casablanca*; 10. *Torrero-Venencia*; 11. *Barrios de la Corona rural* (vid. n. 16) (estos no se hallan en el plano). En términos generales, la zona 1 corresponde casi en su conjunto al Distrito 1 municipal, si bien no incluye el primitivo barrio de San Pablo y, en cambio, alberga el Eje Independencia-Salamero.

consideramos oportuno también analizar las dos áreas urbanas más desviadas de los valores medios (para edad, nivel de instrucción, etc.) de la ciudad, tanto por «exceso» (*Ensanches*) como por «defecto» (*Oliver-Valdefierro*), mediante la obtención de materiales en estas zonas, materiales que, además, podrían tenerse en cuenta como elementos de contraste en etapas posteriores del trabajo. Juzgamos de interés asimismo las encuestas en los barrios de la corona rural, aunque las pospusimos a la etapa de estudio del casco urbano y decidimos no incluirlas en nuestro Proyecto de Investigación.¹⁶

2.1.5. Si la variable «localización en la ciudad» nos resultó difícil de valorar al empezar nuestro trabajo, todavía nos planteó más problemas la determinación del llamado factor «nivel sociocultural». Tanto la definición o caracterización de esta variable como su segmentación para nuestro universo de estudio presentaban aspectos complejos, para los que no veíamos una solución clara.

En las encuestas de sondeo habíamos podido apreciar que los datos correspondientes al «nivel de instrucción» de los hablantes (concepto relacionado con el de «nivel sociocultural», término este más difuso) se reflejaban de forma inequívoca en su comportamiento lingüístico (por ejemplo: los informantes con un nivel de instrucción más bajo eran los que presentaban una entonación más marcadamente regional y los que reducían la abertura vocálica en algunos entornos de la frase —en posición átona y, especialmente, en el interior de ciertas combinaciones sintagmáticas: v. gr. ‘ya l’ hi dicho’ vs. ‘ya le he dicho’—). Los

La Zona *Centro*, elegida como representativa de la ciudad, refleja bastante fielmente los valores medios de Zaragoza para las variables sociales acotadas. Es un área heterogénea, en el sentido de que está constituida por polígonos que oscilan bastante en relación con la edad, la procedencia geográfica de sus habitantes y los niveles de instrucción. El Casco Romano, por ejemplo, presenta índices de mayor envejecimiento que los de las otras subzonas (Independencia-Salamero-Plaza de Toros); por otra parte, es la que acumula el índice más alto de habitantes de procedencia rural; es, junto con el sector de la Plaza de Toros, el espacio con niveles de instrucción más bajos, mientras que el Eje Independencia-Salamero ofrece los de más alto grado de instrucción de la zona. Pero esta heterogeneidad es, en sí misma, un reflejo de la propia configuración de la ciudad.

Quede constancia de mi agradecimiento, en esta nota, al Prof. Dr. don José Luis Calvo Palacios, especialista destacado en el estudio de la geografía zaragozana, por las referencias bibliográficas y las orientaciones generales que me dio al comienzo de nuestro Proyecto.

16. Los llamados barrios de la corona rural zaragozana comprenden los términos de Casetas, Monzalbarba, Garrapinillos, Alcofea, Juslibol, S. Juan de Mozarrifar, Sta. Isabel, Montañana, Peñafior, Villamayor, Movera y La Cartuja Baja. Todos ellos se hallan situados en el territorio municipal de Zaragoza aunque resultan bastante distintos entre sí y en relación con los valores medios de la ciudad. Y ello, no sólo respecto de la edad (cfr. n. 7) sino también para otros factores, como los niveles de instrucción o la procedencia geográfica. La evolución de la población no es tampoco uniforme: Casetas, por ejemplo, y Santa Isabel son zonas de crecimiento y con gran movilidad; Monzalbarba puede considerarse en una línea media-alta; Alcofea, San Juan de Mozarrifar, Peñafior, Villamayor, Movera y La Cartuja se caracterizan por una evolución muy baja, con índices de edad muy altos; Garrapinillos y Juslibol se incluyen en la tendencia media-baja. Hay que señalar que la situación de estas zonas puede modificarse a partir de la construcción de urbanizaciones (es el caso de Garrapinillos, por ejemplo) y de la asimilación progresiva al casco urbano (es lo que se advierte para Juslibol y Santa Isabel).

Los barrios rurales zaragozanos merecen un estudio aparte. Sospecho que los datos procedentes de esas áreas complementarán los resultados de los análisis correspondientes a las correlaciones entre las variantes lingüísticas y las variantes sociales «procedencia rural aragonesa» y «nivel de instrucción bajo».

estratos «socioculturales» o el «nivel sociocultural» se manifestaban, pues, como una variable social de interés indudable para el análisis de la variación lingüística en Zaragoza (lo que permitía confirmar, de otra parte, las postulaciones de otros investigadores para muchas áreas del dominio hispánico, y de otras lenguas).¹⁷ Y, sin embargo, dicho factor no dejaba de presentar dificultades en su aplicación concreta para nuestro estudio.

La determinación que de la variable que nos ocupa hace la sociolingüística laboviana (a base de tres parámetros fundamentales: 1) la educación o instrucción; 2) la profesión; 3) los ingresos de los hablantes), a pesar de su aplicación, en trabajos excelentes, con resultados espléndidos, dentro del dominio hispánico (Cedergren, 1973 y López Morales, 1983; ahora, Samper Padilla, 1990), no nos parecía, *a priori*, claramente trasladable a la sociedad zaragozana, como tampoco la segmentación o estratificación que de dicho factor se ofrece en los estudios de esa orientación científica (en 9 estratos, por ejemplo, en las investigaciones de Labov). Una reflexión detenida sobre la estratificación social urbana nos llevó (con posterioridad a lo expuesto por mí misma en 1986 —Martín Zorraquino, 1986: 132-134) a compartir muchas de las dudas y reticencias que algunos investigadores manifiestan en torno a la variable que nos ocupa. A este respecto, son inteligentes, y ricas en matizaciones, las páginas de G. Berruto en *La variabilità sociale della lingua* (Berruto, 1980: 56-86). El autor, que prefiere, por más neutro, el término *strato sociale* al de *livello sociale* (más próximo, este, al de «nivel sociocultural»), resalta la complejidad de este factor y avisa sobre el peligro de «mecanicismo» y arbitrariedad que subyace a la división en estratos socioculturales que suele ofrecerse en los estudios de carácter sociolingüístico.¹⁸ Por otra parte, además, también los sociólogos (y me refiero concretamente a los sociólogos españoles) han destacado la dificultad que supone para el científico la estratificación de la sociedad en cualquier país industrializado.

Los autores del llamado Informe FOESSA de 1983 (para la España de los años 1975-1983), han escrito: «... la complejidad sectorial de un sistema ocupacional no

17. Cfr. LÓPEZ MORALES (1989), 133, donde puede leerse: «No existen sociedades complejas en las que el factor sociocultural no incida, a veces fuertemente, en numerosos casos de variación a través de todos los niveles de lengua». (Véanse las referencias bibliográficas de la n. 21, en la misma página). La variable es especialmente interesante para muchos sociolingüistas porque permite discriminar bien entre sociolectos y apreciar si un cambio lingüístico está en marcha o si, por el contrario, una situación lingüística es estable aunque se encuentre fuertemente estratificada (*op. cit.*: 132).

18. Berruto destaca que, en el factor «estrato social» (o «nivel sociocultural»), se hallan comprendidos numerosos aspectos que merecerían ser considerados por sí mismos, aisladamente, y puestos en correlación con la variación lingüística: el grado de escolaridad y de instrucción; la profesión u ocupación; la disponibilidad de y el acceso a los bienes y a las experiencias materiales y culturales; el *status*; los pequeños grupos frecuentados, las costumbres y los sistemas de valores, etc. (BERRUTO, 1980: 58 y 59). En una nota al pie de la página 59 (la n. 6) indica que la división en estratos de la población indagada, cualquiera que sean los factores tomados en consideración —normalmente: grado de instrucción, renta, profesión y vivienda— tiende a ser mecánica o arbitraria y señala que la consideración de muchos estratos no suele ser útil porque la diferenciación lingüística, según él, no es proporcional a la distancia social. Berruto advierte dos grandes tendencias, en la variación del habla, determinadas por la estratificación social (*op. cit.*, 60), el estrato social alto se inclina al uso de la variedad estándar de la lengua («ove questa esista nella sua più piena espressione»), y los estratos sociales que tienden hacia abajo ofrecen formas menos próximas a las consideradas, lingüísticamente, menos consagradas, menos prestigiosas o menos correctas.

se puede reducir a un sistema estratificacional sin empobrecer intolerablemente la información, pues no hay un solo sistema de estratificación, sino varios: el de las grandes urbes industriales y de servicios, el de las zonas básicamente agrícolas atrasadas, y los intermedios que la realidad del país ponga de manifiesto» (AA. VV., FOESSA, 1983: 64). De hecho, para el universo que les ocupa (la España de los años 1975-1983), los autores establecen una división en seis grandes clases sociales que integran cuarenta y cinco sectores de ocupación.¹⁹ También para el entramado social zaragozano los expertos a los que hemos hecho referencia más arriba (§ 1; AA. VV., 1980-1984) seleccionan varios factores de estratificación. Así, junto a los «niveles de instrucción» (que se corresponden, en parte, con las titulaciones vigentes en España con anterioridad al desarrollo de la Ley General de Educación de 1970 y que son los que figuran en el Censo Municipal hasta el presente),²⁰ determinan un conjunto de valores de carácter socioeconómico que incluyen en una variable denominada «índices de estructura social y calidad de vida», que segmentan en tres apartados: clase alta, clase media y clase baja (los índices son calculados a partir de la combinación de varios tipos de factores: la categoría socio-profesional, los niveles de instrucción y las características de la vivienda de los habitantes de Zaragoza).²¹

Ante lo complejo de los elementos que se conjugan para la caracterización de un factor como el «nivel sociocultural», según hemos tratado de mostrar, optamos por basarnos fundamentalmente, en nuestro trabajo, para esta variable, en los niveles de instrucción, al menos para una primera estratificación (o pre-estratificación) de la muestra objeto de estudio. Rectificando la propuesta inicial (§ 1 más arriba), establecimos cuatro segmentos: bajo (analfabetos y primaria incompleta), medio-bajo (primaria completa; bachillerato elemental), medio-alto (bachillerato superior; formación profesional; titulados medios) y alto (titulados superiores). Decidimos dejar para más adelante, cuando ya tuviéramos un conocimiento mejor de la actuación lingüística de los informantes, la posible ponderación de esos índices con otros, de carácter más claramente socioeconómico (ingresos y sector profesional u ocupacional), como han hecho otros estudiosos de hablas urbanas hispánicas (López Morales, 1983 y ahora, Samper Padilla, 1990).

19. Me refiero al apartado «De la estructura ocupacional a las clases sociales» incluido en *Informe sociológico sobre el cambio social en España (1975-1983)*, volumen II, Madrid, Fundación FOESSA, 1983, pp. 64-67 (citado como AA. VV. FOESSA, 1983). Las seis clases distinguidas son: alta, media alta, media media, media baja, obrera especializada y peonaje. Los porcentajes de esas clases sociales en la muestra objeto de estudio así como los sectores ocupacionales que engloba cada una de ellas se especifican a lo largo de las páginas citadas. Los autores indican, con tristeza, en el párrafo final del apartado, la aparición y crecimiento de una nueva clase social en España: la de los parados. Aprovecho la nota presente para agradecer a la Dra. doña Ángela López Jiménez, profesora Titular de Sociología en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de Zaragoza, la cordialidad e interés con que atendió mis consultas sobre el factor social que nos ocupa.

20. Se trata de los siguientes apartados: analfabetos, primaria incompleta, primaria completa, bachillerato elemental, bachillerato superior, formación profesional, titulado medio y titulado superior.

21. La primera cifra (la categoría socio-profesional) se determina a partir de los ingresos del cabeza de familia. No queda claro, sin embargo, en el trabajo, cómo se obtienen los límites entre los segmentos diferenciados. Puede deducirse de las tablas ofrecidas que, en valores medios, la población zaragozana se distribuye, a principios de los ochenta, en clase alta (15,20 %), media (35,6 %) y baja (49,1 %).

2.1.6. Hemos de advertir, en fin, en relación con otras variables o factores sociales que suelen distinguirse en los estudios sociolingüísticos (etnia, religión, etc.), que ninguno de ellos se manifiesta de relevancia en la actuación lingüística de los zaragozanos.

2.2. Sobre la muestra objeto de estudio

Al comenzar nuestra investigación, decidimos recoger materiales grabados a un centenar de informantes (*supra*, § 1). La cifra parecía suficiente si se piensa en los trabajos llevados a cabo para otras áreas urbanas (Labov, 1966; Alvar, 1972; Cedergren, 1973; López Morales, 1983, etc.). Sin embargo, puesto en marcha el estudio, hubimos de determinar, con más precisión, la distribución del universo objeto de análisis y el método de recogida de datos.

Es conocida, y aplicada en casi todos los estudios de sociolingüística urbana del dominio hispánico de orientación laboviana, la observación de Labov (1966; 170-171) de que, si una muestra se halla estratificada de forma adecuada, basta con seleccionar 25 hablantes, para una población de 100.000 habitantes, para obtener una muestra representativa de la población objeto de investigación (Labov trató de probar, con datos empíricos, que los resultados no varían significativamente siempre que la muestra no sea inferior al 0,025 % del corpus). Siguiendo estas pautas de cálculo, la muestra representativa mínima de la población de Zaragoza habría de ser de 122 informantes.²² Nos pareció, sin embargo, conveniente aumentar esta cifra por tres motivos: en primer lugar, porque la estratificación no podía hacerse con toda la precisión requerida, al no poseer una informatización actualizada de los datos correspondientes a la procedencia geográfica (aragoneses de Zaragoza capital / aragoneses nacidos fuera de Zaragoza capital) ni a los niveles de instrucción de la población; en segundo lugar, porque teníamos que operar sobre un corpus del que no poseíamos ninguna descripción lingüística previa y, por tanto, nuestro trabajo debía consistir en una recogida de materiales que pudieran servir no sólo de instrumento de trabajo para nosotros mismos y para otros (una base de datos), sino además, y sobre todo, de guía u orientación sobre las tendencias más interesantes en la variación lingüística en el habla de Zaragoza; y, en tercer lugar, porque la cifra mínima correspondiente al 0,025 % de la población podía resultar «robusta», en términos estadísticos, al menos según algunos investigadores.²³

En definitiva, hemos establecido una muestra de 300 informantes, proporcional a los estratos de sexo y generaciones de edad ya determinados, atendiendo a la distribución siguiente:

22. La población de Zaragoza es, según los datos actualizados del Censo Municipal, de 586.322 habitantes. Si se prescinde de los comprendidos entre 0 y 15 años, dicho número desciende a 486.909. Se comprobará que 122 es el 0,025 % de dicha cifra última.

23. Agradezco a mi querido compañero y amigo, el Dr. don Antonio Aznar Grasa, catedrático de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de Zaragoza, en la especialidad de Econometría, sus observaciones y consejos para este aspecto del trabajo así como su inapreciable ayuda para el cálculo de la muestra objeto de estudio. Omitimos en esta contribución las operaciones y fórmulas utilizadas.

CORPUS

SEXO	DISTRIBUCIÓN POR EDAD				TOTALES
	15 - 24	25 - 40	41 - 59	60...	
VARONES	48.521	63.509	70.801	49.752	N ₁ = 232.583
HEMRAS	46.209	65.062	74.652	68.403	N ₂ = 254.326
					N = 486.909

MUESTRA OBJETO DE ANÁLISIS

SEXO	DISTRIBUCIÓN POR EDAD				TOTALES
	15 - 24	25 - 40	41 - 59	60...	
VARONES	30	39	44	30	143 = n ₁
HEMRAS	28	40	46	33	157 = n ₂
					n = 300

Por supuesto, en el interior de los estratos distinguidos, se introducirán las dos subdivisiones correspondientes a «procedencia geográfica» y «nivel de instrucción» (pre-estratificación de la variable «nivel sociocultural»), en el momento en que dispongamos de la información actualizada sobre esos factores (en fase de informatización en el Censo Municipal). En todo caso, las cifras de la muestra garantizan una fiabilidad suficiente para nuestro objeto de investigación (obsérvese que superan el 0,06 % de la población total: casi el triple de la cifra mínima de 0,025 % señalada).²⁴

2.3. Sobre la recogida de los materiales

En cuanto a las diversas formas posibles de recogida de materiales que suelen practicarse en los estudios sociolingüísticos (Berruto, 1974-1979: 173-191), hemos seguido el método de la entrevista directa que nos habíamos propuesto desde el comienzo de nuestro trabajo (*supra*, § 1). Se trata del método más encomiado por muchos investigadores del habla urbana (Samper Padilla, 1990: 43 y s.), si bien no

24. No hay que decir que en el material ya recogido hemos tenido en cuenta siempre el nivel de instrucción y la procedencia geográfica de los informantes, así como otra serie de datos complementarios de interés sociológico y lingüístico. Se advertirá que no hemos utilizado los datos de AA. VV., 1980-1984, para los índices de variables sociales, ya que aquéllos se refieren al Censo Municipal zaragozano, 1975.

es siempre el óptimo (depende, claro está, de los objetivos del estudio: cfr. Lope Blanch, 1986 b: 33-39). Dadas las circunstancias en que ha de desarrollarse nuestra labor (careciendo de una descripción previa del habla zaragozana), hemos estimado muy positivamente esta forma de encuesta. Utilizamos magnetófonos manuales, con pilas y *cassettes*, Panasonic (Mod. N.º RQ-8100, DC 6 VOLTS), con una media de cuarenta minutos de grabación por informante (lo que nos proporcionará en torno a 1.200 minutos de grabación: 200 horas). Empleamos *cassettes* SONY y TDK, en todos los casos de una duración de 90 minutos. En la cara A, se graba una conversación espontánea, centrada generalmente en la propia vida y experiencia del informante. En la cara B, grabamos un monólogo del entrevistado que consiste, bien en la lectura de un texto escrito previamente por él mismo, bien en una breve alocución sobre un tema preparado (es decir, se ha intentado registrar un fragmento de discurso oral no espontáneo, de carácter distinto del de la cara A).²⁵ Este tipo de materiales está siendo revisado y transcrito por el equipo investigador indicado en la nota 2 del presente artículo siguiendo las pautas incluidas en el «Proyecto de estudio coordinado de la norma lingüística culta de las principales ciudades de Iberoamérica y de la Península Ibérica» (*supra* § 1) (vid. también Lope Blanch, 1986 a: 25 y s.).

Somos conscientes de que la fase de trabajo que estamos acometiendo es realmente modesta. Se trata de la obtención de un conjunto de materiales que tendrán interés especialmente para estudios de índole gramatical. Sólo pueden ofrecer pistas (sin duda, de utilidad), pero no datos directamente aprovechables en todos los casos, para otros planos o niveles del análisis lingüístico (fónico: dadas las condiciones de grabación) (o léxico: dada la limitación temática). Pero con esa limitación contamos desde el comienzo de la planificación de nuestro Proyecto (de ahí que distinguiéramos en él diversas fases, con objetivos distintos: vid. *supra*, § 1).

3. PRIMEROS RESULTADOS

3.1. Materiales recogidos, revisados y transcritos.

Hasta junio de 1989 realizamos 61 entrevistas de las 300 programadas (y de las 122 que reflejarían el 0,025 % del universo objeto de estudio).

Todas las entrevistas hechas entre octubre de 1987 y junio de 1988 han sido revisadas. De ellas, 14 han sido transcritas. Los materiales recogidos reflejan el 50 % de una muestra representativa del 0,025 % (122), y el 20,3 % de la muestra que refleja el 0,06 % del universo (300). Las entrevistas transcritas implican un 11,5 % de la llamada muestra mínima (0,025 %) y un 4,7 % de la programada por nosotros (300 informantes). Sólo hemos analizado (cuantificándolos) los materiales transcritos. Aun a pesar de lo escaso que es el conjunto de estos datos, intentamos, en este último apartado del trabajo, ofrecer algunos de los resultados que nos parecen más fiables.

Los materiales recogidos pueden clasificarse como sigue:

25. Agradezco vivamente la colaboración prestada por los estudiantes del Segundo Ciclo de Filología Hispánica que han cursado la asignatura de *Sociolingüística del español actual* (impartida por mí) en los años académicos de 1987-1988 y 1988-1989, para la recogida de los materiales aludidos. No hemos podido tener en cuenta los datos obtenidos durante el presente año 1989-1990.

V A R O N E S				TOTAL (ENTREVISTAS)
15-24	25-40	41-59	60...	
7	6	10	4	27

M U J E R E S				TOTAL (ENTREVISTAS)
15-24	25-40	41-59	60...	
10	7	8	9	34

1. Entrevistas realizadas, distribuidas por grupos de edad.

V A R O N E S				TOTAL (ENTREVISTAS)
ALTO	MEDIO-ALTO	MEDIO-BAJO	BAJO	
10	6	6	5	27

M U J E R E S				TOTAL (ENTREVISTAS)
ALTO	MEDIO-ALTO	MEDIO-BAJO	BAJO	
13	5	7	9	34

2. Entrevistas realizadas, distribuidas por niveles de instrucción.

VARONES		MUJERES		TOTAL ENTREVISTAS
URBANA	RURAL	URBANA	RURAL	
24	3	31	3	61

3. Entrevistas realizadas, distribuidas según la procedencia de los hablantes (todos aragoneses).

VARONES

NIVELES DE INSTRUCCIÓN	EDAD	15-24		25-40		41-59		60...	
	PROCEDENCIA	PR. U.	PR. R.	PR. U.	PR. R.	PR. U.	PR. R.	PR. U.	PR. R.
Alto		2	—	3	—	3	—	1	1
Medio alto		1	—	2	—	2	1	—	—
Medio bajo		4	—	1	—	—	1	—	—
Bajo		—	—	—	—	3		2	—

MUJERES

NIVELES DE INSTRUCCIÓN	EDAD	15-24		25-40		41-59		60...	
	PROCEDENCIA	PR. U.	PR. R.	PR. U.	PR. R.	PR. U.	PR. R.	PR. U.	PR. R.
Alto		5	—	3	—	2	1	2	—
Medio alto		—	—	2	—	2	—	1	—
Medio bajo		4	—	—	—	1	—	2	—
Bajo		1	—	1	1	2	—	3	1

4. Distribución de las entrevistas realizadas, atendiendo a los cuatro factores de sexo, edad, nivel de instrucción y procedencia de los entrevistados.

Las entrevistas transcritas se reflejan, en cifras, en el cuadro que sigue:

VARONES

NIVELES DE INSTRUCCIÓN	EDAD	15-24		25-40		41-59		60...	
	PROCEDENCIA	PR. U.	PR. R.	PR. U.	PR. R.	PR. U.	PR. R.	PR. U.	PR. R.
Alto		1	—	—	—	—	—	—	—
Medio alto		—	—	—	—	—	—	—	—
Medio bajo		2	—	1	—	—	1	—	—
Bajo		—	—	—	—	1	—	—	—

MUJERES

NIVELES DE INSTRUCCIÓN	EDAD	15-24		25-40		41-59		60...	
	PROCEDENCIA	PR. U.	PR. R.	PR. U.	PR. R.	PR. U.	PR. R.	PR. U.	PR. R.
Alto		1	—	—	—	1	—	—	—
Medio Alto		—	—	1	—	—	—	—	—
Medio bajo		1	—	—	—	2	—	—	—
Bajo		—	—	—	1	—	—	1	—

5. *Distribución de las entrevistas transcritas, atendiendo a los cuatro factores de sexo, edad, nivel de instrucción y procedencia de los entrevistados.*

3.2. Caracterización general del habla de Zaragoza: creencias y actitudes de los hablantes.

Las entrevistas analizadas reflejan el carácter inequívocamente castellanohablante de la comunidad de habla de Zaragoza (cfr. *supra*, § 1), como ya apreciamos en las encuestas de sondeo que realizamos en el otoño de 1985 (*supra*, § 2). Los materiales grabados se revelan de interés para el estudio del discurso oral (sobre todo, en una situación espontánea), en lo que se refiere, especialmente, al plano sintáctico. En este aspecto, son útiles para el mejor conocimiento de la elocución oral de cualquier área hispánica (quiero decir que los datos permiten identificar tendencias, para algunos fenómenos, que desbordan el marco lingüístico regional —véase, más adelante, lo que se indica para las oraciones de relativo). De otra parte, los materiales arrojan resultados indicativos sobre la estratificación de algunas variantes lingüísticas en el habla de Zaragoza. Las entrevistas permiten, en fin, descubrir las creencias y actitudes de los hablantes en relación con la variedad lingüística que emplean, tanto a partir de los juicios que emiten y las preferencias que expresan (reveladores de la conciencia sociolingüística de los entrevistados) como a través del uso que hacen de la lengua. Es de los juicios explícitos aludidos de lo que vamos a ocuparnos en primer lugar.

En el 100 % de los casos analizados, la variedad lingüística que se emplea en Zaragoza se considera una manifestación escasamente diferenciada del «castellano» o «español» estándar (la elección del nombre que se da a la variedad lingüística usada —«español» o «castellano», según los casos— revela preferencias de carácter político o simplemente afectivo, no dependientes ni del sexo, ni de la edad, ni del nivel de instrucción de los entrevistados, y no está determinada por diferencias en la configuración del objeto designado, como entidad lingüística —las respuestas se inclinan, con todo, por «castellano»).

La creencia en la «estandarización» de la variedad empleada en Zaragoza puede deducirse de las manifestaciones que siguen:

— ¡Hombre, yo hablo castellano! Yo, a lo que hable, le llamo castellano. (...) En Aragón no existe dialecto como región, entonces... eh... yo hablo castellano. (A. B. M.; M.; 27; N. I.: m-a.; Pr. U.)²⁶

— Hombre, Zaragoza, Zaragoza, mucho acento no tiene... (P. L.; M.; 32; N. I.: b.; Pr. R.)

— ...hablo español con acento aragonés (A. G. G.; M.; 54; N. I.: a.; Pr. U.)

— ...Yo, yo lo encuentro natural; yo lo encuentro bien... Hablo castellano con acento maño. (J. H. V.; M.; 57; N. I.: m-b.; Pr. U.)

— Aparte del acento, que, en cada sitio, en cada región, tienen su acento... Pero..., la forma de hablar me parece que no, que no es más distinta (A. C. C.; M.; 55; N. I.: m-b.; Pr. U.)

26. Ofrecemos la primera letra del nombre y apellidos de cada persona entrevistada. V. indica «varón»; M.: «mujer»; el número refleja los años de cada informante; N. I.: «nivel de instrucción» (a.: «alto»; m-a.: «medio-alto»; m-b.: «medio-bajo»; b.: «bajo»); Pr. U.: «procedencia urbana»; Pr. R.: «procedencia rural».

Los rasgos claramente diferenciadores del habla de Zaragoza son, también para *todos* los entrevistados, de carácter fonético, suprasegmental (ellos, por supuesto, no utilizan términos técnicos para describir la forma de hablar): el acento. Acento que no se refiere a la marca contrastiva entre sílabas, sino a la cadencia, a la entonación de la frase. Los entrevistados se refieren al fenómeno con el término de «accento» o «deje» y no saben explicar en qué consiste. (Se trata, desde luego, de una combinación de factores suprasegmentales que requiere estudio, y por la que quien redacta estas líneas está sumamente interesada.) Es de destacar que otros rasgos lingüísticos, de tipo morfológico, como la formación del diminutivo en *-ico*, o más claramente léxico —la pervivencia de aragonesismos léxicos—, no se consideran tan determinantes de la peculiaridad del habla de Zaragoza (es más, los supuestos aragonesismos léxicos que ofrecen los informantes de las catorce encuestas transcritas no pueden precisarse porque todos acababan diciendo que no recuerdan ninguno en el momento de la entrevista).

La totalidad de los entrevistados identifica diferencias en el grado de intensidad del «deje» o «accento» en Zaragoza. Para algunos informantes estas diferencias dependen del barrio, no como lugar o espacio sino como agrupación de personas entre las que predomina un determinado nivel de instrucción (si es alto, se da menos acento; si es bajo, más acento). Para otros informantes, las diferencias no se relacionan necesariamente con la educación. Todos los informantes son conscientes de que el «accento» se nota especialmente cuando se sale de la región (es una marca que se percibe, sobre todo, desde fuera, aunque no siempre se la asigna exclusivamente a Zaragoza):

- Yo creo que las personas no tenemos el mismo acento. Que hablamos con distinto acento. Porque uno notarán más aragonés, y el otro, pues menos aragonés. O sea, que unos hablarán con más acento aragonés, y yo, con menos acento. O sea, que no tenemos todos el mismo acento. (C. S. G.; M.; 15; N. I.: m-b.; Pr. U.)
- ... hay barrios, pues, no sé, como es el de Delicias y esos de ahí que hablan así... el acento más maño y eso... (B. G. L.; M.; 15; N.I.: a.; Pr. U.)
- ... Desde luego, donde vayas te reconocen que eres maña... Por qué, no lo sé (P. L.; M.; 32; N. I.: b.; Pr. R.)
- Pues, chica, yo, muy aragonesa. Porque tengo un acento tan aragonés, que, a veces... Una vez, siendo jovencica, pues íbamos en tren hacia Andalucía con mis padres, y abrimos la..., abrimos la puerta del compartimento, y dije yo: «buenos días». Y me..., y, a continuación, me dijo un señor: «ustedes son de Zaragoza, ¿no?» (A. G. G.; M.; 54; N. I.: a.; Pr. U.)
- Cuando estás fuera es cuando notas los dejes que tenemos aquí en Zaragoza (J. H. V.; 57; N. I.: m-b.; Pr. U.)
- Al principio, se nota más.. Pero no te dicen «de Zaragoza» porque incluso no saben exactamente de dónde eres. Porque igual eres de Logroño, de la Rioja, de Tudela... (P. G. L.; V.; 22; N. I.: a.; Pr. U.)

En cuanto a la actitud, resultado de la valoración, positiva o negativa, que se hace del «acento» o del «deje», las respuestas son divergentes, aunque con tendencia hacia la actitud favorable, y no dependen de las variables sociales distinguidas, lo que garantiza la estabilidad del fenómeno en la comunidad de habla de Zaragoza y permite entrever que se trata de un hecho no estigmatizado para los hablantes de la ciudad (que no siempre coinciden, en sus apreciaciones, con los de fuera):

- ¿Y tú no tienes ningún problema a la hora de hablar con acento aragonés?
- No.
- Para ti, es la forma normal de hablar y ya está ¿no?
- Sí. (C. S. G.; M.; 15; N. I.: m-b.; Pr. U.)

- Y a ti, ¿qué te parece que está valorao, por la gente de fuera: está valorao positivamente o negativamente?
- Negativamente.
- Negativamente. El tipo cazurro.
- Sí.
- Y ¿dentro de Aragón? ¿Tú crees que... o sea que la gente hace lo posible para que no se le note?
- No. ¿Qué más da? (B. G. L.; M.; 15; N. I.: a.; Pr. U.)

- A mí no me importa. Todo el mundo dice que tenemos un acento graciosísimo. No sé si será graciosísimo, qué quieres que te diga... Pero, a mí, sí, desde luego, se me nota muchísimo, pero no me importa. (A. G. G.; M.; 54; N. I.: a.; Pr. U.)
- La forma de hablar no es muy agradable, es..., es duro (A. G. C.; M.; 55; N. I.: m-b.; Pr. U.)
- Yo creo que [el acento] es positivo (J. H. V.; M.; 57; N. I.: m-b.; Pr. U.)
- No está valorao negativamente. No, incluso los aragoneses... caemos bien en casi todos los sitios. (P. G. L.; V.; 22; N. I.: a.; Pr. U.)²⁷
- Hay más acento en algunos barrios que en otros y más en los pueblos que en la ciudad. (A. R. A.; V.; 22; N. I.: m-b.; Pr. U.)
- Hombre, yo creo que hablo un castellano malo. Ahora, con el deje, o sin el deje vas a otros laos y te entienden (J. G. A.; V.; 43; N. I.: m-b.; Pr. R.)²⁸

27. Obsérvese que, en este caso, la valoración exterior del habla zaragozana se hace depender de la representación que se tiene de los hablantes.

28. El hecho de que el «acento» zaragozano sea marca regional y, además, el que algunos informantes aprecien que el fenómeno no es valorado positivamente, fuera de Aragón, permite concluir que se trata de un dato lingüístico de evolución inestable cuando el hablante zaragozano sale de su región. En cuanto a la extensión del «deje» dentro de Aragón, carecemos de datos precisos. Para algún informante, como hemos mostrado, se extiende a Logroño, La Rioja, Tudela. Para otro informante, afecta por igual a todo Aragón (lo que no es cierto). Para otro entrevistado: «los de Huesca no hablan como los de Zaragoza (...) Tienen otro acento. No te puedo decir, pero tienen otro acento. Los de Teruel no hablan

Mientras que el «acento» o el «deje» no se halla marcado negativamente, sobre todo dentro de la comunidad de habla de Zaragoza, para la mayoría de los entrevistados, se dan, en el uso lingüístico de los ciudadanos, otras variantes que ellos censuran, considerándolas vulgares o estigmatizadas, aunque no indiquen una valoración explícita clara de esos fenómenos, que pasan desapercibidos para muchos:²⁹

— Y claro, (...) oyes expresiones un poco más locales, al hablar con gente que, que es más propiamente de aquí ¿no? Entonces, pues no sé... *Salite* o *servite*... Son cosas que son propias de aquí y que lo dice muchísimo la gente y que... que quedan fatal y es que no se dan ni cuenta. (A. B. M.; M.; 27; N. I.: m-a.; Pr. U.)

— ... ¿Y cree que habla bien, que se habla bien el castellano en Zaragoza?
— No. Muchas palabras muy bruticas (P. L.; M.; 32; N. I.: b.; Pr. R.)³⁰

En cuanto al nombre que se asigna a la variedad lingüística utilizada en Zaragoza, he aquí, en síntesis, las respuestas obtenidas:

castellano (con acento aragonés, maño o mañico): 7;
español (con acento aragonés, maño o mañico): 2;
aragonés o maño: 2;
no responden: 3.³¹

3.2. Algunas tendencias generales e indicios de estratificación lingüística en la comunidad de habla de Zaragoza

Con los materiales transcritos no puede pretender hacerse una descripción pormenorizada del habla de Zaragoza (ni siquiera para algunas variables lingüísticas concretas, como, por ejemplo el segmento fonológico /d/ o el conjunto de las que integran el subsistema pronominal átono): los datos son, a todas luces, insuficientes. Es evidente, por otro lado, que la investigación que llevamos a cabo tiene por objeto,

como los de Zaragoza ni como los de Huesca pero se parecen más al acento de aquí» (J. G. A.; V.; 43; N. I.: m-b.; Pr. R.) En efecto, en Huesca y al norte de Huesca desaparece el acento zaragozano. Nuestra impresión —estamos lejos de poder ser precisos— es que el «deje» se extiende a lo largo del valle del Ebro, en la provincia de Zaragoza; se da también en la Ribera navarra y en zonas limítrofes de la Rioja, y entra en la provincia de Teruel, sin que podamos determinar el límite.

29. Se da, sin embargo, como veremos, una estratificación de variantes lingüísticas, reflejada en el uso lingüístico.

30. La entrevistada, nacida en Tauste, proporciona información interesante sobre diferencias entre el habla masculina y la femenina de su pueblo: «las mujeres dicen *inde* y los hombres dicen *ña*». E incluso parece entrever afinidades entre el habla de las mujeres y la de los niños: «Sí, sí, hasta los críos pequeños dicen *inde*».

31. Prefieren «castellano» (con acento aragonés, maño o mañico): A. B. M. (M.; 27; N. I.: m-a.; Pr. U.); P. L. (M.; 32; N. I.: b.; Pr. R.); J. H. V. (M.; 57; N. I.: m-b.; Pr. U.); J. C. (V.; 15; N. I.: m-b.; Pr. U.); P. G. L. (V.; 22; N. I.: a.; Pr. U.); A. R. A. (22; N. I.: m-b.; Pr. U.); J. G. A.; (V.; 43; N. I.: m-b.; Pr. R.) Prefieren «español» (con acento aragonés o maño: C. S. G. (M.; 15; N. I.: m-b.; Pr. U.); V. F. C. (M.; 80; N. I.: b.; Pr. U.). Pueden compararse estas respuestas con las que analiza BUESA, T. (1980: 361-6), procedentes de las localidades encuestadas en el *A. L. E. A. N. R.*

esencialmente, en la fase que nos hemos propuesto, el acopio de materiales (no la descripción de los fenómenos lingüísticos). Podemos, sin embargo, ofrecer, a partir de los hechos observados en las entrevistas transcritas, algunos resultados sobre tendencias generales en el comportamiento lingüístico, e incluso, indicios interesantes de estratificación para la realización de algunas variables fonológicas, morfológicas, sintácticas y léxicas. Estos resultados se presentan, fundamentalmente, con el deseo de que orienten a otros investigadores del habla de Zaragoza.

3.3.1. Ha de tenerse en cuenta que los datos que aportamos se refieren a la conversación espontánea (al discurso oral, pues, sin «autocontrol»). En ese sentido, los materiales ofrecen, a menudo, muestras de las propiedades generales de la actuación lingüística: frases interrumpidas; construcciones anómalas (agramaticales); vacilaciones, etc., es decir, un repertorio que puede ser de interés para el estudioso del habla o de la actuación de los hablantes:

Pero a mí, Zaragoza... Yo... A mí, Zaragoza... Me lo paso muy bien. Lo que pasa, pues, que he... no, no... Hay muchas zonas en Zaragoza. Yo siempre voy por la misma, aunque cambio de vez en cuando ¿no? (A. B. M.; M.; 27; N. I.: m-a.; Pr. U.)

Los materiales permiten apreciar también tendencias que apuntan a la competencia lingüística del hablante hispánico en su manifestación oral espontánea y que desbordan el marco regional. En este sentido deben destacarse, por ejemplo, los datos que se refieren a las oraciones de relativo, que presentan, en el habla de Zaragoza, dos rasgos identificables en cualquier otro texto oral hispánico de elocución espontánea: el uso exclusivo de *que* (preferido sistemáticamente a otros relativos, usados en el discurso escrito: *quien*, *donde*, *cual*, *cuyo*, etc.) y la ausencia de marcas de relación (las preposiciones, por ejemplo) que expresen la función de esa forma (los dos fenómenos mencionados se identifican en todas las entrevistas transcritas, con independencia del sexo, la edad, el nivel de instrucción y la procedencia de los hablantes):

- Sería una de las ciudades que me gustaría ir, si yo pudiera ir allí (C. S. G.; M.; 15; N. I.: m-b.; Pr. U.)
- ... a todos los sitios que quiero ir puedo ir andando (A. B. M.; M.; 27; N. I.: m-a.; Pr. U.)
- ... íbamos a un club que éramos socios, a jugar con otros niños (íd.)
- ... Hombre, pues hay gente que sí, que tienen... que es mu maja, que se puede hablar y se puede... (P. L.; M.; 32; N. I.: b.; Pr. U.)
- Era un perro muy fiero, que todo el mundo le tenía terror (A. G. G.; M.; 54; N. I.: a.; Pr. U.)
- ... no era un colegio de élite que fueran, pues personas que sus padres tenían muchos medios económicos..., sino colegio de clase media modesta (íd.)
- Me puso mi madre a trabajar en una casa que era un hombre baldao, sastre (V. F. C.; M.; 80; N. I.: b.; Pr. U.)
- ... me parece que hay sitios que también las hacen (J. G. A.; V.; 43; N. I.: m-b.; Pr. R.)

— ... vamos a Mequinenza o algún sitio así que le gusta ir (A. A. P.; V.; 47; N. I.: b.; Pr. U.).³²

3.3.2. Más interesantes resultan, sin duda, los datos que permiten caracterizar el habla de Zaragoza, en el seno del dominio hispánico, como el reflejo de una competencia sociolingüística específica. Es cierto que dicha competencia coincide, en muchos aspectos, con la de otras comunidades monolingües de la mitad norte de España, y ello, no sólo en la actuación de los hablantes con el nivel de instrucción más alto (la más próxima a la variedad que suele denominarse *estándar*, *consagrada* o *culta*), sino en las realizaciones más representativas de los grupos de instrucción más baja (denominadas *vulgares*). Pero la estratificación precisa de las variantes lingüísticas en Zaragoza se manifiesta de manera idiosincrásica, por lo que, con su descripción, se puede contribuir a determinar la competencia de la comunidad de habla zaragozana y, además, ofrecer orientaciones sobre el avance o el retroceso de algunos fenómenos lingüísticos en proceso de cambio dentro del dominio hispánico.

3.3.2.1. En el plano de la expresión, por ejemplo, vale la pena destacar la tendencia a la desaparición del fonema /ɸ/ en el habla de la ciudad. No podemos ofrecer un esbozo de la estratificación del hecho pero debe subrayarse el interés de su estudio.

Otro elemento fónico que merece atención es el segmento /d/. /d/ se manifiesta en el habla zaragozana por lo menos con las tres variantes [d], [δ] y [Ø], en correlación con variantes contextuales lingüísticas y en dependencia de variables sociales. Hemos analizado su realización en el contexto /ádo/ y en las formas /náda/ y /tódo/. Las entrevistas transcritas permiten apreciar una tendencia a la pérdida de /d/, en el contexto /ádo/, próxima al 100 % de los casos, tanto para las formas participiales (*ha terminao*), como para los nombres (*mercao*), adjetivos (*aficionao*) y adverbios (*demasio*). Son los hablantes de 15-24 años (hombres y mujeres) y de nivel de instrucción alto los que tienden a mantener la /d/ con frecuencia más alta en ese contexto, en forma de [δ], si bien es interesante subrayar que la conservación suele producirse en los primeros minutos de la entrevista, lo que prueba que la tendencia al mantenimiento parece estar relacionada más con el «autocontrol» o la falta de confianza, con la tensión o la inseguridad, factores subjetivos o pragmáticos, que con elementos lingüísticos y variables sociales. Aunque no podamos ofrecer estadísticas precisas —dado lo escaso del material transcrito, no resultarían de interés—, sí vale la pena destacar que para las formas /tódo/ y /náda/, a diferencia de lo que se aprecia para /ádo/, la pérdida de /d/ ([Ø]) se produce preferentemente en correlación con el nivel de instrucción más bajo (tanto para hombres como para mujeres); alcanza una frecuencia más alta para la forma /tódo/ que para /náda/ y, para ambas formas, la pérdida es mucho menos frecuente (no superior al 80 %, en los casos más altos) que para el contexto /ádo/.

32. Los datos que nos ocupan constituyen un reflejo de la tendencia a la economía de medios gramaticales en la comunicación lingüística. Esa tendencia se aprecia en otros tipos de construcción: «Zaragoza es un sitio divertido, en el sentido de que la gente le gusta mucho salir» (A. B. M.; M.; 27; N. I.: m-a.; Pr. U.), donde se prescinde de la preposición *a* delante de *la gente*, al quedar expresada la función del nombre (complemento indirecto o complemento) por el pronombre átono *le*.

Por otra parte, el segmento /d/ se conserva, en su variante fricativa, en los demás contextos intervocálicos en interior de palabra analizados, con la excepción de las formas invariables (*todavía, además, etc.*) y de los indefinidos *toda, todos, todas*, donde el fonema puede no manifestarse en la conversación espontánea. La pérdida de /d/ está también estratificada en interior de frase, precedida de vocal átona, cuando forma parte de la preposición *de*; en esos casos, la pérdida es más frecuente cuanto más bajo es el nivel de instrucción de los hablantes (y afecta a toda la preposición):³³

- En Valencia voy a casa mi hermana, la veo, y, por la noche, me voy (P. L.; M.; 32; N. I.: b.; Pr. R.)
- Esto se abre a las nueve la mañana (V. F. C.; M.; 80; N. I.: b.; Pr. U.)
- El día Nochebuena te vendrán a buscar (íd.)
- No estás en casa tu hijo (íd.)
- ... ibas a cualquier vecino: «oiga, déjeme una tacica aceite» (en aquellos tiempos, claro), «ya se la devolveré» (A. A. P.; V.; 47; N. I.: b.; Pr. U.)
- A las once la noche están todos cerraos (íd.).³⁴

Otro segmento fónico cuyo análisis resulta de interés en el habla de Zaragoza es /r/. La realización del fonema vibrante está estratificada en Zaragoza en las terminaciones de los infinitivos seguidos de formas pronominales oblicuas. Mientras que en los niveles de instrucción alto y medio alto, la variante generalizada, en esas posiciones, es [r] o [r̄], los hablantes de nivel medio-bajo y, sobre todo, bajo, pueden omitirlo [Ø], con una frecuencia, en nuestros datos, para el N. I.: b., superior al 40 %, en los grupos de edad de 41-59 y de 60 en adelante:

- La cosa es meneate (V. F. C.; M.; 80; N. I.: b.; Pr. U.)
- ... dos mil pesetas, que era quitamelas del riñón (íd.)
- ... pa qué voy a amargales el día (íd.)
- ... yo prefiero estame aquí (íd.)
- ... esta casa la compró el Ayuntamiento pa tirala, y ahora resulta que la ha vuelto a vender (J. G. A.; V.; 43; N. I.: m-b.; Pr. R.)
- Ponías un pito que era un balón, y a dale (A. A. P.; V.; 47; N. I.: b.; Pr. U.)

En contraste con los datos aducidos, debe señalarse la realización [Ø] de /r/ en posición intervocálica y asociada a la preposición *para*, con frecuencias mucho más altas y en correlación, además, con todos los niveles de instrucción y grupos de

33. El debilitamiento, hasta la pérdida, de sonora, oral, no líquida, en interior de palabra y posición intervocálica, se da, en los materiales transcritos por nosotros, sólo para /d/.

34. El fenómeno se da también en la elocución de los hablantes de niveles de instrucción medio-alto y alto, pero con menor frecuencia y, sobre todo, en un número más limitado de contextos (asociado, preferentemente, a los nombres propios de calles y plazas: *plaza San Felipe; Plaza España*). Obsérvese que la variación fónica incide, para este caso, en la modificación de un esquema sintáctico, dando lugar a aposiciones sin pausa, en lugar de construcciones del tipo N + *de* + N (*Plaza San Felipe vs. Plaza de San Felipe*).

edad (si bien es considerablemente menos frecuente en los niveles de instrucción medio alto y alto).

La variación para el comportamiento de algunos grupos consonánticos —*tC*, *kC*—, puede resultar también de interés.³⁵ Más fecunda, sin embargo, es la investigación del rasgo suprasegmental acento, tanto para la conversión de formas esdrújulas en llanas (*pajaro*) como para los casos de sinéresis (*ahi* por *ahí*) y para la acentuación de formas canónicas átonas (*digamê*), sobre las que lamentamos no poder ofrecer ningún esbozo de resultado.³⁶

3.3.2.2. Algunas variantes morfológicas de interés en el habla de Zaragoza son el resultado de modificaciones en el timbre o en la abertura de vocales contiguas que forman parte de unidades distintas en la misma frase: *ya le he dicho - ya l'hi dicho*.

Lo más interesante de este tipo de fenómenos no es, sin embargo, la variación fonética que reflejan sino la morfológica, puesto que se constituyen en variantes de variables del plano del contenido. Así, por ejemplo, las formas verbales del perfecto compuesto (o antepresente) se manifiestan, en el habla zaragozana, con dos realizaciones muy diferenciadas: *ya l'he puesto - ya l'hi puesto*. La segunda de esas dos variantes se da, en los materiales transcritos analizados, en dependencia únicamente con el sexo (femenino) y el nivel de instrucción (bajo):

- ... Yo no hi hecho más que como el tonto: trabajar (P. L.; M.; 32; N. I.: b.; Pr. R.)
- M'hi adaptao aquí y me gusta (id.)
- Yo mu bien hi pasao la juventud (id.)
- Hi trabajao mucho pero lo hi pasao muy bien (id.)
No hi salido nunca pa'l Pilar (id.)
- Lo nuevo no lo hi visto (V. F. C.; M.; 70; N. I.: b.; Pr. U.)
- Ya m'hi echao la cuenta: yo me cojo, me voy a casa la Petra y... ya vale (id.)
- En casa de mi hijo hi estao dos años (id.)
- Qu'hi sido tonta (id.)
- Yo no la hi visto nada (id.)
- Yo hi sido joven y he sido un pajarico (id.)

Otras variantes de las formas del paradigma verbal tienen también su origen en transformaciones fonéticas (la realización [Ø] del segmento /r/: *hubiera tenido - hubié tenido*). Se trata de fenómenos para los que también la forma no representativa de la variedad estándar está en correlación con el nivel de instrucción más bajo de los hablantes (y sólo para la generación de más de 60 años):

35. No faltan realizaciones tipo *fúbol* o *A. Z. T. U. R.* por *A. C. T. U. R.* (zona de expansión de Zaragoza en la margen izquierda del Ebro).

36. Se observará que no hemos utilizado apenas transcripciones fonéticas precisas de las formas lingüísticas. Pretendemos, sobre todo, llamar la atención sobre los indicios de estratificación más perceptibles.

- Si hubiá tenido una hija, me hubiá gustao que se lo hubián pagao (V. F. C.; M.; 80; N. I.: b.; Pr. U.)

Las formas de los verbos irregulares, del tipo *anduve*, en cambio, cuentan con variantes analógicas (*andé*), generalizadas en todos los estratos distinguidos, aunque con una distribución no uniforme:

- Si se dieran una vuelta por ahí, o, quizás, todos los días, media hora, se andaran por ahí, pues, quizás, igual..., no hablarían tanto (A. R. L.; V.; 30; N. I.: m-b.; Pr. U.)

Las reducciones fónicas en las palabras invariables (adverbios, preposiciones, conjunciones), determinan también la existencia de variantes claramente estratificadas (*mu* por *my*, por ejemplo, se da en los niveles de instrucción m-b. y b. con mucha mayor frecuencia que en los de tipo m-a. y a.; algo parecido podría indicarse para *amás* por *además*; *alante* por *adelante*; *ande* por *adonde*, etc.).

La configuración y estratificación del llamado paradigma pronominal átono puede ser objeto también de atención si bien parece ajustarse, en general, al que suele considerarse más fiel a la etimología.

3.3.2.3. No hemos apreciado variantes de interés especial en el nivel sintáctico del plano del contenido. El orden *me se*, *te se*, para los pronombres personales átonos, alterna con el considerado canónico *se me*, *se te*; las variantes no canónicas tampoco gozan de prestigio en la comunidad de Zaragoza, y están en claro retroceso: solo las hemos identificado en (V. F. C.; M.; 80; N. I.: b.; Pr. U.):

- Soy viuda hace dieciséis años. Tenía dos hijos: uno me se murió hace ocho años.
- Me se llevaron en tan mala hora...
- Festejaba con una hermana que también me se murió.
- Me se murió un cuñado en la calle Latorre.

La combinación *se les* por *se lo* está, en cambio, muy generalizada en todos los niveles de instrucción (*ya se les dije*).

Otras variantes de interés son las que afectan a la combinación *todo/a (s) + art. + nombre / todo / a (s) + nombre*. (*Todos los días / todos días*). La alternancia se revela bastante igualada para los niveles de instrucción menos altos; los grupos más cultos tienden a preferir, aunque no ignoren las otras, las variantes con artículo.

3.3.2.4. Desde el punto de vista léxico, los materiales permiten apreciar que es *-ico* el sufijo característico para la formación del diminutivo en el habla espontánea, aunque no el exclusivo. Otro dato interesante que puede apreciarse es que son raras las entrevistas en que aparecen formaciones diminutivas, lo que, quizá, pone de manifiesto la tendencia, en el habla actual, a no hacer valoraciones afectivas de la realidad.

Como ya he indicado más arriba, apenas se registran aragonesismos léxicos (con todo lo discutible de este término y lo difícil que resulta definirlo).

En definitiva, pues, el habla de Zaragoza se ajusta, fundamentalmente, al español estándar o consagrado, si bien presenta, en el plano de la expresión y en el del contenido, signos inequívocos de especificidad, que se manifiestan tanto en una variación de alcance general o de distribución casi uniforme, como en una estratificación de variantes que, aun a pesar de lo modesto de nuestros datos, hemos tratado de esbozar, a partir de los fenómenos más llamativos observados. Los zaragozanos no sienten que su forma de hablar sea esencialmente diferente del «español» o «castellano»: la designan, con toda naturalidad, con esos nombres. Quizá, con la misma naturalidad con la que J. C., muchacho zaragozano de 15 años, con estudios básicos solamente (N. I.: m-b.), se siente —ecos de Terencio y de Roman Jakobson en sus palabras— ciudadano del mundo:

... Porque todo lo que respecta al mundo, pues me respecta a mí ¿no? Quiero decir que todo lo que está ahí, pues también me puede ocurrir a mí.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA. VV. (1980-1984): *Zaragoza, barrio a barrio*. Zaragoza, Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza (4 tomos).
- AA. VV. (1982): *Guía histórico-artística de Zaragoza*. Zaragoza, Delegación de Patrimonio Histórico-Artístico, Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza.
- AA. VV. FOESSA (1983): «De la estructura ocupacional a las clases sociales», *Informe sociológico sobre el cambio social en España (1975-1983)*. Madrid, Fundación FOESSA, vol. II, pp. 64-67.
- AA. VV. (1984): *La ciudad de Zaragoza en la Corona de Aragón. Comunicaciones*. X Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- AA. VV. (1989): *Gran Atlas de España*. Barcelona, Edit. Planeta (tomo 2: Comunidad Autónoma Vasca/Navarra/La Rioja/Aragón).
- ALVAR, M. (1972): *Niveles socioculturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria*. Las Palmas.
- BERRUTO, G. (1974-1979): *La sociolingüística*, México, Edit. Nueva Imagen, 1979 (traducción al español de la versión original en italiano: *La Sociolinguistica*, Bolonia, Nicola Zanichelli, 1974).
- BERRUTO, G. (1980): *La variabilità sociale della lingua*. Torino, Loescher Editore.
- BUESA OLIVER, T. (1980): «Estado actual de los estudios sobre el dialecto aragonés», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*. Zaragoza, pp. 357-400.
- CALVO PALACIOS, J. L. (1980): «Unidades de análisis y densidades urbanas: Zaragoza», *Geographicalia*. 5, Zaragoza, pp. 5-32.
- CANELLAS, A. (1960): «Evolución urbana de Zaragoza», *Estudios de Urbanismo*. Zaragoza, pp. 207-228.
- CANELLAS, A. (1977): *Historiografía de Zaragoza*. X Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- CEDERGREN, H. (1973): *The interplay of social and linguistic factors in Panama*. Ph. D. Diss., Cornell University.

- LABOV, W. (1966): *The social stratification of English in New York City*. Washington D. C., Center for Applied Linguistics.
- LÁZARO CARRETER, F. (1980): *Estudios de lingüística*. Madrid, Edit. Crítica.
- LOPE BLANCH, J. M. (1986 a): *El estudio del español hablado culto. Historia de un Proyecto*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- LOPE BLANCH, J. M. (1986 b): *Estudios de lingüística española*. México, Universidad Nacional Autónoma de México (el trabajo que se cita ocupa las páginas 33-39 del libro: «La información fonética en los atlas lingüísticos»).
- LÓPEZ MORALES, H. (1983): *Estratificación social del español de San Juan de Puerto Rico*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- LÓPEZ MORALES, H. (1989): *Sociolingüística*. Madrid, Edit. Gredos.
- MARTÍN ZORRAQUINO, M. A. (1986): «Elementos para una sociolingüística del habla de Zaragoza», *Turia*, 4-5, Teruel, pp. 121-139.
- PINEDA, M. A. (1983): *Encuestas del habla urbana de Sevilla: Nivel culto*. Sevilla, Facultad de Filología de la Universidad.
- SAMPER PADILLA, J. A. (1990): *Estudio sociolingüístico del español de las Palmas de Gran Canaria*. Las Palmas, Ediciones de la Caja de Canarias (50 aniversario).

La presente edición del libro
ACTAS DEL I CONGRESO DE LINGÜISTAS ARAGONESES
se acabó de imprimir el día 1 de octubre de 1991
en los talleres de Gráficas Navarro de Zaragoza.

Colección Actas



**DIPUTACION
GENERAL
DE ARAGON**